

Una rica aleación de intriga, maravilla y surrealismo

# Jonathan Carroll

## El mar de madera

*"Jonathan Carroll es tan terrorífico como Hitchcock, cuando no es tan divertido como Jim Carrey. Si nunca has leído a este maravilloso fantasta, compra este libro. Permanecerás despierto toda la noche y me darás las gracias por la mañana"*  
—Stephen King

Lectulandia

“Carroll es un maestro del surrealismo. La estela a seguir por todos los demás, entre los que me incluyo” —Jonathan Lethem

Crane’s View es un pequeño y agradable pueblo situado junto a un río, un lugar donde nunca sucede nada fuera de lo ordinario, al menos, para un observador casual.

Desde el momento en que un perro de tres patas entra en la confortable vida del jefe de policía Frannie McCabe, muere a sus pies y vuelve a la vida, McCabe se encuentra lanzado a un nuevo mundo de inenarrables y perturbadoras maravillas. Descubre que está en el centro de una conspiración, y lo que haga en los próximos días puede tener consecuencias para mundo entero.

**Jonathan Carroll** es un autor único, fascinante, poseedor de un talento sobresaliente e imposible de clasificar. En este libro nos introduce en su historia más ambiciosa y visionaria hasta el momento.

**Lectulandia**

Jonathan Carroll

# **El mar de madera**

**Solaris Ficción - 49**

ePub r1.0

orhi 13.07.16

Título original: *The Wooden Sea*  
Jonathan Carroll, 2001  
Traducción: Manuel de los Reyes  
Ilustración de cubierta: Rafal Olbinsky

Editor digital: orhi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Ifah2 en Augarten Haven*

*«Lo que buscas te acompaña»  
—Maese Eckhardt*

## Vertuoso

Nunca compres ropa amarilla ni de piel barata. Ese es mi lema, y tengo más. ¿Sabes lo que me gusta ver? A la gente matándose a sí misma. Me explico; no me refiero a los pobres desgraciados que se tiran por la ventana o dejan sus patéticas cabezas envueltas en bolsas de plástico hasta que se les acaba el aire. Tampoco estoy hablando del «Campeonato de Lucha Libre», donde no hay más que un puñado de cabezas rapadas lanzándose mordiscos rabiosos. Me refiero al tío de la calle que, con la cara del color del plomo mojado, enciende un Camel y escupe el alma por la boca con la primera calada. ¡Bien por ti, figura! Larga vida a la nicotina, la cabezonería y la auto-indulgencia.

«¡Jimmy, márcate otra ronda!», canturrea el Rey del Colesterol al final de la barra. Ese, el de la nariz colorada y la presión arterial lo bastante alta como para enviarlo a Plutón, a él y a todo su árbol genealógico. Gratificación, masa, textura. El ataque al corazón que lo incinere durará apenas unos segundos. La cerveza helada en jarra grande y el aroma de las chuletillas a la brasa son para siempre, hasta que se muera. Bien merece la pena. Estoy con él.

Mi esposa Magda dice que intentar hacerme entrar en razón es como tirar guisantes contra una pared. Pero si yo la entiendo; lo que pasa es que no estoy de acuerdo, por lo general. Vertuoso es el ejemplo perfecto. Un buen día entra un tipo en la comisaría acompañado de un perro que no se parece a ningún otro. Es un cruce, sobre todo pit bull cubierto de pelo marrón con manchas negras, lo que le da aspecto de pastel de mármol. Pero ahí se acaba la normalidad, porque este perro solo tiene tres patas y media, le falta un ojo y respira de forma rara. Como por la comisura de los labios, aunque no hay forma de saberlo con seguridad. Por la manera en que expele el aire parece que esté silbando «Michelle» por lo bajo. Lo coronan dos profundas cicatrices encrestadas. Es un adefesio tal que todo el mundo se lo queda mirando como si acabara de bajar del Concorde con aeropuerto de salida el Infierno.

Por jodido que parezca, el perro llevaba un collar de cuero rojo muy chulo. De él colgaba un corazoncito de plata con el nombre «Vertuoso» inscrito. Así estaba deletreado. Nada más; ni el nombre de su dueño, ni dirección ni número de teléfono. Vertuoso a secas. Y estaba derrengado. En medio de todo el mundo, se desplomó en el suelo y empezó a roncar. El tío que lo había metido dijo que había encontrado al chucho durmiendo en el centro del aparcamiento de Grand Union. No sabía qué narices hacer con él, pero como estaba convencido de que acabarían atropellándolo ahí tirado nos lo había traído a nosotros.

Todos los demás opinaban que lo mejor sería llevarlo a la perrera más próxima y olvidarnos de él. Para mí fue amor a primera vista. Le preparé una cama en mi despacho, compré comida para perros y un par de cuencos de color naranja. Se pasó dos días durmiendo casi ininterrumpidamente. Cuando despertaba se quedaba tendido en su cama y me observaba con sus ojos legañosos. Con su ojo, más bien. Cuando

alguno de los de la oficina me preguntaba por qué lo tenía allí, le respondía que ese perro estaba de vuelta de todo. Como soy jefe de policía, nadie protestaba.

Menos mi esposa. Magda cree que los animales están ahí para comérselos y casi no soporta al lindo gatito que tengo desde hace años. Cuando se enteró de que cobijaba en mi despacho a un trozo de pastel de mármol cojo y tuerto vino para echarle un vistazo. Lo escudriñó un buen rato y frunció el labio inferior. Mala señal.

—Cuanto más esperpénticos, más te gustan, ¿eh, Fran?

—Este perro es un veterano, tesoro. Ha estado en la guerra.

—En Corea del Norte hay niños que se mueren de hambre y tú das de comer a este chucho.

—Dile a esos niños que se pasen por aquí... que compartan su Alpo.

—Eres más perro que él, Frannie.

La hija de Magda, Pauline, estaba allí plantada y se echó a reír. La miramos sorprendidos porque Pauline nunca se ríe de *nada*. Lo suyo es una carencia absoluta de sentido del humor. Si se ríe es, por lo general, de algo raro o completamente inapropiado. Es una cría extraña que se esfuerza por ser invisible. Le he puesto el mote secreto de Humo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Frannie. Siempre coge el camino de la izquierda cuando los demás tuercen a la derecha. ¿Qué le pasa a tu perro? ¿Qué hace?

Me di la vuelta justo a tiempo de ver cómo se moría Vertuoso.

Había conseguido ponerse de pie, pero sus tres patas temblaban como locas. Tenía la cabeza agachada y la movía de un lado para otro como si estuviera diciendo que no.

Como no podía ser menos, Pauline se empezó a reír.

Vertuoso dejó de zangolotear la cabeza y nos miró. Me miró. Me miró a la cara y me guiñó un ojo. Lo juro por Dios. El viejo chucho me guiñó el ojo como si compartiéramos un secreto. Luego se cayó de lado y se murió. Las tres patas temblaron un poco más antes de replegarse lentamente contra su cuerpo. Estaba claro a dónde había ido.

No dijimos nada; nos limitamos a observar fijamente al pobre viejo. Por fin Magda se acercó a echarle un vistazo.

—Jesús, no tendría que haber dicho todas esas cosas feas sobre él.

El perro muerto se tiró un pedo. Uno largo. Ahí estaba su último aliento, saliendo por la puerta equivocada. Magda retrocedió como impulsada por un resorte y me fulminó con la mirada.

Pauline se cruzó de brazos.

—¡Qué raro! Hace dos segundos estaba vivo y ya no. Es la primera vez que veo morir a algo.

Una de las pocas ventajas de ser joven. Cuando se tienen diecisiete años, la muerte es una estrella a años luz de distancia que apenas si se vislumbra aun con un

potente telescopio. Después te haces mayor y descubres que de estrella lejana nada; es un puto asteroide inmenso que se acerca a tu cabeza a una velocidad vertiginosa.

—¿Ahora qué, doctor Doolittle?

—Ahora supongo que tendré que enterrarlo.

—Hazlo donde quieras menos en nuestro jardín.

—Se me había ocurrido que debajo de tu almohada sería el lugar ideal.

Cruzamos la mirada y sonreímos a la vez. Lanzó un beso al aire que nos separaba.

—Vamos, Pauline. Hay cosas que hacer.

Se fue, pero Pauline vaciló. Mientras caminaba despacio hacia la puerta seguía mirando fijamente al perro, como si estuviera hipnotizada. En el umbral se detuvo y se quedó mirando un poco más. Fuera, en la oficina, se produjo un repentino estallido de carcajadas. Evidentemente, Magda acababa de comunicar la mala nueva a los demás.

—Vete con tu madre, Pauline. Quiero envolverlo y sacarlo de aquí.

—¿Dónde vas a enterrarlo?

—En algún lugar cerca del río. Que tenga buenas vistas.

—¿Eso es legal, enterrarlo ahí?

—Si me pilló haciéndolo, me arrestaré.

Aquello consiguió sacarla de su trance y se largó.

Incluso muerto el viejo parecía derrotado. Cualquiera que hubiese sido la vida que había llevado, llegaba al final del trayecto sin nada y con las cuatro patas por delante (bueno, con las *tres*). Había dado todo cuanto tenía. Eso saltaba a la vista con solo echarle un vistazo. Tenía la cabeza recogida contra el cuerpo; las gruesas cicatrices rosadas de su coronilla ofrecían un aspecto espantoso. ¿Dónde demonios las habría conseguido?

Me agaché, encajé los extremos de la manta ordinaria alrededor de su cuerpo y lo enrollé lentamente en ella. El cuerpo era pesado y lánguido. Sobresalía su pata delantera, la buena. Mientras volvía a meterla en la manta, me detuve y se la estreché.

—Me llamo Frannie. Hoy seré tu porteador.

Levanté el bulto y me dirigí a la puerta. Sin previo aviso esta se abrió y apareció en el hueco el agente Big Bill Pegg, esforzándose por no sonreír.

—¿Necesita ayuda, jefe?

—No, ya está. Aguanta esa puerta. —Fuera había un montón de gente de pie que aplaudió a mi paso—. Muy agradecidos.

—Yo que tú no abriría una tienda de mascotas, Fran.

—Eh, ese perro se ha liado la manta a la cabeza.

—Menudo desagradecido... lo invitas a comer y va y se muere.

—Lo que pasa es que sentís envidia porque no la ha palmado en vuestro despacho. —Seguí andando. Sus risas y chistes me siguieron hasta la puerta. Vertuoso no pesaba poco. Cargar con él hasta el coche no era lo más fácil que me había tocado hacer ese día. Una vez allí, lo dejé en la puerta del maletero y saqué las llaves del

vehículo de mi bolsillo. Metí una en la cerradura y la giré, pero aparte de escucharse un chasquido no ocurrió nada más. El cuerpo mantenía la tapa abajo. Me lo eché sobre un hombro y volví a girar la llave. Se levantó la puerta. Antes de que pudiera hacer nada, un vozarrón a un paso de distancia de mi oído izquierdo bramó:

—¿Por qué metes ese perro en tu maletero, Frannie?

—Porque está muerto, Johnny. Voy a enterrarlo. Johnny Petangles, el tonto del pueblo, se puso de puntillas y se arrimó a mi hombro para verlo mejor.

—¿Puedo ir contigo y mirar?

—No, John. —Intenté encajar a Vertuoso contra una de las paredes del maletero para que no resbalara mientras conducía, pero alguien se interponía en mi camino—. ¡John, quita de en medio! ¿No tienes otra cosa que hacer?

—No. ¿Dónde vas a enterrarlo, Frannie? ¿En el cementerio?

—Allí solo se entierra a la gente. Todavía no lo he decidido. ¿Quieres hacer el favor de apartarte para que pueda acomodarlo ahí dentro?

—¿Por qué quieres que esté cómodo si está muerto?

Me detuve y cerré los ojos.

—John, ¿te apetece una hamburguesa?

—Estaría bien.

—Estupendo. —Saqué cinco dólares del bolsillo y se los di—. Vete a comer una hamburguesa y, cuando termines, acércate hasta mi casa y échale una mano a Magda metiendo la leña, ¿vale?

—Vale. —Se quedó plantado con el dinero en la mano—. Si me dejas que vaya contigo estaré callado.

—Johnny, ¿es que voy a tener que gritarte?

—Siempre dices lo mismo. —Miró el reloj de Arnold Schwarzenegger que le había regalado hacía unos años, cuando atravesaba su fase de *Terminator*—. ¿Cuánto tiempo tengo antes de ir a tu casa? No quiero comer muy deprisa. Me da gases.

—Tómate el tiempo que quieras. —Le di una palmada en el hombro y me dispuse a subir al coche.

—No sabía que eras amigo de un perro, Frannie.

—Los perros saben lo que es el amor, John. Ellos escribieron el libro.

Mientras me alejaba comprobé el retrovisor. Johnny me despedía como lo haría un niño pequeño; su mano batía arriba y abajo.

Magda opina que se puede conocer la personalidad de alguien según lo que guarde en su coche. Detenido frente al semáforo de April Avenue, torcí la cabeza hacia el asiento del copiloto y vi lo siguiente: tres cajetillas de Marlboro sin abrir, un teléfono móvil de baratillo estropeado después de haberse caído demasiadas veces al suelo, una edición de bolsillo de relatos de John O'Hara y un sobre todavía cerrado, remitido desde el hospital de la ciudad, que contenía los resultados de una lavativa de

bario. En la guantera había una latita de caramelos de menta marca «Altoids», una copia en vídeo de *La vuelta al mundo en ochenta días* y varios CD de música disco de los setenta que solo yo quería escuchar. Los únicos objetos de interés de todo el vehículo eran la Beretta que llevaba debajo del brazo y el cuerpo del perro del maletero. El contenido me deprimía. ¿Y si viviéramos al pie del Vesubio y este decidiera entrar de nuevo en erupción en ese preciso instante? La lava y las cenizas me matarían y me conservarían en perfecto estado dentro de mi ataúd Ford de dos toneladas. Dentro de unos cuantos miles de años me desenterrarían unos arqueólogos y determinarían quién era yo en función de las cosas que me rodeaban: cigarrillos, KC y la Sunshine Band, los resultados de un análisis rectal y el cadáver de un perro. ¿A qué período pertenezco?

¿Dónde iba a enterrar a Vertuoso, y con qué? No tenía ninguna herramienta en el coche. Antes tendría que pasar por casa y coger una pala del garaje. Viré rápidamente a la izquierda y bajé por Broadway.

El día de su octogésimo cumpleaños, mi padre había jurado no volver a leer jamás un libro de instrucciones. Falleció un mes más tarde. Lo menciono ahora porque utilicé la misma pala para enterrarlo. La gente pensó que me había vuelto loco. En los cementerios hay palas excavadoras diseñadas para ese propósito, pero a mí se me ocurrió que preparar el último lecho de mi padre tenía algo de bueno y antiguo. No sabría recitar un kaddish por su alma, pero sí podía excavarle al menos un agujero con mis propias manos. Aquel día de verano, bajo un sol de justicia, cavé una tumba con una sonrisa en la cara. Johnny Petangles estaba sentado en el suelo a mi lado y me hacía compañía. Me preguntó adónde íbamos cuando moríamos. Le dije que a Bangladesh, si nos habíamos portado mal. Al ver que no me entendía, le pregunté que adónde pensaba él que íbamos. Al océano. Nos convertimos en piedras y Dios nos tira al océano. ¿Sería allí donde estaba ahora mi padre, sirviendo de refugio para los calamares griegos? Mientras conducía, me pregunté qué habría opinado Johnny sobre el destino de los animales muertos.

Crepitó la emisora.

—¿Jefe?

—McCabe al habla.

—Jefe, tenemos un altercado doméstico en Helen Street.

—¿Schiavo?

—Bingo.

—De acuerdo, ando cerca de allí. Yo me encargo.

—Mejor tú que yo. —El mensajero soltó una risita y cortó la comunicación.

Meneé la cabeza. Donald y Geraldine Schiavo, apellido de soltera Fortuso, habían sido mis compañeros de clase en el instituto de Crane's View. Se casaron justo después de licenciarse y desde entonces no habían dejado de pelearse. Cuando no era ella la que le pegaba en la cabeza con una cacerola, era él quien le pegaba en la cabeza con una silla. Lo que tuvieran más a mano. La gente llevaba años

aconsejándoles que se divorciaran, pero los dos tortolitos no tenían otra cosa en el mundo aparte del odio mutuo que se profesaban, así que, ¿cómo iban a renunciar a eso? Según mis cálculos, sus respectivas ollas silbaban a punto de estallar una vez al mes y uno u otro salía escaldado.

Había un grupo de adolescentes en la acera delante de la casa de los Schiavo, riéndose.

—¿Qué pasa, chavales?

—Joder, señor McCabe, ahí dentro tienen montada *La guerra de las galaxias*. Tenía que haberla oído chillar antes. Pero ya hace rato que no pasa nada.

—Será la pausa entre asalto y asalto. —Crucé el sendero hasta la puerta y giré el pomo. Estaba abierto—. ¿Hay alguien en casa? —Lo repetí cuando no contestó nadie. Silencio. Entré y cerré la puerta. Lo primero que me llamó la atención fue lo limpia que estaba la casa y lo bien que olía. Geri Schiavo era una mujer holgazana y desordenada a la que le importaba un comino que su hogar apestara. De su marido podía decirse lo mismo. Una de las cosas molestas de tener que separarlos un mes tras otro era ir a su casa, que olía invariablemente a sudor, a habitaciones cuyas ventanas llevaban demasiado tiempo cerradas y a comida rancia que ni siquiera te apetecía probar.

Esta vez no. Hacía poco que había abierto en la ciudad un comercio donde se vendía un amplio surtido de té exóticos. Yo no bebo té, pero siempre encontraba alguna excusa para entrar allí solo para aspirar el aroma. Después de la confusión inicial que me había asaltado ante el orden y el lustre de la casa de los Schiavo, me di cuenta de que olía igual que en la tienda de té: una fragancia penetrante y maravillosa que hacía que tu olfato pensara en cosas deliciosas.

Las sorpresas tampoco se acabaron ahí, porque la casa estaba vacía. Recorrí las habitaciones en busca de Donald y Geri. No había cambiado nada desde mi última visita. El mismo sofá de saldo y el mismo Barcalounger prehistórico pegaditos en la sala de estar como vagabundos sentados en una acera. Fotografías de la familia en la repisa, un escuálido canario de color amarillo pis brincando en su jaula, todo igual. Pero en todo se apreciaba ese orden y esa pulcritud que yo no había visto en esa casa nunca antes. Era como si la pareja se hubiera preparado para dar una fiesta o para recibir una visita importante y, en cuanto lo tuvieron todo a punto, los dos se hubiesen largado.

Fui al sótano, temiendo descubrir allí abajo una desagradable respuesta al misterio de arriba: a los dos Schiavo colgados de sendas vigas, o a uno encima del cadáver del otro con una expresión maliciosa en el rostro y una pistola en la mano. Nada de eso. En el sótano solo había revistas ordenadamente apiladas, muebles viejos y trastos. E incluso esos se habían colocado con esmero en un rincón. También ahí abajo olía bien. Era de lo más extraño. ¿Qué demonios estaba pasando?

Su patio era tan grande como una parada de autobús, pero el césped estaba segado. Nunca había visto que la hierba de ahí fuera levantara menos de quince

centímetros del suelo. En cierta ocasión había llegado a ofrecer mi cortacésped a Donald, que rehusó refunfuñando.

De nuevo en la casa me senté en el Barcalounger para darle vueltas a la cabeza. Casi doy con el culo en el suelo cuando se reclinó hasta atrás del todo sobre unos muelles inexistentes. Con los pies en el aire por unos segundos, logré enderezar el cacharro. Entonces vi la pluma.

Había una chimenea cegada al otro lado de la habitación. Mientras peleaba con la fuerza de la gravedad para devolver la estúpida silla a la tierra, vislumbré un destello asombrosamente brillante en el suelo, delante de la chimenea. Con las rodillas temblorosas tras la contienda, me acerqué a la pluma y la recogí. De unos veinticinco centímetros de longitud, era una mezcla de los colores más brillantes imaginables. Púrpura, verde, negro, naranja... y más. No lograba imaginarme un objeto más inapropiado para el hogar de aquel par de marranos, pero ahí estaba. Me lo quedé mirando mientras llamaba a la comisaría y le contaba a Bill Pegg lo que había visto.

—Esa sí que es una novedad. A lo mejor los han teletransportado de regreso a la nave nodriza.

—El capitán Picard no querría a esos dos en la *Enterprise*. ¿No ha habido denuncias, Bill? Accidentes de tráfico o algo.

—Nada. ¿No sería genial que la palmaran? Se acabó el tener que subir hasta allí. No, nadie ha efectuado ninguna denuncia.

—Llama a Michael Zakrides en el hospital y pregúntale. Me voy a casa a coger una cosa y luego bajaré al río. Llámame al busca si te enteras de algo.

—Vale. ¿Qué vas a hacer con el chucho, jefe? ¿Por qué no lo dejas ahí para que se lo encuentren los Schiavo cuando vuelvan a casa? ¡Mételo en el horno! Eso dejaría a Geri sin habla durante cinco minutos por lo menos.

Di vueltas a la pluma entre mis dedos.

—Hablares más tarde. Oye Bill, otra cosa...

—¿Sí?

—¿Sabes algo de pájaros?

—¿Pájaros? La Virgen, no sé. ¿Por? ¿Qué pasa con los pájaros?

—¿Qué clase de ave tiene las plumas de unos veinticinco centímetros de longitud y un montón de colores brillantes?

—¿Un pavo real?

—Lo había pensado ya, pero creo que no. Sé qué aspecto tiene una pluma de pavo real. Esta no es así. Las plumas de pavo real tienen un diseño más simétrico. También tienen dibujado ese redondel grande. Esta no es de esas.

—¿Qué no es de esas? ¿De qué estás hablando?

Salí de mi ensimismamiento y comprendí que estaba pensando en voz alta mientras observaba la pluma.

—No es nada. Luego te llamo.

—¿Frannie?

—¿Sí?

—Mete el perro en el horno.

Colgué.

¿Cómo podía haber tantos colores distintos en una pluma tan delgada? No conseguía dejar de mirar la maldita cosa pero sabía que tenía que ponerme en marcha. De nuevo en la calle, un par de los chavales de antes seguían merodeando por allí, esperando probablemente a que empezaran los fuegos artificiales de los Schiavo. Les pregunté si habían visto salir a alguien de la casa antes de mi llegada. Dijeron que no. Cuando les conté que el sitio estaba vacío no se lo creyeron.

—Tiene que haber alguien ahí dentro, señor McCabe.

¡Tendría que haberlos oído gritar!

Saqué una cajetilla de tabaco y les ofrecí.

—¿Qué decían?

Le encendí el cigarrillo a uno y exhaló una línea de humo.

—Nada especial. Ella lo estaba llamando mamón y gilipollas. Pero a voces. ¡Caray, qué voces! Seguro que la oían hasta en el centro.

—¿Y él? ¿Donald no decía nada?

El otro muchacho bajó la voz cuatro octavas y puso cara de estar a punto de convertirse en el alma de la fiesta.

—¡PUTA! ¡Vete a tomar por el culo, *fica* imbécil! ¡Haré lo que me salga de los cojones!

—¿Foca?

—No, *fica*. Ya sabe, es chocho en italiano.

—¿Qué haría yo sin vosotros? Escuchad, si veis que regresa alguno de ellos, llamadme a este número. —Entregué mi tarjeta a uno.

—¿Qué es eso? —Señaló la pluma.

—¿A que es bonita? La encontré tirada en el suelo. —La sostuve en alto. La admiramos en silencio.

—A lo mejor es que iban a hacer algo con plumas, ya sabe, alguna cochinada. — El chaval sonrió de oreja a oreja.

—Mirad, cuando yo era joven, la mayor cochinada que oí jamás era que la gente se vestía de cuero y se daba de latigazos. Casi me da un ataque. Pero los chicos de ahora sabéis más que Alex Confort.

—¿Y ese quién es?

De regreso al coche, metí la pluma con cuidado debajo del parasol que había encima del asiento del conductor. ¿Por qué estaba abierta la puerta principal de esa casa? ¿Y la trasera? Ya nadie se deja las puertas abiertas, ni siquiera en Crane's View. Donald Schiavo trabajaba de mecánico en Birmfion Motors. Llamé al taller y hablé con una secretaria que me dijo que había salido para comer hacía cuatro horas y todavía no había regresado. El jefe estaba que se subía por las paredes porque Donald tenía un 4x4 todavía en el elevador y el cliente estaba esperando.

Me desentendí del asunto. Los Schiavo se habían ido a alguna parte. Ya aparecerían. Mientras conducía hacia mi casa, intenté recordar en qué rincón del garaje había puesto la pala.

Una hora más tarde topé con otra raíz y me tiré de los pelos. Tiré la pala lejos de mí, me llevé una mano sucia a la boca y me mordí. Hacía diez semanas, día arriba día abajo, que no me sentía tan frustrado. Mi plan había sido de lo más sencillo: conducir hasta el río. Encontrar un lugar bonito, cavar un hoyo para Vertuoso, soltarlo dentro, dulces sueños, de vuelta al despacho. Pero se me había olvidado que estaban metiendo tuberías a orillas del río y que con tantos hombres y máquinas por allí, un perro muerto y yo no pintábamos nada.

Así que conduje dando un rodeo hasta el bosque que hay detrás de la casa de los Tyndall y busqué hasta encontrar un sitio de primera. Los rayos de sol caían a través de la techumbre de hojas. No había más ruido que el que hacía el viento al silbar entre los árboles y el trino de las aves. El aire olía a verano y a tierra.

Estaba de tan buen humor que me puse a cantar «Hi Ho, Hi Ho, tenemos que trabajar» mientras hundía la pala en el suelo blando. Cinco minutos después tropezaba con la primera raíz, que resultó ser tan gruesa como el monstruo subterráneo de *Temblores*. Sin amilanarme (Hi Ho, Hi Ho), me encogí de hombros y empecé a excavar en otro sitio. Pero resulta, quién me lo iba a decir, que había raíces por *todo* aquel viejo bosque. Mientras Vertuoso se ponía rígido en el maletero de mi coche, también mi rabia se ponía rígida como una furiosa erección de al menos treinta centímetros de largo.

Cuando acabé de morderme la mano y me hube fumado tres cigarros pensé muy despacio y con una calma forzada: probaré en otro sitio. Si eso no sale bien... Y esto es lo más interesante: por furioso y frustrado que me sintiera ante la renuencia de la tierra a aceptar mi hoyo, ni por un instante consideré la posibilidad de llevar el cuerpo del chucho a la perrera y hacer que lo incineraran. Vertuoso *tenía* que ser enterrado. Tenía que ser depositado en el suelo con cariño y ternura. No sabía por qué se me había metido esa idea en la cabeza, pero así era. No le debía nada. Ni años de estrecha camaradería, ni estupenda compañía en mis momentos de soledad y depresión, ni días de verano lanzándole palos en el jardín. ¿El mejor amigo del hombre? Pero si ni siquiera lo conocía. No era más que un perro hecho polvo al que se le había ocurrido estirar la pata en el suelo de mi despacho. Vale, en parte se debía a lo que había mencionado Magda: me gustan los perdedores. Me pasaba la mayor parte del tiempo en su lado de la calle. Fracasados, embusteros, cabezas huecas, borrachos y delincuentes: para mí todos; yo invito. Vertuoso parecía pertenecer a todo lo dicho a la vez. Estaba seguro de que, si fuese una persona, su voz sonaría como un molinillo de café y tendría el cerebro hecho trizas por culpa de los excesos. Pero el hecho de que hubiera entrado en mi vida poseía un matiz especial. Si me preguntaran

qué era, mentiría si dijese que lo sabía. Lo único que sabía con toda certeza era que debía encargarme de su entierro y eso era precisamente lo que pensaba hacer. De modo que me guardé mi mal humor y empuñé la pala de nuevo. Esta vez dio resultado.

Cavar un agujero profundo requiere más esfuerzo del que te imaginas. Además de que te destroza la piel de las manos. Pero encontré un sitio de unos cuantos metros de extensión que me permitió horadar todo lo que quise sin poner más obstáculos en mi camino. Cuando hube terminado, el agujero medía un metro aproximado de profundidad y era lo suficientemente ancho. Allí estaría de maravilla.

Lo más interesante de todo fue lo que salió con la última palada de tierra. En lo alto del montoncito oscuro había algo mucho más brillante, casi blanco. Producía un contraste tan acusado que resultaba imposible pasarlo por alto. Dejé la pala en el suelo y alargué el brazo hacia lo que fuera que fuese aquello. Al principio pensé que se trataba de un palo desteñido hasta perder todo el color. De unos veinticinco centímetros de largo, era de un gris plateado y tenía un extremo aserrado, como si hubiera estado sujeto a algo de mayor tamaño y lo hubieran arrancado. Al acercármelo para echarle un vistazo más detenido, la plata se trocó en un blanco cremoso y resultó que no era ningún palo sino una especie de hueso.

Nada de lo que extrañarse. Los bosques están llenos de esqueletos de animales. Incluso llegué a sonreír, pensando que había profanado la tumba de algún animal mientras cavaba la de otro. El ultraje definitivo: ¿es que hoy en día una ardilla ni siquiera puede descansar en paz? ¡Llamen a la ASPCA! Crueldad con animales muertos.

A Pauline le interesaba la zoología. Supuse que le gustaría echarle un vistazo al hueso, así que me lo guardé en un bolsillo y me encaminé al coche para recoger a Vertuoso.

Al abrir el maletero y mirar dentro me llevé un buen susto. El perro, que estaba tendido de costado, había abierto su único ojo y me miraba fijamente. Da igual lo controlado que seas o lo acostumbrado que estés a codearte con cadáveres, el que un fiambre te dirija la mirada nunca es como un paseo por las nubes. En esos ojos sigue habiendo la suficiente vida como para hacer que te pases la lengua por los labios y tuerzas la cabeza, esperando que cuando vuelvas a mirar les haya dado por cerrarse solos.

—Te voy a meter en la cama, Vertuoso, nada más. Verás qué bien se está ahí. Es un sitio estupendo para quedarse. —Colé las manos debajo de su cuerpo y lo saqué del maletero. Pesaba más que antes, pero supuse que se debía a que yo estaba cansado tras tanto cavar. Me temblaban ligeramente los brazos mientras cargaba con él. La luz que se filtraba entre los árboles caía sobre mis zapatos a intervalos. Pisé con cuidado en el hoyo y lo deposité en él con todo el cuidado que pude. El cuerpo se había contorsionado un poco y lo arreglé. El ojo seguía estando abierto y la punta de su lengua asomaba por la comisura de su boca. Pobre viejo. Salí y cogí la pala, listo para

empezar a echarle tierra encima. Pero había algo que me seguía dando mala espina. Se me ocurrió una idea. Volví al coche y saqué la larga pluma del parasol.

La prendí de su collar. Como si se tratase de un rey egipcio listo para viajar al más allá rodeado de las riquezas que había poseído en vida, ahora Vertuoso tenía una bonita pluma que llevarse consigo. Se hacía tarde y yo tenía otros asuntos que atender. Me di prisa en rellenar la sepultura y prensé la tierra lo mejor que pude, esperando que ningún animal percibiera el olor y lo desenterrara.

Aquella noche, durante la cena, Magda me preguntó dónde lo había dejado. Tras describir mis peripecias en el bosque, me sorprendió diciendo:

—¿Te gustaría tener un perro, Frannie?

—No, no especialmente.

—Es que te has portado tan bien con él. A mí no me importaría tener uno. Los hay que son hasta majos.

—Magda, *aborreces* los perros.

—Eso es verdad, pero a ti te quiero.

Pauline puso los ojos en blanco con gesto teatral y se llevó su plato a la cocina. Cuando me cercioré de que no podía escucharnos, dije:

—No me importaría tener un gato.

Mi esposa parpadeó y frunció el ceño.

—Pero si *ya* tienes uno.

—Bueno, pues entonces no me importaría tener un conejito.

Aquella noche, después de hacer una visita a mi conejo favorito sobre la faz de la tierra, soñé con plumas, huesos y Johnny Petangles.

El día siguiente amaneció con tan buen tiempo que decidí dejar el coche en casa e ir al trabajo en moto. El final del verano se estaba asentando en la ciudad. Era mi estación preferida del año. Todo lo estival es más rico e intenso en esos momentos, porque sabes que pronto se acabará. La madre de Magda acostumbraba a decir que el perfume de las flores resulta más dulce cuando empiezan a pudrirse. Unos cuantos castaños habían empezado a soltar ya sus espinosas yemas amarillas. Golpeaban el suelo con un chasquido o sonaban contra los coches. Cuando se levantaba la brisa llegaba cargada con el olor de las plantas maduras y el polvo. El rocío perduraba más tiempo por la mañana porque el auténtico calor del día no empezaba hasta horas más tarde.

Tengo una moto de las grandes —una «Monster» Ducati— y solo por el acojonante sonido en plan «A tomar por culo: ¡Soy Dios!» de su motor de 900cc ya merecería la pena pagar lo que cuesta. No hay nada más agradable que conducirla despacio por Crane's View, Nueva York, en una mañana como aquella. El día todavía

no había empezado, el cartelito de «ABIERTO» seguía girado en el escaparate de su tienda. Una señora barre el umbral de su casa con una escoba roja. Un cachorro de Weimaraner, meneando como loco el mocho de su cola, olisquea los cubos de basura que hay en el bordillo. Un vejete tocado con una gorra blanca y vestido con un chándal hace *footing* despacio o camina tan deprisa como puede.

El ver a alguien haciendo ejercicio me inspiró de pronto el pensamiento de tomar galletas francesas y un café cargado de crema. Pararía para desayunar, pero antes tenía que hacer una cosa.

Tras unos cuantos giros sin prisa a derecha e izquierda, estacioné delante de la casa de los Schiavo para comprobar que nada había cambiado. No había ningún coche aparcado en el camino de entrada ni cerca del edificio. Sabía que tenían un Saturn azul, pero no había vehículos azules a la vista. Me acerqué a la puerta principal. Seguía abierta. Tendríamos que arreglar eso. No sería de recibo que entrara cualquier ladrón y se llevara sus estampados de la Bahía de Nápoles. Encargaría a alguien ese mismo día que colocara cerraduras temporales en las puertas y dejara una nota para los esquivos Donald y Geri. No es que importaran ellos ni sus pertenencias. Allí de pie, con las manos en los bolsillos y mirando en rededor, la mañana era demasiado preciosa como para permitir que un misterio de poca monta como aquel ocupara mis pensamientos, sobre todo cuando estaba relacionado con ese par de cretinos. Pero mi trabajo consistía en cuidar de las cosas, de modo que eso haría.

Sonó mi móvil. Era Magda, para informarme de que nuestro coche se negaba a arrancar. Era la reina de Odio la Tecnología y ostentaba su corona con orgullo. Esa mujer no quería saber cómo funcionaba un ordenador, ni una calculadora, ni ningún cachivache que soltara pitidos. Llevaba el balance de su talonario de cheques a fuerza de hacer multiplicaciones y divisiones con lápiz y papel, y cualquier coche se convertía en su enemigo si no arrancaba nada más girar la llave en el contacto. Lo irónico del caso era que su hija era una maga de la informática inmersa en pleno proceso de solicitar plaza en universidades selectas y especializadas en ese campo. Divertida, Magda observaba el talento de su hija y se encogía de hombros.

—Ayer conduje ese coche todo el día.

—Ya lo sé, caniche, pero sigue sin arrancar.

—¿No habrás calado el motor? Acuérdate de aquella vez...

Levantó la voz.

—Frannie, no sigas por ahí. ¿Quieres que llame al taller o prefieres arreglarlo tú?

—Llama al taller. ¿Seguro que no has...?

—Seguro. ¿Sabes otra cosa? Huele fenomenal en el garaje. ¿Has echado ambientador? ¿Qué has hecho?

—Nada. ¿El coche que ayer estaba perfectamente se niega a arrancar pero el garaje huele bien?

—Exacto.

Un latido. Dos latidos.

—Mag, me estoy mordiendo la lengua. Hay algo que quiero decirte pero me voy a contener.

—¡Estupendo! Tú sigue conteniéndote. Llamaré al taller. Hasta luego.

Clic. Si hubiera colgado más deprisa tendría que haberla multado por exceso de velocidad. Estaba convencido de que había metido la pata asfixiando el carburador o algo por el estilo. *Otra vez*. Pero en el matrimonio tienes que llegar a un acuerdo con tu pareja; longitud para ti, latitud para mí. Así, con un poco de suerte, juntos se puede trazar el mapa de un mundo compartido, reconocible por ambos y cómodo de habitar.

El trabajo aquella mañana consistió en el mismo «un poco de todo» de siempre. Vino la alcaldesa para discutir la conveniencia de plantar un semáforo en un cruce donde se habían producido demasiados accidentes en los últimos años. Se llama Susan Ginney. Nos habíamos acostado juntos cuando íbamos al instituto y Susan seguía sin perdonármelo. Hace treinta años yo era el malo más malo de la ciudad. Todavía circulan historias por ahí sobre la oveja descarriada que era por aquel entonces y casi todas son ciertas. Si tuviera un álbum de fotos de esa época, aparecería de perfil o mirando al frente en todos los retratos, con un número de identificación policial entre las manos.

Al contrario que mi bellaca persona, Susan era una buena chica a la que un buen día le pareció escuchar la llamada de lo salvaje y decidió ser igual de mala que una cazadora vaquera. Empezó a juntarse conmigo y el resto de la pandilla. Aquel error no tardó en convertirse en desastre. Acabó retirándose de las humeantes ruinas de inocencia, fue a la universidad y estudió política mientras yo iba a Vietnam (en contra de mi voluntad) y estudiaba cadáveres.

Tras licenciarse Susan vivió en Boston, San Diego y Manhattan. Un buen día regresó para visitar a su familia y decidió que no hay nada como el hogar. Contrajo matrimonio con un importante abogado del mundo del espectáculo al que le hizo gracia la idea de vivir en una ciudad pequeña a orillas del Hudson. Compraron una casa en Villard Hill y, un año después, Susan presentó su candidatura al mando del ayuntamiento.

Lo curioso del caso es que su marido, Frederick Morgan, es negro. Crane's View es una ciudad conservadora compuesta principalmente por familias irlandesas e italianas de clase media y media-baja que no hace tantas generaciones que cruzaron el charco. De sus antepasados han heredado la obsesión por la estrechez de los lazos familiares, la voluntad de trabajar duro y la desconfianza generalizada hacia todo lo que sea diferente. Antes de que vinieran los Morgan/Ginney, nunca había vivido una pareja mixta en la ciudad. Si hubieran llegado a principios de los sesenta, cuando yo era crío, nos habríamos hartado a decir negrata y les habríamos destrozado las ventanas a pedradas. Pero gracias a Dios hay cosas que cambian. En los ochenta salió elegido un alcalde negro que hizo un buen trabajo y dio lustre al ayuntamiento. Desde

el principio los vecinos comprendieron que los Morgan eran una buena pareja y tuvimos suerte de contarlos entre nosotros.

Cuando se mudaron a Crane's View y Susan se enteró de que yo era jefe de policía, al parecer reaccionó tapándose la cara con las manos y soltando un gemido. Cuando nos cruzamos en la calle por primera vez después de quince años vino hacia mí directamente y, con tono acusatorio, dijo:

—¡Tendrías que estar en la cárcel! ¿Pero te matriculaste en la universidad y ahora eres jefe de *policía*?

—Hola Susan —dije dulcemente—. *Tú* has cambiado. ¿Por qué no puedo yo?

—Porque eres horrible, McCabe.

Cuando salió elegida alcaldesa, me dijo:

—Tú y yo vamos a tener que colaborar muy a menudo y quiero tener la conciencia tranquila al respecto. Fuiste el *peor* novio de la historia del pene. ¿Eres buen policía?

—Ajá. Puedes mirar mi historial. Seguro que lo haces.

—Tienes razón. Lo voy a mirar detenidamente. ¿Eres corrupto?

—No me hace falta. Saqué un montón de pasta de mi primer matrimonio.

—¿Robaste a tu mujer?

—No. Le di la idea para un programa de televisión. Era productora.

Entornó los ojos.

—¿Qué programa?

—*Hombre al agua*.

—Ese es el programa de televisión más ridículo...

—Y con más éxito por una temporada.

—Sí. ¿La idea fue tuya? Supongo que tendría que sentirme impresionada pero no es así. ¿Nos ponemos manos a la obra?

Durante nuestra reunión para hablar de semáforos aquella mañana de verano, terminé informando a Susan de lo acontecido en la ciudad desde el punto de vista policial en la última semana. Como de costumbre, me escuchó con la cabeza agachada y una pequeña grabadora plateada en la mano por si quería anotar algo. Lo cierto era que no había ocurrido nada interesante. Bill Pegg tuvo que recordarme que le comentara la desaparición de los Schiavo.

—¿Qué estás haciendo al respecto? —Se acercó la grabadora a los labios, vaciló y volvió a bajarla.

—Preguntar por ahí, hacer algunas llamadas, poner cerraduras en sus puertas. Es un país libre, alcaldesa, pueden largarse si les apetece.

—Por la forma en que se han ido parece algo extraño.

Pensé en eso.

—Sí, pero conozco a los Schiavo y tú también. Los dos son unos pirados

emocionales. No me cuesta nada imaginármelos teniendo una discusión de las gordas y saliendo disparados en direcciones opuestas, con los dos pensando seguramente: «Pasaré fuera toda la noche y le daré un buen escarmiento». El único problema es que a ninguno se le ocurrió echar la llave al salir.

—¡Ah, el amor! —dijo Bill, desenvolviendo su sándwich del mediodía.

—¿Has hablado con sus padres?

Respondió Bill con la boca llena.

—Yo sí. No saben nada.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar por lo general antes de redactar un informe de personas desaparecidas?

—Veinticuatro horas.

—Frannie, ¿te ocuparás de hacerlo si es necesario?

Asentí con la cabeza. Susan miró a Bill y, con voz entrecortada, le preguntó si no le importaba dejarnos a solas un momento. Sorprendido, él se apresuró a levantarse y salir. Susan no había hecho nunca algo así. Era franca y directa como la que más. Yo sabía que apreciaba a Bill por su inteligencia y su sinceridad y por los mismos motivos ella le caía bien a él. Pedirle que se fuera significaba que estaba a punto de aterrizar en aquella sala algo gordo y seguramente personal. Cuando se hubo cerrado la puerta me enderecé en la silla y la observé. De pronto se resistía a mirarme a los ojos.

—¿Qué sucede, alcaldesa? —Intenté sonar agradable e intrascendente, como la capa de nata de un capuchino que atraviesas con la lengua antes de saborear el café que hay debajo.

Inhaló hondo y sonoramente. Era uno de esos alientos que coges antes de decir algo que lo va a cambiar todo. En cuanto sale sabes que tu mundo ya nunca volverá a ser el mismo.

—Fred y yo nos vamos a separar.

—¿Eso es bueno o malo?

Se rió, ladró más bien, y se echó el pelo hacia atrás.

—Qué propio de ti, McCabe, decirlo de ese modo. Todo el mundo hasta ahora me ha soltado «¡qué putada!», o «pobrecita», o algo por el estilo. Pero McCabe no. Tú siempre das justo en el clavo.

Giré las palmas de las manos hacia arriba con gesto de, ¿qué otra cosa quieres que diga? Esperó a que yo hablara.

—Se va a plantar guindillas.

—¿Cómo dices?

—Es lo que dijo mi primera esposa cuando nos separamos. En Bolivia hay una tribu primitiva donde dicen, cuando muere uno de sus miembros, que se ha ido a plantar guindillas.

—Fred detesta las guindillas. Detesta toda la comida picante. —Estaba claro que le hacía falta algo inane y seguro que decir para coger carrerilla y saltar por encima

de la dolorosa declaración que acababa de hacer. Por eso había intentado ayudarla con el comentario sobre las guindillas.

—¿Cómo te sientes?

Intentó esbozar una sonrisa pero no dio resultado.

—Como si hubiera saltado de la cornisa de un edificio y todavía me faltaran unos cuantos pisos antes de llegar al suelo.

—Lo ilógico sería que no fuese así. Yo me compré un coatí cuando me separé y luego se me olvidó darle de comer. ¿Crees que la separación es definitiva o solo os lo tomáis como un período de prueba?

—Es definitiva, sí.

—¿Idea tuya o de él?

Levantó la cabeza despacio. Me miró con fuego y puñales en los ojos, pero no dijo nada.

—Es una pregunta, Susan, no una acusación.

—¿Tu separación fue idea tuya o de tu mujer?

—Mía, supongo que mía. Gloria se cansó de mí y empezó a ponerme los cuernos.

—¡Entonces fue culpa suya!

—La culpabilidad siempre resulta conveniente porque no tiene término medio: Culpa mía. Culpa tuya. Pero en el matrimonio las cosas no están tan claras. Tú lo fastidias a él por aquí, él te fastidia a ti por allá. A veces se acaba con un retrete tan lleno de mierda que ninguno de los dos se atreve a tirar de la cadena.

Aquella conversación me hizo echar de menos a mi esposa y comprender cuán afortunado era por tenerla. Hizo que quisiera verla de inmediato, así que fui a casa a comer. Pero Magda no estaba y Pauline tampoco. Por distintas que fuesen, a las dos les gustaba pasar el tiempo en mutua compañía. A cualquiera le gustaría pasar el tiempo en compañía de Magda. Era graciosa, resuelta y muy perspicaz. La mayoría de las veces sabía lo que te convenía aunque ni siquiera tú lo supieras. Era obstinada pero no intransigente. Sabía qué cosas le gustaban. Si tú le gustabas, se ensanchaba tu mundo.

Mi primera esposa, la nada gloriosa Gloria, encogía el mundo igual que la lluvia unos zapatos de piel y me hacía sentir como si en él no hubiera sitio para mí. Era guapa, deshonesto hasta la saciedad, bulímica y, como descubriría más tarde, más promiscua que una coneja. Al final de nuestra relación encontré una nota que había redactado y, con toda probabilidad, dejado a la vista para que yo me tropezara con ella. Decía: «Odio su olor, su semen y su saliva».

A la vista de que tenía que almorzar solo, me senté en el salón escuchando mis pensamientos y el zumbido de un cortacésped a lo lejos. Si el matrimonio de Susan se había acabado de verdad, no le envidiaba el siguiente tramo de su vida. Al contrario, me encontraba en una posición tal que no envidiaba nada a nadie. Me gustaban mis

días, mi pareja, mi trabajo, mi entorno. Estaba en vías de gustarme a mí mismo, pero ese era un proceso delicado que nunca se terminaba.

Al agradable aroma de mi sándwich de bacón, lechuga y tomate se impuso una fragancia extraña cada vez más penetrante. No le presté mucha atención mientras almorzaba, pero se hizo tan insistente que cuando me ponía entre los labios el cigarrillo de después de las comidas me detuve y aspiré a conciencia.

El olfato a veces se parece a un topo sacado de pronto a la luz. Bajo tierra —en tu subconsciente— sabe exactamente lo que se hace y te guía: eso apesta, mantente lejos. Eso huele bien, dale un bocado. Pero sácalo a la superficie, pregúntale *¿Qué es ese olor?* y moverá su ciega cabeza a un lado y a otro en círculos aturridos y perderá todo su sentido de la orientación.

—¿Qué cojones ES ese olor? —pregunté en voz alta, pero mi olfato no me lo podía decir porque *ese* olor era una incomprendible combinación de aromas que me habían agradado siempre. Este es un momento crucial, pero no sé cómo describirlo de modo que tenga más sentido.

En Vietnam visitaba a una prostituta que siempre llevaba determinado tipo de orquídea sujeto en el pelo. Su inglés era mínimo, por lo que la única traducción comprensible que supo darme del nombre de la flor fue «aliento de pájaro». Naturalmente, cuando regresé a los Estados Unidos y pregunté, nadie había oído hablar nunca de una orquídea aliento de pájaro. Y yo nunca volví a aspirar su perfume hasta aquella tarde en mi salón en Crane's View, Nueva York, a quince mil kilómetros de Saigón. Estaba claro que mi cerebro había archivado ese aroma hacía mucho tiempo y se había olvidado de él. Ahora aparecía de nuevo. ¿Te acuerdas de mí?

Pero no era más que uno dentro de una convulsa y elusiva combinación de olores que yo atesoraba. Hierba segada, humo de leña, asfalto caliente, el sudor de una mujer con la que haces el amor, la colina «Orange Spice» de Creed, café recién molido... toda mi lista de favoritos y alguno más. Todos ellos se habían condensado *al mismo tiempo* en el aire. Cuando el fenómeno hubo captado toda mi atención, ni mi subconsciente ni mi consciente se lo pudieron creer.

Tenía que levantarme, tenía que averiguar de dónde procedía si no quería volverme loco. El rastro conducía al garaje. Recordé que en nuestra conversación anterior Magda había mencionado lo bien que olía allí. ¡Menudo eufemismo! No había ambientador en el mundo capaz de equipararse a esa fragancia tan deliciosa. Ahora era clavo, el cálido y sano olor de los cachorros. Pino, la lluvia sobre un bosque de pinos.

El coche estaba allí aparcado, con pinta de amigable y servicial. ¿No había venido ya el mecánico? Entonces, ¿por qué no lo había sacado Magda? El olor del cuero nuevo, un libro nuevo, lilas, carne a la brasa. Tenía un maletín de herramientas en el maletero. Todavía no había intentado arrancar el coche, pero ya que estaba ahí de pie, ¿por qué no aprovechar y sacar el maletín solo por si acaso?

No sé qué percibí primero, si lo que vi o lo que olí. Abrí el maletero. La intensidad de la fragancia se multiplicó por diez. Allí dentro descansaba el cadáver de Vertuoso. Otra vez. Prendidos de su collar estaban la pluma que había sacado de la casa de los Schiavo y el hueso que había desenterrado mientras cavaba su tumba.

## El mono de mi corazón

George Dalemwood es la persona más rara que conozco y uno de mis mejores amigos. No es que sea raro en plan «vive encaramado a un árbol, lleva calzoncillos de piel de ardilla y un casco rojo de albañil». Es raro, sin más. Está claro que no me gustaría vivir dentro de su cabeza, pero me encanta escuchar lo que sale de ella siempre y cuando me encuentre a una distancia prudencial. Y pese a todas sus excentricidades, lo más paradójico es lo que hace George para ganarse la vida: escribe manuales de instrucciones explicando cómo funcionan las cosas. ¿Cómo conseguir que esa compleja cámara nueva grave algo una vez fuera del envoltorio? Lee las instrucciones que redactó George Dalemwood. Son invariablemente claras, fiables y precisas. ¿Instalas un programa informático y no sale nada? Lee a George y verás qué pronto lo pones en marcha.

Lo más importante es que, como amigo, carecía de prejuicios y no tenía ideas preconcebidas sobre nada. Dado que yo era incapaz de asimilar lo que acababa de ocurrir, me subí al coche sin pensármelo dos veces y conduje hasta su casa, con el perro muerto de pasajero y todo. Sí, el coche arrancó a la primera, pero entonces estaba demasiado aturdido como para fijarme en ese detalle. Tan solo quería hablar con George.

Su casa está a pocas manzanas de la nuestra. Nada que destacar de ella: una planta, cuatro habitaciones, un porche que debería haberse acondicionado hace veinte años. Cuando llegué, Chuck, su perro salchicha, se estaba lamiendo las pelotas sentado en uno de los escalones del porche. Pasé por encima del animal y toqué el timbre. No hubo respuesta. ¡Maldita sea! ¿Y ahora qué? Fue entonces cuando recordé que el motor de mi coche supuestamente estaba ahogado. El perro muerto que supuestamente tenía que estar enterrado estaba en el maletero del coche que supuestamente se había quedado sin batería. ¡Maldita sea!

Volví los ojos al cielo esperando algún consejo divino, o lo que fuera, y vi a George mirándome sentado en su tejado.

—¿Qué haces ahí arriba? ¿No ves que he llamado al timbre?

—Sí.

—¡Pues baja, hombre, que necesito ayuda!

Sin delatar emoción alguna, respondió:

—Preferiría no tener que hacerlo. Lo que, a pesar de todo, me arrancó una sonrisa. Porque George llevaba dos meses leyendo y releendo *Bartleby* y decía que no pensaba parar hasta que lo entendiera. Antes de *Bartleby* había estado leyendo e intentando desentrañar *Mount Analogue* y antes de eso, todos los libros del doctor Doolittle. La puta colección entera. George esperaba que, si moría e iba al paraíso, este fuese como Puddleby-on-the-Marsh, la ciudad natal del buen doctor. Lo decía en serio.

—¿Quieres un Mars?

George comía tres cosas y solo tres: estofado, barritas de Mars y té griego de la montaña.

—No. Escucha. Te lo ruego como amigo, haz el favor de bajar y escucharme.

—Desde aquí te escucho perfectamente, Frannie.

—Pero, además, ¿qué haces ahí subido?

—Decidir cuál es la mejor manera de describir cómo se instala una antena parabólica.

—¿Y te tienes que sentar ahí arriba para eso?

—Algo así.

—¡Joder! Vale, si te vas a poner así... —Volví al coche, lo arranqué y di marcha atrás por encima del césped perfectamente cuidado hasta acercarme todo lo que pude a la casa. Abrí el maletero y señalé el cadáver con un dedo acusador. George arrastró el culo por el tejado un poco para poder ver mejor.

No logré impresionarlo.

—Tienes un perro muerto ahí guardado. ¿Y?

Con las manos en las caderas, con el sol de mediodía dándome directamente en los ojos, describí lo que había ocurrido con el perro en los últimos dos días. Cuando acabé se interesó solo por la pluma y el hueso. Quería verlos. Se los acerqué. Se inclinó sobre el borde del tejado para cogerlos y a punto estuvo de caerse.

—¡Por el amor de Dios, George! ¿Por qué tienes que complicarte tanto la vida? ¿Por qué no bajas aunque solo sean diez minutos? Luego te puedes volver a encaramar ahí arriba y pasarte el resto del día haciendo de antena.

Meneó la cabeza y, tras adoptar una postura más cómoda, tocó el hueso con la lengua. Si no lo conociera habría protestado, pero mi amigo hacía las cosas a su manera. Si querías codearte con él tenías que aceptarlo. Después de chuparlo unas cuantas veces, le propinó un delicado mordisco con los incisivos, pero sin romperlo. Desde abajo, oí el agudo chasquido de sus dientes contra el hueso. Parecido al de unas castañuelas. Un escalofrío me recorrió la columna ante la idea de meterme aquella cosa asquerosa en la boca.

—¿A qué sabe?

—No sé si será un hueso, Frannie. Es muy *dulce*.

—¡Estaba *enterrado en el suelo*, George! Habrá absorbido un montón de... —Me callé al ver que no me escuchaba. Daba igual lo que dijeras, si a George no le interesaba hacía oídos sordos. Era una interminable lección de humildad que te obligaba a escoger cuidadosamente tus palabras.

Lo siguiente fue la pluma. Olfateó esa prueba mucho tiempo, pero solo le propinó un ligero lametón. De alguna manera aquello me pareció más repugnante que lo del hueso y aparté la mirada. Vi que Chuck había dejado de enjugarse el manubrio y vigilaba atentamente a su amo igual que yo.

—Tú te lames las pelotas y él chupa plumas. No me extraña que viváis juntos. — Lo cogí en brazos y le di un beso en la cabeza mientras esperaba el informe del

laboratorio instalado en el tejado.

George me apuntó con la pluma.

—Esto tiene mucho que ver con lo que estaba pensando antes de que llegaras.

—¿Y qué era, si se puede saber?

—Teorías de la conspiración.

—¿Te subes al tejado para hacer de antena y pensar en teorías de la conspiración?

No me hizo caso.

—En Internet hay más de diez mil páginas dedicadas a los distintos complots que la gente cree que terminaron con la vida de la princesa Diana. La motivación esencial que impulsa todas las teorías de la conspiración es el egotismo: a *mí* no me cuentan la verdad. Lo mismo se aplica en este caso, Frannie. Eres policía; estás acostumbrado a la lógica. Pero aquí no hay ninguna, al menos por ahora. No te están contando la verdad. ¿Qué te molesta más, la reaparición del perro o el simple hecho de que apareciera en tu maletero y no en cualquier otra parte?

—No me he parado a pensarlo.

—Hay dos maneras de enfocar esto, desde el punto de vista de las travesuras o de la metafísica. Lo primero es bastante sencillo: alguien te vio enterrando al perro y decidió gastarte una broma. Cuando saliste del bosque desenterraron el cadáver y encontraron la manera de colarlo en tu maletero cuando no miraba nadie de tu familia.

—¿Y el hueso? Lo dejé en el bolsillo de mi abrigo. ¿Cómo lo cogieron?

Levantó el dedo índice.

—Espera. De momento nos limitamos a hacer conjeturas. Utilizaron el cuerpo para gastarte una broma macabra. Que les ha salido bien a juzgar por lo nervioso que pareces.

»La otra posibilidad es que se trate de la señal de un poder más elevado. Ocurrió porque has sido escogido por el motivo que sea. El perro reaparece, la pluma y el hueso están juntos y tu coche arranca cuando se supone que está averiado. Me figuro que si es este el caso, se negó a que lo arrancara Magda porque el perro ya había vuelto al coche y estaba esperando a que lo encontraras tú. Todo esto son meras suposiciones; aquí no encontraremos ninguna lógica comprensible porque nuestra lógica no sirve de nada en casos así. Espera un segundo. —Se dirigió al extremo más alejado del tejado y bajó por una vieja escalera de mano que estaba apoyada en la pared de la casa.

Se acercó a nosotros e hizo cosquillas al perro en el hocico con la pluma. Chuck le lanzó un mordisco apático.

—Quiero enseñarte una cosa que tengo dentro. Pero antes, se me ha ocurrido una idea que me gustaría probar. ¿Qué te parece si volvemos a enterrar a Vertuoso, pero en mi jardín esta vez?

—¿Por qué?

—Porque siento curiosidad por ver qué pasa. Si regresa otra vez, no tendré que

esperar a recibir noticias de ti. —Me arrebató a Chuck y el perrillo se volvió loco lamiéndole la cara.

—¿Tú de cuál crees que se trata?

—De la de las travesuras seguramente, aunque espero que sea la otra.

—Lo que menos falta me hace es que a Dios le dé ahora por meterme perros muertos en el maletero, George.

—A lo mejor no se trata de Dios. Quizá sea otra cosa.

—Toda esa mierda se sale de mi escala de Ritcher, macho. Ya tengo bastantes problemas conviviendo con una adolescente. ¿Recuerdas cuando me dispararon? Anduve al filo de la muerte durante un par de horas. Magda me contó que llegaron a pensar en llamar a un sacerdote para que me aplicara la extrema unción. ¿Pero salí de mi cuerpo y floté hacia la gran luz? No. ¿Vi a Dios? No. —Me froté la cara—. ¿Y el olor?

Miró al suelo.

—Yo no huelo nada.

—¿Qué? ¿No lo hueles? ¡Pero si tira de espaldas!

—Nada, Frannie. Yo no huelo nada.

La casa de George es normal, no como él. Todo está en su sitio, todo es lo menos interesante posible. Magda y yo vinimos a cenar estofado una noche, con barritas de Mars de postre. Después me dijo:

—Su casa es tan anodina que no dejas de pensar que resulta escalofriante... pero no lo es. Es aburrida y punto. —Lo único destacable era el batiburrillo de cachivaches esparcidos por ahí, a la espera de que el señor Dalemwood se los explicara a futuros y confundidos consumidores.

—¿Qué es esto? —Cogí un objeto que parecía una mezcla de reproductor de CD y Frisbee pequeño.

—No toques eso, Frannie. Es muy delicado. —Estaba revolviendo una estantería cargada de libros de arte en formato grande—. Tú siéntate. Ahora mismo estoy contigo.

—¿Por qué será que cada vez que vengo me terminas riñendo por algo?

—Aquí está. —Sacó un libro tan grande como una puerta. Se miró la mano, hizo una mueca y se la limpió en los pantalones. Después abrió el libro y empezó a hojearlo—. ¿No preferirías recibir la llamada a sufrir una broma?

—¿Qué quieres decir con eso? —Cogí el Frisbee CD y volví a soltarlo.

—¿No preferirías tener una aventura metafísica en lugar de seguir la pista de algún patán que solo intenta hacerte quedar como un cretino?

—No. En mi casa no me dejan que me sienta a ver *Expediente-X* ni *En los límites de la realidad* porque me parto de risa cada vez que pasa algo raro.

A juzgar por su expresión, George había parado de sintonizar conmigo después de

que yo dijera que no. Pero cuando dejó de pasar las páginas de repente, una sonrisa como no había visto en mi vida asomó lentamente a su rostro igual que un globo aerostático ganando altura. No solo eso. Esa era la segunda vez aquel día que veía en la cara de otra persona una expresión que presagiaba la inminencia de algo gordo y que más me valía abrocharme el cinturón y prepararme para la que se avecinaba. La primera vez ocurrió justo antes de que Susan anunciara su separación. Pero la expresión de George resultaba aún más extraña porque él no era dado a grandes expresiones de emotividad. Si no lo conocías, fácilmente podías tomarlo por autista ya que su respuesta a cualquier estímulo rara vez venía acompañada de signos de exclamación.

—Teme solo a dos: a Dios y al hombre que no teme a Dios, Frannie.

Significara lo que significase *eso*, se acercó sosteniendo el libro abierto con las dos manos. Lo dejó en mi regazo y se apartó. Lo miré en busca de alguna pista pero se limitó a señalar la página, con aquella inusitada sonrisa plasmada aún en su rostro.

Miré hacia abajo. Mis ojos adquirieron el tamaño de dos planetas.

—¡No me jodas! —No levanté la cabeza. Mi mirada corría desbocada por encima de la ilustración. No *podía* levantar la cabeza—. ¡Hombre, no me jodas!

—¿Has visto el título?

—¡Sí, *George*, ya he visto el título! ¿Ahora qué quieres que haga? ¿Eh? ¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? ¿Que si he visto el título? ¿Es que soy imbécil? Sé leer, sabes...

—Tranquilízate, Frannie. —Pero sonreía. El hijo de puta seguía sonriendo.

En la página del libro que tenía sobre mi regazo aparecía la reproducción del cuadro de un artista desconocido que databa de alrededor de 1750. Apunta esa: mil setecientos cincuenta. Es el retrato de un perro. Un perro con tres patas y media, tuerto, un pit bull color pastel de mármol que mira al espectador con la cabeza plácidamente ladeada hacia la derecha. Sobre la cabeza del perro flota un pájaro blanco —¿una paloma?— con las alas extendidas. Detrás de ellos hay un valle con un castillo. Detrás de eso se extiende un paisaje bucólico que incluye colinas, un río sinuoso y granjeros afanados en sus viñedos. Sería sencillo reemplazar al perro por algún noble o señor acaudalado supervisando sus posesiones desde lo alto de una loma, todo lo que ha conseguido en la vida, su cielo en la tierra, ahí para que todos lo veamos y envidiemos. Pero *no* se trata de un noble ni de ningún ser humano; es un pit bull. Un pit bull de lo más familiar, ya de paso.

El título del cuadro era «Vertuoso».

—¿Cómo lo sabías, George?

—Me acordaba del cuadro. Cerré el libro y leí el título. *Grandes retratos de animales*.

—¿El autor dice algo del cuadro en la introducción?

—Nada.

—¿Por qué no lo mencionaste cuando viste el cuerpo y te dije su nombre?

—Porque antes quería saber qué sentías al respecto.

Estaba tan enfadado que me entraban ganas de darle en la cabeza con el libro. Estaba tan conmocionado que me entraban ganas de meterme en el segundo hoyo que iba a cavar para el perro muerto y esconderme. Tiré el libro al suelo. George hizo ademán de ir a recogerlo pero cuando notó que me tensaba se quedó paralizado.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

Se acuclilló como un *catcher* de béisbol y apoyó una mano en el brazo de mi silla para aguantar el equilibrio. Los dos permanecemos callados. Chuck se tumbó panza arriba y empezó a hacer lo que hacen los perros cuando están contentos o se sienten juguetones: Adelante y atrás, flip flop.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Enterraría otra vez al perro. Luego esperaría a ver qué ocurre.

—No me queda más remedio, ¿no?

—Podrías incinerarlo en el Refugio de Animales de Amerling, pero no creo que eso ponga fin al problema.

—Volverá una y otra vez, ¿verdad?

—Eso creo. Sí, volverá.

—No hay buena acción que quede sin castigo. Me está bien empleado por ser amable con un chucho muerto: el muy cabrón vuelve para acosarme. Esto es absurdo. ¿Por qué hablo así?

—Porque la maravilla te tiene trincado del brazo, Frannie. Porque esto escapa a tu control. Ahora las reglas son otras.

Se me ocurrió una idea extraña y perturbadora. No pude contenerme.

—¿Es cosa tuya, George? ¿Lo has hecho tú todo? ¿Por eso he venido aquí hoy... porque lo has preparado tú? Eres un bicho raro. Puede que más raro de lo que pensaba.

—Gracias, me siento halagado, pero sigues buscando respuestas lógicas. Aunque fuese obra mía, ¿cómo explicas la ilustración del libro?

—Encontraste un perro parecido al del cuadro. Lo dejaste en el aparcamiento a sabiendas de que alguien lo encontraría... Esto es ridículo. Serían demasiadas coincidencias y podrían salir mal demasiadas cosas.

—Exacto. Buscas respuestas concisas donde no hay ninguna. Lo que tienes que hacer es formular una pregunta real y responderla sinceramente con el corazón. Luego busca una respuesta concisa. *No* tengo nada que ver con esto, pero me alegra que hoy hayas venido. Es la única vez que veo un prodigio en persona. Y creo que eso es lo que es.

En el patio de George había un manzano precioso que había plantado hacía años al instalarse en esa casa. Estaba enormemente orgulloso de él. Se pasaba el año podándolo, regándolo y cuidando de él. Llamaba a un especialista en botánica al menor indicio de sospecha. Aunque nunca se comía ninguna, en otoño George pasaba horas recogiendo y colocando las manzanas en grandes cestas de mimbre que

compraba expresamente con ese fin. Donaba toda la fruta al hospital de la ciudad. Yo había probado las manzanas del árbol y sabían a rayos, pero cualquiera se lo decía.

Sentado debajo de ese árbol, me observaba mientras yo sacaba tierra del hoyo. Aunque se había ofrecido a ayudarme, insistí en hacerlo yo solo. Si Vertuoso había venido a por mí, parecía lógico que me correspondiese cavar a mí.

—¿Cuántos años tienes, Frannie?

—Cuarenta y ocho.

—¿Te has dado cuenta de cómo cambia el sentido de las palabras conforme nos hacemos mayores? Cuando era joven pensaba que viejo significaba tener cincuenta años. Ahora tengo cincuenta y viejo seré a los ochenta. Cuando tenía veinte años, pensaba que la palabra amor significaba mujer sexy más matrimonio feliz. Ahora el único amor que siento es por mi trabajo, por Chuck y por este árbol. Pero es más que suficiente.

Clavé la pala en el suelo y resoplé.

—¿Me estás diciendo que todo es relativo?

—No, algo completamente distinto. A lo largo de la vida nuestra definición de las cosas experimenta un cambio radical, pero de forma tan gradual que ni siquiera nos percatamos. A medida que pasan los años, los nombres que les ponemos a las cosas ya no sirven, pero seguimos usándolos.

—Porque resulta práctico y somos un hatajo de vagos. —Otra palada.

—¿Sabías que el farsi tiene cincuenta términos diferentes para la palabra amor?

—¿Por qué estamos teniendo esta conversación, George? ¡Oh oh! Ya empezamos.

—¿Qué?

—Aquí también hay algo, en este agujero. Igual que la otra vez con el hueso.

—¿Qué es?

Me agaché y cogí el objeto de vivos colores que acababa de descubrir la pala.

—¡*Oh cielo santo!*

—¿Qué Frannie? ¿Qué?

—Es... es...

—¿Qué? —George estaba frenético.

—¡Es Mickey Mouse! —Le lancé la figura de goma que acababa de desenterrar —. Debe de llevar diez mil años bajo tierra.

Hasta él se rió mientras lo sopesaba en la mano.

—Por lo menos. Hace veinte años algún crío debió de pasarse toda una tarde desconsolado después de perder este chisme.

Cuando terminé de cavar sin desenterrar más tesoros arqueológicos, metí a Vertuoso en su nuevo sepulcro y lo cubrí de tierra. Chuck consagró la nueva tumba meándose encima en cuanto acabé, lo que me pareció de lo más apropiado. Polvo al polvo, perro al perro. George y yo nos quedamos un rato contemplando el montón.

—¿Ahora qué hago?

—Nada. Esperar.

—A lo mejor está ya en el maletero de mi coche.

—Lo dudo, Frannie.

—¿Pero tú crees que volverá? ¿No será la jugarreta de algún gilipollas?

—No. Y me parece emocionante.

—Conocí a un tío cuya esposa se quedó embarazada cuando los dos andaban por los cuarenta años. Le pregunté cómo se sentía y me dijo: «Está bien, pero si te digo la verdad, ya estoy demasiado mayor para la Liga Infantil». Yo ahora siento algo parecido... me parece que estoy demasiado mayor para prodigios.

—Pauline se ha hecho un tatuaje. —La voz de Magda atronó como un lanzallamas nada más crucé la puerta esa noche. Pero el caso es que su noticia era sensacional. La idea de Humo entregada a un ejercicio de autodeterminación tan impropio de ella hizo que me dieran ganas de aplaudir. Pero si le decía eso a su madre me partiría la cara.

Intenté parecer... reflexivo.

—Bueno, es su cuerpo...

Me fulminó con la mirada.

—No es su cuerpo cuando se trata de cometer semejante estupidez. ¿Qué será lo próximo... *piercing*? Tengo entendido que lo que se lleva ahora es el *branding*. Es una adolescente que de repente quiere formar parte de una moda. «Esta noche quiero ser tu tópico». No te pongas de su parte en esto, Frannie, o te tatúo la cabeza.

—¿Es grande o pequeño?

—¿El qué?

—El tatuaje.

—No lo sé. ¡No me lo quiere enseñar! Simplemente me anuncia lo que ha hecho y me deja ahí plantada con la mandíbula en el suelo. Mi hija se ha hecho un tatuaje. Estoy abochornada.

—Pensaba que ibais a pasar el día juntas.

—¡Y lo pasamos! Fuimos al centro comercial de Amerling. Después de comer nos separamos un par de horas. Cuando nos reunimos más tarde, va y me cuenta lo que ha hecho. Pero si es una niña tan tranquila, Frannie. ¿A santo de qué tenía que hacer esa locura?

—A lo mejor ya no quiere seguir siendo tan tranquila.

Magda se cruzó de brazos y dio golpecitos en el suelo con un pie.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Creo que primero tenemos que ver qué es, tesoro. Si es una cosa pequeña así como una mariquita o algo...

—¿Una *mariquita*? ¿Quién se tatúa mariquitas en el cuerpo?

—Te sorprenderías. En la cárcel del condado se ve cada tatuaje...

—No me cambies de tema. Eres su padrastro y además policía...

—¿Qué quieres, que la detenga?

Se me echó encima y, sorprendentemente, me envolvió con los brazos. Con la boca a un milímetro de mi oreja gruñó con su voz más amenazadora:

—*Quiero que hables con ella.*

Aquella noche la cena no fue ninguna celebración. Por suerte me tocaba cocinar a mí, de modo que no tuve que soportar el silencio lunar que emanaba de la sala de estar. Por lo general el momento de la cena era agradable en nuestra casa. Los tres nos juntábamos en la cocina y comentábamos qué tal se nos había dado el día. La radio siempre estaba sintonizada en alguna emisora clásica y cuando sonaba algún hito dejábamos lo que estuviéramos haciendo y bailábamos al son de las Dixie Cups o de Wayne Fontana and the Mindbenders.

Aquella noche, por algún ominoso motivo, las dos estaban sentadas en el salón a metro y medio de distancia la una de la otra, haciendo como que leían. Creo que Magda estaba allí para hacer que su hija pensara que su tatuaje no la molestaba en absoluto. Natural como la vida misma. El problema era que podías ver cómo movía los labios mientras ideaba una recriminación tras otra que arrojar sobre su descarriada hija. Creo que Pauline estaba allí, bien porque quería tantear el terreno, bien porque quería proclamar sin palabras que estaba dispuesta a hacer lo que le viniera en gana a partir de ahora y que más nos valía aceptarlo.

Siempre y cuando no se tratara de nada grotesco u obsceno, para mí el tatuaje no suponía ningún problema. Solo me picaba la curiosidad por ver qué era lo que quería inscrito de forma permanente aquella extraña jovencita en una parte de su cuerpo aún por descubrir. Mientras removía la sopa de Mulligatawny, me preguntaba en voz alta:

—¿Un dragón? Nah. ¿Un corazón? —Etcétera. Pero si no apaciguaba a Magda sabía que me metería en un buen lío.

Se me ocurrió una idea. Divide y vencerás. Abrí la puerta de la cocina y le pedí a Pauline que viniera un momento. Echó un rápido vistazo a su madre para ver si habíamos tramado ese plan entre los dos, pero Magda ni siquiera levantó la cabeza.

Nadie era capaz de ser tan inflexible cuando hacía falta. La Reina del Hombro Frío, la Boca Cerrada, la Palabra de Mamá; la madre de Pauline te podía dar de lado más veloz que una centella si se lo proponía.

Con la cabeza bien alta, Pauline desfiló por la sala hasta llegar a la cocina.

—¿Qué? —preguntó con una voz imperiosa que no era del todo la suya.

La sonreí.

—¿Qué?

—Tu madre nos va a poner a los dos en su lista negra como no me digas al menos qué es y dónde lo tienes.

Se cruzó de brazos y apretó los labios, igualita que Magda.

—Es mi cuerpo. Puedo hacer lo que quiera con él.

—Te doy la razón. Pero tenemos que encontrar la forma de desactivar esta bomba antes de que saltemos todos por los aires. Ser cabezota no es la mejor manera.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Dónde lo tienes?

Me miró de arriba abajo y frunció el labio inferior.

—No te lo pienso decir. Intentas manipularme. Lo detesto.

—Bueno, entonces, ¿qué es? Me podrás decir eso, al menos. Cede un poco, Pauline; dame algo con lo que aplacar a Magda. Sé todo lo individual que quieras, pero recuerda que también eres hija. Tu madre se preocupa por ti. No seas tan obstinada. Estamos de tu parte.

—Olvídalo, Frannie. No tengo por qué justificarme. Quería hacerme un tatuaje y me lo he hecho. Si me quiero poner un aro en la lengua me lo pondré.

Levé los ojos al cielo y enlacé las manos en actitud de plegaria.

—¡Pauline, *no* le digas eso a tu madre! Ni se te ocurra mencionar las palabras aro y lengua en la misma frase en dos kilómetros a la redonda. ¡Me cago en la leche!

—¡No me voy a hacer un *piercing*, pero puedo hacérmelo si me da la gana!

Antes he mencionado que de joven era una buena pieza. Por lo general ese yo ha sido erradicado. Pero de vez en cuando la mierda de antaño sale a flote, normalmente en el peor de los momentos. La voz de Pauline sonaba tan grosera y pagada de sí misma que el joven Fran saltó como un resorte de mi boca y se abalanzó sobre su yugular. Con la voz más irritante y repelente que tenía, imité lo que ella acababa de decir. Para rematar el insulto, ladeé la cabeza a izquierda y derecha mientras hablaba, como si fuese una marioneta retrasada mental.

—¡... Pero puedo hacérmelo si me da la gana!

He de decir a su favor que mi hijastra no replicó, sino que se limitó a dedicarme una larga mirada cargada de repugnancia. Con la dignidad intacta, dio media vuelta y salió de la cocina. Oí cómo la llamaba su madre con ansiedad:

—¿Adónde vas? —Lo siguiente que se escuchó fue el golpe de la puerta principal al cerrarse.

Magda llegó a la cocina veinte segundos después.

—¿Qué le has dicho? ¿Qué has hecho?

—Cagarla. Me he burlado de ella.

Se llevó la mano a la frente.

—¡Esto es ridículo! ¡Me comporto igual que mi madre con mi hermana!

La hermana mayor de Magda era una adolescente cuando murió asesinada hace treinta años. Era una chiquilla rebelde, célebre en Crane's View por hacer lo que le venía en gana. Magda decía que casi todos sus recuerdos de la niñez consistían en su madre y su hermana intercambiándose gritos.

Sonó el timbre de la entrada. Nos miramos. ¿Pauline? ¿Por qué iba a llamar al timbre de su propia casa? A lo mejor se le habían olvidado las llaves. Solté el cazo de la sopa y fui a abrir la puerta.

Allí no había nadie. Salí fuera del radio de la luz del porche para echar un vistazo alrededor. Nada. Algún crío que llamaba al timbre del jefe de policía para luego salir corriendo. Cuando me disponía a entrar de nuevo me detuvo algo: mi nariz. Aunque era mucho más tenue, aquella maravillosa fragancia volvía a estar en el aire. La última vez que la olí fue en el garaje cuando reapareció Vertuoso. ¿Sería esa su tarjeta de visita? No iba a quedarme sentado esperando a averiguarlo.

Olvidándome de la sopa que estaba en el fuego, crucé el césped hasta el garaje y me asomé. Había alguien sentado en el asiento del copiloto del coche. Avancé unos cuantos pasos y reconocí a Pauline. Antes de ocuparme de ella tenía que comprobar una cosa. Ya tenía las llaves en la mano y abrí el maletero esperando no sé muy bien el qué. Dentro no había nada. Exhalé un largo y lento suspiro de alivio. Si el cadáver de ese perro hubiera estado allí de nuevo en ese preciso momento, con Pauline en el coche, habría... No sé qué habría hecho. Pero el olor *era* más fuerte en el garaje, de eso no había ninguna duda.

—¿Pauline?

—Quiero vivir la vida. —No se movió. Se limitaba a mirar al frente, dirigiéndose a la pared del garaje.

—Perfecto. La vida es para vivirla.

—El semestre pasado leímos una frase en clase que me dio mucho miedo; no puedo dejar de pensar en ella. «¿Cómo te puedes esconder de lo que siempre está cerca?» Por eso me he hecho este tatuaje. Mamá cree que lo he hecho porque quiero ser como todo el mundo, pero es justo al contrario. Quiero que la gente del instituto se entere y diga: «¿Esa, Pauline Ostrova? ¿Que esa mosquita muerta se ha hecho un tatuaje?» No quiero que la persona que soy ahora sea la persona que seré cuando sea mayor, Frannie.

»Era yo la que ha tocado el timbre. No quería estar sola aquí fuera. Contaba con que saldrías a buscarme.

—Eso está bien. Pero ahora me gustaría que entraras en casa. La sopa está lista. Además, recuerda una cosa: por lo general, lo que más te asusta es lo que más te obliga a esforzarte. Los fantasmas te hacen sudar más que los exámenes de matemáticas.

No se movió.

—No me arrepiento. Del tatuaje, digo.

—No hace falta que te arrepientas de nada. Por cierto, ¿qué es?

—Eso a ti no te importa.

•

La vida sigue. Nos tomamos la sopa especiada, nos acostamos, nos levantamos a la mañana siguiente y caminamos hacia ese futuro que tanto atemorizaba a Pauline. Vertuoso no reapareció, y tampoco los Schiavo. El aire volvió a oler como suele

hacerlo, nuestro coche arrancó. Johnny Petangles se cayó a una de las zanjas que estaban excavando junto al río y se rompió una pierna. Susan Ginnety asistió a una conferencia de alcaldes de ciudades pequeñas. A su regreso, su esposo Frederick se había ido de casa y, para contrariedad de la alcaldesa, se instaló de alquiler a cuatro bloques de distancia. Cuando me tropecé con él en el supermercado me dijo que ella podría echarlo de su vida pero que él no estaba dispuesto a abandonar la ciudad que tanto había llegado a querer.

Eso me sorprendió. En honor de la verdad hay que decir que Crane's View no es gran cosa como ciudad. Mucha gente recala en ella por error o mientras busca otras poblaciones más pintorescas del Valle del Hudson. A veces se paran a comer en el Scrappy's Diner o en el Charlie's Pizza. A veces se quedan lo suficiente para dar un paseo por el centro de una sola manzana mientras digieren su menú rico en colesterol.

A mí me gusta vivir aquí porque me gustan las cosas familiares. Siempre dejo los zapatos en el mismo sitio antes de irme a la cama; tomo lo mismo para desayunar casi todos los días. Cuando era joven vi mundo suficiente para darme cuenta de que lo mío no eran esos países en cuyos sellos aparecen elefantes, pingüinos o serpientes *coluber de rusi*. Gracias pero no. Como tantos otros de mi generación que estuvieron en Vietnam y acabaron traumatizados por la experiencia, viajé mucho antes de volver a casa. Puedo apañármelas sin despertarme por la mañana con las toses de un camello que ha colado la cabeza por la ventana de mi cuarto (Kabul), o sin degustar mangos frescos en la plaza al aire libre de Port Louis, Mauricio. Crane's View es un sándwich de crema de cacahuete: dulce, americano, que llena mucho y no resulta demasiado interesante. Dios lo bendiga.

Unas noches más tarde el exasperante hombrecillo que residía en mi vejiga desde que cumpliera los cuarenta me despertó exigiendo visitar el cuarto de baño: ¡AHORA MISMO! Bienvenido a la mediana edad, ese período de tu vida en el que aprendes que tu cuerpo no es la suma de sus partes sino que algunas de esas partes funcionan y otras se paran.

Magda estaba abrazada a mí a su cálida y entrañable manera. Rezongó con un gruñido sexy cuando me zafé de ella. Mi primera esposa dormía tan alejada de mí que tenía que poner una conferencia cada vez que quería reclamar mi parte de las sábanas. Al despertarme en plena noche, lo primero que me vino a la mente fue cuánto quería a la mujer que tenía a mi lado. Le di un beso en la mejilla y me levanté. El suelo de madera estaba helado bajo mis pies descalzos; una de las pequeñas señales que indicaba sin lugar a dudas la proximidad del otoño.

Tu hogar siempre parece más misterioso en plena noche. Después de las doce los ruidos se esconden detrás del resto del día. Esa forma melindrosa en que cruje el suelo, el sonido furtivo y áspero de los pies descalzos que van a alguna parte. La mosca regordeta inmóvil en el cristal de la ventana, negra contra la luz plateada que

entra de la calle. Huele a frío y a polvo.

Crucé el vestíbulo en dirección al cuarto de baño. Para mi sorpresa había una luz encendida. Sonaba una música baja. Al acercarme reconocí a Bob Marley cantando «No woman, no cry» a las dos de la mañana. La puerta estaba entreabierta unos centímetros. Me asomé y eché un vistazo.

Pauline estaba mirándose en el espejo de espaldas a mí. Se había puesto sombra de ojos suficiente para hacerse pasar por un cuervo. También estaba desnuda de los pies a la cabeza. Mi primera reacción fue un *¡epa!* instintivo y retirarme enseguida. Lo hice, pero tenía algo alojado en el cerebro como un dardo. Ahí dentro había visto algo y no era solo a mi hijastra desnuda por vez primera. No quería ver desnuda a Pauline —ni una vez ni dos ni ninguna— pero tenía que acercarme y echar otro vistazo. Por suerte seguía hipnotizándose a sí misma en el espejo y no reparó en el *voyeur* de Fran que la observaba desde la puerta.

¡Ahí estaba! En el centro de su espalda, un poco más arriba del nacimiento de las nalgas, estaba el tatuaje famoso. Dado su emplazamiento, pocas personas aparte de Pauline y sus amantes tendrían ocasión de verlo. Sería un bonito regalo secreto para ellos si no fuese lo que era. Era una pluma tatuada, de unos veinte centímetros de largo. *La* pluma que había encontrado en la casa de los Schiavo y enterrado —dos veces— con Vertuoso. Los mismos colores chillones y el inconfundible dibujo, allí estaba todo, primorosamente plasmado sobre el bonito trasero de la muchacha.

Retrocedí y me alejé. Mi alarma tras haber visto de nuevo esa imagen, *allí*, se veía igualada por mi imperiosa necesidad de orinar. Utilizaría el servicio de la planta baja. Di gracias por el plan porque estaba tan conmocionado que si no hubiera tenido que ir a ninguna parte podría haberme quedado paralizado en el sitio durante una hora. A mi alrededor en la casa ya no hacía frío, ya no tenía la mano plácidamente dormida tras el largo rato pasado en la cama. Algo gordo y evidentemente inevitable seguía echándose encima a cada paso que daba. Y tenía un sinfín de maneras de decir: ¡YOO-HOO! AQUÍ ESTOY DE NUEVO.

Me imaginé a Pauline entrando en el primoroso salón de «arte corporal» del centro comercial de Amerling y examinando los distintos catálogos ilustrados con los tatuajes disponibles. ¿Habría abierto el cuarto volumen, visto la octogésima fotografía y pensado, «Anda, qué chulo: una pluma. Por qué no me hago este»? ¿O habría intervenido la magia para obligarla a elegirlo? ¿Había tomado la decisión por voluntad propia o es que ahora nos habían dejado de pertenecer nuestras vidas?

Smith, el gato, me recibió abajo. Es un buen tipo que se ocupa de sus propios asuntos, pasa casi todo el día fuera de casa y se dedica a patrullarla de noche. Me acompañó hasta el baño, agitando la cola adelante y atrás. Antes de casarme con Magda y de volver a tener alguien importante con quien conversar después del trabajo, Smith (el único superviviente de mi primer matrimonio) tuvo que escuchar muchas de mis historias. Siempre me sentí agradecido por eso y nunca dejaba de hacérselo saber.

Mientras me aliviaba, pensé en las mujeres de arriba. Pauline desnuda frente al espejo a las dos de la madrugada intentando saturarse de rimel. Ojos negros y un tatuaje nuevo en la espalda, artificios que le sentaban igual de bien que un par de botas de leñador de la talla 45. Su madre dormida al final del pasillo, completamente ajena a los perros resucitados o al hecho de que su hija había decidido salir a dar un paseo por el bosque negro de las afueras de su vida.

Cuatro litros más ligero, me lavé las manos. Mientras me las secaba en una toalla rosa pensé divertido y con el mayor de los cariños: vivo en rosa. *Detesto* el rosa. Jamás me hubiera imaginado que ese color tan asqueroso terminaría formando parte de mi vida. Pero a Magda le encantaba, así que el rosa campaba a sus anchas por nuestro hogar y a mí se me partía el corazón. Apagué la luz del cuarto de baño y me encaminé hacia la escalera.

—¿Desde cuándo te lavas las manos después de mear?

La luz de la calle bañaba partes del suelo de la sala de estar, iluminándola con ese azul plateado propio del cromo y los fantasmas. A la derecha de las ventanas había alguien sentado en silla favorita. Tenía las piernas estiradas hacia la luz. Vi la cola del gato meneándose adelante y atrás: Smith se había ovillado en el regazo de quienquiera que fuese.

—¿Quién es? ¿Qué haces en mi casa? —Entré en la sala y me acerqué a la pared para pulsar el interruptor de la lámpara. No se encendió. Quería oír más antes de ver nada.

—Mira a tu gato. ¿Eso no te dice nada? —¿Me sonaba su voz? Sí. No. ¿Debería reconocerla? ¿Sería posible?

Miré al gato plantado en el regazo del desconocido. Conforme, además, a juzgar por su quietud y la languidez con que agitaba el rabo. Smith me dio una pista. Si alguien intentaba cogerlo y acariciarlo, se alejaba de un salto; si lo sujetaban, se agazapaba y bufaba. Conmigo hacía una excepción. Porque sabía que yo respetaba su forma de ser, el gato consentía que yo lo levantara del suelo. Se dejaba mimar por lo general. A veces ronroneaba incluso.

Pero más que el gato, la prueba definitiva fueron los zapatos. Hasta que no me fijé en los zapatos no pude, o quizá no quise, juntar todas las piezas y reconocer a la persona que estaba sentada en mi silla con mi gato en su regazo. Pero los zapatos iluminados por aquella luz tenue confirmaron lo que yo seguramente ya sabía.

Cuando era pequeño, los críos de nuestra ciudad solo usaban un tipo de zapato: playeras altas. Negras. Las marcas podían ser «Chuck Taylor» de Converse o PF Flyers, pero ninguna otra. Si no seguías los dictados de esa moda eras un cero a la izquierda. A los chavales les gusta dárselas de individualistas, pero aparte del ejército no hay nadie que siga el código de vestimenta más a rajatabla que los adolescentes.

Por eso cuando mi padre regresó de un viaje de negocios a Dallas y me regaló un par de botas de vaquero naranjas —*naranjas*— tuve que aguantarme la risa. ¿Botas de vaquero? ¿Quién se creía que era, el puto Llanero Solitario? Adoraba a mi viejo,

hasta en mi época más alocada, pero a veces es que no tenía ni idea. Me llevé las botas a mi cuarto y las arrojé al agujero negro que era mi armario. Hasta la vista, *baby*.

Pero a la mañana siguiente abrí el armario para coger una camisa limpia y allí estaban, tan brillantes, lustrosas y naranjas. Las miré. Luego miré mis playeras negras tiradas en el suelo, raídas en estado crítico. Sonreí. Cogí las botas, me las puse y salí con ellas al nuevo día. Era el tío más malo de la ciudad. El «más» peor. Las pocas personas de Crane's View que no me odiaban deberían hacerlo. Si me daba por hacer de Roy Rogers sin espuelas ninguno de mis colegas en su sano juicio iba a meterse conmigo ni a burlarse de mí porque sabían que podía comérmelos para desayunar. Lucí aquellas botas de vaquero hasta desintegrarlas y sentí pena el día que tuve que tirarlas a la basura.

La luz de luna que se filtraba por la ventana trazaba una amplia franja sobre un par de botas de vaquero naranjas. Desde donde estaba se veían nuevas. Paseé la mirada de las botas a las piernas, luego al cuerpo y, tras una pausa para permitir que mi mente recuperara el aliento, por fin lo miré a la cara.

—¡Hijo de la gran puta!

—¡No, mono de mi corazón!

Era yo, con diecisiete años.

—Estoy muerto, ¿verdad? La he palmado y no me di ni cuenta. Todas estas cosas raras que me están pasando es porque estoy muerto, ¿no?

—No. —Levantó a Smith de su regazo con delicadeza y lo posó en el suelo. Cuando se inclinó hacia delante, la luz alumbró su camisa. ¡Me dio un vuelco el corazón porque conocía esa camisa! Cuadros grandes negros y azules, la que robé de una tienda en la calle Cuarenta y cinco de la ciudad. Me la puse en el probador, le quité todas las etiquetas del establecimiento, dejé mi otra camisa en una percha y me largué.

»No, no estás muerto. Ni tú estás muerto ni yo estoy muerto. No sé dónde cojones habré estado, pero qué coño: ¡el niño ha vuelto! ¿No te alegras de ver al viejo Mono?

Mono de mi corazón. Hacía años que no escuchaba esa frase. En cierta ocasión mi padre acudió a la comisaría de policía para sacarme de allí. Cuando salimos de nuevo a la calle me agarró del pescuezo y me zarandeó. Era un hombre bajo y no muy fuerte, pero cuando se enfadaba conseguía que me cagara de miedo. A lo mejor porque lo quería mucho pero no lograba dejar de defraudarlo. Una parte de mí ansiaba hacer que se sintiera orgulloso. La mayor parte de mí le plantaba el culo en la cara y, con mi permanente mala conducta, le decía que me lo podía besar. No dejaba de preguntarme por qué seguía queriéndome.

—Eres un puto *mono*, Frannie. Eres el puto mono de mi corazón. Maldita sea tu estampa.

Aquella palabra me conmocionó más que ninguna otra cosa. Mi padre rara vez juraba y nunca empleaba ESA palabra. Era ingenioso; le gustaban las metáforas y los juegos de palabras. «Meterte algo en la sesera, hijo, es como intentar colar monedas en una hucha sin ranura». Sus aficiones eran los crucigramas y los palíndromos. Memorizaba poemas; Theodore Roethke era su ídolo. «Puto» estaba tan lejos del vocabulario cotidiano de papá como el planeta Plutón. Pero ahora me lo había llamado, a mí, dos veces en cinco segundos.

—Lo siento, papá. Lo siento de veras.

Seguía aferrado a mi cuello y tiró de mí para acercarme a su rostro congestionado. Sentí el calor de su rabia.

—No lo sientes en absoluto, *mono*. Si lo sintieras albergaría alguna esperanza. Eres joven y listo pero también un caso perdido. Nunca pensé que diría esto, Frannie. Me avergüenzo de ti.

Aquel enfrentamiento no me cambió la vida pero supuso una puñalada para mí y la herida continuó sangrando durante mucho tiempo. Antes de aquello mi coraza había sido a prueba de balas, me protegía incluso de mi viejo, pero ya no. Después recordaría siempre aquella frase como el punto y final de algo en mi vida.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Aquí me tienes después de todos estos años. Un puto milagro en carne y hueso y lo único que se te ocurre es quedarte ahí pasmado como si tuvieras una escoba metida en el culo.

—¿Qué se *supone* que tengo que hacer?

—Me puedes besar el culo. —Rebuscó en el bolsillo de su pechera y sacó una cajetilla de Marlboro, ese adorable envoltorio de muerte en blanco y rojo. Llevaba fumándolos toda la vida y había disfrutado todos y cada uno de ellos. Magda quería que lo dejara, pero yo decía que nanay.

»¿Quieres?

Asentí y crucé la sala para ir a buscarlo. Sacudió la cajetilla y asomaron un par de ellos. Me pasó un Zippo mellado. Lo reconocí de inmediato y sonreí. En un lateral se leía: «Frannie y Susan — Amor eterno». Susan Ginnety, actual alcaldesa de Crane's View, antaño esclava del amor de un servidor.

—Me había olvidado de ese mechero. ¿Sabes lo que ha sido de Susan?

Encendió su cigarro y le dio una calada de primera división.

—No, y no me lo cuentes. Escucha, tenemos que hablar de todo esto. ¿Quieres hacerlo aquí o en la calle? A mí me da lo mismo. —Su tono de voz era el del perfecto pasota, pero estaba claro que prefería salir. Yo llevaba encima una sudadera. Me hacían falta unos zapatos y una chaqueta.

Cuando estuve listo abrí la puerta trasera haciendo el menor ruido posible y le indiqué que pasara delante de mí.

—No hace falta que te preocupes de que nos oigan. Cuando ande cerca, nadie se

percatará de tu ausencia.

—¿Eso cómo funciona?

Juntó las yemas de los dos índices.

—Cuando tú y yo estamos juntos, todo lo demás se detiene, ¿entiendes? La gente, las cosas, el lote completo.

Miré al suelo y vi que el gato salía con nosotros.

—Todo menos Smith.

—Ya, bueno, es que vamos a necesitarlo.

Observé a mi yo joven a un paso de distancia y después a Smith.

—¿Por qué será que ya nada me sorprende?

—Porque hace tiempo que sabías que esto iba a pasar.

—¿Porque sabía que *qué* iba a pasar? Estás sonriendo.

—Me estoy partiendo el culo de la risa. Andando.

## Anda miaja

Un grueso salivazo blanco aterrizó a meros centímetros de mi pie con un sonoro chasquido. Me lo quedé mirando y luego me di la vuelta despacio para observarlo a él. Sabía exactamente lo que estaba haciendo y por qué.

—Si te pego una hostia, ¿la sentiré?

Su mano derecha se quedó paralizada en el aire cuando acercaba el cigarrillo a sus labios.

—Tú ponme a prueba, gilipollas. Ponme a prueba y verás. —Su voz era pura rabia y cojones. En algún momento de mi pasado esa voz tenía atemorizado a medio condado. Esa noche, allí de pie, solo me entraban ganas de darle una palmadita en la cabeza y decir, va, va, que no pasa nada. No hace falta que me escupas para dejar claras tus intenciones.

—Chaval, recuerda que el que juega con ventaja aquí soy yo, porque te conozco a ti y me conozco a mí. Tú solo te conoces a ti, no al que serás dentro de treinta años.

Lanzó el cigarrillo lejos de sí. Rebotó en la calle, produciendo un fognazo de chispas rojas y doradas. Cuando habló en su voz se había perdido la rabia y solo quedaba infelicidad.

—¿Cómo has podido acabar así? Me siento ahí dentro y pienso, ¿*ya está?* ¿Esto es lo que me espera? ¿Sillas amarillas con estampados de florecitas y la revista *Time* de la semana pasada? Bill Gates. ¿Quién cojones es Bill Gates? ¿Qué te ha *pasado?* ¿Qué *me* ha pasado?

—Maduraste. Las cosas cambiaron. ¿Cómo pensabas que sería tu vida cuando fueras mayor?

Indicó la casa con un cabeceo.

—Como la que llevas no. «Papá sabe lo que hace» y «El show de Andy Griffith», por favor. Cualquier cosa menos eso.

—¿Entonces qué?

Su voz cayó en picado y se volvió lenta, soñadora.

—No lo sé... un apartamento bonito en la ciudad, a lo mejor. O un picadero en L. A., sofás de cuero blanco, un estéreo guapo. Y mujeres... mujeres para dar y tomar. ¡Pero tú vas y te casas! ¡Te has casado con Magda Ostrova, por el amor de Dios! Magda la zancuda, la de décimo curso.

—¿No te parece guapa?

—Es... pasable. Es una mujer. ¡A ver, que tiene cuarenta años!

—Igual que yo, macho. Bueno, yo tengo más.

—Ya lo sé. Todavía intento hacerme a la idea. —Con los ojos fijos en el suelo, asintió—. Mira, a ver si me entiendes...

—No pasa nada.

Mientras paseaba por mi calle intenté ver mi mundo con sus ojos. ¿Cuánto había cambiado en treinta años? ¿Qué había cambiado? Cada vez que pensaba en Crane's

View me reconfortaba la idea de que no había cambiado casi nada salvo unos cuantos establecimientos de la ciudad y alguna que otra casa nueva. Pero desde su punto de vista debía de parecer un mundo completamente distinto.

El hogar es allí donde te sientes cómodo. Pero la comodidad que experimentan los adolescentes no es la misma que la de los adultos. De pequeño, Crane's View era el trampolín desde el que saltar a la gran piscina. Brincaba en él arriba y abajo, comprobaba la fuerza de sus muelles, pensaba en el tipo de zambullida que iba a realizar. Cuando estuviera listo, correría y me lanzaría al aire con todo el aplomo y toda la confianza ciega que pudiera reunir. Me sentía cómodo en la ciudad cuando era joven porque sabía que algún día me iría en busca de algo mejor. No tenía ninguna duda. A pesar de que mis notas eran un desastre, de que tenía antecedentes policiales y no respetaba las normas de nadie, estaba convencido de que las aguas en las que iba a sumergirme serían cálidas y acogedoras.

—¿Dónde está papá?

—Murió hace cuatro años. Está enterrado en el cementerio, por si quieres hacerle una visita.

—¿Le gustaba lo que ha sido de ti?

—Sí, estaba bastante contento conmigo.

—Me tenía por un caso perdido. —Procuraba aparentar humorismo, pero detrás había una profunda amargura.

—Es que *eras* un caso perdido. No lo olvides, yo estuve allí. Lo viví.

Anduvimos en silencio. Era una noche fría. Sentía la acera helada a través de la fina suela de mis zapatos.

—¿Qué tal es esa chavala? La hija de Magda.

—¿Pauline? Muy lista, le va bien en el instituto. Va a lo suyo.

—¿Y qué hacía posando desnuda delante del espejo en plena noche?

—Probando nuevas identidades, supongo.

—No es fea. Estaría bien que le crecieran un poco las tetas.

Se removió algo gordo en mi interior. No me gustaba que hablara así de mi hijastra, y menos después de la vergüenza que había pasado al verla desnuda con mis propios ojos. Un momento después sonreí porque comprendí que era yo el que hablaba así. Yo con diecisiete años. Lo próximo que dijo cambió el rumbo de mis pensamientos.

—Tendrás que explicarme un montón de cosas porque estoy perdidísimo.

—¿A qué te refieres?

Se detuvo y me tocó el brazo. Fue un roce leve, como si lo evitara, pero era necesario.

—Sé unas cuantas cosas, pero no tantas como seguramente piensas. Nada de lo que ha ocurrido por aquí desde que me fui. Sé lo que pasaba antes, cuando era pequeño y eso, pero después nada.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Mira a tu gato. Él te lo dirá.

Smith seguía con nosotros, pero caminando a su libre albedrío: zigzagueaba entre nuestras piernas mientras andábamos como si nos estuviera cosiendo con un hilo invisible. No era algo fácil de hacer pero, como casi todos los gatos, conseguía que pareciera sencillo.

—Estoy aquí porque me necesitas. Necesitas mi ayuda. Gira a la izquierda. Vamos a la casa de los Schiavo.

—Acabas de decir que no sabías nada de lo que ocurre por aquí ahora. ¿Cómo te has enterado de lo de los Schiavo?

—Mira, no te voy a engañar. Te contaré lo que sé. Si te parece que son chorradas, es tu problema. Esto es lo que sé de los Schiavo: están casados y desaparecieron el otro día. Ahora tenemos que ir a su casa para que veas una cosa.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Quién te envía?

Meneó la cabeza.

—No lo sé.

—¿De dónde vienes?

—No lo sé. De ti. Vengo de alguna parte de ti.

—Eres de tanta ayuda como un tumor.

Giró sobre sus talones y empezó a caminar de espaldas al tiempo que me miraba.

—¿Qué ha sido de Vince Ettrich?

—Ahora es empresario. Vive en Seattle.

—¿Sugar Glider?

—Se casó con Edwin Loos. Viven en Tuckahoe.

—¡Dios, si se han casado todos! Increíble. ¿Y Al Salvato?

—Muerto. Él y toda su familia, en un accidente de tráfico. A las afueras de la ciudad.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y ocho. ¿No sabes eso? ¿No te lo han dicho?

Frunció el labio inferior.

—No me han contado una mierda. Dios no me señaló con Su dedo y me dijo, ¡VETE! No fue en plan *LOS DIEZ MANDAMIENTOS*. El puto Charlton Heston no me abrió las aguas con su cayado. Estaba no sé dónde y ahora estoy aquí, punto.

—Muy ilustrativo. —Estaba a punto de añadir algo pero escuché un martilleo. Eran las tres en punto de la madrugada—. ¿Has oído eso?

Asintió.

—Parece que viene del final de la calle. —Un gesto de sus ojos (un tic, un vistazo de izquierda a derecha y luego de nuevo a mí) me indicó que el muchacho sabía más de lo que me estaba contando.

—¿Sabes lo que es?

—Andemos un poco, ¿vale? Espera a que lleguemos allí. —Seguía caminando de espaldas pero ya no me miraba.

Estaba claro que no pensaba decir nada más, de modo que me olvidé del asunto e intenté otra cosa.

—Todavía no entiendo dónde estuviste. Estabas allí y ahora estás aquí. ¿Dónde es *allí*?

—¿Adónde vas cuando pegas una cabezada? ¿O cuando duermes por la noche? Algún sitio por el estilo. No lo sé, de verdad. Un lugar que no es exactamente aquí pero que tampoco está lejos. Creo que todas las personas que somos y fuimos andan siempre cerca. Solo que no en la misma habitación; en la misma casa pero no en el mismo cuarto.

Antes de que tuviera ocasión de meditar eso llegamos a un bloque de los Schiavo. Aun a esa distancia veía que allí pasaba algo extraño.

En medio de la oscuridad la casa estaba brillantemente iluminada por todas partes. La rodeaba un anillo de focos, todos ellos apuntados hacia el edificio. Lo primero que pensé fue en un accidente de mina. Ya sabes, esas imágenes de yacimientos mineros de alguna parte del mundo que salen siempre en la tele o en las revistas, de Inglaterra o Rusia, del oeste de Virginia. A kilómetros bajo la superficie se produce algún desastre y se derrumba alguna galería o hay alguna explosión. Los equipos de rescate llevan treinta horas seguidas excavando para llegar hasta los supervivientes. En el escenario hay tanta luz de noche como de día. Han traído como diez millones de velas para que puedan ver los trabajadores.

Ese aspecto ofrecía la casa de los Schiavo. Era tan extraño y surrealista contra el telón de fondo del negro firmamento nocturno que daba igual lo que estuvieran haciendo allí dentro, por fuerza parecía sospechoso.

Además, ¿*quién* estaba haciendo nada allí dentro? Mientras nos acercábamos intenté ver si conocía a alguno de los hombres, pero ninguno me resultaba familiar. Iban vestidos sin ningún estilo o uniforme en particular, con cascos de obrero amarillos y naranjas, y estaban levantando un andamio. Alrededor de la casa erigían rápidamente un intrincado sistema de tubos ensamblados, puntales y conectores. Cuando estuviera terminado rodearía completamente el edificio, encapsulándolo como si fuese un insecto atrapado en una especie de gigantesca telaraña de metal. Nos detuvimos en la acera frente a la casa y los vimos trabajar. Bastaban cinco minutos de observación para darse cuenta de que aquellos tíos sabían lo que se hacían. No malgastaban esfuerzos, no deambulaban sin sentido, no se juntaban en piñas de holgazanes para engullir rosquillas y escaquearse del trabajo. Ese equipo era serio; iban a hacer su trabajo y luego se irían.

Lo más extraordinario de todo era que apenas si hacían ningún ruido. Para encajar del todo con lo inusitado de la escena lo apropiado sería que no hicieran ruido en absoluto, pero no era ese el caso. Hacían ruido: metal que golpeaba metal, el crujido y los chirridos de objetos que encajaban en su sitio, se juntaban, se levantaban. Con

toda la actividad y los obreros que había allí el escándalo tendría que haber sido muchísimo mayor. Pero no lo era. Oías cosas, vale, pero lo suficiente como para creer que aquello era real. ¿Cómo se podía montar aquello tan en silencio?

—No hacen ruido.

El muchacho se frotó la nariz.

—Lo estaba pensando. Parece que le hayan puesto un silenciador a la escena.

—¿Qué hacen con la casa? ¿Para qué son los andamios? ¿Por qué están haciendo esto en plena noche?

—Ni idea, jefe. Yo solo tenía que traerte hasta aquí.

—Y una mierda. —No me creía ni una palabra, pero era inútil discutir. Señaló a un hombre alto y moreno de aspecto indio que pasaba por allí cerca. Lo alcancé en un par de rápidas zancadas—. Disculpe. ¿Tiene un segundo?

Me miró de arriba abajo como si yo fuese una berenjena o una furcia que quizá le interesara comprar.

—Me llamo McCabe. Soy el jefe de policía de Crane's View.

Sin que pareciera impresionado, se cruzó de brazos y no dijo nada.

—¿Por qué están aquí? ¿Tienen los permisos? ¿Qué hacen con este sitio? ¿Dónde están los Schiavo?

Permaneció mudo hasta que una pequeña sonrisa asomó a las comisuras de sus labios. Era como si le acabara de contar algo gracioso. Rebobiné la cinta en mi cabeza, pero ninguna de mis palabras me sonaba a chiste.

—Le he hecho una pregunta.

—Eso no significa que yo tenga la respuesta. —Indudablemente, hablaba con ese tipo de fuerte acento indio donde la lengua ni siquiera se mueve dentro de la boca; como si fuese una vaca tirada en el centro de la carretera y las palabras fuesen coches que tuvieran que sortearla.

—¿Le importaría explicarse? —El muchacho se acercó al capataz, tanto que podrían haberse tocado. Su voz era repelente al cien por cien, un codazo verbal en las costillas de su interlocutor.

—No tengo nada que explicar. ¡Estoy trabajando! ¿Es que no ven que estoy ocupado?

—Ocupado estarás cuando te parta los morros, Gunga Din.

El indio desorbitó los ojos con una mezcla de rabia e incredulidad.

—Cabrón...

¡PAF! El chaval le pegó una patada en los huevos, tan deprisa y con tanta fuerza que el sonido llenó el aire. Boqueando, el hombre cayó al suelo apretándose las pelotas. En cuanto llegó abajo, el chico le propinó un puntapié en la cara —pum pum pum— como si intentara derribar una puerta. El capataz, con ambas manos en la entrepierna, no tuvo ocasión de cubrirse la cabeza antes de que comenzara el diluvio de patadas.

El muchacho sonrió y extendió los brazos como dos alas, como si estuviera

bailando el «sirtaki». Zorba el griego pisándote la cabeza: pom pom pom. La ferocidad y la rapidez de su asalto fueron brutales. El chaval pasó de cero a cien, de qué tal o toma hostia, en un segundo. Y ese chaval era yo.

Al ver cómo se lanzaba, una parte de mí gritó: ¡SÍ!

Se pierde, desaparece, se evapora. La garra, el coraje, la negra locura y el abandono de la juventud. El vértigo de vivir intensamente cada minuto. Se va, escapa de nosotros como el agua de un cántaro resquebrajado. Resquebrajado por la edad. Las primeras grietas aparecen cuando empiezas a contratar pólizas de seguros a todo riesgo y la primera hipoteca, o cuando recibes el resultado algo menos que halagüeño de una revisión médica. Aparecen cuando los baños de agua caliente se convierten en una necesidad más que en un capricho. Cuando se antepone la seguridad a la espontaneidad, la comodidad a las nuevas experiencias. Una parte de mí lo odiaba. No el hacerse mayor, sino el domesticarse, el volverse conformista, predecible, apático, demasiado escéptico. A un buen pedazo de mí ser le encantaba que ese mocoso desmadrado pateara a un hombre sin más pretexto que su actitud altanera, la expresión desdeñosa de su mirada. Esa parte de mí quería sumarse a la paliza. ¿Me avergüenza admitirlo? Para nada.

Agarré al muchacho y lo aparté del indio. Su cuerpo desprendía la sensación de una barra de acero cargada de electricidad; era alto voltaje y potencia tensora en estado puro. Tengo *mucha* fuerza, pero no sabía si sería capaz de dominarlo.

—¡Para! Ya está bien, para. Ha caído, tú ganas.

—¡Suéltame, gilipollas! —Intentó lanzar otra patada, pero solo por rabia.

—¡Basta!

—No me digas... —Giró en redondo e intentó darme un puñetazo en la cara. Lo bloqueé y, con el mismo movimiento, le así el brazo y se lo puse en la espalda con una presa. Después le rodeé el cuello con el otro brazo, estrangulándolo.

Mal hecho. Me machacó el empeine del pie derecho con el tacón de su bota de vaquero. El dolor fue como una llamarada. Lo solté. Se apartó de un salto y, con las manos en alto, empezó a dar saltitos como un púgil, lanzando ganchos, fintando y contoneándose. ¿Con quién peleaba? Conmigo, con el indio, con el mundo, con la vida.

—¿Quién coño te crees que eres, eh? ¿Crees que puedes tumbarme? ¿Crees que puedes tocarme? ¡Venga, inténtalo!

Me quedé de pie como un flamenco, sobre una pierna, sujetándome el pie dolorido y viendo cómo me retaba. El indio yacía tendido boca abajo, con las manos debajo del cuerpo, gimiendo. Mi yo adolescente seguía bailando a mi alrededor, imitando a Muhammad Alí. Un grupo de obreros se había congregado para presenciar el espectáculo. Mientras yo me apretaba el pie, uno de ellos se apartó de la multitud y descargó una tabla sobre la cabeza del chaval. Luego el tipo se quedó allí plantado como un memo, con el tablón en las manos, como si estuviera esperando a que alguien le dijera qué hacer a continuación.

El chico estaba en el suelo a cuatro patas, con la cabeza agachada. Alguien ayudaba al indio a levantarse. Pisé para ver si todavía podía usar el pie. Dolía, pero sobreviviría.

—Está bien, basta ya, se acabó. ¿Quién está al mando, cuál es la empresa constructora, dónde están los permisos? Quiero verlo todo *ahora mismo*.

—¿Frannie? —Una voz conocida pronunció mi nombre. El muchacho, todavía en el suelo, levantó la cabeza porque también era su nombre. Johnny Petangles estaba allí al lado, con una enorme botella de soda en la mano. Me observaba con ojos impasibles—. ¿Qué estás haciendo, Frannie?

Mi mirada fue de él a la casa, a los obreros, a mi rejuvenecida versión tirada en el suelo. Sentía los ojos de todos ellos clavados en mí, pero nadie decía nada. Entonces se me ocurrió una idea. Indiqué la casa.

—¿Qué ves, Johnny? ¿Qué ves ahí?

Empinó su botella y dio un largo trago. La bajó, eructó y se enjugó la boca torpemente con el dorso de la mano.

—Nada. Veo una casa, Frannie. ¿Quieres probar mi soda? Cojeé en medio de la masa de obreros en dirección a la casa. El aire olía a madera recién cortada, a metal quemado y gasolina. Olía a clavos martilleados y a herramientas mecánicas recién apagadas, a camisas de franela empapadas de sudor, a piedras salpicadas de café. Olía a un montón de hombres realizando un pesado trabajo físico. Cogí una de las largas barras metálicas del andamio y la zarandé hasta que traqueteó todo.

—¿Qué es esto, Johnny? ¿Lo ves?

—Ya te lo he dicho, es una casa.

—¿No ves el andamiaje?

—¿Eso qué es?

—Barras de metal que rodean la casa. Como las que ponen alrededor de los edificios cuando los arreglan, en las obras.

—No. Ninguna anda miaja. Ahí hay una casa. —Dijo esas cuatro palabras como si estuviera cantando —dubi dubi-du du— y esbozó una de sus extrañas sonrisas de Johnny.

Indiqué al muchacho en el suelo.

—¿Lo ves?

—¿A quién?

—Johnny no puede verme, ya te lo he dicho. Nadie puede ver nada de todo esto, solo tú.

—¿Por qué?

El muchacho parpadeó: estaba allí, no estaba, volvía a estar, como la imagen de un televisor con interferencias. Luego empezó a desvanecerse. Los obreros también, igual que la telaraña de metal que rodeaba la casa. Todo comenzó a desdibujarse, diluyéndose, pasando de sólido a transparente hasta desaparecer.

—¿Por qué solo yo?

—Encuentra al perro, Frannie. Encuéntralo y volveremos a hablar.

Intenté dirigirme al muchacho pero pisé con el pie lastimado. El dolor que me laceró la pierna casi me dobla por la mitad.

—¿Qué perro? ¿El que enterré? ¿Vertuoso?

—¿Con quién hablas, Frannie? —Johnny tenía los labios pegados al gollete de la botella. Sopló e imitó el lento y triste pitido de un barco que sale del puerto.

Todo había desaparecido. La casa de los Schiavo ya no estaba encerrada en una red de metal. No había ni rastro de la obra, de los trabajadores, nada fuera de lo común. Ni clavos torcidos en el suelo, ni virutas de madera, ni herramientas, ni cables, ni latas de Coca-Cola vacías, nada. Únicamente una casa vacía rodeaba de un jardín bien cuidado en una calle tranquila a las tres de la mañana.

Petangles sopló de nuevo en la botella.

—¿Cómo es que estás por aquí esta noche, Frannie? Nunca te veo cuando salgo a pasear. —Pitó otra vez.

—¡Dame la puta botella! —Se la quité de las manos y la lancé todo lo lejos que pude. Pero incluso eso desapareció porque, dondequiera que golpeará, no hizo el menor sonido. Empecé a caminar a mi casa. Me siguió.

»Johnny, vete a casa. Acuéstate. No me sigas. No vengas conmigo. Te quiero mucho, pero esta noche no me toques las narices. ¿Vale? *Esta noche no.*

Bill Pegg entró al aparcamiento del instituto mientras yo miraba por la ventanilla del auto. Cuando paramos me agaché y desconecté la sirena y las luces. Con el motor apagado, nos quedamos sentados un rato, reuniendo fuerzas para dar el siguiente paso.

—¿Quién era la chica? —Antonya Corando, quince años. Empezó aquí este año. Undécimo curso.

—¿En el undécimo curso con quince años? Tenía que ser muy lista.

—No *tan* lista, supongo.

Bill meneó la cabeza y cogió su carpeta. Salí del vehículo y me palpé los bolsillos para comprobar si llevaba encima todo lo necesario: bloc de notas, lápiz, depresión. Diez minutos después de que entrara al despacho esa mañana, recibimos una llamada del director del instituto de Crane's View, quien nos informó de que habían encontrado un cadáver en el aseo de mujeres. Estaba sentada en la taza y la descubrieron porque la jeringuilla que había empleado estaba tirada en el suelo delante del compartimiento. Alguna chica la vio, se asomó debajo de la puerta y salió corriendo en busca de ayuda.

Entramos en el instituto y, como ocurría siempre que iba por allí, me estremecí. Ese había sido el peor lugar del mundo durante seis años de mi vida. Ahora, toda una vida después —coronado el Himalaya de la juventud y en mitad de la sabana de mi mediana edad— seguía sintiendo escalofríos cada vez que pisaba aquel edificio.

El director, Redmond Mills, nos estaba esperando en la entrada. Me caía bien

Redmond y pensaba que ojalá hubiera habido un director como él cuando yo estudiaba. La cumbre de su carrera consistía en haber asistido al Festival de Woodstock. Su hipersensibilidad sesentera flotaba a su alrededor como una nube de pachulí, pero mejor eso que los viejos fascistas que regentaban el centro en mi época. Redmond se preocupaba mucho por los alumnos, por sus profesores y por nuestra ciudad. Me topaba con él a menudo en el restaurante que había delante del instituto, sobre las diez de la noche, cuando acababa de trabajar y cenaba algo antes de volver a casa. Hoy parecía conmocionado.

—Malas noticias, ¿eh, Redmond?

—¡Terribles! ¡Terribles! Es la primera vez que ocurre algo así aquí, Frannie. La noticia se ha corrido ya por todo el instituto. Los chicos no hablan de otra cosa.

—Me lo figuro.

—¿La conocías? —preguntó suavemente Bill.

Redmond miró a izquierda y derecha como si estuviera a punto de desclasificar información de alto secreto y no quisiera que nadie lo oyera.

—¡Era una *empollona*, Bill! Los deberes eran su pasión. Sus redacciones siempre tenían diez páginas de más y le daba un ataque si no obtenía la nota más alta. ¿Sabes a lo que me refiero? Por eso esto me resulta incomprensible. Se paseaba con los libros pegados al pecho como si estuviera en una serie de televisión ambientada en los cincuenta y era tan mojigata que siempre agachaba la cabeza cuando algún profesor le dirigía la palabra.

Se volvió hacia mí y adoptó una expresión cínica. En voz alta y resentida, dijo:

—En este instituto tengo auténticos adoradores del diablo, Frannie. Van por ahí con esvásticas tatuadas en el cuello y se pasean con chavalas que no han conocido más bañera que la pila bautismal. A esos me los imagino suicidándose. Pero a *esta* chica, Antonya, a ella no.

Lo primero que me vino a la mente fue una imagen de Pauline en el cuarto de baño la noche anterior, vestida solo con sombra de ojos y pura actitud. ¿Quién sabe lo que hacía Antonya Corando a puerta cerrada, cuando todos pensaban que estaba resolviendo problemas de matemáticas? ¿Quién sabe con qué soñaba, qué ocultaba, qué aspiraba a ser? ¿Qué demonios esperaba conseguir sentándose en un retrete para clavarse una jeringuilla llena de heroína en el brazo?

—No la habréis movido.

—¿Movido? ¿Para qué, Johnny? ¡Está muerta! ¿Dónde quieres que la ponga, en mi despacho?

Le di una palmada en el hombro.

—Está bien. Tranquilízate, Redmond.

La locura se había asentado en sus ojos, pero era un buen hombre y, ¿cómo no iba a tener la mirada enloquecida después de ver lo que había visto esa mañana?

Deambulamos por pasillos vacíos y silenciosos. Por contra, a través de las pequeñas ventanas de las puertas de las aulas se veía por todas partes la brillante y

bulliciosa vida del instituto. Los profesores escribían en las pizarras, los chavales con batas blancas y gafas de plástico trabajaban con sus mecheros Bunsen. Dos chicos estaban dándose el lote en una clase de lengua, hasta que nos vieron y desaparecieron corriendo. En otra aula, una chica alta y guapa vestida de negro recitaba en voz alta para toda la clase algo sacado de un libro grande y rojo. Cuando se apartó el cabello de la cara pensé, oh tío, al Frannie de anoche le volvería loco. Me asomé a otra clase y reconocí a mi antiguo profesor de inglés. Una vez el muy cabrón me había obligado a aprender de memoria un poema de Christina Rossetti, que todavía no he conseguido olvidar:

*«Cuando muera, queridos míos,  
No cantéis canciones tristes por mí...»*

Perfecto para lo que estábamos a punto de ver. Redmond se detuvo frente a una puerta y se sacó una llave del bolsillo.

—No se me ocurría qué hacer, así que la cerré.

—Buena idea. Echemos un vistazo.

La abrió y la sujetó para que pasáramos nosotros primero. La luz, esa luz cegadora, falsa y terrible de los lavabos públicos, hacía que todo pareciera más truculento. Allí no se podía esconder nada, no había lugar para las sombras, todo estaba a la vista. Había seis compartimentos pero solo una de las puertas estaba abierta.

Para pasar su último día en la tierra Antonya Corando había elegido una camiseta gris de manga corta con las letras «Skidmore College» impresas, una falda negra y un par de Doc Marten. Eso me dolió porque era lo que calzaban los niños pijos de marca. Pauline decía con desprecio que todo el que llevaba unas Doc intentaba aparentar que era guay. Pobrecita Antonya, tan aplicada siempre con sus deberes; comprarse ese par de botas debía de haber supuesto para ella toda una declaración de intenciones. Y debía de haberle echado valor para ponérselas cuando sabía cómo se fijaban los chicos en el atuendo de los demás. A lo mejor primero se las había probado en la intimidad de su cuarto y había caminado delante del espejo para ver cómo le quedaban, cómo andaba con ellas, cómo se veía siendo una chica Doc Marten.

Pero lo peor eran los calcetines. Eran rojos como un camión de bomberos, cuajados de corazoncitos blancos. La piel por encima de los calcetines era de un blanco distinto, y tan transparente que se podía ver un entramado de venillas azules justo debajo de la superficie.

No soy más que un policía en una ciudad pequeña. Pero a lo largo de los años he visto violencia y muerte de sobra, tanto aquí como en Vietnam, donde trabajé como médico, y debería estar inmunizado a este tipo de cosas. La mayoría de las veces son los pequeños detalles irrelevantes los que te graban el horror a fuego en el corazón.

Los muertos son solo eso: muertos. Pero lo que los rodea después, o lo que los acompañaba en su último minuto, sobrevive. Una adolescente muere a causa de una sobredosis de heroína y lo que te impacta son sus calcetines rojos con corazones blancos. Un hombre estampa su coche contra un árbol matándose con toda su familia y lo que lo hace inolvidable es que en la radio sigue sonando «Sally go round the roses» cuando te acercas al amasijo de hierros. Una gorra de béisbol azul de los New York Mets salpicada de sangre en el suelo del comedor, el gato achicharrado en el patio de una casa incendiada, la Biblia abierta por el capítulo de las Revelaciones que dejó el suicida a su lado en la cama. Eso es lo que recuerdas porque son los últimos suspiros de su último día, el momento inmediatamente anterior al último latido de sus corazones. Y esas cosas perduran tras su partida, son las últimas instantáneas de sus álbumes. Antonya abrió el cajón de los calcetines esa mañana y escogió los corazones a propósito. ¿Cómo podría dejar de impactarte esa imagen, a sabiendas de dónde acabaría tres horas más tarde?

Redmond empezó a llorar. Bill y yo nos miramos. Le hice un gesto para que sacara de allí al director. Ya no hacía falta que siguiera en el lavabo.

—Lo siento. Es que no me lo puedo creer.

Mi ayudante, Bill Pegg, es un buen hombre. Hace unos años perdió a su hija pequeña por culpa de una fibrosis quística y esa tragedia lo convirtió en una persona diferente. Ahora tiene un don especial con los que sufren, una manera de mantenerlos enteros en los primeros e insoportables instantes después de que la brutalidad haya entrado en sus vidas. Cuando intentan comprender el nuevo idioma del dolor, al tiempo que intentan compensar la pérdida de gravedad, la *insustancialidad* que acompaña a la desolación o al sufrimiento extremo. Cuando le pregunté a Bill cuál era su secreto, me contestó: «Lo único que hago es ponerme a su lado y contarles lo que sé. Es lo único que puedes hacer».

Cuando se fueron y la puerta se hubo cerrado con un siseo me acerqué a Antonya. Hinqué una rodilla en el suelo delante de ella. Qué aspecto más ridículo tendría si entrara alguien en ese momento, como si me estuviese declarando a una niña que se había quedado dormida sentada en el retrete.

Un brazo colgaba estirado hacia abajo. Tenía el otro apoyado en una pierna. Supuse que sería diestra, así que me fijé en su brazo izquierdo para ver si podía encontrar el pinchazo. Tenía la cabeza apoyada en los azulejos blancos de la pared, con los ojos cerradas. La marca de la aguja era un pequeño verdugón rojo justo debajo de los pliegues del codo izquierdo. Le busqué el pulso por la fuerza de la costumbre. Naturalmente, no tenía. Extendí la mano y toqué esa marca.

—Por aquí te moriste, niña tonta. —Sujetándole el codo con la mano, pasé el pulgar por encima de la señal y susurré—: Justo por aquí.

—No me llames tonta.

Sin reflexionar, sin darme tiempo a pensar nada, levanté la cabeza de su brazo automáticamente al escuchar la voz lenta y pastosa.

La cabeza de Antonya osciló despacio de izquierda a derecha hasta encararse conmigo. Abrió los ojos y habló de nuevo con la misma voz enturbiada.

—No tenía que morir.

—¡Estás viva!

—No. Pero todavía puedo sentir tu mano. Siento tu calor. —Su voz era un susurro, un reguero entrecortado. Le habían cerrado el grifo, pero aún quedaba agua, un hilo de agua en la cañería—. Dile a mi madre que no he sido yo. Dile que me lo hicieron.

—¿Quién te lo ha hecho?

—Encuentra al perro. —Sus ojos se quedaron abiertos pero vacíos. La última traza de vida escapó y se fue por el aire, de vuelta a la vida. Vi cómo sucedía. No pasó nada en concreto pero sabía exactamente qué estaba ocurriendo. La vida escapó de ella y entonces *murió*.

Con una rodilla apoyada aún en el suelo seguí mirándola fijamente, invitándola a regresar, invitándola a volver para que me ayudara a entenderlo.

—¿Frannie? —Bill estaba en el umbral, sujetando la puerta abierta con un brazo—. Ha llegado la ambulancia y hemos llamado a la madre de la muchacha. Me voy para allá. ¿Vale?

—Vale.

—Fran, ¿estás bien?

—Claro. Oye, dile a Redmond que quiero echar un vistazo a su taquilla. Y si tenía otra taquilla en el gimnasio, también.

Esperé allí mientras preparaban el cadáver para su levantamiento. Se tomaron su tiempo. Estaba tomando apuntes cuando uno de los tipos de la ambulancia exclamó:

—¡Ostras! ¡Mirad esto!

Al levantar la cabeza vi que sostenía en alto una pluma: *la pluma* que yo ya había visto demasiadas veces. La cogí y la miré más de cerca para cerciorarme.

—¿De dónde ha salido esto?

Soltó una risita maliciosa y arqueó las cejas.

—¡Se le ha caído de debajo de la falda! ¿Será posible? ¿Qué hacía con una pluma ahí metida? —Sonrió.

—Me la quedo. —Dejé la pluma entre las páginas de mi bloc de notas y lo cerré.

A juzgar por la expresión de su cara el tipo pensaba que yo estaba de broma.

—Ah, venga ya —protestó—. Jefe, la quiero yo.

—¡Acabad con esto y *largaos de una puta vez!*

Las sonrisas se evaporaron de sus rostros y recogieron en menos de cinco minutos. Seguí la camilla mientras la guiaban por el pasillo. Todavía no habían terminado las clases, por suerte, de modo que no tuvimos que abrirnos paso a través de una horda de críos boquiabiertos.

Al pasar por delante del despacho del director me detuve y entré. Su secretaria me entregó inmediatamente una hoja de papel con el número de la taquilla de Antonya y

su combinación. La mujer me dijo que ya no se adjudicaban taquillas de gimnasio permanentes a los alumnos porque había demasiados matriculados y el instituto no contaba con armarios suficientes para todos.

En lo alto de la hoja, un Post-it brillante de color rosa, estaba escrito el número 622. Un instante después la coincidencia me golpeó como un saco de arena: era la misma taquilla que me había correspondido durante mi último año en el instituto de Crane's View. El número de abajo, la combinación de la cerradura, también era el mismo de hacía treinta años.

—¿Esto está bien? ¿Es correcto? —Mi voz resonó por toda la estancia.

Desconcertada, la mujer asintió.

—Sí, hace diez minutos que lo copié de su historial.

—¡Me cago en la puta! —Pensaba hacer más preguntas a Redmond, pero ya no. Tenía que echar un vistazo a esa taquilla *enseguida*. Ya no me sentía confuso, ya no me sentía perdido. Mi esposa dice que hay que tener cuidado con Frannie cuando sabe quién es el adversario. Antonya dijo que la habían asesinado. Mientras salía corriendo del despacho, me asaltó la espantosa idea de que podían haberla matado sin otro motivo que el hecho de que su taquilla era la misma que había tenido yo hacía años. Virtuoso, mi yo joven, la casa de los Schiavo, Antonya. ¿Quiénes eran los responsables de todo aquello y qué querían de mí?

Sonó un timbre que señalaba el final de las clases. El estruendoso ¡Bap! ¡Bam! ¡Bap! sonido de las puertas al abrirse de golpe y golpear las paredes resonó por todas partes. Los chavales inundaron los pasillos con la demente energía de una fuga carcelaria, resultado de haber pasado cuarenta y cinco minutos encerrados en una clase de álgebra. Se congregaban cenáculos como virutas metálicas reunidas en torno a un imán, los cuerpos tropezaban y chocaban entre sí en su huida hacia ninguna parte. Gritos y silbidos, risas dementes por doquier. Tres minutos de libertad. Los amantes se prodigaban apasionados besos de tornillo antes de que la próxima clase, como un torrente, los separara y los arrastrara de regreso a Villabostezo otros tres cuartos de hora.

Lo recordaba todo. ¿Cómo podías olvidar cuando tenías dieciséis años y estabas lleno de esperanzas y mierda a partes iguales?

—¡Eh, jefe!

—¡Qué pasa, señor McCabe!

Conocía a algunos estudiantes. Los chicos malos volvían la cabeza nada más verme. Guiñé un ojo y repartí un par de «qué tal» entre algunos muchachos: nada más. Los que me saludaban no querían más. Sabía cómo funcionaba, la debida etiqueta de los centros de enseñanza secundaria. Daba igual lo bien que nos lleváramos fuera del edificio, ese era su terreno y esas sus normas. Yo era un adulto y un poli. Léase «forastero».

Aminoré el paso al darme cuenta de que estaba caminando de esa forma tan rara que se ve en los Juegos Olímpicos de verano. Exacto, justo antes de cambiar de canal

en busca de algo más interesante que un puñado de adultos andando como patos calzados por Nike. No tenía sentido correr a la taquilla de Antonya porque no podría abrirla hasta que volvieran a irse los críos. Ya sospechaba lo que había dentro y no quería a nadie a mi lado cuando me llevara la fea sorpresa.

Divisé a Pauline a unos seis metros de distancia. Estaba a un lado del pasillo, hablando con un grupo de chicas. No se fijó en mí hasta que pasé casi por su lado.

—¡Frannie! ¿Es cierto lo de Antonya Corando?

Me detuve y saludé con la cabeza a sus amigas, que me escudriñaban con una mezcla de interés y desconfianza.

—¿Qué has oído?

—Que está muerta.

—Pues sí.

Las muchachas intercambiaron miradas. Una se llevó una mano a la boca y cerró los ojos con fuerza.

—¿La conocías, Pauline?

—Un poco. Más o menos. A veces coincidíamos en la sala de ordenadores. Charlábamos.

—¿Cómo era?

—Intensa. Oí que era una artista, que sabía dibujar muy bien. Pero casi nunca la veía porque siempre estaba estudiando.

Una de sus compañeras le dijo con voz acusadora: «¡Me suena de algo!», como si Pauline fuera culpable del mismo delito. Sonó el timbre de nuevo. Mientras se alejaban, una de las muchachas dijo demasiado alto:

—Cómo mola tu padrastreroo.

—¡No seas mala! —La voz de Pauline sonaba ofendida.

Me quedé mirando por una ventana hasta que los pasillos volvieron a estar vacíos y en silencio. Fuera, en el aparcamiento, la ambulancia salía a la carretera. Me imaginé el cadáver de la chica tendida en la camilla, con los pies embutidos en sus Doc Marten abiertos en forma de uve, los brazos cruzados sobre el pecho. Con esa motita de color rojo en el interior de su brazo izquierdo. «Dile a mi madre que no he sido yo. Dile que me lo hicieron».

Hace años, después de que Magda y yo nos hiciéramos amantes, pasamos una tarde particularmente loca en la cama. Cuando terminamos, relucientes de sudor —saciados, agotados, *ahítos*— con su rostro a cinco centímetros del mío, me miró al fondo de los ojos y dijo: «*Recuérdame así, Frannie*. No importa lo que ocurra, da igual cuánto dure lo nuestro. Quiero que me recuerdes así, tal y como estoy ahora».

¿Antonya? A ella la recordaría con la cabeza apoyada en esa pared de azulejos blancos, abriendo lentamente sus ojos muertos para pronunciar su último aserto. «*No he sido yo*».

Taquilla 622. Ahí guardé una vez una pistola durante dos semanas. Primero una pistola, luego una araña «reclusa parda» dentro de un frasco de crema de cacahuete,

el cóctel Molotov de fabricación casera que confeccioné en clase de manualidades y colé por la ventanilla del coche de un profesor. Más adelante robaría el libro de notas de mi profesor de Historia de América y lo escondería en esa misma taquilla, junto a una primera edición firmada de los *Siete cuentos góticos* de Isak Dinesen, que nuestro profesor de inglés trajo para enseñárselo a la clase. De joven robaba lo que fuese porque pensaba que todo cuanto quisiera me pertenecía.

Por instinto puse el pulgar contra la cerradura y los demás dedos debajo. Introduje la combinación girando la rueda adelante y atrás. Con el último número de la secuencia se escuchó un suave chasquido. Levanté la manilla y abrí la puerta.

La taquilla del instituto de un adolescente es su santuario. En ella erige un altar para sus sueños, su vida diaria, la imagen idealizada de sí misma. Antonya Corando no era ninguna excepción. En el revés de la puerta había pegado con cinta adhesiva un anuncio de Calvin Kline arrancado de alguna revista. En él se veía a un tipo atractivo vestido con unos calzoncillos sumamente blancos, con la mirada perdida en el horizonte. A lo mejor buscaba el resto de su ropa. En las paredes de la taquilla había muchas más fotografías: cachorros, modelos, Polaroid instantáneas de familiares y amigos con cara de satisfacción o de memos. Nada especial, todo triste ahora a la luz de lo que había ocurrido. ¿Quién iba a quitar esas fotos, su madre? Me imaginé a la pobre señora abriendo la puerta, contemplando ese entrañable mundo en miniatura y mareándose por enésima vez desde que conociera la noticia del fallecimiento de su hija. ¿Sabría su madre qué importancia tenía cada una de esas fotos para la niña? ¿Las conservaría o las tiraría a la basura porque estaban impregnadas de su Antonya?

Lo mismo le había sucedido a la madre de Magda treinta años antes, tras el asesinato de su hija. La mujer lo guardó todo. Solo después de su muerte logró convencer a Magda para que metiera las cosas de su hermana en cajas y las almacenara lejos de nuestro hogar, de nuestra vida.

Un libro de texto de geometría, Historia del Mundo, una llamativa calculadora de color azul, un cómic que se titulaba *Sandman*, ropa de gimnasio (nada caro ni a la última), casi demasiados bolígrafos y marcadores fluorescentes. Dos discos compactos: Willy DeVille y Randy Newman, interesantes gustos musicales.

—¿Qué tenemos aquí? —Había una gran carpeta clasificadora de color negro apoyada al fondo del armario. Mientras la sacaba, supuse que se trataría de un libro de apuntes lleno de sobresalientes. Pero, ¿no habría llevado encima algo así? ¿Por qué estaba allí dentro? Abrí la carpeta y las primeras páginas eran precisamente eso: pulcros apuntes (con los pasajes relevantes señalados en amarillo) redactados con una meticulosa caligrafía en cursiva sobre Platón, Sófocles, el Imperio Helénico, patatín y patatán. A punto estuve de dejar de pasar las hojas porque me sonaba a griego y eso ya no interesa a nadie.

Al final de la página siguiente vi el dibujo. Como si fuese un garabato, una nadería, el producto de dos minutos de aburrimiento durante una clase, se había

dedicado a dibujar a lápiz un fidedigno boceto de Vertuoso. Es más, estaba sentado en la misma postura que había visto en la ilustración que me enseñó George Dalemwood en su casa. Más aún, en el suelo, delante del perro, estaba *la* pluma.

Pasé la página.

## El empujón del ahorcado

—Son absolutamente increíbles.

—George, me parece estupendo que te gusten pero, ¿qué demonios *significan*?

Como de costumbre mi amigo me ignoró, ni siquiera levantó la cabeza de la carpeta de apuntes de Antonya cuando hablé. Llevaba puestas sus gafas de lectura estilo Clark Kent, esas con la montura tan gruesa y negra que parecían dos pequeños televisores siameses encima de su nariz.

—¿Y te dijo que *alguien* la había matado? —Miraba fijamente el detallado dibujo a lápiz donde aparecíamos Frannie joven y yo contemplando la casa de los Schiavo, envuelta en su telaraña de metal. Todo lo que había ocurrido aquella noche aparecía plasmado en el dibujo, incluso el gato Smith a nuestros pies.

La carpeta de Antonya Corando contenía seis páginas de meticulosos apuntes sobre el auge del imperio griego y otras veinte hojas llenas de dibujos que describían la caída de Crane's View, Nueva York. Luego pasaría mucho tiempo intentando descubrir si había hecho más dibujos de Crane's View, pero parecía que aquellos eran los únicos.

Hasta la fecha sigo sin saber decir si esos dibujos eran buenos o no. George opinaba que eran obra de un prodigio, de alguien equiparable a otros genios marginales del naíf como Henry Darger o A. G. Rizzoli. No lo sé. Para mí eran como explosiones encima del papel. Al verlas, sabías que quienquiera que hubiera dibujado aquello tenía serios problemas y seguramente estuviese mal de la cabeza.

Vertuoso era el portero del retorcido reino de Antonya. En la primera ilustración, al pie de una página llena de apuntes sobre Grecia, el perro aparecía sentado en su postura habitual con *la* pluma delante. Sobresaltado, mascullé:

—¿Y tú qué haces aquí? —Pasé la página.

La segunda ilustración lo retrataba tendido en el aparcamiento de la plaza de Grand Union. Tardé un momento en recordar que ahí era donde lo habían encontrado el día que lo conocí. Lo que distinguía a los dibujos de Antonya era que en cada uno de ellos se podía encontrar una cuidadosa semblanza de algo literal y fácilmente reconocible: Vertuoso en el aparcamiento, Frannie joven y yo contemplando la casa de los Schiavo. Pero *todo* lo demás que aparecía en las imágenes estaba sacado del espacio exterior. O quizá fuese Antonya Corando la que había salido del espacio exterior.

Su «Vertuoso en el aparcamiento» era un ejemplo perfecto. Rodeando los márgenes de la hoja, en plan marco diseñado por una mezcla de El Bosco y Robert Crumb, un coro de navajas de afeitar bailaban cogidas de la mano de unas palomitas de maíz que cagaban lagartijas con cabeza humana. Dentro de ese marco había otro: repollos con cara de *smiley* que sangraban a borbotones por culpa de los machetes y cuchillos que tenían clavados en la cabeza. Unos ángeles andróginos sobrevolaban la escena meándose encima de todo. En todos los dibujos había palabras enormes

escritas con cera de color negro. Palabras como «esmegma», «absceso», u «¡Hola mamá!», amén de frases más turbias como «sopa de Cristo» o «manus maleficiens». George me explicó que en latín quería decir «la mano que no sabe lo que es el bien».

Se pasó las gafas por encima de la nariz hasta dejarlas colgadas de su oreja derecha en precario equilibrio.

—¿Cuándo empezó todo esto, Frannie?

—El día que enterré a Vertuoso.

Asintió y hojeó la carpeta hasta llegar al dibujo de Antonya donde yo estaba dando sepultura al perro.

—¿Te fijaste en esto? —Señaló un detalle de la ilustración. No lo veía bien, de modo que me acerqué.

—¿En qué?

—La pala negra. Hay tres cosas que aparecen en cada uno de sus dibujos: esa pala, lagartijas...

—Y yo.

—Y tú, exacto.

—¿Qué quieres que haga con eso, George? ¿Palas, lagartijas y yo? No, aguarda un segundo... también enterré a mi padre con esa pala. ¿Crees que tiene algo que ver?

—Supongamos que sí. ¿Y las lagartijas?

—¿Qué pasa con ellas?

—¿Te gustan las lagartijas? ¿Son importantes para ti?

—¿Estás chiflado? —Me golpeé la frente con el dedo índice para enfatizar mi comentario—. George, olvídate de las lagartijas, ¿vale? Ya estoy bastante perplejo.

—De acuerdo. Entonces lo mejor que podemos hacer es ir a ver si el perro sigue enterrado en el patio.

—En eso estaba pensando. ¿Has vuelto a echar un vistazo desde que lo dejamos ahí?

—Sí. Todo seguía igual.

—Eso no significa nada. No me extrañaría que hubiese resucitado y estuviera sentado en el felpudo de mi casa.

George posó la carpeta de Antonya y soltó las gafas encima con delicadeza. Hizo una pausa, suspiró, se pasó una mano por su escasa cabellera.

—Estoy un poco nervioso, Frannie. Creo que me asusta ir a mirar.

—Estar asustado no tiene nada de malo.

Fijó la vista en su regazo.

—¿Tú tienes miedo alguna vez?

Iba a responder, pero me detuve. George me conocía demasiado bien. Sobraban las mentiras.

—No, no muy a menudo.

Asintió como si lo hubiera sabido desde el principio.

—Nunca has tenido miedo. No te he visto asustado desde que te conozco.

Metí la mano en un bolsillo y saqué mi navaja.

—El miedo es como este cuchillo, George. Sirve para una cosa: cortar. Tenlo doblado en tu bolsillo y no podrá hacerte daño.

—¿Cómo lo consigues?

—Uno crea su propio miedo. No anda por ahí como si fuese una enfermedad infecciosa. Por lo general surge del amor. Cuando quieres algo tanto que no soportarías perderlo, el miedo siempre está cerca. Nunca he querido algo tanto como para que me preocupara perderlo. Esa es mi putada. Magda dice que es lo más patético de mi persona. Seguramente tiene razón.

—¿No amas a tu *esposa* lo suficiente como para que te asuste perderla?

Negué con la cabeza.

—¿Lo dices en serio, Frannie?

No podía mirarlo a los ojos.

—Sí. Vamos.

Chuck encabezó la comitiva. Es un chucho bobo que se cree el rey del mundo. Desapareció nada más pisar la calle. Fue tan repentino y ridículo que nos quedamos paralizados. Estaba andando un metro por delante de nosotros, con el característico bamboleo confiado de los perros salchicha, y de un momento a otro se esfumó. ¡Zoop!

George avanzó un paso y dijo con nerviosismo:

—¿Chuck?

El patio era pequeño y estaba cuidado. No había ningún sitio donde se hubiera podido meter sin que lo viéramos. Pero George corrió hasta el otro extremo a pesar de todo, se agachó y empezó a registrar el lugar.

Sonó mi teléfono móvil. El instinto me dijo que algo iba mal.

—¿Jefe? —El vozarrón de Bill Pegg, completamente crispada.

—¿Sí?

—La casa de los Schiavo está en llamas. Es un volcán. Ha tenido que ser obra de alguien. Arde como la gasolina.

—Voy para allá. —George gateaba inútilmente buscando al perro. Apagué el móvil y lo llamé—: Olvídalo. Quienquiera que sea el que se lo ha llevado está jugando con nosotros. No lo encontrarás ahora.

Me fulminó con la mirada.

—¡No digas eso!

—Se ha ido. Acompáñame. Alguien ha incendiado la casa de los Schiavo. Todo está relacionado, George. A lo mejor incluso está allí.

Meneó la cabeza con los ojos cerrados.

—No, tengo que quedarme. Podría estar por aquí cerca.

Me agaché y lo cogí del brazo.

—En cuanto nos disponemos a desenterrar a Vertuoso me entero de que la casa de

los Schiavo se ha incendiado. ¿Eso es una coincidencia? ¿No te parece que alguien está jugando con nosotros? No se supone que debamos hacer esto ahora.

—A lo mejor sí. ¡A lo mejor se supone que tienes que hacer precisamente eso, Frannie! Desenterrar a tu perro ahora mismo.

Me paré y pensé que quizá tenía razón. Pero, ¿qué podía hacer yo? El jefe de policía tiene que estar donde haya problemas. En esos momentos los problemas ardían a cinco manzanas de distancia.

—Mira, ahora debo salir para allá. Volveré en cuanto pueda.

Miró a su alrededor como un poseso.

—¿Qué ocurre, Frannie? ¿Qué está pasando?

—Me propongo averiguarlo.

—¡Ohh, chaval, chaval, ahora sí que la has cagado! —El joven estaba en el porche en llamas... o más bien, ese joven que me sonaba estaba de pie frente al porche en llamas de los Schiavo, de espaldas al fuego, con las manos en los bolsillos. A su lado había un negro de edad indeterminada. Ninguno de ellos prestaba atención al incendio. Parecían empeñados en ver cómo me acercaba.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —pregunté.

Detrás de ellos, el departamento de voluntarios contra incendios de Crane's View se esforzaba por controlar las llamas. Esos tíos sabían lo que se hacían, pero el fuego estaba desatado y devoraba todo lo que pillaba.

El negro avanzó sonriendo y me tendió la mano derecha.

—He venido para verlo, señor McCabe. Me llamo Astopel.

Con recelo, le estreché la mano. El muchacho se quedó de brazos cruzados, con una extraña expresión de ansiedad en el rostro. ¿Qué indicaba?

—Se encuentra usted a un paso del empujón del ahorcado, señor McCabe. Eso es lo que ha propiciado mi visita.

A modo de efecto teatral, el tejado de la casa escogió ese momento para desplomarse con una explosión de sonido, escombros y chispas.

—¿Esa es su tarjeta de visita? —Señalé la casa e intenté aparentar calma.

El crío torció el gesto y dijo con los labios: «No».

—¿Aún no ha visto suficientes prodigios para convencerse de que su vida ha cambiado? —El hombre soltó una tos seca e intentó carraspear repetidas veces—. No, esa no es mi tarjeta de visita, pero si lo prefiere puedo convertirlo en una cochinilla. O quizá en un vencejo espinoso, el ave más veloz de la tierra. ¿O preferiría usted padecer una enfermedad espantosa durante cinco minutos? ¿El síndrome de Lesch-Nyhan? ¿El mal de Opitz? ¿Qué tal el síndrome de la mano alienígena?

—Siempre he querido ser Elvis...

El pequeño Frannie levantó los brazos exasperado.

—¡Eres retrasado! ¿No sabes lo que es?

—Apóstol.

—*Astopel*, señor McCabe. *Astopel*. Mi nombre no induce a engaño. No soy ningún apóstol. —Por primera vez se alteró su expresión. Parecía que mi comentario le hubiese hecho gracia—. El incendio, por cierto, no es obra mía. A decir verdad, es culpa suya. Si se hubiera dado prisa en actuar, esta casa seguiría en pie.

Aguardé. Esperé. El pequeño Fran nos miraba a uno y a otro como si asistiera a un partido de tenis. O al duelo entre dos pistoleros a punto de acribillarse a balazos.

Terminé aburriéndome del intermedio.

—Mire, solo soy del planeta Tierra, ¿vale? Ni siquiera sé cómo funciona un televisor, como para entender el puto universo. Así que dejémonos de síndromes de la mano alienígena y vayamos al grano. Está claro que he pasado algo por alto. Así que llámeme imbécil y sigamos adelante. Dígame qué se supone que tengo que hacer. No hace falta que me muestre más chicas muertas, ni perros, ni contratas de obreros... ni que quemé esa casa. Me importa una mierda. ¡Dígame qué quiere que haga y ya está!

Asintió.

—Lo haré. Hasta le daré dos opciones. Puede seguir adelante o atrás. Aceptaré cualquiera de las dos.

—Explíquese.

—Adelante significa que puede seguir buscando las respuestas como ha hecho hasta ahora. Naturalmente así todavía no ha conseguido nada, pero eso no quiere decir que no vaya a conseguirlo con el tiempo. El único problema es que no le queda a usted tiempo. Tiene una semana, para ser exactos. Le queda una semana para averiguar qué está ocurriendo en Crane's View, señor McCabe, y en qué lo atañe a usted.

»La otra posibilidad sería investigar hacia atrás. Lo enviaré a la última semana de su vida con lo mismo que sabe ahora. Desde ese punto de partida tendrá que desandar lo andado para descifrar qué sucede en su ciudad.

—¿Cómo sé yo cuándo es esa última semana?

—No lo sabe. Ahí estriba el riesgo de su decisión. Podría morir usted la semana que viene o dentro de cuarenta años. Lo que descubra podría ser esperanzador o desolador. Debe asumir el riesgo.

—Cuando dice que tengo una semana, ¿significa de vida o para resolver esto? Porque si la voy a palmar mañana pase lo que pase...

Consultó su reloj. Yo también lo miré, y dos veces, porque era un IWC «Da Vinci» de oro blanco. Lo sé porque es raro, cuesta una fortuna y es el mismo modelo que el mío. Me miré la muñeca por instinto. Mi reloj había desaparecido. Yo siempre llevaba encima el reloj. Ahora lo tenía él. Lo supe al instante con tanta certeza que ni siquiera me hizo falta preguntarle si también el suyo tenía un arañazo muy fino en el dorso.

—Ese reloj es mío.

—Y bien bonito que es, además. —Levantó la muñeca y la giró lentamente a uno y otro lado.

Fran el joven lo vio venir incluso antes de que yo supiera lo que iba a ocurrir. Exclamó:

—¡No! —Pero ya era demasiado tarde. Nada detiene mi ira cuando se despierta. Nada—. ¡No! ¡No! ¡No!

Pero yo ya había lanzado el puño mientras Astopel admiraba mi reloj. De arriba abajo, lo impulsé lo justo para darle un golpe seco en la sien. Diana. Se derrumbó en el sitio.

El pequeño Fran se quedó helado. Cerró los ojos con fuerza y se tapó las orejas con las manos, como si se fuese a producir una violenta explosión de un momento a otro. Como lo estaba mirando a él no vi lo que hacía Astopel. Supuse que estaría fuera de combate un buen rato. Me equivocaba. Cuando bajé la vista, seguía observándome con la misma cálida sonrisa del principio.

—¡Devuélveme mi reloj!

—¡Excelente elección! —Desabrochó la correa y me lo ofreció. Cogí el reloj y le di la vuelta para examinar el dorso. El arañazo estaba allí, pero también una fecha grabada con gruesos números de oro que nunca había visto.

—¿Qué es esto?

—Un recordatorio, señor McCabe. Tiene usted una semana. Una semana a partir de la fecha que pone en el reloj. Dicho sea de paso, pensaba devolvérselo. Pero su reacción simplifica mucho las cosas. Una pregunta: ¿qué tal anda usted de alemán?

No recordaba el día que era, de modo que volví a mirar el reloj. Vi la fecha y un momento después... mi mano. Manchas de la vejez. Tenía la mano cubierta de efélides del color de un melón cantalupo. Y me faltaba la mitad del meñique de la mano derecha. La piel estaba muy arrugada y parecía demasiado holgada para los huesos que ocultaba. Huesos de niño en las manos de un adulto. Atónito, levanté la otra para ver lo mismo: la mano de un anciano.

¡Y el dolor! Sentía como tuviera los diez dedos envueltos en llamas. Apenas si podía sujetar el reloj.

—Mira, Frannie, le pregunté a ese dentista que por qué tendría que ponerme una corona tan cara en los dientes si ya solo los uso para masticar hamburguesas y sorber la sopa.

Había un viejo de pie a mi lado. Llevaba una gorra de golf fea de narices que tenía aspecto de haber sido condenada a cadena perpetua en una fábrica de tejido escocés. El resto de su atuendo empeoraba aún más las cosas. Una camisa de manga corta verde chillón como dos tallas demasiado grande y —¡socorro!— pantalones a cuadros que no solo no hacían juego con la gorra sino que se llevaban a matar. Un par de gigantescas gafas con montura de oro aumentaban sus ojos hasta darles el aspecto de balones de playa y tenía una sonrisa tan cuajada de dientes amarillos que bien pudieran ser de corteza de bambú y no de esmalte.

Le dediqué un somero vistazo y volví a mirarme las manos. Reparé en que había algo más que no encajaba. Mis ojos se pasearon por mi camisa y mis pantalones, que eran... rojos. ¿Iba vestido de rojo? Pero, o sea, rojo *de verdad*, el rojo de los payasos, el rojo de la Coca-Cola. Camisa roja holgada y pantalones rojos encima de un par de zapatos de golf de ante marrón. ¿Me había convertido en un golfista jubilado? ¿Manos arrugadas, zapatos de golf y pantalones colorados? ¡La hostia puta! Como si no bastara con que te saliera pelo en la nariz y en las orejas al hacerte viejo; al parecer también desarrollabas un mal gusto extraordinario.

—¿Tú qué opinas, Fran? ¿Me la hago de porcelana o de oro?

Cuando conseguí dejar de mirar boquiabierto mis manos, mis pantalones y a ese viejo chocho con su gorra de golf a cuadros, observé lentamente mi entorno. Estábamos en medio de una acera espaciosa. Todos los carteles estaban en alemán. Recordé las últimas palabras de Astopel: «¿Qué tal anda usted de alemán?» Ahora entendía la pregunta.

Era una calle bonita, pero bastaba un vistazo para saber que no eran los Estados Unidos, y menos la vieja Crane's View.

—¿Cómo se llama? —pregunté al señor Gorra de Cuadros. Mi voz fue otra sorpresa: mucho más atiplada que la que conocía, y todas las palabras salían como si me estuviera quejando.

Me miró con extrañeza. Tenía que hacer pie en la realidad antes de que me volviera loco. Casi sin que me diera cuenta, mi cuerpo empezó a hacerse notar. Tenía que orinar desesperadamente. Me asaltó un ejército de pequeños dolores. Me crujían las rodillas al caminar y mi espalda chilló ¡ay! Cuando me giré para mirar atrás. Descubrí que no podía darme la vuelta deprisa ni aunque me lo propusiera. A pesar de que mi cuerpo parecía más ligero, no tenía fuerzas para moverlo.

—¿Qué ocurre, Fran, demasiado *schnapps* anoche en el restaurante?

—¿Dónde estamos? ¿Qué lugar es este? —Intenté girar la cabeza para escudriñar nuestro entorno. Pero algo chascó de golpe en mi cuello y me dejó paralizado un instante.

—¡Me parece que tomaste demasiado! En *Wien*, amigo, ¿qué te parece? El viejo Danubio Azul está un poco más abajo en esta misma calle. ¿Recuerdas que anoche pasamos por aquí camino del barco?

—¿Qué barco?

Sonrió como si pensara que le estaba gastando una broma.

—El barco que recorre la ciudad. ¿Recuerdas que dijiste que había demasiado ruido? Pero te pasaste casi todo el rato en la barra con Susan, así que no creo que estuvieras prestando mucha atención. —Soltó una risotada que más bien parecía un rebuzno. Iijaaa, iijaaa.

—¿Qué Susan?

—Que qué Susan, dice. Pues qué Susan va a ser, tu mujer.

—¡Me cago en la puta! Hostia. —Volví a mirar a mi alrededor y solo entonces

empezó a filtrarse lo ocurrido entre mis grietas. Astopel me había lanzado a la última semana de mi vida. Que iba a transcurrir muy lejos de casa. Me vino a la mente la palabra Bien. Eso era lo que había dicho el viejo. ¿Dónde demonios estaría Bien?

Lo miré otra vez y me disponía a preguntárselo cuando la expresión de su rostro me hizo cerrar la boca. El tío estaba cabreado.

—¿Qué pasa?

—Ya te he dicho que hables bien, Fran. No me gustan las palabrotas. Lo hemos discutido ya...

Me acerqué a él y le agarré del pescuezo con una mano agarrotada.

—No me jodas, Mochales. Quién eres, dónde estamos y responde a *todas* las preguntas que se me ocurran. ¡Si no quieres que te haga tragar todos y cada uno de los dientes y tengas que meterte el cepillo por el culo para limpiártelos!

Mochales me cogió la mano que le había plantado en el cuello y me la retorció con algo parecido a una presa de kárate. De repente me vi con el brazo pegado a la espalda y su aliento de anciano en la oreja.

—No seas impulsivo, Fran. —Empujó mi brazo hacia arriba sobre mi espalda y acudieron a mi cuerpo aún más dolores. Pensé que me iba a desmayar.

—¡Por favor, señor, suéltelo! A veces se pone senil y no sabe lo que hace.

Reconocí la voz, pero no podía moverme para ver si de verdad era quien yo pensaba.

A mi espalda, Mochales preguntó:

—¿Lo conoces, chico?

—Sí señor, es mi abuelo. El abuelo McCabe.

Me soltó el brazo pero este se quedó donde estaba. Por un momento me sentí como si jamás fuese a poder doblar el condenado trasto. Se me había quedado pegado a la espalda como una ala de pollo deforme.

—Bueno, pues dile a tu abuelo que se porte bien si no quiere buscarse un disgusto con su forma de hablar.

—Sí señor. Lo tendré vigilado. ¡*Gracias*, señor! —La voz del pequeño Frannie sonaba como la del peor sicofante pelota, adulador y lameculos. Se me acercó por la espalda y me cogió del otro brazo con delicadeza.

Me solté de un tirón.

—¿Qué demonios haces *tú* aquí?

Miró a Mochales y puso los ojos en blanco, exasperado.

—¿No te acuerdas, abuelo? Llegué esta mañana para darte una sorpresa.

—No me digas. Menuda sorpresa. —Intenté alejarme a largas zancadas, pero sentía las piernas como si fuesen de goma derretida—. ¡Soy viejo! ¿Por qué demonios soy viejo?

—¡Deberías estar contento! Ahora sabes que vas a vivir mucho tiempo. Lo tienes bien merecido por pegar a Astopel.

—¡Ese tío me había robado el reloj!

—Ya, pero tampoco tuviste mucho tacto cuando le pediste que te lo devolviera. Sacudí la cabeza.

—¡Tú habrías hecho lo mismo! ¿Y el hombre al que pegaste delante de la casa de los Schiavo?

—Eso fue distinto. —Se cruzó de brazos para señalar que *esa* discusión había terminado.

—¡Mi nieto! Si tuviera un nieto como tú me mudaría a Sumatra.

—Si tú fueses mi abuelo te pagaría el billete. ¿Qué te ha pasado en las cejas? Parece que te las hayan quemado.

—Bueno, compadres, ¿qué, poniendo los asuntos familiares al día? —Mochales había vuelto a acercarse y de nuevo era todo sonrisas.

—¿Cómo te llamas? —Por alguna parte tenía que empezar, y averiguar quién era podría conducir a algo.

—August Gould, Gus para los amigos; encantado de conocerte. *Otra vez.* ¿Quieres que nos demos la mano y lo hagamos oficial?

—Gus Gould.

—Eso es, caballero. —Sonreía como una calabaza de Halloween.

—Gus, hoy tengo la memoria como un colador. Dime exactamente dónde estamos y qué hacemos aquí.

—Estamos en Viena, en Austria, Fran. Estamos haciendo un viaje de dos semanas por Europa y todavía nos falta una semana más. Luego visitaremos Venecia, Florencia, Roma, Atenas y de ahí a casa.

—¿Dónde, a casa? —Casi no me atrevía a preguntar por miedo a que respondiera Yanbu' al-Bahr, en Arabia Saudí, o algo por el estilo.

—Nueva York para ti. San Louis para mí.

—¿Crane's View, Nueva York?

—No, la ciudad. Manhattan.

El chaval me miró.

—Qué guay. No me importaría vivir en la ciudad. Pero, ¿qué pasa con Crane's View?

Me encogí de hombros y me volví hacia Gus.

—¿Y dices que mi mujer se llama Susan? ¿No será Magda?

—¡Venga Fran, no me tomes el pelo! A nadie se le olvida el nombre de su esposa, no me fastidies. Si tuvieras la memoria tan mal tendría que sacarte a pasear atado con una correa. —Suspiró como si empezara a cansarse de mi juegucito—. Susan Ginnety. Así se llama, que yo sepa. Aunque tampoco creo que me hiciera mucha gracia estar con una mujer que no quiso adoptar mi apellido cuando nos casamos.

El chaval y yo soltamos un gritito de incredulidad nada más escuchar el nombre completo. ¿Susan Ginnety? ¿Me había casado con Susan Ginnety? ¿Acaso me había vuelto loco? El muchacho estaba tan sobrecogido por la noticia que se alejó de un salto, se agarró la cabeza y ensayó una especie de baile agónico en la misma acera.

—¿Susan Ginnety?! ¡Eeyow! ¿Te casaste con esa repipi? ¿Primero Magda Ostrova la de décimo y luego Susan Ginnety? ¿Pero qué tienes en la cabeza? No, ¿qué tengo yo en la cabeza? ¡Nada, está hueca!

—¡Silencio! Sé lo mismo que tú. ¡Susan ya está casada! Está... Oh oh. —Recordé de pronto que justo antes de que ocurriera todo aquello su marido y ella se habían separado—. Tenemos que encontrarla. Tenemos que hablar con ella. Gus, ¿dónde está? ¿Sabes dónde está Susan ahora?

Consultó su reloj. Era un cacharro extraño. Más parecía un brazalete de goma negra que un reloj. Y por lo que podía ver, sus números no tenían sentido, para tratarse de un reloj. Se lo acercó a la boca y dijo:

—Llamar a Susan Ginnety.

El crío silbó por lo bajo.

—¿Eso es un *teléfono*?

Gus arqueó las cejas pero no dijo nada. Era evidente que esperaba algún tipo de respuesta de su teléfono. De repente empezó a hablar.

—¿Susan? Hola, Gus Gould al habla. Sí, estoy con él, y con ese nieto vuestro. ¿Cómo? Eso he dicho, vuestro nieto. No, para, para. Frannie está aquí al lado. Dice que quiere hablar contigo. —Me sonrió. Fruncí el ceño—. Venga, Fran, adelante, habla con ella.

—¿Cómo dices?

Señaló mi muñeca y por primera vez vi/comprendí que yo también llevaba puesto uno de esos brazaletes, igual que el chaval. Vacilante, me lo acerqué a la cara. De lejos debía de parecer que me asustaba el que el brazalete pudiera morderme.

—¿Susan?

—Hola, Frannie. ¿Qué ocurre?

Su voz sonaba perfectamente clara, pero, ¿cómo demonios podía escucharla? Me palpé los brazos y las orejas, pero no encontré nada.

—¿Cómo es que oigo esto? ¿Cómo funciona este trasto?

—Matriz lineal insertada —anunció Gus, categórico.

—¿Qué de qué?

—Matriz lineal insertada. Es un cableado de fibra óptica canalizado a través de una fuente de alimentación equiseta...

—¡Olvídalo! Susan, ¿dónde estás? Tenemos que hablar ahora mismo.

—En la cafetería, Frannie. ¿No te acuerdas? Gus y tú dijisteis que queríais ir...

—Vale, vale, olvídalo. Tengo que hablar contigo *inmediatamente*.

Permaneció callada demasiado tiempo y después suspiró como una mártir exhalando su último aliento.

—Espero que no vayas a protestar otra vez por el viaje. De verdad que no me apetece escuchar otro rapapolvo...

—No vamos a reñir, Susan, y no quiero hablar del viaje. Quiero hacerte algunas preguntas, nada más. —Oía cómo mi voz se tornaba chillona y desesperada. Si seguía

aumentado de volumen, pronto parecería el silbido de una olla a presión.

—Estamos en la cafetería. Pero eso ya lo sabes.

—No, Suze, no lo sé. Ni siquiera sabía dónde estaba hasta hace cinco minutos, pero prefiero no profundizar en eso. ¿Qué cafetería?

—La Sperl.

—¿Las Perlas? ¿La cafetería se llama Las Perlas?

—*Sperl*, Frannie, *Sperl*. Sube la potencia del audífono, tesoro.

—Vale, la encontraré. ¿Qué aspecto tienes ahora?

Soltó su risa característica. La había oído un montón de veces durante nuestras reuniones semanales, cuando discutíamos la marcha de Crane's View.

—¿Que qué aspecto tengo ahora? Bueno, pues el mismo de esta mañana, por si se te había olvidado. ¡Hasta luegooo!

A Gus Gould aquello debía de parecerle la cosa más divertida del mundo y su enojosa risa de asno volvió a salir del corral. Había olvidado que podía escuchar a ambos lados de la línea.

—Te enseñaré quién es, Fran.

—Vale, estupendo, gracias. ¿Dónde está esta cafetería *Sperl*, Las Perlas, como se llame?

—Al lado de nuestro hotel. —Gus nos indicó que lo siguiéramos y emprendió la marcha.

Miré al chaval.

—*Nuestro* hotel. ¿Oíste eso? ¿Qué está pasando aquí? —Empecé a caminar.

—No tenía que ser así. ¡Es por tu culpa! Si no hubieras sido tan idiota y hubieras golpeado a Astopel...

—Cambia de emisora, ¿vale, niño? Ya lo has repetido un millón de veces. Si esperas que me disculpe lo llevas claro. Además, todavía no me has dicho qué haces *tú* aquí.

—No lo sé. Estaba en mi época, ocupándome de mis putos asuntos, y de pronto whoomp, aparezco en la tuya, y ahora estoy aquí.

—No me puedo creer que esté pasando esto. Además, si hemos viajado tanto en el futuro, ¿cómo es que las cosas no parecen distintas?

Eso era verdad. Si ahora tenía entre setenta y ochenta años, habían transcurrido al menos tres décadas. Pero a juzgar por lo poco que había visto de los alrededores, el mundo no había cambiado gran cosa. Las tiendas seguían siendo tiendas y los coches paseaban por la carretera, no por los aires como en *Regreso al futuro*. Casi todos tenían un aspecto más aerodinámico y estilizado, pero no dejaban de ser coches.

Frannie joven interrumpió mis divagaciones.

—A mí me pasó lo mismo. Cuando llegué a tu época pensé, ¿qué es lo que ha cambiado? La misma ropa, la tele seguía siendo la tele...

—¿Quién te envió a mi época?

Me dirigió una rápida mirada furtiva y volvió a apartarla enseguida. Después

empezó a caminar con lo que se podría llamar unas zancadas tremendamente *largas*, ergo: el muy cabrón intentaba escaquearse. Renqueé tras él y logré darle alcance y tocarle el hombro. Me quitó la mano de encima.

—¡Astopel! Fue Astopel, ¿verdad? —Debía de haber pronunciado la palabra mágica, porque se me adelantó tan deprisa que si hubiera sido un coche habría dejado unas marcas de neumáticos quemados de nueve metros de largo. Al ver cómo se alejaban Gus y él, se me ocurrió la respuesta de repente—. ¡Porque tú también lo golpeaste! También pegaste a Astopel, ¿a que sí?

El muchacho no contestó, pero estaba convencido de haber dado en el clavo. Por eso lo preocupaba tanto mi reacción ante el negro cuando lo conocí. Y por eso había empezado a lamentarse cuando derribé al tipo ese. ¡Porque sabía lo que iba a pasar! Porque él había hecho *exactamente lo mismo* y había acabado propulsado al futuro, igual que yo.

—¿Por qué no me avisaste?

Siguió caminando.

—Eh, capullo, ¿por qué no me dijiste lo que podía ocurrir si lo pegaba? —Los transeúntes de las proximidades se detuvieron para observar al viejo chiflado vestido de rojo que lanzaba improperios contra un mocoso que a todas luces intentaba ignorarlo.

»¡Que te estoy hablando!

Gus también miraba ahora, igual que la mitad de las personas en la acera, pero Frannie joven no. Si hubiera tenido un ápice de fuerza en las piernas habría salido corriendo detrás de él y... Se paró, apoyó las manos en las caderas y se dio la vuelta despacio. En su rostro solo había repugnancia.

—¿Todavía no lo entiendes? ¡No puedo hacer nada por ti! ¿Crees que no te habría avisado si pudiera? ¿Crees que me hace gracia estar aquí? ¿Cómo puedes ser tan estúpido?

—¿Entonces por qué no me lo dijiste?

—¡Por-que-no-pue-do!

Seguimos gritándonos como posesos. Tarde o temprano tenía que aparecer algún agente de policía y fue más temprano que tarde. La policía vienesa lleva uniformes de color verde y gorras blancas que hace que parezcan guardias de tráfico más que policías. Ese tipo era hosco, tenía un bigote igualmente hosco y una actitud capaz de intuirse en cinco idiomas distintos. Decidió interrogarme a mí. Qué cabrón, tenía que elegir a un viejo enclenque. Vestido de rojo.

—*Na, was ist?*

—¿Algún problema, agente? —Seguramente porque contesté en inglés y no dudé en mirarlo a los ojos, su expresión se volvió apocada y confusa; mala combinación para plantar cara a un poli.

Respondió con una frase vacilante en inglés sacada de algún libro de texto defectuoso.

—¿Por qué gritando usted? Así no permite gritar en Viena.

—Pero si no grito. Estoy llamando a mi nieto. —Señalé a Frannie joven. Esperaba que el agente reparara en el parecido familiar. El chaval se encogió de hombros. El poli frunció los labios y los pelos del bigote se le metieron en la nariz. Por el rabillo del ojo vi que Gus Gould se acercaba a nosotros al trote. Debía de pensar que yo había perdido definitivamente la chaveta.

En la solapa del agente podía leerse Lumplecker. Tardé un momento en digerirlo y me contuve para no soltar una carcajada.

—¿Agente Lumplecker?

—*Ja?*

—¿Qué año es?

—*Bitte?*

—El año. Este año, ahora. ¿En qué fecha estamos?

Lumplecker me lanzó una mirada cargada de suspicacia, como si estuviera intentando tomarle el pelo.

—Usted no entiendo. Mi inglés malo. Su amigo aquí es. Pregunte él sus preguntas.

—Venga, Frannie, tenemos que ir a la cafetería. —Gus me empujó con la cadera sin dejar de enseñar su colección de viejos dientes amarillos al patrullero Lumplecker. Uno de los curiosos, vestido con pantalones cortos de cuero y calcetines verdes hasta la rodilla, preguntó:

—*Was ist mit ihm?* —El poli dirigió su atención al impertinente Fritz y empezó a dispararle una ráfaga de palabras en alemán. Gus y yo nos escabullimos sin decir ni *auf wiedersehen* siquiera.

—¿Qué te pasa esta mañana, Frannie? ¿Estás colocado? ¿Te has metido algo?

Eso era lo que me preguntaba mi padre cuando era joven y siempre estaba metido en algún lío. «¿Te has metido *algo?*» era justo lo que decía. Esperaba que así fuera para que mi detestable conducta tuviera alguna explicación. Si lograba «desengancharme» volvería a la normalidad. Mala suerte. Por mis venas no corría más droga que mi carácter.

—¡Espera un poco! ¿Cómo es que puedes verlo? —Señalé a Frannie joven, que estaba a tres metros de nosotros.

Gus abrió un envoltorio de chicle y se lo metió en la boca.

—¿Que cómo es que puedo *verlo?* ¿Por qué no lo iba a ver?

Me acerqué al muchacho.

—¿Por qué puede verte? En Crane's View dijiste que solo te podíamos ver el gato y yo.

—Porque ahora los dos estamos en la época equivocada. Aquí no pegamos ni tú ni yo.

Era primavera. Las muchachas se paseaban con vestidos de verano color sorbete, cosquilleándote la nariz con sus perfumes. A lo mejor tenía más años que Matusalén,

pero me seguía funcionando el olfato. Las parejas deambulaban sin rumbo fijo, disfrutando del buen tiempo. Los músicos callejeros tocaban cualquier cosa, desde guitarras clásicas a hojas de sierra.

Viena. Austria. Mozart. Freud. Wienerwald. Sacher Torte. Nunca había estado allí, ni siquiera en mi etapa de trotamundos, porque aquella ciudad no despertaba en mí el menor interés. Había pasado una temporada en Londres. París. Madrid. También en otros lugares exóticos, pero Viena era sinónimo de ópera, que yo aborrecía, esos caballos Lippizaner que brincaban sobre sus cuartos traseros me deprimían y en esa ciudad era donde Hitler había empezado a ser Hitler. ¿A quién le hacía falta? Además, George Dalemwood había estado de visita y decía que, a grandes rasgos, los vieneses eran las personas más desagradables y antipáticas que había conocido en su vida. ¿Qué demonios hacía yo pasando mi chochez allí? Y nada menos que casado con Susan Ginney.

—Ese es el teatro de la ópera. Pensé que sería más grande. En las fotos parece más grande.

Mientras caminábamos vi el célebre edificio, pero no sentí nada. Se supone que el corazón debe henchirse a la vista de determinados lugares de renombre: el Gran Cañón, el Big Ben, el teatro de la ópera de Viena. Pero mi corazón solía dar marcha atrás en esos momentos por el simple hecho de que no me gustaba que me dijeran lo que tenía que hacer.

—No olvides, Frannie, que esta tarde vamos a hacer una visita guiada por ese sitio.

—Ajá. ¿Falta mucho para la cafetería?

—Otros diez minutos.

—Dios, ¿tanto? —Sentía el cuerpo de plomo, de pasta, de piedra, de madera, sentía la fuerza de la gravedad al cuadrado, me sentía como una mierda. ¿Así que eso era ser viejo? ¡Ni hablar! Quería cambiarme por un modelo nuevo. De inmediato. ¿Cómo lo soportaban los ancianos? ¿Cómo levantaban sus rígidas piernas de cien kilos de peso y ponían un pie delante del otro día tras día? La artritis corría por mis manos como lava candente; sentía las piernas frías a causa no sé de qué. Era como si todo el mundo pasara por nuestro lado subido en unos patines; pero no eran más que piernas conectadas a cuerpos más jóvenes y sanos que no sabían apreciar como era debido. Quería ir más deprisa, pararme y llorar de frustración, todo a la vez—. Chicos, esperad un segundo. Parad... tengo que recuperar el aliento.

Gus y el chaval cruzaron la mirada, pero se detuvieron. Me entraron ganas de matarlos. ¿Cómo podían seguir adelante cuando yo me sentía como si tuviera un peñasco encima de la cabeza?

—¿Estás bien, Frannie?

—¡No, no estoy bien! Esperad un segundo, ¿vale?

—No pasa nada, compañero.

—¿Eso es un puesto de perritos calientes? ¿Qué es un *wurstel*? —El chaval indicó

un pequeño quiosco que había cerca con distintas fotos de salchichas pegadas a las ventanas—. Tengo hambre. Voy a comprar uno.

Entre jadeo y jadeo le pregunté si tenía dinero.

—No. ¿Tienes tú?

Sin extrañarme en absoluto, mi mano tropezó con un puñado de tarjetas dentro de mi bolsillo. Las saqué para ver qué eran.

—Utiliza la VISA —dijo Gus.

—¿Aceptan tarjetas de crédito en un puesto de perritos?

Puso cara de preguntarse cómo podía ser *tan* obtuso.

—¿Qué quieres, pagar con un billete de cinco? ¿Cuándo fue la última vez que viste un billete?

—Yo también tengo una tarjeta. Tengo una de esas. La llevo encima desde que llegué. —Frannie joven enarboló una reluciente tarjeta de color rosa y se encaminó hacia el puesto.

No lograba recuperar el resuello. Todo mi cuerpo protestaba por el ultraje de haber tenido que caminar tanto y tan deprisa. Pero yo sabía que no habíamos caminado tanto. Aparte del resto de sorpresas que se arremolinaban en mi interior como un equipo de ciclones, esa era la que más me costaba aceptar: que me hubiera convertido en un viejo achacoso, gruñón, cascarrabias y fatigado... capullo.

—Háblame de tu nieto, Frannie. Es un chaval muy majo.

Vimos cómo ese chaval tan majo compraba su perrito caliente tras mucho gesticular y señalar hasta que el vendedor comprendió qué quería. Hacía tanto tiempo que no pisaba un lugar donde no entendiera el idioma. Ahora de repente estaba en dos a la vez: Austria y el País de la Tercera Edad.

Mientras maquinaba alguna nadería sobre mi «nieto» que contar a Gus Gould, oí un estrépito inmenso. Lo reconocí instintivamente porque yo había hecho el mismo ruido muchas veces montado en mi Ducati: era el desgarrador aullido del cambio de marchas de una moto. Aparté la mirada de Gus y me volví hacia la calle para ver lo último que vería en mi vida: una motocicleta preciosa, plateada y estilizada, que surcaba los aires sin conductor en línea recta hacia mí.

Fin.

## Agujeros en la lluvia

Lo siguiente que vi fueron mis manos. Sostenían un anticuado vaso aflautado lleno de batido de fresa. Volvían a ser «mis» manos: ni efélides, ni holgadas capas de piel blanquecina, ni nudillos del tamaño de avellanas. En vez de eso, la piel mostraba un color saludable, no el mosaico de manchas de tono enfermizo que había lucido en Viena.

Muy despacio, apreté un puño y me sentí feliz como un crío cuando no sentí ningún dolor. Pero antes de emocionarme demasiado abrí la mano igual de despacio para ver si también funcionaba a la inversa. Éxito. ¿Había vuelto? ¿Era yo de nuevo? Apoyé la palma de la mano en el mostrador de formica rojo y sentí el frío del plástico en mi piel rejuvenecida. Acaricié la suave superficie. Levanté la mano unos centímetros e hice que mis dedos bailotearan para celebrar nuestro regreso.

—¿Se va a beber usted ese batido o intenta hipnotizarlo?

Sabía que era demasiado bueno para ser verdad. Conocía esa voz y no quería ver la cara de donde salía. Pero en contra de los deseos de hasta el último átomo de mi ser, torcí el taburete giratorio para mirar.

Estaba en Crane's View, en el Scrappy's Diner. El local de Scrappy nunca está vacío desde que abre sus puertas a las seis de la mañana hasta que las cierra a medianoche. Pero ahora lo estaba. Esto es, salvo por mí y por el bueno de Astopel, sentado en la otra punta de la barra. Sin dejar de observarme, sonrió como un hijo de puta.

—¿Es que no podía disfrutar de treinta segundos de felicidad a solas antes de verte de nuevo? ¿No hay ninguna ley que prohíba verte más de una vez en la vida?

—Puede tomarse usted todo el tiempo que quiera, señor McCabe. Pero el reloj sigue marcando las horas.

Tenía la garganta seca como la lija, de modo que di un sorbo al batido. En ese momento me supo mejor que el sexo. A decir verdad no podía dejar de beber, por lo que seguía tragando hasta vaciar el vaso. Incluso mi garganta parecía más joven, contenta y ávida de engullir ese néctar tan dulce.

Me enjuagué la boca con el dorso de la mano.

—Vale, ¿qué reloj sigue marcando las horas?

—¿Le ha gustado su muerte? Dramática, no cabe duda.

—¿Es así como voy a morir de verdad?

—Sí, con una moto incrustada en la cabeza.

—Moriré con una moto incrustada en la cabeza, en Viena, cuando tenga cien años y esté tan cascado y descuajaringado que debería haberla palmado mucho antes. Menuda expectativa.

—Cien años no, me temo.

—¿Cuántos?

—No se lo puedo decir. Tendrá que averiguar todo eso usted solo. Aunque con el

ritmo que lleva, ni siquiera averiguará eso antes de que se le acabe el tiempo.

—Explíquese.

Se bajó del taburete y se metió detrás del mostrador. Se acercó a mí, cogió un vaso y vertió en él el contenido de una coctelera de metal. Me lo puso delante.

—Fresa, ¿verdad? ¿Su sabor preferido?

—¿Lo ha hecho usted? Está bueno.

—Gracias. «Imagina la última de todas las cosas y te alejarás de su sueño». ¿Conoce esa cita? Es del Corán. —Sacó un vaso de Coca-Cola de una máquina y, ante mis asombrados ojos, lo metió en un horno microondas. Lo programó a la máxima temperatura y esperó a que sonara el timbre segundos después. Retiró el vaso, dio un sorbo de lo que debía de ser Coca-Cola a seiscientos grados y chasqueó los labios con satisfacción.

—Astopel, dígame que no acaba de hacer lo que acaba de hacer. ¿Es que tiene la lengua de amianto? ¿O es usted el Diablo? ¿Se trata de eso?

—Sigue usted buscando respuestas sencillas, señor McCabe. No las hay, por desgracia. ¿Preguntó algo sobre el alambre de espino a Gus Gould?

—¿Alambre de espino? ¿Por qué iba a hacerlo? Además, estaba demasiado ocupado superando el trauma de mi ancianidad y encajando el impacto de una motocicleta.

—Lástima. Porque ya solo le quedan cuatro intentos para regresar a su futuro antes de que acabe la semana. De usted depende *cuándo* quiere volver, pero solo faltan seis días...

—¿Cómo que seis? Dijo usted siete. Dijo que tenía una semana.

—Asómese fuera.

La calle estaba oscura como una cueva.

—¿Hoy se ha acabado?

—Hoy se ha acabado.

—Hoy es martes.

—Era.

—¿Tengo hasta el martes que viene, aquí o en mi futuro, para desentrañar esto?

—Exacto.

Di golpecitos en la barra con el canto del vaso.

—¿O si no?

—Bueno, acuérdesse de las palabras de Antonya Corando.

—Dijo que no había sido ella. Que se lo habían hecho.

Astopel asintió.

—Y ahora no es solo su propia vida la que está en juego. Son muchas más. Quizá le reconforte saber que hay otras personas en la misma situación que usted en estos momentos, señor McCabe.

—¿Que tienen que hacer lo mismo que yo?

—Sí.

—¿En Crane's View?

—No, por todo el mundo.

Apuré el batido de fresa. Ya no me sabía tan bien.

—Dos cosas más que debe saber, señor McCabe. Puede usted volver a su futuro siempre que lo desee esta semana. Diga la frase «agujeros en la lluvia» y ya está. Una vez allí, en cambio, su regreso al presente no dependerá de usted... sencillamente sucederá.

»Lo segundo que debe saber es que, cuando visite el futuro, será siempre el día anterior al que haya experimentado ya. De modo que su próxima visita será el día previo a su muerte.

—Esto es un completo disparate.

—Con suerte terminará por encontrarle sentido. —Acabó su vaso y salió del mostrador. Sin mirar atrás, se encaminó hacia la puerta.

—¡Espere! Otra cosa... ¿Por qué me casé con Susan Ginney? ¿Le ocurrió algo a Magda? ¿Le *ocurrirá* algo?

Levantó la cabeza y miró al techo.

—A todo el mundo le ocurre algo, señor McCabe. —Dicho lo cual, se fue.

Las calles de Crane's View estaban desiertas y en silencio mientras me dirigía a casa desde el restaurante. La noche se guarda sus sonidos para sí porque casi todos ellos proceden del otro lado del silencio. La tranquilidad que se respira tras la medianoche hace que los oídos se esfuercen por oír cualquier cosa en el vecindario, tan acostumbrados a la sobrecarga de estática del día a día que no son capaces de relajarse; no es su terreno. Por eso amplifican el sonido de la avioneta que sobrevuela a gran altura, o del vehículo solitario que circula a cinco manzanas de distancia. Cuando esos ruidos se sumaban al sonido del gato atropellado a una hora tan silenciosa, era el equivalente de unas tijeras clavadas en la oreja. Pero todos ellos provenían del aquí y ahora, de este momento, no del futuro: de ahora. Los recibí agradecido y deseé que hubiera más para cerciorarme de que había regresado a la época en la que quería estar.

Como me sucede a menudo cuando me siento desorientado, empecé a hablar solo. Es una costumbre muy útil que adquirí en Vietnam, mientras lo probaba todo para no volverme loco en aquel infierno.

Con la más sentida de las preocupaciones, me pregunté:

—¿Estás bien?

Pausa. Fruncimiento de ceño.

—¿Que si estoy bien? Estoy vivo. Eso es todo. Estoy vivo y no tengo ni puta idea de lo que debo hacer. De lo que se *supone* que debo hacer. No sé nada pero se supone que tengo que solucionar este embrollo en menos de una semana. O si no, atente a las consecuencias. Buena suerte, machote.

Al mirar a mi alrededor y ver aquel entorno tan familiar, la combinación de rencor y confusión ante lo que me había ocurrido, sumada al cariño que sentía por el lugar donde me encontraba, casi me hizo sentir mareado.

—Eso es lo único que consigue toda esta mierda... ¡marearme!

Esa noche me hacía falta una buena dosis de Crane's View para recuperar el equilibrio, de modo que di un rodeo para llegar a casa pese a lo intempestivo de la hora. Pasé a propósito por delante de la casa de los Schiavo para ver si había pasado algo más. Estaba a oscuras y en silencio. Minutos más tarde llegaba al hogar de George Dalemwood. Como de costumbre, había luz en la planta baja porque a George no le gusta la noche. Dice que las bombillas encendidas le hacen compañía. Me hubiera encantado llamar a su puerta y entrar para tener una larga charla sobre todo aquello, pero no lo hice. Sabía que antes de hablar de nuevo con él sobre nada de esto necesitaba meditar las cosas tranquilamente. Estaba seguro de que un futuro próximo me haría falta su ayuda, así que era crucial ofrecerle los detalles con calma y con claridad. George era un hombre paciente y comprensivo, pero oír lo que me había pasado esa noche, sobre todo si se lo refería de la manera equivocada, podía hacer que incluso mi buen amigo fuese en busca de la red para capturar mariposas.

Suspiré/dije:

—Vete a casa, Fran. Ve con tu familia.

Smith estaba sentado como una estatua en el último escalón de nuestro porche, como si hubiera estado esperando mi regreso. Estaba tan cansado que ni siquiera le dije hola. Alargué el brazo, le acaricié la cabeza y abrí la puerta principal.

Hogar, dulce hogar. Los holandeses dicen algo así como que el tic-tac de un reloj siempre suena mejor en casa. Mejor todavía es el olor de tu casa. Basta con una aspiración para que el alma sepa dónde estás incluso antes que la mente. Me quedé en el vestíbulo de la entrada y, con los ojos cerrados, me limité a aspirar la fragancia de mi hogar. Después de todo por lo que había pasado, se me antojaba un perfume celestial. Toda mi vida flotaba en ese aire. Las personas con las que vivía, los objetos que poseíamos, el gato, las palomitas que alguien había hecho antes, la colonia «de CK» de Pauline; hasta el polvo me resultaba familiar.

En la planta de arriba estarían durmiendo dos mujeres: Magda en pantalón de chándal y con una de mis camisetas de la Universidad de Macalester, ocupando toda la cama. Pauline en camisón, ovillada contra el filo de su colchón como si la asustara ocupar demasiado espacio. Al contrario que su madre, tenía el sueño ligero y sufría pesadillas; siempre estaba batiendo los párpados.

Estaba derrengado y vacío como el buzón de un difunto. El pensamiento de meterme en la cama junto a mi esposa era casi tan gratificante como el acto en sí. Pero en cuanto se me pasó por la cabeza la palabra «esposa», lo siguiente que imaginé fue una imagen de Susan Ginnety que, dentro de X años, sería la señora de F. McCabe. Pensar en esa unión demencial me hizo abrir los ojos como platos.

El gato ronroneaba a mis pies. Sin previo aviso cruzó la estancia corriendo, se

propulsó por los aires y se abalanzó sobre una ventana. Se escuchó un trino asustado y un pájaro despegó de la repisa y se alejó volando. Dos grandes plumas blancas flotaron lánguidamente hasta perderse de vista. Las vi y pensé: plumas. Ahora que las plumas acaparaban mi atención, acudieron a mi mente la que se había tatuado Pauline en la espalda y la que había encontrado y enterrado con Vertuoso y... Como si me hubiera estallado una puta bomba en el cerebro, recordé algo de mi futuro. Me emocioné de tal manera que, sin pensarlo, exclamé:

—¡Agujeros en la lluvia!

Porque tenía volver para encontrar otra pluma que había visto allí. Quizá fuese la respuesta a algo.

Estaba desnudo. Estaba desnudo y en la cama. Estaba desnudo y en la cama con una mujer. Que estaba desnuda. Y era vieja. Y no era mi esposa Magda. Y estaba metiéndome mano, intentando insuflar vida en mi vieja manivela con dedos esforzados.

Me puse de pie encima de la cama y me cubrí, pero no antes de ver que los magreos de la mujer comenzaban a surtir efecto.

Era una versión envejecida de Susan Ginnetty. Me miró y me dirigió una sonrisa triunfal.

—¡Te dije que lo conseguiría, Frannie! Baja aquí ahora mismo. No seas tonto.

Hacía sesenta años, esa mujer y yo habíamos practicado el sexo en todas y cada una de las posturas que son capaces de inventar dos cuerpos adolescentes ansiosos, por no mencionar el exhaustivo empleo de todos los recursos y artimañas que teníamos a nuestra disposición. Pero ahora, de pie ante ella sobre un par de enclenques canillas de anciano, me sentía tan tímido como una monja en la ducha.

—¡Déjalo, Susan! ¿Es que te has vuelto loca?

Eso la hizo reaccionar. Se plantó al otro lado de la cama con las manos en sus huesudas caderas, enseñándome un cuerpo desnudo que yo *no* quería ver.

—He tenido mucha paciencia hasta ahora, Frannie. Pero soy una mujer y tengo mis *necesidades*.

Si jugaba mal mis cartas, jamás conseguiría ninguna respuesta de ella.

—Mírame, Susan. ¿Quieres hacer el amor con *este* cuerpo? ¡Pero si parezco los Manuscritos del Mar Muerto!

No se inmutó.

—¿Por qué te casaste conmigo si sabías que esto iba a ocurrir?

Antes de que me pudiera morder la lengua, contesté:

—Buena pregunta.

Me propinó un puñetazo en la rodilla. Gracias a Dios que estaba en una cama, porque me caí de lado y mi cabeza rebotó en el colchón como una pelota de ping-pong.

—¡Cabrón! ¡La idea fue tuya! ¿Por qué te diría que sí? ¿Por qué pensaría yo que podía salir bien?

La Rodilla Guerra Mundial acaparaba toda mi atención mientras ella despotricaba. Aun cuando el dolor descendió por debajo del límite crítico, siguió rodando y gimiendo. Como si acabara de recibir una paliza a manos de la Mafia en vez del capón de una anciana.

Dos golpes bruscos a la puerta nos paralizaron. Cruzamos la mirada como si nos hubieran pillado haciendo algo malo. Una breve pausa y tres golpes más. Me tapé con la manta hasta la barbilla. Sin ninguna prisa, Susan se envolvió en una bata verde de felpa que colgaba de una silla.

Por primera vez desde que «despertara» allí, miré en rededor. Era una de las habitaciones de hotel más bonitas que había visto en mi vida. Debería ocuparla algún jefe de estado, o al menos alguien con su propio jet privado esperando para despegar con el depósito lleno en el aeropuerto; sin duda no era el cuarto indicado para el jefe de policía de Crane's View. A mi primera esposa (¿primera? ¡Por lo visto iba ya por la tercera!) le encantaba la vida de champaña y caviar, por lo que había pernoctado en varios hoteles de lujo. Pero esos eran cuchitriles de carretera del Alto Volta comparados con este palacio. ¿Cómo demonios había terminado aquí con una ninfómana de geriátrico? Y lo más importante, ¿quién corría con los gastos?

—Hola, Gus —saludó Susan, sucinta.

No era el Gus Gould que yo había visto el día anterior. Este caballero parecía el jefe de estado al que debía de pertenecer esa habitación tan lujosa. Llevaba un traje oscuro tan perfectamente cortado y comedido que bastaba con echarle un vistazo para saber que pertenecía a un sastre de los que necesitan cuatro arreglos antes de dar por concluido su trabajo. Camisa blanca como la nieve, gemelos en los puños y una fina corbata negra cuya seda desprendía un sutil reflejo. Me incorporé sobre un codo para examinar sus zapatos. Dieron al traste con el conjunto. Por bonitas que fueran, seguían siendo botas de vaquero de piel de serpiente.

—Niños, ¿qué hacéis remoloneando todavía en la cama? ¡Tenemos todo el día por delante y un montón de cosas que hacer!

—Mi *marido* y yo manteníamos una conversación. —Susan me lanzó una mirada que le habría frito las culebras a Medusa en la cabeza.

—Bueno, pues ya podéis daros prisa. Sabéis que a Floon no le gusta que os saltéis las comidas.

—¿Quién es Floon?

—No seas cretino, Frannie. —Susan se escabulló en el cuarto de baño, cerrando la puerta a su paso con demasiada energía.

—Es una mujer atractiva, Frannie. Eres un hombre con suerte.

—Ajá. Te la cambio por un puñado de respuestas.

—¿Cómo dices?

—Olvídalo.

Gus se acercó a uno de los grandes armarios y abrió la puerta. Buscó algo y sacó un traje idéntico al suyo: oscuro, bonito, suntuoso. Una fortuna en tela.

—Ten, yo te ayudo a ponértelo. Tenemos que darnos prisa. ¿Sabes dónde tienes la camisa y las botas?

—¿Vamos a ir vestidos igual?

Miró el traje, le sacudió la pechera y lo señaló con el dedo.

—Frannie, nunca imaginé que un traje de hombre pudiera costar diez mil dólares. Es decir, hasta este viaje, cuando él nos regaló este. —Levantó un pie—. Y John Wayne calzaba botas Lucchese iguales a estas. Si Floon quiere que me vista así hoy, así me vestiré. Él ha pagado la ropa, pero nos la podremos quedar cuando termine el viaje.

Salí desnudo de la cama. ¿Qué podía hacer, cubrirme el paquete con una almohada?

—Gus, hoy tengo la cabeza hecha un lío, así que tendrás que perdonarme si te hago alguna pregunta tonta.

—Vale. Aquí tienes los calzoncillos. —Me alargó una caja marrón.

La abrí, aparté un bonito papel color lima y me quedé mirando.

—Yo no me pongo calzones.

—Hoy sí, compañero. Así funciona Floon: se ocupa de todo, hasta del último detalle. Esos calzoncillos seguramente cuestan más que mi primer automóvil.

Con cara de circunstancias, me los puse. Lo siguiente fue la camisa blanca, calcetines negros de cachemira y *el* traje. Sí, era un viejo, pero todavía podía sentir la calidad del material que me acariciaba la piel.

—¿De verdad cuesta diez mil pavos este traje?

—Pues sí, y compró doce de ellos para los hombres. No quiero ni imaginar lo que habrá pagado por los vestidos de las mujeres. ¿Sabes lo que me dijo? Que lo pagó todo en ngultrum.

—¿Eso qué es?

—La moneda de Bután. —Volvió al armario y sacó mis botas de vaquero. El último par que había visto fueron las naranjas en los pies de mi yo joven. Por lo menos esas eran negras. Al dar la vuelta a una en mi mano, hube de admitir que si querías ponerte un par de botas de piel de serpiente esas eran las adecuadas.

Vestido, me miré en un espejo de cuerpo entero.

—Parecemos los portadores del féretro de un *ranger* de Texas.

—No sé qué trama Caz para hoy pero seguro que será interesante.

—¿Caz? ¿Caz Floon? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Caz *de* Floon. Es holandés. Frannie, si no te acuerdas del nombre de este tío es que tienes problemas de memoria. Susan, ¿estás lista?

—¡Un segundo!

Ese segundo se convirtió en unos cuantos, pero cuando salió, mi tercera esposa tenía un aspecto estupendo. Llevaba un vestido de verano azul sin mangas que le

quitaba diez años de encima y le daba un aire sexy, para tratarse de una vieja.

—¿Qué te has puesto, Susan? —La voz de Gus no era afectuosa.

—No seas pesado, Gus. No pienso ponerme el vestido que me envió Floon. Con él parezco una gitana echadora de cartas. Llevaré el bolso, eso sí. Es muy bonito.

Gus apretó los labios e inspiró hondo antes de volver a hablar.

—Susan, por favor, no lo hagas. Ya sabes lo que ocurre.

Se sostuvieron la mirada. Ninguno cedió ni apartó la vista. Casi se podía escuchar el estruendo de sus voluntades al chocar de frente.

—Olvídalo. Me gusta *este* vestido, Gus.

—A mí también, pero ya sabes lo que hará Floon cuando te vea con él. ¿Para qué montar un escándalo? No es tan tremendo.

—Para ti no, ni para él, pero para mí sí. No soy ninguna marioneta. Estoy harta de sus antojos, caprichos y berrinches. Todo tiene que ser siempre como él diga. Si no, se enfurruña como si tuviera doce años. Dios, cualquiera pensaría que ser uno de los hombres más poderosos del mundo te obliga a madurar un poco.

—Pero Susan, él lo paga todo. Os dio el mismo vestido a todas porque no le gusta que nadie sienta celos de nadie. Eso tiene sentido, ¿no te parece? Por no mencionar el hecho de que estamos viviendo como dioses en este viaje.

—Dioses menores. —Susan se ajustó un hombro del vestido—. Dioses menores sometidos a los dictados de un Zeus llamado Floon. Frannie tenía razón, no teníamos que haber venido. Lo obligué, pero ahora sé que estaba equivocada.

Lo que recordaba de mi última visita a esa época era a Susan al teléfono, diciéndome que dejara de quejarme del viaje. Hoy deseaba no haber venido. Mañana me diría que dejara de lamentarme. ¿Qué habría pasado entre hoy y mañana para hacerla cambiar de opinión? Más importante aún: ¿Qué pasaría hoy, punto?

¿Quién era Caz de Floon, aparte de uno de los hombres más poderosos del mundo? ¿Qué papel representaba él en mi ecuación? ¿Y dónde estaba esa pluma que yo tan bien conocía? Sabía que la había visto por alguna parte. De eso estaba seguro.

Abajo, en el vestíbulo, se habían reunido los invitados de Floon. El mundo está lleno de gente que pasa por ahí. Todos lo hacemos y todos estamos acostumbrados a verlo. Pero a veces ves a alguien que pasa por ahí con una pinta tan jodidamente rara que tu cerebro tiene que clavar el freno y descargar el puño sobre el claxon.

Abajo, en el vestíbulo, los invitados de Floon no solo iban vestidos de forma idéntica sino que, debido a la variedad de formas y tamaños, mi primera impresión del cuadro fue tal que habría de acompañarme hasta que esa moto me aplastara la cabeza.

Había un mediano, claro. O un enano. Una personita, o como quiera que se hicieran llamar en esa época. Su traje le sentaba como un guante, pero las botas de vaquero lo obligaban a caminar de forma extraña. Cuando me vio salir del ascensor me saludó efusivamente con la mano, como si fuésemos amigos del alma.

El disfraz de gitana del que se había quejado Susan estaba por todo el vestíbulo.

Casi todas las mujeres que lo llevaban eran ancianas. Ese vestido podría haber quedado bien sobre la piel de una chica de veinte años, cuyo cuerpo y seductores ojos te derretirían los calzoncillos. Pero en esas gallinas cluecas, viejas y de pelo cano y ralo era algo de mal gusto en el mejor de los casos, una broma cruel en el peor. Y debía de haber al menos doce de ellas. Más tarde diría a Susan que parecía el elenco de personajes de una antigua producción de *Carmen* de bajo presupuesto, Dios nos libre.

—¿Cómo estamos esta mañana, Frannie?

Paseé la mirada sobre las gitanas fosilizadas hasta posar-los en un hombre que se encontraba a un par de pasos de distancia, vestido con el traje de la jornada.

—¿Floon?

Eso le hizo gracia. Abrió la boca y se rió. Supongo. Parecía que se estuviera riendo, aunque no emitía ningún sonido.

—No, Jerry Jutts. Caz está allí, hablando con esa preciosidad rubia.

La mujer a la que señaló con el dedo parecía una luchadora de sumo. Debía de pesar fácilmente ochenta kilos, sin mencionar el peinado a lo Grand Ole Opry que coronaba su cabeza como un ciclón amarillo congelado.

Solté un silbido largo y bajo.

—¡Dios, haría falta un martillo de demolición para tumbarla! ¿Es la guardaespaldas de Floon? Parece una apisonadora con tetas.

—Es mi esposa —declaró Jerry Jutts, con voz de marica ofuscado, antes de batirse en retirada.

Quería echar un vistazo a Floon antes de acercarme. Pero Astopel había dicho que no podría controlar cuándo regresaría a mi época. Eso implicaba que no podía malgastar ni un minuto vigilando a ese tipo, a sabiendas de que podría ser enviado de vuelta a casa incluso antes de poder cruzar una palabra con él.

Parecía bastante normal. Sesenta y pico, en la media: altura, peso, con una cara que te parecía haber visto antes pero no estabas seguro. La primera impresión que me causó Caz de Floon fue la de un empresario educado y en forma que utilizaba las manos constantemente mientras hablaba. Las levantaba, describían giros, bajaban en picado; los dedos se enlazaban y separaban como si pertenecieran a un italiano que estuviese explicando algo.

Jerry se había reunido con su colosal esposa. Los dos escuchaban, embelesados, lo que fuera que les estuviese contando Floon. El incidente que me puso sobre aviso fue discreto y habría pasado desapercibido si no los hubiera estado vigilando atentamente. Ni el señor ni la señora Jutts abrieron la boca mientras hablaba Floon. Este movía las manos sin parar, su rostro parecía muy animado. Sonreía a menudo: una sonrisa bonita, abierta y llena de dientes. Sin embargo, se borraba tan deprisa como había llegado. No había nada en él que denotara franca cordialidad. Su público se inclinaba hacia él para no perderse una sola palabra.

Cuando terminó al fin sus hombros se relajaron y él se encorvó un poco.

Transcurrieron unos segundos pero ninguno de ellos dijo nada. Entonces habló la señora Jutts; en su cara brillaba esa especie de anticipación que se ve en una persona antes de decir algo que le parece inteligente o ingenioso. Los dos hombres le prestaban toda su atención. No diría más de tres frases, pues no habló más que unos segundos. Cuando acabó estaba claro que pensaba que había dado en el clavo. La sonrisa de Jerry indicaba lo mismo. Estaba orgulloso de su señora.

No sé leer los labios, pero sí pude leer los de Floon cuando dijo: «Eso es una completa majadería». Articuló cada palabra muy despacio, prolongando el «completa» hasta convertirlo en un «compleeeta». El rostro de la señora Jutts se vino abajo igual que una tienda de campaña a la que le quitan la varilla central. Su marido se apresuró a volver la cabeza. Floon no dijo nada más y su expresión tampoco. Pero puso el último clavo en el ataúd de la autoestima de la mujer dándole una palmadita en el hombro antes de alejarse. Abatida, la pareja lo vio cruzar el vestíbulo, como si lamentaran haberlo ahuyentado.

Me disponía a seguirlo cuando un hombre vestido igual que yo se me acercó y me ofreció una carpeta.

—Estos son los planes para hoy.

La cogí, ensayé una fugaz sonrisa de agradecimiento, hice caso omiso de la carpeta y volví a buscar a Floon. Perfecto: estaba solo, junto a un macetero frondoso, observando la multitud. Por un momento pensé en Jay Gatsby de pie en lo alto de la escalera de su mansión de Long Island mientras escudriñaba a los invitados que habían asistido a su fiesta. Pero esas personas se habían vestido como les había dado la gana para ver a Gatsby y, debajo de su fachada meticulosamente artificial, este era un buen tipo. Tras ver lo que había hecho Caz de Floon con la señora Jutts, mi instinto me decía que no era un buen tipo, daba igual lo que dijeran de él los demás.

Parecía conformarse con estar solo y mirar. De vez en cuando sonreía a alguien o alzaba una mano para saludar, pero el aura que lo rodeaba indicaba que nadie debía acercarse. Nadie hizo ademán de acercarse. Empecé a mirar alrededor de la sala para ver cómo respondía su grupo ante él en la distancia. Resultaba fácil distinguir a sus invitados de los demás ocupantes del vestíbulo porque todos íbamos vestidos igual. La estupidez de la idea del atuendo idéntico adquiría un matiz siniestro y perverso cuando pensaba en cómo humillaba a las damas. Casi todos los invitados le dirigían miradas furtivas. Algunos parecían ansiosos, otros meramente curiosos por saber dónde estaba. Cuando saludaba a alguien, se les iluminaba la cara como si acabaran de ser bendecidos. Si sus ojos pasaban por encima de alguien sin demorarse y la persona se percataba, era un mazazo, una pequeña derrota instantánea. Querían que él supiera que estaban allí. Sus modestos saludos los engrandecían, cuando los recibían se encendían como luciérnagas.

Era cuestión de tiempo que se cruzaran nuestros ojos. Cuando ocurrió, sentí que el corazón se me encogía en el pecho. No conocía a ese hombre, pero aun así me sobresaltó su mirada. Me obligué a sonreír y levanté la carpeta que sujetaba en mi

mano a modo de saludo. Por el rabillo del ojo atisbé la carátula. Encogimiento de corazón número dos. Inscritas sobre un reluciente fondo blanco había dos cosas: el nombre de FLOON en grandes letras negras y, debajo, un dibujo de *esa* pluma.

Mi mente chasqueó los dedos y de golpe y porrazo recordé dónde las había visto antes en esa época: mientras caminaba con Gus hacia la cafetería para recoger a Susan, había un póster enorme en una pared entre varios más. En él se leía «FLOON» y debajo estaba la pluma. Nada más, ni reclamos como «¿Adónde quieres ir hoy?» o «¡Es lo máximo!». Solo ese nombre tan raro y la pluma color arco iris en un póster por lo demás blanco. Al verlo no me había fijado bien porque en ese momento me sentía demasiado abrumado por todo lo demás.

—El Circo de Terrytoon. —Eso fue lo primero que me dijo Caz de Floon cuando el fogonazo de reconocimiento se apagó en mi cabeza y comprendí que tenía *al* hombre plantado justo enfrente de mí.

—¿Cómo dices?

—*El Circo de Terrytoon*. ¿Quién era el presentador? —Esta vez su sonrisa era genuina. No sabía de qué me estaba hablando.

—Lo siento, Caz, pero tendrás que darme un poquito más de contexto.

Su sonrisa se evaporó y la boca se anquilosó en un rictus forzado.

—Juega limpio, vamos, Frannie. Confieso que anoche ganaste con «El pantano de chocolate» y «Súper Manfred el perro prodigio», pero tienes que reconocerme el mérito cuando sea justo. Creo que *El Circo de Terrytoon* es muy bueno. Así que dime quién era el presentador. —Hablabla con el tenue acento de un europeo que ha vivido mucho tiempo en los Estados Unidos. Léase Terror Ton donde dice «Terrytoon».

—¿Hablamos de antiguos programas de televisión, Caz?

—Programas de televisión, anuncios, lo que sea de los cincuenta y los sesenta. Ya sabes que es mi pasión, así que contesta a la pregunta.

Se la estaba jugando con la persona equivocada. De pequeño debía de haber visto por lo menos cuatrocientos años de televisión combinados. Mi carrera televisiva se remontaba a los días en que no había color ni mando a distancia. Antenas con forma de orejas de conejo encima del aparato. Cuando la imagen era mala manipulabas esas orejas o le dabas un manotazo al costado de la caja. Solo había siete canales, todos en blanco y negro. La programación empezaba todos los días con un show propagandístico del Ejército de los EE. UU. llamado *The big picture* y terminaba con uno religioso que se titulaba *Lamp unto my feet*. Lo sé. Estuve allí.

—¿Lo dices en serio, Caz? ¿De verdad quieres echarme un mano a mano con antiguos programas de televisión? Vas a perder.

—Intentas ganar tiempo. Responde a mi pregunta. —Su voz tenía la extraña característica de sonar divertida y ruin a la vez.

—De acuerdo. Claude Kirschner. —Ahora me sentía a gusto. Podía jugar a ese juego dormido y seguir pateándole el culo—. Esa era demasiado fácil. ¿Qué tal esta: quién cantaba el tema central de *Wyatt Earp*?

Lanzó una mano nerviosa al aire.

—Los Ken Darby Singers. ¿Quién era el compinche de Yancy Derringer? —La gente nos estaba mirando. Floon jugaba para ellos.

—Pahoo. ¿Qué actor lo interpretaba?

—X Brands. ¿Quién era el colega de *Cisco Kid*? —Me crucé de brazos. Había retado a quien no debía.

—Leo Carrillo.

Sonrisita. Sonrisita. Me daban ganas de borrarle esa sonrisita de un puñetazo. No le hacía falta escalar montañas: podría bajar haciendo *rappel* por las paredes de su ego. Sugirió que cambiáramos del trivial televisivo al deportivo esta vez. Era condenadamente bueno. Cuando agotamos el béisbol, el baloncesto y el fútbol americano, decidí subir las apuestas de la partida.

—¿Qué tal se te da la lucha libre profesional, Caz? Cuando anunciaban a Ray Morgan en el Uline Arena.

Floon extendió los brazos con gesto teatral, invitándome a comenzar.

—Nombre de los Fabulosos Canguros.

—Roy Heffernan y Al Costello.

—¿Quién era el compañero de equipo de Alce Cholak?

—El Poderoso Atlas. Por favor, Frannie, no me subestimes.

—¿El de Murphy el Cráneo?

—El Bruto Bernard.

—¿De dónde era el Cráneo?

—De Irlanda.

Las preguntas y las respuestas se sucedieron más deprisa, nuestras voces subieron de tono. Estoy seguro de que parecíamos y sonábamos ridículos: dos viejos vestidos con el mismo traje de diez mil dólares gritando sobre Murphy el Cráneo, Almiar Calhoun, el Cupido Rizoso. Aquella tontería se prolongó hasta que mencionó a Maíz Bob.

Sonreí al escuchar ese nombre tan estúpido.

—¿Quién?

El señor de Floon no estaba acostumbrado a que lo ridiculizaran. Sus labios ensayaron unos tensos pasos de baile. Sus manos dejaron de bailar por completo.

—Maíz Bob. Tenía una llave inquebrantable que llamaba la panocha.

Por lo general me caen bien los embusteros porque le añaden su pizca de sal a la vida, pero Floon me estaba hinchando tanto las pelotas que parecían balones de playa.

—No eres más tonto porque no eres más grande.

Nuestro rincón del universo se sumió en un silencio sobrenatural. Las pestañas de Floon centellaron, pero no dijo nada. Lo único que se me pasaba por la cabeza era cómo iba a averiguar nada allí si seguía cabreando a la gente.

Se frotó la nariz.

—¿Crees que no hubo un luchador llamado Maíz Bob?

—No, pero buen intento.

Silencio.

—¿Sabes por qué me caes bien, Frannie?

—¿Por qué?

—Porque eres la única persona que se atreve a llevarme la contraria. El único que tiene cojones de hacerlo.

La tensión desapareció de su voz y de la atmósfera. Las personas de nuestro grupo que estaban escuchando me miraron con admiración o envidia.

—¿Cómo se llamaba el perro de Buster Brown en el anuncio de zapatos?

No estaba dispuesto a rendirse, pero yo ya me había cansado.

—Tyge. Mira, tengo una pregunta. ¿De dónde sacaste la pluma esa que hay en tu logo? No paro de verla por todas partes.

—Ja, ja. ¿Se supone que me tengo que tomar en serio esa pregunta?

—Sí, me gustaría saberlo.

—¿Te gustaría saber de dónde sale la pluma de Floon? —Esperó el tiempo suficiente para darse cuenta de que yo hablaba en serio—. Frannie, me tomas el pelo, ¿no?

—No, no te tomo el pelo.

Para mi sorpresa, en vez de responder chasqueó los dedos unas cuantas veces para llamar la atención de alguien. Apareció enseguida una jovencita muy atractiva vestida de gitana.

—Nora, me parece que el señor McCabe está un poco disperso esta mañana. Le cuesta acordarse de las cosas. A lo mejor tú puedes echarle una mano. Frannie, ¿conoces a Nora Putnam? Es la médica que nos acompaña en este viaje.

—¿Siente usted vértigo o mareos, señor?

—Floon, contesta a mi pregunta: ¿de dónde sale esa pluma?

—Frannie, ya *sabes* de dónde sale.

—Refréscame la memoria.

La doctora Putnam hizo ademán de tocarme, pero se lo pensó mejor y bajó la mano.

—Podemos ir allí y sentarnos, señor McCabe. Hoy sopla el *fohn* vienes y a veces surte un extraño efecto físico en las personas.

—Déjeme en paz. Floon...

Al ver algo por encima de mi hombro, todo él se tornó rígido. Era asombroso. De la afectuosa preocupación a la furia más iracunda en dos segundos.

—¿Qué ha hecho?

La médica y yo nos dimos la vuelta para ver qué lo había alterado de ese modo. No pudimos evitarlo, su rabia parecía mentira. Vi al mismo rebaño de personas que deambulaba y conversaba. ¿Qué le pasaba a Floon? Cuando me disponía a girarme para preguntarle qué demonios ocurría divisé a Susan, que cruzaba el vestíbulo en dirección a nosotros con su bonito vestido azul.

—¿Dónde está su ropa? ¿Por qué no se la ha puesto?

—No se la quiso poner.

—¿No se la *quiso* poner? Qué interesante. ¿Susan no se ha querido poner mi vestido? —Floon escupió su pregunta a la doctora Putnam, que se encogió y puso cara de querer salir corriendo. A continuación me traspasó con una mirada iracunda —. Te debo mucho, Frannie. Sin ti mi vida habría sido completamente distinta. Pero estás aquí y tu esposa también. Los dos aceptasteis mi invitación. Lo único que os pedí a cambio era que hicierais algo por mí de buena fe. Yo no llamaría a esto *buena fe*.

—Buenos días. —Susan llegó con una sonrisa y no la perdió cuando reparó en la pétrea mirada de Floon. Se había puesto un agradable perfume que me levantó el ánimo.

—¿Dónde está tu vestido, Susan? ¿Tiene algo de malo?

—No, Caz, es que no me sienta bien. Supuse que no te importaría.

—Pues sí que me importa.

—Lo lamento.

—Todavía te puedes cambiar. Estamos a tiempo.

—Pero es que no me lo quiero poner, Caz.

—Claro que quieres, ve. Haré que retrasen el desayuno.

—No *quiere* ponérselo, Floon, así que por qué no nos olvidamos el tema.

—Gracias, Frannie. —Era la primera vez que Susan me sonreía.

—Me parece que yo tampoco quiero ponerme esto, ahora que lo pienso. —Me quité la chaqueta del traje y la tiré al suelo. Luego empecé a deshacer el nudo de mi corbata.

—¿Qué estás haciendo?

—Quitándome la ropa. Quitándome *tu* ropa. —No lograba deshacer el nudo. Tironeé con más fuerza. Al ver que no cedía pensé a la mierda y cogí la hebilla del cinturón. Me complacía la idea de plantarme desnudo delante de Floon y sus invitados. Susan con su vestido azul tabú, yo con mi arrugado traje de nacimiento.

—¡Gus! —aulló Floon, conjurando de la nada al señor Gould.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Llévatelos de aquí. ¡Fuera de mi vista! No permitiré que me estropeen el día. Llevo demasiado tiempo planeándolo.

—Caz...

Floon meneó la cabeza una vez y se alejó.

—¡Adiós! —dije a su espalda.

Susan se empezó a reír.

—¿Crees que escribiré una nota a mis padres?

A Gus no le parecía gracioso nada de aquello.

—Esto no está bien, Susan. Has cometido un grave error.

—No lo creo. Vamos, esposo. Me parece que tenemos el día libre para pasear por

Viena.

Recogí la chaqueta del suelo.

—Vamos a dar ese paseo.

Gus intentó detenernos.

—No os vayáis, por favor. A lo mejor si hablo con él consigo arreglar esto...

—No quiero arreglar nada, Gus. No soy culpable de nada. Esta noche la cena es en ese barco que recorre el Danubio, ¿no? ¿Y nos podemos vestir como nos dé la gana? Pues ya nos veremos allí. Me parece que Frannie y yo necesitamos tomarnos un respiro de Floon y toda esta excursión. —Se cogió de mi brazo y nos encaminamos hacia la puerta giratoria de la entrada.

—Pero, señor McCabe —intervino la doctora Putnam—, pensé que se sentía usted mal.

—Sobreviviré. Lo único de lo que estoy seguro es que hoy no me voy a morir.

Recorrimos una amplia avenida que era preciosa, flanqueada de árboles, sin decir nada durante un buen rato. Hacía un día estupendo. Los árboles estaban en flor e incluso los numerosos coches que transitaban por las proximidades parecían más tranquilos de lo que es habitual cuando hay tráfico denso. Susan tenía su brazo enlazado con el mío. Supuse que lo mejor sería guardar silencio hasta que ella hablara.

Me entretuve buscando indicios de cómo sería la vida dentro de treinta (?) años. La ropa parecía más o menos la misma, aunque de vez en cuando pasaba alguien vestido como esos chavales de los futuristas vídeos musicales que veía Pauline en la MTV. Los coches eran estilizados y pequeños por lo general; se veían pocos colosos tipo Mercedes o BMW. Cuando me hube fijado lo suficiente comprendí que los vehículos eran tan silenciosos porque no salía humo de los tubos de escape. No *había* tubos de escape. Sin pensar, dije para mí:

—Eléctricos.

—¿Hmmm?

—Nada.

—Frannie, ¿a qué se refería esa mujer cuando preguntó si te sentías mal?

Un hombre pasó cerca de nosotros con la cabeza tapada por lo que parecía un casco de plástico negro. No parecía que hubiese nada por donde pudiera ver. Pero caminaba en línea recta sin tropezarse.

—¿Qué hace ese tipo?

Susan le dedicó un simple vistazo.

—Está estudiando.

—¿*Estudiando*? ¿Con la cabeza dentro de una bola de bolos?

—No cambies de tema. ¿Te sientes bien?

¡DING DONG! Se me ocurrió la solución de repente. Sabía exactamente cómo

descubrir lo que necesitaba saber.

—¿Podemos sentarnos un minuto?

Había bancos de parque convenientemente situados a los lados. Nos acercamos al más próximo y me senté lenta y pesadamente, soltando un gemido contenido como efecto añadido. Esperé unos cuantos latidos antes de cogerle la mano.

—Susan, tengo que contarte una cosa. Es el verdadero motivo por el que pasó lo de esta mañana...

—Dices en la cama...

—Sí, en parte también. No te lo quería decir porque, en fin, porque me asusta y no quería que te asustaras tú también. Y menos ahora que estamos de viaje.

—¿El qué Frannie, qué ocurre?

—Ya no recuerdo las cosas. Grandes o pequeñas, es lo mismo. Se me está vaciando la cabeza. Creo que tengo Alzheimer. Estoy cagado de miedo.

—¿Y? —Su voz era tranquila; su expresión decía: ¿y qué?

—¿Y? ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Los recuerdos se me escapan como el aire de un globo y tú dices y?

—Iremos a una farmacia y te conseguiremos una caja de Tapsodil. ¿Cuál es el problema?

—¿Qué es el Tapsodil?

—Un medicamento contra la enfermedad de Alzheimer. Lo tomas tres días seguidos y ya estás curado.

—Mierda.

—¿Qué?

—¿Ahora se puede *curar* el Alzheimer?

—Claro. Yo lo pasé hace dos años. No es para tanto, Frannie. Ni siquiera hace falta receta.

—Pero...

—¿Pero qué? ¿Eso era todo lo que te preocupaba?

No se me ocurría qué más decir. Mi brillante plan para sonsacar a Susan toda la información que necesitaba había durado lo que un chaparrón de verano. Abatido, vi a otra persona que caminaba con la cabeza dentro de un casco, solo que este era amarillo.

—¿Qué cojones es esto, *La invasión de los ultracuerpos*? Mira Susan, hasta que no tome el taponil ese...

—Tapsodil.

—Tapsodil. Vale, me da igual, tienes que ayudarme. No me hace gracia ir dando tumbos contra las paredes de mi vida, incapaz de recordar a dónde conducen los pasillos. Así que, ahora, respóndeme a algunas preguntas, ¿vale?

—Vale.

—¿Quién es Floon? ¿Qué significa esa pluma de su logotipo?

—Es el propietario de la empresa farmacéutica más importante del mundo. Son

ellos los que hacen el Tapsodil, entre centenares de medicamentos más. La pluma es el símbolo de la empresa. ¿De verdad que no te acuerdas de eso?

—No. Pero, ¿por qué esa pluma?

—Se la diste tú. Con George.

—¿George Dalemwood?

—Sí.

—¿Dónde está él?

—Dios santo, Frannie, ¿tampoco te acuerdas de eso?

—Nada. ¿Dónde está George?

Se miró las manos recogidas sobre el regazo.

—Desapareció hace treinta años.

—¿Qué quieres decir?

—Eso. Que desapareció de Crane's View y nadie sabe qué fue de él. Te pasaste años intentando encontrarlo pero no hubo suerte.

—¿Desapareció? ¿George?

—Sí.

¿Yo le di a Floon la pluma de Virtuoso? ¿Y George... el responsable y sedentario George Dalemwood desaparecido, para no saberse nunca más de él? ¿Ese era mi futuro? Mientras intentaba soslayar mentalmente esos dos obstáculos, oí que alguien cantaba mi canción favorita: «Respect», de Aretha Franklin. Cantaban dos voces, una de ellas particularmente extraña. Eso era porque la voz provenía de un perro.

Un hombre vestido con unos vaqueros desteñidos y una camisa donde se leía «Drop Kick Murphys» paseaba con un Rottweiler. El hombre avanzaba deprisa mientras el perro trotaba a su lado y miraba ocasionalmente a su amo como si esperase recibir una galleta. Pero los dos *estaban* cantando «Respect» y ni siquiera lo hacían tan mal. La voz del perro era grave y ronca, entre profunda y no tan profunda. No sé lo que digo; ¿cómo demonios se describe la voz de un perro que canta?

Me giré bruscamente hacia Susan y vi que ella miraba a otra parte. Le di un codazo y soltó un grito.

—¡Susan! ¡Susan!

—¿Qué? ¿Por qué has hecho eso? ¡Me ha dolido!

—¡Mira! ¡Mira!

—¿Qué? ¿Por qué me has pegado?

Los cantantes pasaron por nuestro lado entonando R-E-S-P-E-C-T...

—¡Ese perro canta!

—Sí, ¿y?

—¿Cuándo han enseñado a cantar a los perros?

Se frotó el brazo.

—Hace años. No sé cuándo exactamente. Pregúntaselo a Floon. El invento es cosa suya.

—¿Qué invento? ¿Para que canten los perros?

Debió de recordar que yo tenía Alzheimer porque dejó de parecer enfadada.

—No. Pero puedes darles algo que hace que aprendan cosas. Como cantar o decir ciertas frases.

—¡Dios! ¿Para qué sirve eso?

—Para pasar el rato. No lo sé. Detesto a los perros.

Cuando era pequeño siempre comía a toda prisa. Mis padres me decían para, para o lo vomitarás todo. Pero siempre había algún sitio al que ir o alguien al que ver y la comida no era más que el combustible necesario para cubrir el trayecto. El resultado era que a menudo engullía tan rápido que luego me dolía la barriga durante horas. Sentado con Susan en ese banco de Viena, en un mundo donde los Rottweiler cantaban Aretha Franklin y la gente se paseaba con la cabeza metida en bolas de jugar a los bolos, tuve la misma sensación, solo que esta vez me dolía la cabeza y no el estómago.

—Me quiero ir a casa.

Susan asintió y exhaló un suspiro. Qué poco se imaginaba ella a qué casa me refería.

—¿Cuándo nos casamos tú y yo?

Pregunta equivocada. No respondió y solo cuando me di la vuelta vi que estaba llorando.

Su voz, cuando habló al fin, era amarga.

—Pensaba que por fin todo saldría bien. Qué idiota, ¿eh? ¡Qué idiota! ¿Te das cuenta de que te he amado toda mi vida? Me he pasado toda mi maldita vida contigo pegado a mí como un trocito de carne entre los dientes, sin poder desembarazarme de ti. Pero al final, *al final* pensé que éramos libres. Me pasé la vida esperándote. Luché y tuve paciencia y nunca perdí la esperanza porque sabía que algún día me saldría con la mía. Creo sinceramente que la vida tiene sentido si eres paciente. ¡Y lo fui, Frannie! Te estuve esperando todos esos años igual que una cría en un rincón, esperando a que la saquen a bailar. Cuando me pediste que me casara contigo...

—¿Te lo pedí?

—¡Sí, maldita sea, me lo pediste! Por favor, no me digas que tampoco te acuerdas de eso. Me parece que son ya demasiadas humillaciones para una sola mañana. Cuando me lo pediste, pensé: con cincuenta años de retraso pero, demonios, ¿por qué no? Llevo todo este tiempo amando a este idiota así que, ¿por qué no terminar la fiesta a su lado? Un último hurra antes de...

»Vuelvo al hotel a tumbarme un rato. Ve a una farmacia o como sea que las llamen aquí y pide Tapsodil. Seguro que lo tienen. —Se levantó y se frotó el brazo un poco más.

—No te vayas, Susan. Pasemos juntos este día y seamos felices. Todo es culpa mía y te pido perdón. Vayamos a ver la ciudad. —Quise incorporarme, pero la mitad inferior de mi cuerpo se apresuró a recordarme que era un viejo cascajo. Mis piernas se negaron a cooperar. Maldiciendo por lo bajo, me balanceé un par de veces para

coger impulso y solo así conseguí levantarme—. Esto de ser viejo no se me da nada bien.

—A mí me sigues pareciendo una monada, esposo. Y quiero contarte un secreto. ¿Sabes qué me hizo amarte más que nada? Siempre me habías hecho tilín, sí, pero te hablo de lo que terminó de engancharme.

—Dime.

—Lo maravillosamente bien que cuidaste de Magda cuando se moría. Nunca había visto esa faceta tuya. Nunca pensé que fueras así.

Escuchar esas terribles palabras, escuchar que mi Magda había muerto fue tan espantoso como si acabara de suceder. Lo primero que me vino a la mente fue la conversación que había mantenido con George, cuando le dije que nunca había querido a nadie lo suficiente como para temer su pérdida. Pero ahora, en esa época tan extraña e imposible, comprendí que nunca había estado tan equivocado con respecto a algo en toda mi vida. Saber que Magda moriría antes que yo era insoportable.

—¿Cuándo, Susan? ¿Cuándo murió?

Puso cara de preocupación y se dispuso a marcharse.

—Tenemos que conseguirte esas pastillas.

Me puse delante de ella.

—¿Cuándo?

—El día de mi cuadragésimo octavo cumpleaños. Nunca lo olvidaré.

Faltaban menos de dos años para que muriera Magda.

Lo que ocurrió a continuación me ahorró casi un montón de problemas para el resto de mi vida. Casi. Encontramos una *apotheke* y Susan me compró esa medicina para el Alzheimer. No presté atención a la transacción porque estaba demasiado atareado husmeándolo todo, intentando familiarizarme con un mundo que me sacaba treinta años de ventaja. Esa farmacia parecía bastante típica salvo por algún que otro cachivache futurista que solo Dios sabría qué hacía para reparar y mejorar la vida humana. Si hablaran inglés habría preguntado, pero mi vocabulario de alemán se limitaba a «Ja» y «Nein». Al salir del establecimiento, por poco no nos dimos de bruces con otro ultracuerpo: su casco era blanco esta vez.

—Vale, ¿qué narices estudia con ese trasto en la cabeza?

—El blanco es para la inducción de recuerdos. Te permite revivir cualquier parte de tu vida con todo detalle. Lo emplean sobre todo los psicólogos en sus sesiones de terapia y la policía en la investigación de delitos.

Se me desbocó el corazón. Había encontrado mi filón, mi centro de la diana y mi camino de vuelta a casa con una sola pregunta. Apenas si logré camuflar la ansiedad de mi voz.

—¿Te pones eso en la cabeza y puedes recordar tu vida? ¿Entera? ¿Todo lo que te

ha pasado?

—Sí. Pero a mí no me gustaría probarlo.

—¡A mí sí! ¡Ahora mismo! ¿Dónde se compran?

—Frannie, si te tomas esas pastillas estarás bien dentro de unos días. Recuperarás la memoria, te lo prometo.

—No quiero los recuerdos de un anciano, ¡quiero toda mi vida! ¿Dónde puedo conseguir uno? —Me costaba creer que tuviera tanta suerte. Lo único que tenía que hacer era colar la cabeza en una de esas pelotas de aspecto ridículo y obtendría todas las respuestas que necesitaba. Luego, cuando volviera a mi tiempo, sabría exactamente qué estaba ocurriendo y qué era lo que debía hacer.

—Los venden en los establecimientos de Giorgio Armani.

—¿Armani? ¿El diseñador de moda?

—Sí.

—¿En las tiendas de ropa venden una máquina que te devuelve los recuerdos?  
¿Por qué?

Susan hizo ademán de responder pero se detuvo, apabullada.

—No lo sé.

—¡Joder, qué época más rara! A lo mejor ahora se considera que la memoria es un complemento de alta costura. Qué más da, vamos.

Después de mucho preguntar, mucho gesticular y mucho recibir encogimientos de hombros por toda respuesta, dimos con alguien que hablaba inglés y conocía la dirección. Nos indicaron una pequeña bocacalle en una de las avenidas principales. Allí encontramos la tienda de Armani, con la puerta guardada por dos hombres vestidos con lo que parecían trajes de Kevlar.

—¿Quiénes son esos tipos, polis o guardias de seguridad? ¿Por qué llevan protección?

—Se han producido tantos ataques y atentados, Frannie. Pensaba que aquí la situación no sería tan mala como en América. Te juegas la vida cada que vez que sales de compras. Olvídate de volver a un centro comercial. Son zonas de guerra. ¿Recuerdas lo que pasó en Crane's View?

Los vigilantes se pusieron firmes cuando nos acercamos. Susan levantó los brazos a los costados y me indicó que la imitara. Un tipo pasó un aparato alrededor de nuestros cuerpos, como hacen los guardias de seguridad en los aeropuertos cuando la calderilla que llevas en el bolsillo hace que salten las alarmas. No me lo podía creer. ¿Tanto jaleo porque queríamos entrar? Cuando el cacheo electrónico hubo acabado, Susan sacó lo que parecía una tarjeta de crédito de su bolsillo y se la ofreció a un guardia, que la introdujo en una cajita negra que llevaba en la cintura. Sonó un pitidito de inmediato. Se apartó de nuestro camino para permitirnos el acceso.

Una vez dentro los seguí observando por la ventana. No eran los típicos seguratas culos gordos, zampabollos, buenos para nada. Los dos tenían pinta de poder luchar con un cocodrilo a brazo partido y ganar.

Estaba a punto de bombardear a Susan con más preguntas pero se nos acercó una dependienta. Su inglés era perfecto y llegó a ensayar una pequeña reverencia ante la pregunta de si tenía un «Bic blanco».

Esperé a que se fuera antes de preguntar:

—¿Bic blanco? ¿Se llaman así?

—Rojo, blanco... el color que sea.

—¿Pero es Bic de verdad, como la marca de bolígrafos cutres? ¿Como las maquinillas de afeitar desechables?

—Sí, es la misma empresa.

—¿También el casco es desechable?

—No. Cuestan alrededor de cien dólares. —Susan se fue a mirar trapos. Miré a los guardias al otro lado del escaparate. Un mundo feliz. Feliz y barato. Aquí podías resucitar toda una vida de recuerdos por el mismo precio que un buen ventilador de pie en mi época. Mientras le daba vueltas a eso, sentí que algo tropezaba con mi pie. Primero le solté una patada y luego miré para ver qué era. Una maquinilla marrón parecida a un cojín redondo se alejaba de mí sin hacer ruido. Hube de observarla un rato antes de darme cuenta de que era un robot aspiradora. El puto trasto era una maravilla. Deseé que hubiera alguna forma de llevarle uno a Magda, que detestaba limpiar la casa con toda su alma. Ese pensamiento me recordó lo que le iba a suceder. Me estremecí. ¿No había nada que pudiera hacer yo para impedirlo? Llevarla al hospital en cuanto regresara y hacer que la sometieran a todo tipo de pruebas...

Pero al utilizar esa máquina mental recuperaría todos mis recuerdos. Sabría lo que le había ocurrido realmente a mi esposa. A lo mejor conocer los detalles me ayudaba a decidir lo que tenía que hacer.

Pensaba en eso y veía cómo daba vueltas la aspiradora mágica cuando dijo la dependienta:

—¿Ha usado usted antes un Bic, caballero?

—¿Cómo? Ah, no, no lo he usado.

—No es complicado, pero tiene que probárselo. Este es de los grandes. A lo mejor prefiere sentarse.

Me senté en una silla que había allí cerca y me pasó el casco. Pesaba extrañamente poco.

—¿Qué hago?

—Póngaselo en la cabeza y diga «ajustar al rostro». El ordenador operará las modificaciones necesarias.

—¿Hay un ordenador aquí dentro?

—Sí, señor. Usted póngaselo...

—Ya te he oído, bonita. —Había llegado la hora de la verdad y, claro, sentí un escalofrío en el alma. ¿Qué me iba a pasar en los próximos minutos? Al contrario que si me estuviera ahogando, la vida que *iba* a vivir estaba a punto de desfilar ante mis ojos. No vacilé porque había demasiadas cosas en juego.

Al ponerme el casco blanco en la cabeza me satisfizo sentir en las mejillas lo que parecía un cuero suavísimo. No podía ver nada en absoluto. Todo era oscuridad. Era como meter la cabeza en un guante de piel. ¿Cómo veía la gente a través? ¿Cómo podías caminar por la calle sin tropezarte con nada? A lo mejor cuando se encendía el cacharro...

—¿Y ahora?

—Diga usted ajustar al rostro... —Su voz se escuchaba clara como el agua, lo que me tranquilizó.

—Ah, vale. De acuerdo. ¡Ajustar al rostro! —Al hablar sentí en el rostro el calor de mi propio aliento.

El casco se encendió con un rápido click-click. Luego se produjo un chirrido. Cesó. Una pausa. Después, un fogonazo verde y algo explotó dentro del casco, tirándome de la silla al suelo. Contra el robot aspiradora, para ser exactos, que intentó escabullirse conmigo a cuestas. Pero por mucho que se esforzara yo le sacaba setenta kilos de ventaja, de modo que solo pudo traquetear bajo mi peso y emitir ruiditos desesperados. Me llevé las manos a la cabeza para intentar quitarme el casco, antes de quedarme petrificado al percibir un desagradable tufo a metal quemado.

—¡Socorro!

—Caballero, señor, por favor, espere.

—¡Quitádmelo!

Alguien me dio la vuelta, desabrochó el casco rápidamente y me lo arrancó de la cabeza de un tirón. Lo primero que vi fue el aspirador, tendido de costado a mi lado. Uno de los guardias de seguridad sujetaba el casco y me observaba con una enorme sonrisa en los ojos pero no en los labios. La dependienta estaba junto a él, estrujándose las manos.

—¡Esto nunca había pasado! ¡Nunca!

—Qué suerte la mía. ¿Qué demonios ha ocurrido?

—No lo sé, señor.

—No lo sabe. ¿Vende usted un producto que por poco no me asa la cabeza y va y me dice que no sabe por qué? ¡Ajustar al rostro, una mierda!

—Frannie, ¿estás bien?

Antes de que pudiera responder, sonó el reloj de Susan. Se mordió el labio.

—Es el tono de emergencia. Debería contestar... a lo mejor hay algún problema.

—¡Sí, con mi cabeza!

Se acercó la muñeca a la boca y musitó algo. Mientras ella hablaba, la dependienta me preguntó tímidamente si deseaba probarme otro Bic. La fulminé con la mirada. Después comprendí que la catástrofe era culpa mía. El casco seguramente había explotado porque mi cerebro le había sobrecargado los circuitos. ¿Cómo iba a restaurar el Bic los recuerdos de una vida que yo aún no había vivido?

—Frannie, es Gus Gould. Dice que Floon está enfadadísimo con nuestra desaparición. Al parecer quería darte una sorpresa durante el desayuno, pero nos

fuimos.

Me palpé las cejas con cuidado y descubrí que las tenía chamuscadas.

—Nos fuimos porque es un capullo. No quiero llevarme más sorpresas.

—Pero es que se trata de *George*. Caz ha encontrado a George Dalemwood y lo ha traído aquí. Te espera en el hotel.

Me miré las yemas de los dedos, sucias de hollín y pelos de ceja. Pero, eh, mañana me iba a atropellar una moto. ¿Para qué necesitaba las cejas?

—¿Cuántos años tengo, Susan?

—Setenta y cuatro.

—En su cara solo había amor y preocupación.

—¿Cómo murió Magda?

—Un tumor cerebral.

—¡Dios santo!

—Frannie, George me ha pedido expresamente que te diga que ha encontrado a Vertuoso. Está con él, signifique lo que signifique eso.

—Sé lo que significa. Vamos.

No veía la hora de llegar al hotel, pero no había taxis por ninguna parte y mis piernas fosilizadas tenían un límite de velocidad incorporado. ¿Treinta años después de su misteriosa desaparición, va mi mejor amigo y reaparece en Viena con un perro resucitado de siglos de edad? Joder que si no veía la hora de llegar al hotel. Y por la forma en que lo había expresado, «ha encontrado a Vertuoso», me inducía a creer que iba a encontrar algo más que un tipo acompañado de un chucho raro.

Al divisar el hotel sentí que mi corazón se aceleraba. Eso era. Solo tenía que desembarazarme de Floon como fuese y llevarme a George a una esquina. Él respondería a mis preguntas. Incluso podría contarle exactamente cómo había acabado allí porque George me comprendería. ¿Dónde se habría metido durante treinta años? ¿Qué lo había empujado a abandonar Crane's View y pasar once mil días desaparecido? ¿Habría encontrado de verdad al perro?

Todas esas preguntas y muchas más despegaban y aterrizaban en mi cabeza como si fuese un aeropuerto importante. No sabía qué preguntar primero. Quería saberlo todo a la vez. Allí estaba el hotel. Camina más deprisa, viejo. Ahí dentro estaba George Dalemwood con sus respuestas. ¡Ya faltaba poco!

La calle estaba abarrotada de gente, así que no es de extrañar que no lo viera venir. Susan ya me había pedido dos veces que aminorara el paso pero no le prestaba atención. A lo mejor George sabía incluso si podía hacer algo para salvar a Magda...

—Lo lamento, señor McCabe, pero no puede regresar usted al hotel.

—¡Astopel! ¿Qué hace usted aquí? —Miré en rededor para ver si lo acompañaba Frannie joven. Estaba solo y, sin previo aviso, también yo me quedé a solas con él. De pronto éramos los únicos objetos animados de un mundo convertido en una fotografía inmóvil. Astopel, no sé cómo, había paralizado el mundo a nuestro alrededor, incluida Susan. Esta me observaba con gesto de preocupación y un brazo

extendido.

—No puede reunirse con George.

—¿Por qué no?

—Porque debe encontrar las respuestas por usted mismo. Ya se lo he dicho. No puede preguntar nada a nadie. Tiene que hallarlas por sus propios medios, señor McCabe.

—Ya, deja que me fría el cerebro en ese condenado casco sin ningún motivo pero ahora no puedo hacerle unas preguntas a mi amigo, ¿no?

—No, no puede.

—¿Y si voy de todos modos?

—Esto es lo que encontrará. —Indicó el mundo congelado a nuestro alrededor.

—Astopel, si vuelvo a perder la paciencia con usted no creo que la vuelva a encontrar. Lo único que he descubierto aquí son callejones sin salida. Dijiste que encontraría las respuestas en el futuro. Ahora que estoy a punto de hacerlo, me detienes. ¿Qué quieres que haga? ¡Solo tengo una semana!

—Cinco días.

—Cinco días, vale. Solo tengo cinco días. Dime, ¿qué quieres que haga?

—A lo mejor te convendría regresar a tu época. Quizá allí lo averigües.

—Quiero que me hagas un favor. Tienes que hacerme este favor. No sé qué coño más puedo hacer.

—¿De qué se trata?

—Déjame ver a George ahora. Deja que vea qué aspecto tiene. Sé que eso me ayudará. ¿Puedo hacer eso? ¿Me dejas?

—Sí.

Aunque me sorprendió un poco lo deprisa que accedió a mi petición, apreté un puño y lo lancé al aire.

—¡Sí! En marcha. —Empecé a dirigirme hacia el hotel.

—No hace falta que camine hasta allí, señor McCabe... a menos que lo desee.

—¿Bromea? Cuanto menos ande con estas piernas mejor.

—Bien. —Miró al cielo. ¿Había algo allí? Yo también miré. De pronto dejé de ver el azul firmamento vienes y me topé con la lámpara blanca de un techo. Mis ojos se apresuraron a buscar a George en esa habitación, dondequiera que estuviese. Estaba seguro de que si lograba verlo...

En una cama enorme cubierta con una colcha de blanco y oro estaba Vertuoso, vivo. No me cabía la menor duda. Como todo lo demás, el perro estaba paralizado, en una postura sedente. Pero tenía los ojos abiertos y parecía alerta. No pude reprimir una sonrisa al ver al viejo hijo de puta. Había llegado a cogerle cariño después de todo lo que habíamos pasado juntos. Allí estaba de nuevo, recuperado esta vez por mi amigo. ¿Dónde había estado todos esos años? ¿Dónde lo había encontrado George? Sentí el impulso de acercarme y darle una palmadita en su cabeza no muerta, pero lo primero era lo primero: ¿dónde estaba George?

El cuarto era espacioso y elegante, parecida a la que ocupábamos Susan y yo, solo que esta era mucho más ostentosa en todos los aspectos. Deambulé en busca de indicios de vida: un libro junto a la cabecera de la cama, una maleta abierta, una billetera o un pasaporte en la mesilla. Pero no había nada, ni rastro de nadie, y menos de George Dalemwood. Aparte de Vertuoso subido encima de la cama, la habitación daba la impresión de llevar mucho tiempo vacía. Conservaba el olor de las ventanas sin abrir y las sábanas recién salidas de la lavandería; también se apreciaba el perfume de algún tipo de ambientador.

Me acerqué al cuarto de baño, pero parecía incluso más vacío. No había ningún neceser al lado de la bañera. Todos los vasos de agua estaban sin usar y boca abajo en la balda que había sobre el lavabo. Nada de tubo de pasta de dientes, nada de útiles para el afeitado. Toqué las toallas que colgaban de una percha. Todas ellas estaban pulcramente dobladas y separadas en sus barrotes de acero inoxidable. No había ninguna húmeda.

Bajé la tapa del retrete y me senté. Apoyé los codos en las rodillas y la barbilla en las manos. Por algún motivo inexplicable empezaron a dolerme las encías y recordé de nuevo cuán viejo y achacoso era mi cuerpo. Volví la mirada hacia la habitación y el perro que estaba en la cama e intenté encajar las piezas de aquel rompecabezas. Al fijarme en que el cuarto estaba vacío, lo primero que pensé fue que George estaría con Floon. Los dos aguardaban nuestro regreso en alguna parte. Pero, entonces, ¿para qué me había llevado allí Astopel? ¿Qué sentido tenía si George no estaba? Mi vista del dormitorio incluía el pie de Astopel, que patinaba adelante y atrás sobre la moqueta cerca de la puerta. No había dicho nada desde que nos materializamos allí, pero no me había dado cuenta hasta ahora. Empecé a frotarme las cejas chamuscadas de nuevo.

Su pie se detuvo.

—¿Listo para partir?

Mi mano se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quieres hacer algo más aquí?

—Sí: *Ver a George*. —Mi voz, estridente, despertó ecos en las paredes.

Se produjo una larga pausa.

—¿Puede usted venir aquí un momento? —La voz de Astopel era paciente y formal, como si se tratara de un padre que debe explicar la misma lección una y otra vez para que su hijo la entienda.

—¡Oh, Dios santo! —dije para mí, para las paredes, el lavabo y el silencio de aquel cuarto vacío. El suelo del aseo se componía de hilera tras hilera de baldosas de cerámica blancas y negras. Formaban ilusiones ópticas si te las quedabas mirando mucho tiempo. Cerré los ojos y apreté los puños en mi regazo.

Lo que estaba ocurriendo se había vuelto evidente de golpe y ahora intentaba asimilarlo. Apreté los puños hasta que me temblaron los dos brazos. Cuando volviera

a la otra habitación confirmaría lo que ya sabía con seguridad. En cuanto ocurriera, mi mundo se convertiría en un lugar completamente distinto. La madre de Magda acostumbraba a decir que la vida es corta pero amplia. Para mí se había vuelto todo lo amplia que *esta* mente humana podía soportar. Aun así me puse de pie y salí de allí porque tenía que verlo con mis propios ojos.

De espaldas a mí, Astopel sostenía una cortina apartada y miraba por la ventana. Por encima de su hombro, un sol cegador se reflejaba en la fachada de cristal de un edificio al otro lado de la calle. El fulgor me hizo torcer la cabeza. Miré al perro. La paranoia se apoderó de mí y me pareció que Vertuoso estaba sonriendo. ¿Por qué? ¿Porque se alegraba de verme? ¿Por el giro que habían dado las cosas? ¿Por el hecho de que por fin había llegado al quid de la cuestión?

—¿Has sido tú? —pregunté a la espalda de Astopel. En silencio, intenté obligarlo a girarse y encararse conmigo. No lo hizo.

—No, señor McCabe. Yo solo estoy aquí para mostrarle las cosas, no para interferir.

—Ese de ahí es George, ¿verdad? Ese perro es George.

—Correcto.

—¿Puedes decirme por qué?

—No. —Dejó caer la cortina, pero no se dio la vuelta—. ¿Le aclara en algo las cosas verlo de esa manera?

## El mar de madera

Cuando desperté estaba en la cama con Magda. El sol entraba a raudales por la ventana, lo que significaba que era temprano. Nuestro dormitorio daba al este y a Magda, que era muy dada a madrugar, le gustaba decir que los rayos de sol eran el despertador de nuestro hogar. Yacía con la cabeza girada hacia mí, apoyada en mi brazo extendido. Sonreía. Mi esposa sonreía a menudo mientras dormía. A menudo también me besaba, aunque al despertar decía que no se acordaba. Estaba en casa. Estaba con mi mujer, que estaba viva y sonreía. Había pasado otro día. Me quedaban cinco.

Mi último recuerdo del otro sitio (como empecé a llamarlo) era mi mano intentando tocar la cabeza paralizada de Virtuoso/George Dalemwood. Pero en el último momento vacilé porque estaba asustado. Sí, yo, don Valiente, asustado de acariciar a un perro. Había preguntado a Astopel si podía hacerlo. Sin molestarse en apartarse de la ventana, se limitó a responder: «¿Por qué no?» Por el tono de su voz parecía que más bien quisiera decir: «¿A quién le importa?»

Estiré la mano para acariciar al perro, pero me detuve. Luego sentí algo pesado en mi brazo. Después me encontré en la cama con mi esposa, mi vida y mi desconcertante empresa.

Por lo general me gustaba quedarme tumbado en la cama por la mañana, medio despierto, dejando que mi cerebro aún somnoliento entrara en calor. Me encantaba remolonear junto a Magda McCabe, verla sonreír en sueños y olerla. Era la persona de fragancia más dulce que haya pisado jamás la faz de la Tierra. Nunca me cansaba de su aroma. Aquella mujer tenía un olor delicioso aun en pleno agosto, cansada y sudorosa después de recorrer quince kilómetros en bicicleta. ¿Hay algo más gratificante que yacer junto a tu pareja en tu cama por la mañana, con las ideas empezando a cobrar forma, mientras la dorada luz del amanecer se filtra por la ventana y caldea el trozo de suelo donde tus zapatos y los de ella aguardan desde la noche anterior? ¿Hay algo más satisfactorio que despertar a una vida plena junto a alguien a quien adoras? ¿Qué otra cosa podríamos pedir sin tener que sentirnos avergonzados?

Pero esa mañana salté de la cama como si me hubieran disparado con una catapulta. Tenía un montón de cosas que hacer y no sabía cómo. Ni siquiera sabía por dónde empezar. Y me moría de hambre. Era un hambre nuclear, cataclísmica. Jamás en mi vida había tenido el estómago tan vacío. ¿Se debería a todo lo que me estaba ocurriendo? ¿Viajar en el tiempo quemaba más calorías que un día normal de reloj? Me dirigí a la cocina sin nada puesto más que unos calzones, asumiendo que mi hijastra tardaría aún horas en levantarse, como tenía por costumbre. Pensaba en huevos revueltos y muchas tiras de bacón, en zumo de naranja helado hasta congelarme la lengua y en café caliente hasta que me salieran flotando los ojos. Pensaba en bollos de canela calientes... cuando sonó el timbre de la entrada. Me miré

la muñeca y vi que no llevaba puesto el reloj. Lo tenían todo planeado, quienesquiera que fuesen. Siempre me quitaba el reloj antes de meterme en la cama. Estaba seguro de que si volvía ahora al dormitorio y buscaba en la mesilla de noche mi reloj estaría allí. El reloj que me había quitado Astopel. El reloj que ya no significaba absolutamente nada porque el tiempo ya no era una línea recta que iba de A a B, sino una atracción de feria con demasiadas curvas y rizos.

Sonó el timbre de nuevo. Supuse que serían las seis de la mañana. Incluso en circunstancias normales habría decapitado a cualquiera que tocase mi timbre a esa hora. Sin pensar en el efecto que causaría plantándome en la puerta en ropa interior, me planté en la puerta en ropa interior y la abrí. Y solté un gemido.

—¡No, tú otra vez no! ¡Por favor, es demasiado para un solo día!

—¡Hazte a un lado! —dijo, imitando a la perfección al Moe Howard de *The Three Stooges*. Frannie joven me apartó de un codazo y, de nuevo con sus botas de vaquero naranjas, entró en mi casa sin ser invitado. Se quedó en el vestíbulo mirando a todas partes menos en mi dirección. Parecía que estuviera buscando algo o memorizando el entorno.

—¿Qué quieres? Lárgate y déjame en paz.

—En paz ya descansarás, ya. En cualquier caso, por aquí parece que todo está en orden. Y deja que te diga, colega, ¡qué puto alivio!

—Mira, antes de que nos enfraquemos en esta conversación, ¿te importa que desayune? Llevo sin probar bocado desde que tenía setenta años.

—Desayunar, me parece bien. Yo también tengo hambre. —Sonrió como un lobo de los dibujos animados, todo dientes y amenaza fingida. No tenía fuerzas para decirle que no lo estaba invitando a acompañarme.

»¿Por qué no preparas unos huevos revueltos con salsa Worcestershire y curry molido? —Su sugerencia me sobresaltó porque eso era precisamente lo que me disponía a preparar.

—¿Por qué no te sientas y cierras el pico? Comerás lo que yo haga.

—Cómeme el rabo.

Estaba abriendo armarios.

—Me envenenaría. Siéntate y estate callado.

Se sentó, pero no tenía intención de estarse callado.

—¿Dónde has estado?

—Adivina.

—Saqué mi sartén preferida.

—¿En el futuro?

Asentí mientras abría el frigorífico y seleccionaba lo necesario para preparar nuestro desayuno.

—O sea, que aún no lo sabes.

Empecé a cascar huevos en una fuente.

—¿Saber qué?

—Creo que deberíamos comer antes. Ya te cagarás luego en los pantalones.

—¿Más sorpresas?

—La palabra sorpresa no forma parte de este vocabulario, hombre; esto es una puta pesadilla interminable. Espera a salir a la calle y ver lo que ha pasado hoy. Oye, por cierto, ¿quién es Mary J. Blige? Antes he estado viendo ese canal de la MTV y es una tía de rompe y rasga.

Estaba a punto de hacer algún comentario sobre lo caduco de su piropo cuando recordé de dónde venía: de la época en que Frank Sinatra y su Rat Pack eran los tíos más molones de los alrededores, cuando nadie te echaba en cara que fumaras o comieras rosbif, cuando James Bond todavía era Sean Connery. Por aquel entonces decir que una tía era «de rompe y rasga» se consideraba todo un cumplido.

—No le pongas demasiado curry molido. Siempre le pones...

—¿Te quieres callar?

—¿Qué tal un cafecito mientras esperamos?

—¿Qué tal si mueves el culito y lo haces tú porque yo tengo las manos ocupadas?

—Vale. ¿Dónde está el cazo?

—Ya no usamos un cazo. La máquina es esa de ahí.

—¿Qué máquina?

—Esa plateada que hay en la encimera. La máquina de *espresso*... la que hay en la encimera, con el asa. Donde pone Gaggia.

Enfundó las manos en los bolsillos de sus vaqueros y chasqueó la lengua para expresar su profunda repugnancia.

—¿Espresso? No pienso tomar un café de mariquitas italianos. Esa cosa sabe a ruedas quemadas. ¿Dónde guardas el cazo del café normal y el Maxwell House? Con eso me conformo.

—No hay ningún cazo. Eso es lo que tenemos: o café de mariquitas o nada. Bebe agua si no te gusta.

Se cruzó de brazos y no volvió a decir palabra hasta que le puse un plato lleno delante. No me pude reprimir.

—Al tuyo le he echado un poco de foontageegee.

Enderezó los hombros.

—¿Foonta-qué?

—Foontageegee. Una especia importada de Marruecos. Sabe... hmmm... —Me puse una mano en la cadera con coquetería, dos dedos en la boca y concluí—: De *rechupete*. —Alargué la «che» todo lo que pude y terminé con una «te» contundente.

Apartó el plato y hasta se frotó las manos en los pantalones.

—¡Basta! No pienso probarlo. Foontageegee. Hostia puta.

—¡Come el puñetero desayuno, quieres! Era una broma, te estaba tomando el pelo. Es bacón y huevos, como los he hecho siempre.

Sin crearme del todo, agarró el tenedor y picoteó todo el contenido del plato meticulosa y suspicazmente, como si rastreara el terreno en busca de minas. No se

rindió hasta haber acercado la cara a la mesa para olisquear. El muchacho comió en silencio, sin dejar que el foontageege se interpusiera en el camino de su apetito de cocodrilo. Mantuvo la cabeza pegada al plato para poder engullir más deprisa. Iba a decirle algo hasta que recordé que ese era yo y así comía cuando tenía su edad, Dios me libre.

—Hola Frannie. ¿Quién es? —Pauline apareció en la puerta de la cocina vestida con un fino camisón verde que no alcanzaba a ocultar demasiado. Observaba a Frannie joven con solemne interés.

En vez de contestar a su pregunta, lo cogí del codo y tiré de él hacia mí.

—¿Te puede ver? Me dijiste que solo te podía ver yo.

—Suéltame el brazo, hombre. ¿Es que no ves que estoy comiendo? Te lo dije, ahora todo se ha jodido. Espera a salir a la calle y echar un vistazo. Por eso he vuelto ahora. Te hará falta alguien que te proteja el culo.

—¡Esto es demencial! ¿Cómo se supone que voy a hacer lo que tengo que hacer si no paran de cambiar las reglas?

—No hay reglas, tío. Acostúmbrate. ¿Por qué crees que estoy aquí, desayunándome tus huevos?

—¿Frannie? —La voz de Pauline, tímida por lo general, mostraba ahora un filo inquisitorio. No dejaba de mirarlo fijamente.

—Ah, sí, Pauline, este es el hijo de mi primo segundo, este, Gee-Gee. En realidad se llama Gary, eh, Graham, pero siempre lo hemos llamado Gee-Gee. —Desconcertado por el hecho de que ella pudiera verlo ahora, la única palabra que se me ocurría era ese ridículo foonta... geegee, así que con ese nombre se quedó. Frannie joven me miró como si acabara de mearme en su cabeza.

—Hola, Gee-Gee. Yo soy Pauline.

El chaval le regaló la sonrisa de un millón de dólares patentada por los McCabe que yo tan bien conocía. Cuando la hubo apabullado lo suficiente como para obligarla a torcer la cabeza, siseó solo para mis oídos:

—¿Gee-Gee?

—Frannie no nos había hablado de ti. Ni siquiera sabía que tuviera un primo segundo.

El nuevo Gee-Gee hizo girar el tenedor trescientos sesenta grados entre sus dedos con gesto indolente. Un truquito muy chulo que me había enseñado mi amigo Sam Bayer cuando los dos teníamos trece años.

—Sí, ya sabes, el tío Frannie es así.

—¿Tío? ¿Lo llamas así? ¿De dónde eres?

—Los Ángeles, California.

—Ya sé dónde están Los Ángeles —protestó ella, aunque adjuntaba a su comentario una sonrisa lasciva que inclinó la balanza a su favor. Recordemos que esa era la chica que yo había apodado Humo porque, por lo que yo podía ver, se pasaba la vida intentando pasar desapercibida. Pero ahora hablaba con Gee-Gee en un tono que

no la había oído utilizar antes. Nunca la hubiera imaginado capaz de poseer esa voz: era recatada y sexy; más que eso, era muy experta y eso era lo peor. ¿Pauline? ¿Pauline la cerebrita mojigata flirteando de pronto como una mala actriz rubia en una comedia de la tele? Por no mencionar con quién estaba coqueteando. Por un instante me pregunté si me habría sentido atraído por una chica así con la edad de Gee-Gee. No, seguro que no.

Pero estaba claro que Gee-Gee parecía sentirse atraído por ella. Dio una palmada a la silla que tenía al lado para invitarla.

—¿No te quieres sentar a desayunar con nosotros, Pauline?

—Nunca desayuno, aunque no me vendría mal un café.

—¿Qué haces levantada tan pronto, Pauline? Nunca madrugas tanto.

—Ya lo sé, pero oí voces, así que vine a curiosear. Además, me duele el tatuaje y supongo que me habré despertado por eso.

Profundamente impresionado, Gee-Gee soltó un silbido largo y bajo.

—Guau, ¿tienes un tatuaje? Creo que nunca he conocido a una chica con uno.

—Pia Hammer se hizo un tatuaje —lo corregí.

Meneó la cabeza.

—Ya, pero Pia está como una puta cabra. También cuenta las veces que respira. Me refería a una hembra humana en sus cabales.

Los ojos de Pauline alternaban despacio y seductores entre Gee-Gee y yo. No me podía creer su actuación. Ni siquiera me podía creer que fuese ella. Tras una pausa dramática para potenciar el efecto, lo golpeó con el detalle importante. Aunque su hastiado tono de voz daba a entender que no era para tanto.

—Me he tatuado el culo. Bueno, justo por encima del culo. Ya sabes, donde acaba la espalda. —Se calló y me miró para ver qué tal me sentaba la exclusiva. Por suerte yo ya le había visto las nalgas, de modo que conseguí permanecer impassible. Cuando vio que no salía disparado de la silla para darle unos azotes, continuó—: A veces me duele. De todas formas, antes voy a vestirme. Pero enseguida vuelvo. ¿Te importa hacerme un *espresso*, Gee-Gee?

—Para nada. —Se puso de pie como impulsado por un resorte y se acercó a la máquina—. Anda, pero si tenéis una Gaggia. Son las mejores cafeteras si te gusta el *espresso*.

Pauline me señaló con el dedo y puso los ojos en blanco.

—Es de Frannie. No he visto un esnob de la cafeína más grande que él. A mí me da absolutamente igual tomar café del montón, pero él está como obsesionado.

—En fin, ya sabes, cuando pruebas un buen *espresso* cuesta volver a esa mierda enlatada —dijo Gee-Gee mientras trasteaba con la máquina, fingiendo saber lo que se hacía. Tuve que aguantarme la risa al ver cómo intentaba impresionar a mi hijastra, doña Más Tímida que un Caracol.

—Fijo —dijo Pauline y salió de la cocina, aunque no antes de lanzar una larga mirada por encima del hombro a adivinad quién.

Cuando se fue enlacé las manos en la nuca, crucé las piernas y entoné:

—Gee-Gee con la Gag-gia.

—¡Gee-Gee, joder! ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es el diminutivo de foontageegee.

Hasta él tuvo que reírse.

—Muy ingenioso. Pero suena como en esa peli francesa, *Gigi*, con Maurice Chevalier.

—No creo que nadie vaya a confundirte con Leslie Caron. ¿Quieres que te enseñe cómo funciona eso?

—Claro. No quiero que Pauline piense que soy retrasado o algo. No me pude resistir a preguntarle, con un tono de voz que sonaba demasiado dubitativo:

—¿De verdad te gusta? —Luego, como me sentí azorado, me acerqué corriendo a un armario en busca de los granos de café y el molinillo. Al abrir el paquete de café aspiré profundamente. Puro éxtasis.

—Sí, me gusta. ¿De verdad se ha hecho un tatuaje en el culo? Guau, yo nunca haría eso. ¿Qué pasa si cambias de opinión dentro de unos años? ¿O si te deja de gustar el dibujo? Aunque debe de tener agallas para hacerlo. Y no es fea. ¿No te parece?

Me sentía violento e incómodo. ¿Cómo le explicaba a mi yo adolescente que encontraba a Pauline de lo más sosa y que jamás me hubiera sentido interesado por ella, con tatuaje o sin él? Pero él era yo y viceversa, así que, ¿por qué no comprendía su atracción por ella?

—Enséñame cómo se prepara el café con este trasto. Date prisa, podría volver de un momento a otro.

Se mostró incrédulo, aunque creo que se sentía impresionado en el fondo, ante el arduo proceso que requería una simple taza de café solo. A lo largo del procedimiento tuvimos tres discusiones separadas. ¿Por qué no compraba el café molido y me ahorraba complicaciones? ¿Por qué comprar una máquina que hacía las tazas de una en una? Cuando le dije cuánto costaba a propósito estuvo a punto de sufrir una convulsión. No olvidemos que estaba acostumbrado a los precios de 1960. El último asalto de nuestro combate empezó cuando me preguntó por qué era tan detallista con algo tan (jodidamente) trivial. Comencé respondiendo a sus preguntas con calma porque pensé que le interesaban. Pero no me escuchaba: lo único que quería era recalcar su opinión particular sobre lo estúpido que le parecía lo que hacía yo. Cuando me negué a darle la razón, se volvió arisco y beligerante. Era un matón malhumorado y deslenguado. De sobra recordaba yo adónde lo había llevado esa actitud con los años. ¿Por qué me habían soportado mis padres? «Mono de mi corazón», me llamaba mi padre. «Gangrena» llamaba yo a ese mocosito sin modales.

Cuando acabé y el bendito olor del café recién hecho emanó de la tacita blanca, Gee-Gee dio un sorbo.

—No está mal, pero cuesta demasiado hacerlo. Del próximo me encargo yo.

Fui al cuarto de baño mientras él molía más granos de café. Experimenté un momento agradable cuando le eché un rápido vistazo mientras salía de la cocina. Tenía un puñado de café debajo de la nariz, con los ojos cerrados, sonriendo. ¡Me acordé! Recordé que a su edad jamás admitía que me gustara nada porque expresar las emociones en letras mayúsculas no era guay. Por aquel entonces el primer mandamiento masculino era Serás Guay por Encima de Todas las Cosas. Muestra tu aprobación encogiéndote de hombros, o esbozando una sonrisa minimalista. No delates tus emociones. Deja que las chicas muestren su amor y hazles creer que eso no va contigo. Si alguna vez tuvieras un detalle agradable con una chica, niégalo o réstale importancia. El segundo mandamiento te prohibía mostrar que te importaban las cosas.

Pero ver la sonrisa secreta en el rostro de Gee-Gee cuando pensaba que no lo veía nadie era ver la pista de lo que más tarde lo salvaría o, mejo dicho, *me* salvaría. Durante años pensó que el objetivo de la vida era ser guay. Un día muy importante comprendió que ser curioso era mucho mejor.

En eso pensaba cuando doblé una esquina y volví a ver el trasero desnudo de Pauline en el espejo del cuarto de baño. Mejo dicho, porque sujetaba levantado su camisón con una mano y las bragas algo bajadas con la otra. Haciendo torpes equilibrios de puntillas, se arqueó para mirar por encima del hombro y verse la espalda en el reflejo.

Me vio en el espejo.

—¡Frannie, ven! ¡Corre!

Me miré los zapatos.

—Pauline, bájate el camisón.

—No, tienes que mirar. Tienes que verlo. Tienes que decirme que tú también lo ves y no estoy loca.

Me adelanté, cabizbajo todavía.

—¿Ver qué?

—El tatuaje. Ha desaparecido. Todo ha desaparecido, hasta las vendas que lo cubrían. ¿Cómo es posible? No he tocado nada. Aparté el vendaje solo un poco para echar un vistazo pero luego lo volví a dejar en su sitio con cuidado. Ahora ha desaparecido. Todo.

—Déjame ver.

Era verdad. La otra noche cuando la vi desnuda, allí estaba *esa* pluma, brillante, esponjada y colorida, tatuada en la base de su espalda. Ahora no había nada, solo perfecta piel adolescente.

—Estaba justo aquí. —Se tocó y se le puso la piel de gallina—. Justo aquí, pero ya no está. ¿Cómo es posible, Frannie?

La toqué para ver si había alguna prueba o indicio táctil de que allí hubiera ocurrido algo. Pasé mi dedo por su piel en busca de alguna abrasión, un corte, cualquier dureza que demostrara cómo se había esfumado una gran cantidad de tinta

multicolor inyectada hacía menos de tres días bajo la piel de esa muchacha.

Nada. En vez de quedarme allí intentando explicar a Pauline algo que no podía explicar, la saqué del cuarto de baño, hice lo que había ido a hacer allí y volví a la cocina. Gee-Gee había dicho antes que hoy las cosas eran distintas en la calle. Ahora empezaba a comprender a qué se refería. Necesitaba respuestas y él era el único que podría proporcionármelas.

Cuando volví a la cocina, Pauline estaba señalando a través de su camisa el lugar donde había estado su tatuaje fugitivo. Mientras entraba, Gee-Gee dijo con voz inocente:

—Enséñamelo, a ver.

Le di una colleja.

—Corta el rollo. Acompáñame, trasto. Pauline, volvemos en cinco minutos.

Cuando salimos, Gee-Gee le tocó el hombro y dijo:

—Tú no te muevas de aquí. Enseguida vuelvo. Quiero ver dónde estaba ese tatuaje.

—Vale, Gee-Gee —balbució ella.

—Como le toques un solo pelo a Pauline...

—Tranquilo. ¿Es que vas de carabina, o qué? ¿Y por qué me pegas así delante de ella? ¡Si no he hecho nada!

—No, pero lo pensabas hacer. «Quiero ver dónde estaba ese tatuaje». Ja, qué forma de ligar más penosa. Seguro que tienes el título de la Escuela de Seducción de Pedro Picapiedra, Gee-Gee. Pero qué sutil. Sutilísimo.

Me dio un empujón.

—¿Adónde vamos?

—Dijiste que hoy las cosas eran distintas. ¿A qué te referías?

—Abre la puerta y míralo por ti mismo, cabeza de chorlito.

El hombre que vive al otro lado de nuestra calle tiene un Saturn blanco. Siempre aparca justo delante de su casa y se cabrea si alguien ocupa su plaza. Cuando abría la puerta vi un flamante Jaguar Mark 7 de color negro aparcado allí en vez del Saturn. Si cuando se fabricaba, en los sesenta, era un coche caro e inusual, ahora era tan raro como un pájaro dodo. Lo sé porque mi padre tenía uno. Papá se dio un capricho y adquirió un Jaguar de segunda mano que él adoraba aunque saltaba a la vista que era una mierda pinchada en un palo, una auténtica patata con ruedas. Desde el momento en que lo trajo a casa hasta que lo vendió por mucho menos de lo que le había costado, aquel coche no dejó de estropearse, costándole un dineral y un montón de viajes al taller de «coches extranjeros» de una ciudad vecina. Nadie de nuestra familia quería ese automóvil, solo papá. Pero nunca pudimos convencerlo de que su anterior propietario lo había estafado.

En cualquier caso, esa mañana, aparcado al otro lado de la calle había un Jaguar negro idéntico al que tuvo mi padre. Una avalancha de recuerdos me inundó la cabeza mientras lo observaba. Pero había cosas que hacer, de modo que me limité a

indicárselo a Gee-Gee y decir:

—Es igualito al Jaguar de papá, ¿eh?

—Es el Jaguar de papá, macho. Antes vi cómo salía de él.

Antes de que pudiera responder, un Avanti Studebaker color verde oscuro pasó lentamente por delante de nosotros. Había una mujer al volante. Aunque el interior del vehículo estaba oscuro, lo que vi de la conductora me resultó familiar. Hacía veinte años que no veía un Avanti. Ese tenía pinta de acabar de salir de una sala de exposiciones.

Dos chavales caminaban por la acera en dirección a nosotros. Debían de tener unos dieciséis años, tenían el pelo hasta los hombros y sus ropas holgadas estaban desteñidas. Hippies con treinta años de retraso. Al pasar por delante de la casa, los dos nos hicieron el gesto de la paz y dijeron:

—¡Eh McCabe!

«Eh», respondimos Gee-Gee y yo. Cruzamos la mirada. Los hippies también cruzaron la mirada, pero siguieron arrastrando los pies como personajes colocados en una tira cómica de Robert Crumb. Divertido ante el espectáculo de esos dos anacronismos vivientes, tardé otro instante en comprender quiénes eran.

—¿Ésos eran Eldritch y Benson?

—Inconfundibles, hermano.

—¿Cómo es posible?

La voz de Gee-Gee rezumaba sarcasmo.

—Bueno, pensemos un momento. Al otro lado de la calle tenemos el Jaguar del viejo. Acaban de pasar Eldritch y Benson. Andrea Schnitzler se pasea con su Avanti...

—¿Esa era Andrea?

—Inconfundible, hermano.

Mi padre estaba muerto. Andy Eldritch murió hacía treinta años, en Vietnam. Andrea Schnitzler se fue de Crane's View al acabar el primer ciclo de la universidad y nunca más se volvió a saber de ella. Su padre tenía un Avanti verde. Nos gustaba hablar de qué deseábamos más: si a Andrea o a su coche.

—¿Estamos en los sesenta? ¿Hemos vuelto a los sesenta?

—Sí.

Señalé la casa con un pulgar.

—Pero si dentro están Magda y Pauline...

—Exacto, *dentro* de la casa. Aquí fuera son los sesenta. Bienvenido a mi mundo. —Dio un saltito y se sentó en la barandilla de madera que rodeaba el porche.

Antes de que pudiera decir nada, sonó un portazo al otro lado de la calle. Mi padre cruzó el paseo en dirección a su coche. Volvía a tener cuarenta años y todavía le quedaba algo de pelo. Llevaba puesto un traje de verano beige que recordaba haber ido a comprar con él. Siempre se ponía traje para ir a trabajar, siempre se ponía corbata. Por lo general prefería los colores sobrios: negro o granate. Decía que las

rayas y los estampados chillones no iban con él. Una vez, por su cumpleaños, le regalé una corbata diseñada por Peter Max, con elefantitos y naves espaciales que brillaban en la oscuridad. Se la puso para complacerme, aunque era evidente que se sentía mortificado. Ese hombre se vestía como si quisiera pasar desapercibido, como si cuanto menos lo viera el mundo mejor. Cuando yo tenía la edad de Gee-Gee amaba a mi padre, pero sentía poco respeto por él. Quizá viviéramos en la misma casa, pero no en el mismo planeta.

Así era en los sesenta. Prendíamos chapas en nuestras cazadoras vaqueras que anunciaban (neciamente) que no pensábamos fiarnos de nadie que tuviera más de treinta años. Ni de nadie que tuviera un trabajo fijo, que se vistiera con trajes, que pagara una hipoteca, que creyera en El Sistema... Si no me hice hippie fue porque me solazaba en la violencia, el egoísmo y la intimidación. El pacifismo me habría privado de diversión y oportunidades. Pero claro que me gustaban las drogas y el amor libre que formaban parte integral del movimiento. Lo que previsiblemente empeoraba las cosas exponencialmente entre papá y yo. Solo más tarde, después de haber estado en Vietnam y de ver cómo le volaban la cabeza a gente como Andy Eldritch, comprendería hasta qué punto era correcto lo que decía y vivía mi padre.

—¡Eh papá! —exclamó Gee-Gee—. ¡Aquí! —El Jaguar se fue, pero el conductor, un hombre al que yo había enterrado con mis propias manos, no volvió la mirada hacia nosotros a pesar de que era indudablemente él: papá. Revivido.

Observamos el coche hasta que se perdió de vista. Me giré hacia el muchacho y pregunté:

—¿Qué demonios ocurre?

—Supongo que alguien la ha cagado. Astopel o alguno de los que anda con él.

—¿Lo que significa?

Sacó una cajetilla de tabaco y encendió un cigarrillo.

—Lo que significa que alguien necesita que Frannie McCabe haga algo por él. Tienes una semana de tiempo para hacerlo. Pero por el motivo que sea no pueden decirte de qué se trata. Así que primero te dan algunas pistas: el perro enterrado que reaparece, la pluma, la casa vacía de los Schiavo...

—Y el tatuaje de Pauline, que era un dibujo de la pluma. Pero ahora incluso eso ha desaparecido.

Exhaló un aro de humo.

—Lo que encaja perfectamente con lo que estaba pensando. Ninguna de esas pistas consiguió que hicieras lo que querían. Por eso creo que se desesperaron y me trajeron aquí para echar una mano. Si el Frannie adulto no puede hacerlo, que lo intente el Frannie joven. Pero eso tampoco dio resultado, de modo que nos enviaron a los dos al futuro.

Le quité el cigarrillo y, tras darle una calada, se lo devolví.

—¿Quiénes son?

—Ni idea. Esa es la pregunta de los sesenta y cuatro mil dólares. Aunque casi que

da igual. Sabemos lo poderosos que son. Pueden desbaratar el Tiempo, partes de nuestra vida y cosas así. Pero hasta ahora no han logrado que hagas lo que quieren. Así que, ¿hasta qué punto son poderosos? Si fuesen Dios simplemente dirían: ¡HAZ ESO! Pero no lo hacen porque no pueden.

—A lo mejor son dioses menores —musité, pensando en voz alta.

Aplastó la colilla con el tacón de la bota y la mandó de una patada entre los crisantemos de Magda.

—Dioses menores, vale. Pero mira a tu alrededor, hombre. Han jodido bien esta época. Estabas en el futuro y se suponía que ibas a regresar a tu tiempo. En vez de eso vuelves al tuyo y al mío a la vez.

—¿Gee-Gee? ¿Dónde estás? —La voz de Pauline salió de la casa.

Se apeó de la barandilla e hizo ademán de dirigirse a la puerta. Lo agarré del brazo y pregunté:

—¿Cómo has averiguado tanto?

Me soltó los dedos. Por primera vez su voz se volvió delicada y vulnerable.

—Es lo único que se me ocurre. ¿Crees que podría tener razón?

—Creo que seguramente tienes razón.

Se le iluminó el semblante y, alentado, se me acercó para confiarme su siguiente tormenta de ideas.

—¿Sabes otra cosa? Creo que me trajeron de vuelta porque necesitan lo que necesitan, tú no puedes hacerlo solo. Me necesitas a tu lado porque de lo contrario la pifiarás.

—¿Por qué iba a necesitarte? —pregunté en voz demasiado alta.

La voz de chico malo, la actitud, todo volvió a encajar en su sitio de inmediato.

—Porque te has ablandado, jefe McCabe. Te secas la cara con toallitas rosas y ni siquiera te fijas porque ya te has acostumbrado. ¿Pero yo? Yo sigo siendo la versión cavernícola de Frannie McCabe. Reparto hostias y meo por la ventana. Me cuelgo de lianas en la selva. Cazo en la puta sabana a garrotazo limpio.

Tenía que echar un vistazo. Daba igual el poco tiempo que me quedara para averiguar lo que «ellos» querían que hiciera, tenía que solicitar tiempo muerto y ver Crane's View rebobinada treinta años. Entré en casa para ponerme unos pantalones y zapatos. Gee-Gee y Pauline estaban en la cocina, charlando y riéndose. Ignoraron al viejo en calzones que pasó por delante de ellos. Era un placer ver a Pauline tan contenta, aunque fuese gracias a don Bragueta Caliente y sus sórdidas artes.

En vaqueros y camiseta, salí otra vez y bajé las escaleras del porche. Cuando torcía en dirección a la ciudad me detuve y miré al otro lado de la calle. ¿Por qué salía mi padre de esa casa tan temprano? Intenté recordar quién vivía allí hacía tres décadas, en vano. Tendría que preguntárselo luego a Gee-Gee.

Lo que recordaba era que, al hacerse mayor, papá empezó a padecer insomnio y

solía salir a pasear o a conducir a cualquier hora. Mi madre y yo nos acostumbramos a sus extrañas idas y venidas. En cierta ocasión mamá dijo incluso que el Jaguar y el insomnio eran las dos cosas que lo distinguían del resto de Tom, Dick y Harry del mundo. Mi padre se llamaba Tom.

De nuevo en marcha, me acordé de una historia terrible que me contó. Justo antes de casarse, acordaron reunirse un día en Nueva York al pie del gran reloj de Grand Central Station. Mamá llegó con unos minutos de antelación y se quedó allí esperando ansiosa a que apareciera su cita. Al cabo lo vio caminando hacia ella, de modo que salió a su encuentro. Dio «muchos pasos» (su frase) sin dejar de mirar al individuo antes de comprender que no se trataba de Tom McCabe sino de un completo desconocido. Aliviada por no haberse puesto en evidencia, volvió a su sitio bajo el reloj.

Minutos más tarde estuvo *segura* de haber visto a Tom. De nuevo fue a saludarlo. Pero, Dios nos libre, volvió a pasar; en esta ocasión tardó unos pasos menos en darse cuenta de que aquel desconocido que tanto se parecía al amor de su vida no era él. Se reía cuando contaba la historia, aunque mamá nunca decía cuándo llegó mi padre. Los dos sabíamos que era gracioso, pero también tremendamente triste. Porque era verdad: lanza un palo a un puñado de pasajeros que esperen el tren en cualquier estación del condado de Westchester a las siete de la mañana, o durante la pausa para el café en cualquier edificio de oficinas de Manhattan, y pegarás en la cabeza de seis tipos idénticos a mi padre. Por eso la complacían su extravagante automóvil y su insomnio, porque eran sus únicas características reseñables.

Mientras caminaba, disfruté contemplando viejos coches enormes que en mi época eran como animales extintos: un Corvair y un MG-A aparcados en lados opuestos de la calzada. Al pasar frente a la antigua casa de Al Salvato, allí estaba el Ford Edsel color caca de perro de su padre. El coche con los mandos de la transmisión automática en el centro del volante. Al padre de Salvato le gustaba vernos a los chavales sentados en su Edsel cuando estaba aparcado en su camino de entrada. Al siempre me animaba a ocupar el asiento del conductor, pero eso era porque él tenía miedo. Todos mis amigos me temían y con motivo. Me encantaba pelear, robar, mentir y hacer daño. Mi deporte favorito era dejar a la gente sin conocimiento, a ser posible con una barra de hierro o cualquier otro instrumento contundente. Disfrutaba siendo todo aquello contra lo que te prevenían tus padres. Era el delincuente, la escoria, la manzana podrida y el criminal que sabían que algún día daría con sus huesos en la cárcel, en el infierno, en la cuneta. Y yo cargaba orgulloso con esa cruz. Pasé por delante de la casita azul donde había vivido el subdirector del instituto. Cuando me expulsó temporalmente por robar el libro de un profesor, prendí fuego a su coche. Calle abajo, en un feo dúplex, había vivido el presidente de la división de Crane's View de Los Veteranos de Guerras en el Extranjero. Una noche me colé en su sala de reuniones y robé todas las armas que tenían en exposición. Etcétera.

Pero, ¿tendría razón Gee-Gee? ¿Me habrían limado las garras cosas como las toallas rosas de Magda y una vida feliz? Y lo más importante, ¿me importaba? ¿Me importaba haberlo dejado atrás, a ese Frannie, hacía años? ¿Qué ves cuando miras tus fotos viejas, aparte de cortes de pelo espantosos y prendas de vestir horrorosas que donaste al Ejército de Salvación hace veinte años? ¿Era realmente yo ese macarra maleducado que estaba ahora en mi casa o solo habíamos vivido en el mismo cuerpo, como si fuese un apartamento, en épocas distintas?

Pasó por mi lado un perro pequeño, dándoselas de importante y lleno de planes.

—¡Jack! —Al oír su nombre se detuvo y me miró. Le ofrecí lentamente la mano, que olisqueó, pero no meneó la cola. Era el perro de mi amigo Sam Bayer, un chucho al que quise mucho mientras vivió. Lo que no me impidió orinarme encima de él y de Johnny Petangles un buen día, años atrás, cuando Jack estaba sentado en el regazo de Johnny, pero esa es otra historia.

Puesto que yo no era más que un desconocido con las manos vacías, Jack se fue. Supuse que iba a mi casa, porque allí era donde vivía la familia Bayer cuando éramos críos. Siempre me gustó aquella casa y no dudé en comprarla cuando salió al mercado hacía unos años. ¿Qué encontraría el perro cuando llegara allí? ¿A la familia Bayer circa 1965, o a unos adolescentes Pauline y Gee-Gee coqueteando todavía por encima de sus tazas de café italiano? ¿Y si era la familia Bayer? ¿Y si seguía al perro hasta casa y descubría que todo lo que conocía como adulto había sido tragado por el Agujero Negro de treinta años atrás? ¿Y si me quedaba anclado permanentemente en el mundo que había habitado cuando era un crío arisco, mezquino y semipsicótico?

—Cierra el pico y camina —dije en voz alta, porque si no me espoleaba, podría haberme quedado allí plantado esperando a Godot o al primero que viniera a explicarme cómo salir de ese atolladero.

Me salvó una cosa, algo inesperado: mi estómago. Soltó un gruñido semejante al rugido de un león pequeño. Aún no había comido nada. El apetito que me acompañaba desde que desperté empezaba a volverse perentorio. Pero no pasaba nada porque estaba cerca del Scrapy's Diner. Entraría a dar cuenta de un desayuno pantagruélico y mientras comía podría seguir dándole vueltas a la cabeza. Un plan. Por fin tenía un plan y eso hizo que el resto del paseo por la ciudad resultara agradable.

Mientras subía las escaleras del restaurante, eché un vistazo al último escalón. Una noche había roto un buen pedazo de ese escalón al arrojarle una almádena a la chica con la que salía por aquel entonces. Por suerte pasó a un kilómetro de ella, pero aplastó una generosa porción del escalón de pizarra. Scrapy Kricheli, que de puro usurero habría reciclado sus pedos si le hubieran dado dinero por ellos, tardó dos años en reemplazarlo. Afortunadamente nunca descubrió quién lo rompió. Incontables clientes tropezaban con él y amenazaban con demandarlo. Creo que al tipo le hacía gracia ver cómo se caían. Al final alguien demandó de verdad al cabrón agarrado y Scrapy perdió una fortuna.

Allí estaba de nuevo bajo mi pie de adulto, con aspecto de que alguien le hubiera dado un mordisco a la piedra. Así que, quienesquiera que fuesen, habían pensado hasta en el último detalle. Al entrar al comedor me pregunté cuántas veces tendría que referirme a ellos como «quienesquiera que fuesen».

Dentro, lo primero que vi fue a Scrappy Kricheli sentado detrás de la caja registradora con un mondadientes en la boca, leyendo un ejemplar del *National Enquirer*. Hoy parecía que Scrappy frisara los cuarenta años de edad. Moriría de un derrame cerebral en ese mismo taburete justo después de cumplir los sesenta.

Detrás del mostrador, vestida con un uniforme rojo de camarera que apenas si contenía sus carnes, se encontraba su hija Alice. Los dos me dirigieron una mirada cargada de indiferencia. Me senté en el noveno taburete de cara a la barra, el lugar que ocupaba siempre que iba allí. Eso me hizo sonreír, pero cuando levanté la cabeza Alice me observaba con ojos que parecían inquirir «¿Tienes algún problema?».

Quise decir algo, ¿pero qué? En vez de eso cogí un menú. Como de costumbre, había tres de ellos (color turquesa con grandes letras doradas) encajados detrás de cada selector de la máquina de discos debajo del mostrador. Cuando acabé de pedir el desayuno, sentí deseos de ver qué alegres tonadas guardaba Scrappy ese día en su tocadiscos.

—¿Le apetece un café? —La familia de Scrappy vivía en el Bronx y todos hablaban con un fuerte acento. Cuando Alice pronunció la palabra sonó parecida a «coo-woffee».

—Sí, gracias. Tomaré también huevos revueltos, patatas ralladas salteadas y bacón.

Alice asintió mientras me servía una taza de humeante café marrón. Sí, marrón. Además olía a agua del fregadero y sabía que sabría exactamente igual porque así sabía siempre el café allí. El Scrappy's Diner era un antro grasiento donde abrevaban maderos, camioneros y estudiantes capaces de devorar lo que fuera con tal de que fuese una hamburguesa con patatas fritas. Pide allí un espresso y, como Gee-Gee, pensarán que eres un mojabompis afeminado.

Admiraba el chasis de Alice cuando sentí su presencia primero y oí luego su voz suave junto a mí.

—¿Disculpe? Perdone que le moleste, pero no he podido evitarlo. ¿Le importa?

Me giré y allí estaba papá, boquiabierto a dos pasos de mí. Volví el asiento giratorio para mirarlo de frente.

—¿Sí? —A tan corta distancia comprendí que rondábamos la misma edad. Mi padre y yo teníamos cuarenta y tantos ese día. Me asaltó la columna tal cantidad de escalofríos que a punto estuve de caerme del taburete.

—No sé cómo decir esto y sé que le parecerá una locura, pero... ¿Le importa que me sienta?

—Siéntese. —Indiqué el taburete adyacente al mío.

Ese traje. Me acordaba tan bien del traje que llevaba puesto.

—Acabo de entrar y cuando lo he visto no me lo podía creer. Porque tengo un hijo, de diecisiete, ¿sabe? Y, en fin, usted tiene exactamente el mismo aspecto que creo yo que tendrá cuando se haga mayor. Es asombroso.

Eché azúcar a mi café.

—Seguro que es un chaval muy atractivo.

Mi padre era un hombre muy serio, incapaz de decir nada gracioso. Pero también era un público estupendo y apreciativo. En cuanto aquellas palabras salieron de mi boca se empezó a reír de tal modo que acabó tosiendo.

—Siéntese antes de que se caiga. —Casi, *casi* remato esa frase con un «padre».

Se sentó y le pasé mi vaso de agua. Dio un trago y meneó la cabeza.

—Me ha pillado con la guardia baja. Me llamo Tom McCabe.

Cuando me tendió la mano dije:

—Bill Clinton.

—Encantado de conocerlo, Bill. Aunque no dejo de pensar que debería llamarlo Frannie. Así se llama mi hijo.

Asentí, sonreí, bebí un sorbo de café y por poco no me atraganto.

—Lamento no poder ayudarlo, Tom. Yo me llamo Bill, estoy casado con una mujer que se llama Hillary y tenemos una hija llamada Chelsea.

Bebió un poco más de agua.

—Sí, pero es que el parecido es asombroso. ¿Puedo preguntarle a qué se dedica?

Fijé la mirada en el mostrador, asentí con aire misterioso y, tras una pausa, respondí:

—A la política.

—¿*En serio?* —Estaba impresionado. A mi padre le encantaba la política. A menudo leía el *New York Times* en voz alta para mi madre, refiriéndole toda la mierda que pasaba en Washington. Siempre tenía algún comentario al respecto—. Eso es increíble. —Soltó una risita y se frotó enérgicamente la cara con ambas manos—. Mi hijo tendrá suerte si no acaba entre rejas. Frannie es un caso.

Me sentí como si acabara de darme una puñalada en el corazón. ¿Pero cómo? ¡Si ahora yo metía a otros entre rejas! Todos esos años después sabía que había tenido éxito y que, antes de morir, Tom McCabe estaba muy orgulloso de mí. Me había convertido en la clase de ímprobo ciudadano que él siempre había soñado. Entonces, ¿por qué me dolía ese comentario? Fácil: porque da igual cuántos años tengas, la relación con tus padres siempre es igual que la de un perro al que sacan a pasear con una de esas correas extensibles. Cuando mayores nos hacemos, más nos alejamos. Al cabo de los años la distancia es tanta que se nos olvida que estamos sujetos. Sin embargo, como es predecible, al final se acaba la cuerda, o pulsan el botón de rebobinado por el motivo que sea, y una fracción de segundo después volvemos a estar a su lado con el cuello dolorido y anhelando de nuevo su aprobación. Da igual cuánto nos alejemos, mamá y papá siempre tendrán ese poder sobre nosotros.

—¿No estarás siendo muy duro con el chico, Tom? —No podía mirarlo a la cara.

—No dirías eso si conocieras a Frannie.

—A lo mejor de joven yo me parecía a él lo suficiente como para saber lo que me digo.

—Bill...

—Ahí tiene. —Alice me puso el plato delante de golpe—. ¿Quiere alguna otra cosa?

Los huevos lucían un pálido color amarillo que contrastaba con el marrón pardo del bacón. Alta cocina con el sello de Scrappy.

La miré y sonreí. No me devolvió la sonrisa.

—¿Algún problema?

—Bueno, pedí patatas ralladas salteadas con esto.

—No las pidió.

Mi padre saltó de inmediato.

—Sí que las pidió. Yo le oí pedir patatas ralladas salteadas.

Alice frunció el ceño y se plantó una mano en la cadera, indicando inequívocamente: «¿Es que quieres hacer una montaña de esto?» Recordé que cuando éramos pequeños llamábamos a esa chica, a la que todos deseábamos, «la zorra de las tetas». Esto es, érase una vez, cuando el mundo todavía no se había vuelto políticamente correcto. Pero también recordaba otra cosa sobre Alice que era mucho más importante.

Me olvidé de las patatas con un ademán y dije:

—Da igual. Si solo engordan. Pero, ¿le importa que le pregunte una cosa?

Su mano seguía adherida a su cadera.

—Eso depende. ¿Qué cosa?

—¿Conoce usted al hijo de este hombre? ¿Conoce a Frannie McCabe?

Como un globo aerostático que gana volumen, su rostro entero se elevó impulsado por una amplia sonrisa.

—Claro que conozco a Frannie. Es un buen chico.

—¿Buen chico? ¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—¿No lo conoce usted? Lo cierto es que se dan un aire. —Miró a papá para ver si este coincidía con ella.

—Estábamos hablando de él y me preguntaba qué piensa la gente que lo conoce.

—Ya le digo... creo que es un buen chico. —Su voz estaba recuperando el filo. Me dieron ganas de colarle los huevos revueltos por el escote, pero no podía porque en esos momentos ella tenía algo que me hacía falta. No me lo daría si la cabreaba.

—¿Un buen chico, eso es todo?

La joven camarera escudriñó la otra punta de la sala para ver qué hacía su viejo. Este seguía con la nariz pegada a sus números, lo que le daba luz verde para seguir hablando con nosotros.

—Cuando Frannie viene por aquí con sus amigos se comporta como un gamberro y se hace el duro. Pero cuando está solo es encantador y a veces tiene detalles

realmente agradables.

¡Bingo! Venga Alice, cuéntaselo a Tom. Parecía que fuese a dejarlo correr, así que la espoleé.

—¿Agradables? ¿Como qué?

—Mi novio y yo tenemos problemas, ¿vale? No somos precisamente Harriet y Ozzie. Bueno, pues una noche estamos aquí y tenemos una buena bronca —Volvió a levantar la cabeza para ver qué hacía el jefe— y yo perdí los estribos. Por suerte el local estaba casi vacío, así que cuando me puse a llorar como una histérica Frannie fue el único que se dio cuenta. Pero fue tan majo. Estaba solo, como decía, y nos pasamos dos horas hablando del tema. No tenía por qué hacerlo. No se las estaba dando de duro ni nada de eso, era simplemente amable. Y llevaba razón, además. Hablaba de la gente, ya sabe, en general, y más tarde le di muchas vueltas a sus palabras. Al día siguiente volvió. Me regaló una copia de ese disco que le dije que me gustaba, *Concrete and Clay*. No tenía por qué hacerlo. Es majo, Frannie. —Eso lo dijo mirando fijamente a papá.

Emití un ruidito satisfecho.

—Bonita historia. ¿Me puedes traer ahora mis patatas ralladas salteadas?

Sus ojos saltaron como dos trampas para ratones.

—¿Cómo dice?

Me incliné hacia delante y hablé lo bastante alto como para que Scrapy me oyera aun estando muerto.

—Digo que si me puedes traer ahora las patatas ralladas salteadas que se te han olvidado, guapa.

—¿Algún problema? —dijo una voz parecida a un proyectil de bazuca disparado contra nosotros desde detrás de la caja registradora. Alice salió propulsada en busca de mis patatas.

En el ínterin me puse a dar cuenta de la insalubre comida que tenía delante y me supo deliciosa. Tras unos bocados, apunté a mi padre con el tenedor y dije:

—No juzgues a un matón por su apariencia, Tom. Seguro que si una noche se cuela en su cuarto, lo encontrará leyendo con una linterna debajo de las sábanas.

Lo absurdo de la imagen le hizo sonreír. ¿El Enemigo Público Número Uno leyendo bajo las sábanas? Aunque también de haberle tocado la fibra, porque al rato puso cara de empezar a creer que nada era imposible.

Guardamos silencio, pero daba igual porque me bastaba con volver a estar junto a mi viejo, tomando café en el Scrapy's Diner. Y, por morboso que parezca, lo apreciaba todavía más porque sabía cómo sería la vida sin él cuando muriera. Durara lo que durase esto, este sueño o pesadilla o lo que fuera, no había otro lugar en la Tierra donde quisiera estar: sentado en la barra de este antro, convenciendo a mi escéptico padre de que su hijo tenía madera y terminaría por salir adelante.

Aunque la gente iba y venía conforme la hora se tornaba menos intempestiva, el restaurante permaneció relativamente tranquilo. No hablamos gran cosa mientras yo

desayunaba. Alice me trajo mis patatas, aunque me las empujó por encima de la barra como si el plato fuese un Frisbee. Papá pidió una magdalena de arándanos y un vaso de zumo de naranja a otra camarera. Cuando se lo sirvieron comió muy deprisa. Yo estaba rebañando el plato vacío con un trozo de pan para eliminar hasta el último rastro de salsa. Cuando acabé miré a mi izquierda y la vi caminando hacia nosotros.

Era la señorita Garretson. Victoria Garretson. Enseñaba música en la escuela primaria de Crane's View. Rubicunda y siempre con las mejillas sonrosadas, poseía una especie de entusiasmo inagotable por su especialidad y su trabajo que invariablemente empujaba a sus alumnos lejos de ella con la fuerza de su motor. Había sido mi profesora de música durante tres años. No podías odiarla porque los niños solo odian a aquellos profesores que los castigan o humillan literalmente de mala manera. Es solo que no soportábamos la forma en que la señorita Garretson agitaba los brazos e hinchaba los carrillos mientras nos hacía ensayar las canciones de Stephen Foster, o tocar los triángulos y sacudir las maracas. Gracias a ella, si no volvía a ver u oír unas maracas en toda mi vida, sería feliz. ¿Qué aspecto tenía? Quizá el de una mujer joven que vendía ropa de cama en unos grandes almacenes y le gustaba ensalzar las virtudes del género. O el de una secretaria que trabajaba en un despacho inmobiliario venido a menos. Era la viva imagen de la tía de cualquiera.

—¡Tom! ¿Qué haces tú aquí tan temprano?

¿Tom? ¿La señorita Garretson conocía a mi padre? ¿Lo conocía hasta el punto de llamarlo por su nombre de pila?

—¡Vicki! ¡Qué tal! Podría preguntarte lo mismo.

¿Vicki?

Se quedó plantada con las manos enlazadas delante del cuerpo, mirándome fijamente. Tenía los labios carnosos y abusaba del carmín oscuro. Tardé un momento en darme cuenta de que esperaba, o bien que nos presentaran, o bien que nos levantáramos y demostráramos cuán caballerosos éramos. Papá terminó por levantarse, pero yo no.

—Vicki Garretson, te presento a Bill Clinton.

Asentí y le dediqué una sonrisa tibia a modo de saludo. Ella me obsequió con una nada sutil vistazo de arriba abajo. Me transportó cuarenta años en el pasado, de vuelta a los días en que solía dedicarme otro tipo de vistazos de arriba abajo: para ver si tenía la cremallera bajada o si conservaba restos de la mermelada del desayuno en mi camiseta del Club de Mickey Mouse.

—Vicki es maestra en nuestra escuela.

—Teoría de la música y coro —acotó ella, orgullosa y mendaz. La única teoría de la música que enseñaba esa dama consistía en sácate el dedo de la nariz, mocososo, y lee las notas. Pero me gustó: la señorita Garretson intentaba impresionarme.

—¿Y usted a qué se dedica, señor Clinton?

—Bill anda metido en política —proclamó papá, henchido de admiración.

—Qué interesante. ¿Me puedo sentar?

—Claro, desde luego, Vicki. —Papá señaló un taburete donde ella procedió a posar su muy generoso trasero.

Conversamos sobre trivialidades. La señorita Vicki era aburrida y egocéntrica. Era evidente que le gustaba el sonido de su propia voz y la insustancialidad de su vida diaria. Pero mi mente solo prestaba atención a medias a lo que decía porque me tenía hipnotizado el lenguaje corporal que crepitaba entre ellos. No hacía falta ser un experto en leer entre líneas. Empecé a sonreír como un lunático y, estoy seguro, a comportarme igual: porque saltaba a la vista que Tom McCabe aparcaba su Pinto de piel en el garaje de Vicki. Su conversación estaba poblada de bromas privadas, referencias, sensuales miraditas secretas y pequeñas anécdotas compartidas. Por no mencionar la corriente de alto voltaje que circulaba entre ellos. ¡Papá se tiraba a mi antigua profe de música! ¿Se hablaban con tanta confianza, sin ambages, por quien era yo? Un desconocido que se habían encontrado en un restaurante y al que ninguno de los dos volvería a ver. El tipo que se sienta a tu lado en el avión o con el que entablas conversación en la estación mientras los dos esperáis a un tren que va con retraso. Lo único que me distinguía un poquito era que me parecía al hijo de Tom, antiguo pupilo de Vicki.

Cuando *ese* huevo aterrizó en la plancha de mi mente y empezó a sisear, cayó otro a renglón seguido. ¿Qué hacía papá saliendo de esa casa al otro lado de la calle tan temprano esa mañana? ¿Tenía allí otra amante a la que visitaba en sus golpes de insomnio? La vida secreta de Thomas McCabe. Mi padre: don Soseras, don zapatitos Oxford de puntera cuadrada comprados en Florsheim, don un güisqui antes de la cena y sanseacabó. El que siempre pagaba sus impuestos a tiempo, el que no tenía deudas, el que siempre era galante. El que mi madre no sabía distinguir siquiera en medio de la multitud. Pero ahí lo tenías, pegándosela con mi profesora de música y con vete a saber quién más. ¡Yee-ha! ¿No es estupenda la vida? Me entraron ganas de abrazarlo y bailar una giga. Sé de gente que dice que una de las peores experiencias de su vida consistió en descubrir que sus padres eran infieles. Yo estaba encantado. Quería conocer los detalles: con pelos y señales, en Cinemascope y Dolby Surround. Crane's View era pequeña; las paredes tenían ojos y oídos. ¿Se escapaba esa singular pareja al Holiday Inn de Amerling con una botella de champaña barato, una recopilación de poemas de amor de Rod McKuen y un transistor donde sonaba el *Bolero* de Ravel?

Quería abrazar a mi padre. O al menos darle una palmadita en la espalda, pero en esas circunstancias resultaba del todo imposible. Me entusiasmaba mi descubrimiento, me hacía querer a mi viejo y, cosa curiosa, me hacía querer aún más a mi madre por estar totalmente equivocada con respecto a su adorada pareja. Mamá, ¡es un zorro!

—Tom, tengo que irme. Pero ha sido un placer. —Nos levantamos y nos dimos la mano. Recuerdo que no me la estrechó con fuerza y vengá, otra vez, después de tantos años. Las lágrimas asomaron a mis ojos. Estrecharle la mano a tu padre. Si lo quieres, no hay cosa más grande. Y yo quería a ese hombre. En silencio le di las

gracias y lo bendije por haberme dedicado tanto cariño y paciencia. Por haber soportado a un crío tremendo y frustrante que lo hizo sufrir y preocuparse durante casi veinte años. Quería decirle a Tom McCabe yo soy tu hijo, Frannie el ladrón, el bueno para nada al que tendrías que haber odiado pero no lo hiciste porque eres un buen hombre. Pero ahora estoy bien. Sobreviví, papá, y estoy bien.

En vez de eso sonreí a Victoria Garretson (Vicki; jamás en mi vida se me habría ocurrido llamar así a esa mujer) y le volví la espalda a Thomas McCabe por última vez.

—¿Bill? Perdona, ¿Bill? —Me dirigía a la caja registradora cuando me llamó.

—¿Sí, Tom?

—¿Me dejas que te invite al desayuno? Me gustaría.

—¿Por qué? —Allá que volvían las lágrimas. Miré a Scrappy.

—Por lo que has dicho de mi hijo. Porque a lo mejor tienes razón y me preocupo demasiado. Porque, no lo sé, es una bonita mañana y conocerte ha sido una agradable sorpresa.

Le pasé la cuenta.

—Eres un príncipe, Tom.

Torció el gesto. Le pregunté si algo iba mal.

—Frannie dice eso a veces. Eres un príncipe, Tom. Pero siempre lo dice con tono sarcástico.

Procuré sonar frío e indiferente.

—Bueno, dijiste que nos parecíamos. Imagínate por un segundo que soy él y que te lo digo en serio. Eres un príncipe, Tom. Que te vaya bien en la vida.

—A ti también, Bill.

No pude reprimirme.

—Vótame cuando me presente a la presidencia.

Se rió y volvió a concentrarse en su amante.

¿Cómo se vuelve lo raro más raro todavía? Os lo diré. Satisfecho y animado por lo que acababa de suceder, salí del restaurante sonriendo y encantado de la vida. Eso debió de durar unos cinco minutos. Lo que tardé en cruzar la puerta y girar a la izquierda, hacia el centro de Crane's View: toda una manzana. Curioso por saber qué encontraría allí, intenté recordar cómo era la calle principal por aquel entonces. Mi ciudad, treinta años atrás. ¿Cuánto costaban las entradas en el Cine Embajada? ¿Cuánto costaba una bolsita de cacahuetes bañados de chocolate marca Goobers en la tienda de golosinas? ¿Cómo se llamaban las distintas chucherías que vendían? Los chicles Charleston, los Zagnut, las Raisinets, los Good and Plenty, las Quinta Avenida... El retrasado de Johnny Petangles se sabía todos los anuncios de televisión de memoria y no paraba de recitarlos. El cine había sido demolido hacía dos años y lo habían reemplazado por un videoclub Blockbuster, lo que se me antojaba irónico.

Cambiar la gran pantalla por la pequeña. Sigamos recorriendo la avenida de los recuerdos de McCabe. Por aquel entonces el Cine Embajada estaba al lado de la Parrilla de Birmy. Allí fue donde tomamos nuestros primeros tragos legales el día de mi decimoctavo cumpleaños. En mi mente todavía podía oler aquel sitio, col hervida y humo de tabaco. Pegado al local de Birmy había...

Un hombre con uno de esos cascos que me habían dejado alucinado. Los cascos de aprendizaje de mi último periplo vienés. Correcto: por la calle principal de la Crane's View de mil novecientos sesenta y pico, Nueva York, se paseaba un tipo con la cabeza cubierta por un casco negro. Me tapé la boca con una mano y emití una especie de *oh oh* estrangulado. Me sentía como si alguien acabara de espachurrarme un huevo en la espalda. Es más, había gente por los alrededores, pero nadie le prestaba atención. Brian Lipson, con su cazadora de la Universidad de Crane's View, charlaba con Monica Richardson delante de la biblioteca pública. El cabezicasco se paseó delante de sus narices. Los dos miraron, impertérritos, y retomaron su conversación. Mi ciudad es conservadora e inmutable. Siempre ha sido así. Tanto en la Crane's View de hoy como en la de hace treinta años, si alguien caminaba por la calle con uno de esos cascos ridículos la gente no lo pasaría por alto. El que esos dos chavales miraran pero se mostraran indiferentes significaba que estaban acostumbrados. Eso me puso la piel de gallina. En los tiempos en que Lipson y yo asistíamos a clase de geometría y yo le copiaba en los exámenes, nunca vi a ningún cabezicasco andado por ahí. Si lo hubiera visto, me habría ocupado de contárselo a todo el mundo.

Decidí seguir a ese tío. Ver qué pasaba cuando lo viera más gente. Ver si...

—¡Eh Frannie! —dijo el Brian Lipson adolescente con los ojos clavados en mi cuarentona persona.

—Qué hay, Frannie McCabe —entonó la maciza Monica Richardson, con una sonrisa lasciva capaz de derretirle los calzoncillos al más pintado.

Si yo hubiera sido un personaje de dibujos animados en ese momento se habría escuchado a mi alrededor el sonido de neumáticos quemando el asfalto y se habría visto salir humo de las suelas de mis zapatos.

Me paré tan de golpe que tardé un momento en recuperar el equilibrio.

—¿Me conocéis?

Se miraron. Lipson soltó una risita.

—¿Por qué no te íbamos a conocer, Frannie? A ver, como que nos sentamos juntos en geometría.

—Ya, pero...

Manzana abajo, el cabezicasco desapareció detrás de una esquina. Pero tenía que dejarlo escapar porque en esos momentos me encontraba en el centro de una zona cero.

—¿Me conocéis así?

Monica imprimió a su cabeza un coqueto giro lateral, como si fuese un perro que

oye una armónica por vez primera.

—¿Así cómo?

—¡Como estoy ahora, así! —Me señalé el pecho, la cara, mi cuerpo de McCabe al borde de la cincuentena.

—Bueno, claro, ¿por qué no?

—Tengo que irme.

—No te olvides de lo de mañana por la noche, Frannie; Dionne Warwick — arrulló Monica, como una sirena atrayéndome hacia su roca. Y como una roca me *golpeó* entonces el recuerdo. Durante el último año de instituto había intentado por activa y por pasiva que Monica Richardson se pegara el lote conmigo. Pero era más lista que yo. Cada vez que pensaba que la tenía, se me escurría entre las zarpas. Al final decidí obsequiarla con un cortejo en toda regla y me gasté un dineral en ella: dineral que procedí a sustraer del monedero de mi madre a lo largo de tres semanas. El plan consistía en un concierto de Dionne Warwick y una cena «Surf 'n' Turf» en el restaurante La Cabaña de Dick. Todo salió a las mil maravillas hasta que la llevé a casa. Nunca había estado en casa de Monica. Cuando me invitó a entrar aquella noche pensé que la había conquistado. Cuando nos acercábamos a la puerta principal dijo como quien no quiere la cosa: «Mis padres estarán levantados, pero no pasa nada. Son guay. Los saludamos y subimos a mi habitación».

Estaban sentados en el estudio. El señor Richardson tenía una pipa entre los labios y sostenía un periódico con la mano libre. La señora Richardson tejía un jersey amarillo. Los dos estaban en pelota picada. La escena me impactó de tal manera que crucé la puerta corriendo para refugiarme en la noche. Después de aquello, cada vez que me topaba con Monica en el instituto no sabía dónde meterme. Y lo que había visto me avergonzaba hasta tal punto que jamás se lo conté a nadie. Por eso no me enteré de que sus padres eran nudistas hasta años más tarde.

Mientras la miraba y recordaba aquel momento en su casa, no oí el coche que se detuvo a mi espalda. Los chavales sí lo vieron por encima de mi hombro y los dos torcieron el gesto.

—¡McCabe!

El coche era negro con una luz roja en el techo. Eso era todo: nada de cuadros azules estroboscópicos de alta velocidad que te laceraban la cornea al acercarse. Nada de rejas metálicas entre los asientos de delante y los de detrás para mantener a raya a las fieras humanas cuando los llevabas a chirona. Nada de escopetas adosadas al salpicadero, porque en los sesenta las armas de fuego estaban en la cadera del poli o a buen recaudo en el maletero del vehículo. El maletero de un Chevrolet Biscayne, porque el departamento de policía de Crane's View solo empleaba Chevrolets. El jefe del cuerpo era cuñado del dueño del único concesionario Chevrolet de la ciudad.

—¡Pee-Pee! —Me hizo tanta ilusión verlo en ese momento que me olvidé de quién era/dónde estaba/cuándo estaba, etcétera. Simplemente crucé la acera y le tendí la mano al patrullero Peter Bucci. Ese hombre y yo nos conocíamos desde hacía

tiempo. Cuando era joven, en Crane's View había tres polis a tiempo completo y dos a tiempo parcial. Pee-Pee se unió al cuerpo nada más acabar el instituto y los primeros años se dedicó a ser un capullo holgazán y marrullero. Pero no sé cómo se las apañó para conocer y casarse con Camille, una mujer estupenda que lo cambió radicalmente y le dio una vida feliz. Cuando volví a la ciudad después de Vietnam y me hice policía, llegamos a ser buenos amigos. Fue un duro golpe para la ciudad y nuestro cuerpo de policía cuando un derrame cerebral se lo llevó inesperadamente hace tres años. Pero igual que mi padre minutos antes, allí estaba Pee-Pee de nuevo, joven, fuerte y, lo mejor de todo, vivo.

Me agarró la cara con una mano de hierro y me apretó las mejillas con tanta fuerza que tuve que abrir la boca.

—Siempre dándotelas de listo, ¿eh, McCabe? ¡Mierdecilla delincuente! Siempre haciendo el bocazas. Bueno, ¿sabes qué, listillo? Te vienes a la cárcel. Despídete de tus amiguitos y entra en el puto coche.

—Pee-Pee...

Seguía sujetándome la boca y apretó con más fuerza. Iba a saltarme los dientes de un momento a otro.

—No me llames así. Solo mis amigos me llaman así y a ti ni siquiera te conozco de vista. Eres una mierda pegada a la suela de mi zapato, McCabe. Eres un moco tirado en la calle. Entra en el coche.

Lo que debía parecer aquello: un gordinflón achaparrado de veinticinco años vestido con un uniforme que no era de su talla estrujándole el rostro a un hombre alto de mediana edad que podría barrer el suelo con el patrullero Bucci si le diera la gana.

Pero no lo hice. Como el crío respetuoso con la ley que nunca había sido, subí al coche patrulla y me senté mirando al frente. Dio la vuelta hasta el asiento del conductor y entró con un gruñido, aplastando el asiento en busca de la postura más cómoda para su gordo trasero.

—¡Ya llamo yo a tu padre, Frannie! —gritó Brian demasiado alto. Solo estaba a metro y medio de mí. Asentí.

—Pero, ¿qué pasa con lo de Dionne Warwick, Frannie? ¿Qué hago si sigues encerrado?

—Dile a tu padre que se vista e iré a buscarte.

—¿Cómo?

Nos fuimos antes de que pudiera elucidar.

—Ahora sí que la has cagado, hermanito. Te vas a pasar una temporada en el reformatorio. Directo al hotel de cinco barrotes. —Me dedicó una sonrisa de piraña.

No dije nada. El paseo hasta la comisaría duró cinco minutos. Podríamos haber ido andando, pero creo que le gustaba el paripé de conducirme allí como era debido. Cuando aparcó delante del edificio apagó el motor, pero no hizo ademán de bajar.

Tendí la mano hacia el pestillo de la puerta y ladró:

—Yo te diré cuándo puedes moverte, McCabe. —Volví a posar la mano en mi regazo.

—¿Qué he hecho?

—¿Que qué has *hecho*? —Estaba aprovechando el tiempo antes de entregarme. En ese momento le pertenecía. Me iba a exprimir hasta la última gota. Ese era Pee-Pee Bucci antes de conocer a Camille; Pee-Pee en el peor de los casos.

Me di la vuelta despacio y miré a mi amigo. Al que en ese momento nada le hubiera gustado más que darme un puñetazo en la cabeza.

—Sí. ¿Por qué vas a arrestarme?

Para mi sorpresa, su voz se tornó furiosa.

—¿Es que soy imbécil? ¿Piensas que soy imbécil, McCabe?

Mi yo joven o Gee-Gee habría soltado alguna grosería y se habría ganado una torta. Yo no: me mordí el labio inferior y meneé la cabeza.

—No, señor.

—Señor, ahí le has dado, mamonazo. Te diré lo que has hecho. Te lo diré en una palabra: DALEMWOOD. ¿Te suena de algo ese nombre, loco asqueroso? ¿La casa de los Dalemwood?

Cuando cursaba mi último año en el instituto llegó a Crane's View una familia nueva, los Dalemwood. Tenían dos hijos, los dos raros. George era estudiante de segundo año y su hermana estaba acabando la enseñanza media. Los chicos raros llaman la atención quieran o no. Pero lo que me llamó la atención de verdad fue oír que esas personas eran Testigos de Jehová. No me hacía falta nada más. No sabía absolutamente nada acerca de esa religión aparte de que alguien me había dicho algo sobre que no creían en los médicos. Dejaban que sus hijos murieran si se ponían enfermos en vez de procurarles tratamiento. De golpe y porrazo tenía algo nuevo que odiar. Se imponía una acción decisiva. Cogí una lata de spray plateado de nuestro garaje y escribí «Testigos de Jehová Cabrones Asesinos de Niños» en letras de un metro de alto en el costado de la casa blanca recién pintada de los Dalemwood. George me vio, se lo dijo a sus padres y me arrestaron. Mi padre vino a buscarme, pero estaba tan harto de mí que llegó a un acuerdo con el jefe de policía. Esa noche la pasaría entre rejas para que recapacitara sobre mi mala conducta. No surtió efecto. Cuando salí al día siguiente acudí a mi cita con Monica Richardson. Lo único que me impactó fue ver a sus padres desnudos.

Pero si era eso lo que estaba a punto de ocurrirme, eran muy malas noticias. Si pasaba las próximas veinticuatro horas entre rejas malgastaría otro de mis preciosos siete días.

—En marcha, pintor de brocha gorda. Va siendo hora de que conozcas el sótano.

Allí estaban las celdas de la comisaría y era una parte deprimente del edificio, creedme. Más tarde, cuando ascendí a jefe, lo primero que hice fue contratar a un arquitecto para que dibujara los planos necesarios para convertir ese espacio en algo

más humano. Pero hace treinta años era un sótano enorme y oscuro con tres celdas de retención y otras tantas bombillas de sesenta vatios para iluminarlas.

¿Por qué estaba reviviendo con cuarenta y ocho años mi vida a los diecisiete? O, al menos, ese día de mi vida. La última vez que volví de mi futuro a mi presente, todo estaba en orden. ¿A qué venía ahora este desbarajuste? La vida dentro de mi casa era normal (salvo por Gee-Gee), pero un paso fuera del porche y había retrocedido treinta años. ¿Por qué había regresado al día en que me encarceló Bucci? Podría meditar todas esas cuestiones durante las veinticuatro horas que iba a pasar sentado en mi celda, pero no tenía tiempo para gilipolleces. Me quedaban cinco días, quizá cuatro. Solo podía hacer una cosa y la odiaba.

Cerré los ojos y dije:

—Agujeros en la lluvia. —La frase que me enviaría de regreso al futuro.

O eso pensaba.

Cuando volví a abrirlos, esperando encontrarme en Viena, seguía sentado en el coche patrulla al lado de Pee-Pee. La única diferencia era que ahora él no se movía, ni nada más. Era como aquella vez en la calle de Viena con Astopel, cuando me dijo que no podía hablar con George. Que, como averiguaría luego, se había convertido en un perro centenario sentado en una cama de hotel.

—¿Cómo se rema en una barca que surca un mar de madera, señor McCabe?

Pese a mis aturcidas miradas a uno y otro lado, no había comprobado el asiento trasero del coche patrulla. Allí sentada estaba la difunta estudiante Antonya Corando. Hoy tenía muy buen aspecto.

—¿Qué está ocurriendo, Antonya?

—Antes debe responder a mi pregunta. Es importante.

Me acodé en el asiento y la miré en el espejo retrovisor.

—No sé cómo remaría en esa barca. Si te digo la verdad, no he visto muchos mares de madera.

—Tampoco yo. Parece un koan zen. Me gustaban cuando estaba viva. Hacen que te pique tanto el cerebro que te entran ganas de rascarte. Como, «He apagado la luz. ¿Adónde ha ido?»

Metí la mano en el bolsillo de la camisa de Pee-Pee, saqué su cajetilla y su mechero y encendí un cigarro.

—¿Cómo se rema en una barca que surca un mar de madera? Bueno, si el agua fuese de madera no te haría falta una barca. Podrías apearte e ir andando donde quisieras.

Sonrió, y tenía una boca preciosa llena de dientes grandes y blancos.

—No sé si esa es la respuesta, pero me suena bien.

—¿Por qué estás aquí, Antonya?

—Quería venir Astopel, pero no le han dejado porque ya la ha fastidiado bastante. Fue él el que me mató. Y me hizo empezar a dibujarte en mis cuadernos de apuntes. Yo no sabía lo que hacía cuando dibujaba esas cosas... se me ocurrían y mi mano

actuaba por su cuenta como si estuviera esclavizada o algo. Astopel también envió al otro, al joven.

—¿A Gee-Gee?

—Sí.

Soltó una risita, lo que solo contribuyó a confundirme más aún.

—¿De qué te ríes, Antonya?

—De todos los «ee-ees» que hay en su vida. Está Gee-Gee, y Pee-Pee Bucci... — Se rió en voz alta ahora y era un sonido estupendo, la risa de una muchacha, algo que te recordaba que la vida podía ser tu amiga.

—¿Pues sabes qué? Que ahora no me importaría echar un mee-o. Demasiado café esta mañana. Eso m-ee suma ya un montón de ees.

Eso la hizo partirse de risa. Me quedé sentado, disfrutando de sus carcajadas como si fueran los rayos de sol de un amanecer italiano. No se movía nada. Di una calada al «Pall Mall» de Pee-Pee y miré en rededor. Al otro lado de la ventanilla, un Chevy El Camino color manzana de caramelo con un obeso Russell Pratt sentado al volante esperaba a que un inmutable semáforo en rojo cambiara a verde. Lo que me hizo pensar...

—Antonya, como ya estás muerta a lo mejor tú lo sabes: ¿Qué viene luego? ¿Existe Dios?

Su renovada carcajada estalló como una ola contra las rocas. Cuando la resaca lo hubo arrastrado todo tuvo que enjugarse las lágrimas de los ojos. Mientras me miraba en el espejo retrovisor, se volvió a reír. ¿Qué demonios le hacía tanta gracia?

—¿Qué demonios te hace tanta gracia? Solo te he preguntado si existe Dios.

—Pero es que lo ha dicho como quien pregunta qué hora es. Como si fuera una cosa sin importancia.

Me froté la coronilla.

—En estos momentos mi vida no podría ser más extraña. Al ritmo que van las cosas, lo mismo *tú* podrías ser Dios, disfrazado de la niña muerta que dibujaba mi futuro. No lo sé. En mi vida ya no hay reglas.

Como si esa fuera la frase detonante, se abrió de pronto la puerta de mi lado y alguien me cogió por el hombro. Con fuerza.

—Sal. ¡Venga, sal del coche! —Gee-Gee. Parecía y sonaba muy asustado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Tú sal del coche y camina.

—¡Hola, Gee-Gee! —dijo Antonya en el asiento de atrás.

La miró fugazmente sin dejar de tirarme de la camisa.

—¡Sal de una puta vez! Vamos.

Me disponía a salir cuando miré el espejo por última vez. Antonya sonreía todavía. Era extraño porque la expresión de su rostro era la misma que instantes antes, cuando se reía de mí. Parecía que su cara fuese a quedarse así para siempre.

—¡Adiós, Frannie!

—¡Corre, gilipollas! ¡Me cago en la puta, corre! —Gee-Gee salió disparado como un guepardo. Mis piernas de mediana edad y mis pulmones de Marlboro no eran rival para el muchacho. Ya había recorrido media manzana calle abajo cuando se detuvo para echarme un vistazo. Agitó un brazo en mi dirección, indicándome que me diera prisa, venga, *vamos*. Lo intenté, pero no servía de nada. Al intentar mantener su ritmo supe que mis días de correr sobre la faz de tierra habían terminado. Además, ¿por qué demonios corríamos? ¿Por qué lo había seguido cuando Antonya podría haberme contado algo importante si me hubiera quedado con ella? Algo sobre la muerte, o Dios, o quién sabe qué más. Pero no, había salido pitando detrás de mí. ¡Eh tú, espérate!

Cuando estaba a punto de desplomarme por tercera vez reuní las fuerzas necesarias para preguntarle:

—¿Adónde vamos?

—¡A casa! Tenemos que llegar a casa antes que ellos.

—¿Quiénes son *ellos*?

—Tú corre, tío. Corre.

De nuevo el mismo camino, el Scrappy's Diner, el instituto, las casas de antiguos amigos y rivales. Otro perro que conocía husmeaba por el jardín de alguien. Al parar para recuperar el aliento me sentí como si estuviera rebobinando la película de mi vida. Pero aun de esa extraña manera, los recuerdos continuaban afluyendo a mi mente como pequeños objetos arrojados por un tornado. No había manera de detenerlos.

Aunque algo detuvo a Gee-Gee. Seis metros enfrente de mí saltó de repente por los aires y se cayó en una postura extraña. Al golpear el suelo hizo un ruido tan fuerte que sentí el retumbar de sus huesos contra el pavimento. Corrí hacia él, preocupado. El chaval, el chaval, ha caído tan mal, ¿está bien?

—No te preocupes por mí. ¡Vuelve a casa! —Se sujetaba la cadera y seguía mirándome, y a su alrededor, muy asustado. En su rostro había auténtico pánico.

—Gee-Gee, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Astopel lo ha jodido todo. Ha interferido. Ha interferido con tu vida y no tenía derecho a hacerlo. Me acabo de enterar. Antes pensaba que daba igual que apareciera. Que daba igual que me trajera aquí contigo y que nos mandara al futuro, *pero no da igual*. No tendría que haber hecho eso. ¿Lo entiendes? No tendría que haber asesinado a Antonya. No tendría que haber venido para intentar influenciarte. Pero lo hizo y ahora tienes que cargar con las consecuencias. Su mierda te salpica a ti, pero así son las cosas. Así que vuelve a casa, por favor. Si entras en casa creo que estarás a salvo. De lo contrario, estás jodido, te lo garantizo.

—¿Qué pasa con Astopel?

—Se ha ido. Lo pillaron. No volverás a ver a ese mamón.

—¿Quién lo ha pillado?

Intentó incorporarse, pero no podía. Se volvió a caer y empezó a blasfemar. Le

tendí una mano, pero la apartó de un papirotazo.

—¡Largo! ¡Vete, corre, vete! —De improviso se puso a llorar.

Sabía de dónde salían esas lágrimas. De un lugar secreto y recóndito, dirección: calle McCabe con diecisiete años. El lugar que nadie había podido ver, ni visitar, del que nadie sabía nada. Un lugar amurallado por paredes de crueldad, fanfarronería y resentimiento. Donde habitaba un amor demasiado frágil o deformado, junto al miedo abrumador de que todos tus sueños pudieran malograrse, avergonzarte o fracasar miserablemente.

Vacilé solo un instante antes de levantarlo y cargármelo al hombro como si fuese un bombero. Pesaba tan poco. Casi me daban ganas de reír. Me gritó que lo soltara, pero no era eso lo que quería. En realidad no. Además, yo ya había empezado a caminar hacia la casa y él podía hacer poco en esa postura.

Andar parecía más sencillo con él a cuestas. Pensé en eso más tarde y me atraganté con el simbolismo que podría haber imprimido a esa idea: si estás dispuesto a cargar con tus culpas... chorradas por el estilo.

—¡Bájame!

—Cállate y rema.

—¿Cómo?

—¿Cómo se rema en una barca que surca un mar de madera?

—¿Se te ha ido la olla?

—No. Eso es lo que me preguntó Antonya en el coche.

—¿En serio? ¿Te preguntó eso?

Sus palabras se entrecortaban por culpa de mi trote: ¿En se-rio? ¿Te pre-gun-tó e-so?

—Sí, justo antes de que aparecieras. ¿Era Antonya de verdad?

—Creo que no. Creo que era uno de ellos, pero no estoy seguro.

Me detuve. Sentía su calor corporal en mi mejilla.

—¿Quiénes son ellos? Contéstame a eso. ¿Quiénes son *ellos*?

—Alienígenas.

—Oh oh.

—El sentimiento es mutuo, hermano.

## En casa en la silla eléctrica

—Gee-Gee, ¿quieres más bacón?

—Oh sí, doña, estupendo. Está buenísimo.

—Doña suena como en una película de vaqueros. Llámame Magda. Podría decirse que somos parientes. Frannie, es increíble lo mucho que os parecéis. Pero si podría ser tu hijo. ¿No me la habrás pegado con otra? —Mi esposa me dedicó una sonrisa reprobatoria mientras le servía otras tres lonchas gruesas de bacón canadiense en el plato. Se lo devolvió. Gee-Gee se metió una entera en la boca y, como un perro, apenas la masticó antes de engullirla. Con esa iban ya siete lonchas de bacón que se había comido en dos desayunos en el transcurso de dos horas. ¿Acaso era un agujero negro? ¿Adónde iba a parar toda esa comida? ¿No tendría varios estómagos, como las vacas? ¿O bolsas en los carrillos, como las ardillas, donde guardaba las provisiones para el invierno? ¿Tanto comía yo cuando tenía su edad?

Magda y Pauline no podían quitarle los ojos de encima, evidentemente por distintos motivos. Magda parecía encantada de tener a ese misterioso doble de su marido sentado a su mesa. Por contra, Pauline parecía sexualmente embelesada, o como si le hubieran pegado con un mazo de madera en la cabeza. Tanto daba. En la calle había alienígenas que nos esperaban para devorarnos, pero dentro era la hora del desayuno. No lograba entender cómo se lo podía tomar Gee-Gee con tanta calma.

Cuando llegamos las chicas estaban sentadas en el salón, esperándonos. Quería hacerle un millón de preguntas, pero no iba a hablar de hombrecillos verdes ni de la difunta Antonya delante de dos inocentes. Habían preparado el desayuno juntas, una auténtica rareza en nuestro hogar que indicaba lo especial de la ocasión. Lo único que podía hacer era sentarme delante de un plato lleno hasta arriba e intentar establecer contacto visual con Gee-Gee para ver si me comunicaba algo. La única vez que cruzamos la mirada, sonrió y ensayó una discreta negativa con la cabeza. Supuse que quería que me tranquilizara y aguardara. Pero era él el que me había asustado en la calle. Ahora me dejaba con la aguja del medidor señalando la zona roja (una experiencia novedosa para mí) mientras él se dedicaba a deglutir tiras de bacón y tortitas de arándanos.

—Frannie, ¿cómo es que nunca me habías hablado de Gee-Gee? —Magda estaba preciosa esa mañana, aunque no es una mujer guapa. Y Pauline también. Eran dos mujeres estupendas y tenía suerte de vivir en la misma casa con ellas. La casa que en esos precisos instantes podía estar rodeada por invasores del espacio, según el Cara de Bacón que tenía enfrente al otro lado de la mesa.

—Oye, Gee-Gee, ¿te acuerdas de esas *visitas* que mencionaste antes?

Ni siquiera levantó los ojos del plato.

—¿Sí?

—¿Se van a pasar por aquí o qué?

—No lo sé. Por favor, ¿me puedo servir un poco más de sirope?

—¿Qué visitas? —tanteó Magda—. ¿Quieres que prepare más tortitas?

Gee-Gee hizo un gesto vago con su tenedor.

—Una gente que conozco de fuera de la ciudad.

—¿De fuera de la ciudad? —balbucí, incrédulo.

—¿Son amigos tuyos? —La voz de Pauline salía dando brincos de su garganta; ¿más Gee-Gees en nuestra casa esa mañana?

—Amigos no, gente, no sé si me explico.

Magda miró a Pauline y ambas esbozaron la misma sonrisa simultáneamente: ¡Chicos a la vista!

Me exasperaba de tal manera esa especie de táctica pasiva que estaba empleando Gee-Gee que no podía permanecer sentado. A falta de otra cosa mejor que hacer me levanté y me acerqué al fregadero. Miré por la ventana y me alegró ver únicamente el viejo columpio herrumbroso y ni rastro de E. T. No había aterrizado ningún platillo volante en nuestro jardín. Abrí el grifo y vi cómo el agua plateada se precipitaba a la pila y se perdía por el desagüe. Al cabo, Magda me preguntó qué estaba haciendo.

—Contando moléculas. —No levanté la cabeza. Me sentía como si estuviera a punto de explotar.

—Frannie...

—No pasa nada, Mag. No te preocupes por mí.

—Asómate a la ventana, tío Frannie —dijo Gee-Gee.

—Acabo de hacerlo.

—Fíjate. Fíjate bien en el patio.

No le hice caso y seguí contemplando el agua. Cerré el grifo. Lo abrí. Volví a cerrarlo.

—¿Están tus amigos ahí fuera, Gee-Gee? —pió Pauline—. ¿Están en el patio?

—Qué va. Pero sí que hay algo que quiero que vea el tío Fran.

Una silla arañó el suelo. Un instante después Pauline estaba a mi lado. Me puso una mano en el hombro y apoyó la barbilla en ella. Esa chica no era dada a grandes expresiones de emotividad. Supuse que los arrumacos estaban destinados a impresionar a Gee-Gee. Me daba igual, era agradable tenerla allí. Ladeé la cabeza en su dirección.

—Qué bien hueles.

—¿Sí?

—Sí. Hueles a clavo y hojas quemadas.

—Guau, qué descripción más guapa, tío Frannie. Clavo y hojas quemadas. Me encanta.

Me volví hacia Gee-Gee. Para mi sorpresa, me estaba observando con genuina admiración.

—Lo juro por Dios, nunca he oído a nadie describir de esa forma.

—Bueno, muchacho, cuando seas mayor seguro que se te ocurren comentarios ingeniosos por el estilo.

Sonrió con un pedazo de pastel amarillo moteado de azul ensartado en el tenedor. Pauline me propinó un pellizco.

—No seas malo. Era un cumplido.

—Tienes razón. Deja la cabeza en mi hombro, es agradable.

Cuando lo hizo volví a mirar por la ventana para ver si había pasado algo por alto en el patio.

—Los columpios no están.

—Sigue mirando, tío.

Como ya he mencionado, nuestra casa perteneció en su día a la familia de mi amigo de la infancia Sam Bayer. En la esquina de *su* patio languideció un columpio para críos durante toda nuestra niñez. La gente a la que compré la casa había quitado los columpios. Pero dado que el mundo exterior esa mañana pertenecía a los sesenta, la vista del jardín incluía el roñoso y patético artilugio volador que había puesto en órbita a incontables chiquillos durante un puñado de años felices. La vista *había incluido* esos columpios. Lo sabía porque al mirar minutos antes, los vi y recordé de inmediato. Ahora habían desaparecido.

—¿Dónde están los columpios?

—Sigue mirando. Estate atento.

—¡Me cago en la puta!

Fuera, en el patio, los columpios no era lo único que había desaparecido. Ante mis ojos, el paisaje entero cambió. No ocurrió de prisa como en una película vista a cámara rápida. Pero si te fijabas en el mismo sitio unos segundos veías cómo cambiaba a la vez que su entorno de una u otra manera. Detrás del antiguo emplazamiento de los columpios había una valla de madera. Meses atrás, Johnny Petangles y yo habíamos pasado un domingo por la tarde pintándola de rojo ladrillo. En los sesenta, cuando vivía allí la familia Bayer, la valla era blanca. Y había sido blanca minutos antes, cuando los columpios estaban delante de ella. Ahora no había ningún columpio y la valla era de color verde. Luego se volvió paulatinamente azul turquesa, de nuevo blanca, otro tono de verde, por fin rojo ladrillo. Cuando compré la casa la valla era blanca. Luego la había pintado de ese segundo tono de verde y hacía poco que la había cubierto de rojo.

Mientras cambiaban los colores de la valla, también se alteraban los objetos que había a su alrededor. Lo primero que me llamó la atención fue un enorme macetero naranja que colgaba de lo alto de la valla, de un gancho que parecía un perchero negro. Macetero naranja sobre valla blanca. El macetero desapareció y el fondo blanco con él. Una bicicleta BMX plateada apoyada en la valla apareció y desapareció. Sin más. Un balón de baloncesto marrón, visto y no visto. Un triciclo «Big Wheels» amarillo. Blip, blip, blip: todo fue visible por unos segundos antes de esfumarse.

Incapaz de apartar los ojos de ese espectáculo visto en avance rápido, le pregunté a Pauline si también ella lo veía.

—¿Ver qué?

—Todas las cosas que están cambiando ahí fuera —señalé—. ¿Ves la bici plateada? ¡Mira! Ya no está.

Pauline me dio un empujón.

—¿Qué bici? ¿De qué hablas?

Miré a Gee-Gee. Meneó la cabeza y dijo con los labios: «No puede verlo».

Frustrado, volví a fijarme en la calle.

—¡Me cago en la puta!

—¿Por qué no dejas de decir eso, Frannie?

Porque durante unos cinco segundos vi a mi antiguo amigo Sam Bayer, con quince años, completamente desnudo delante de la valla y meando en el césped. Creo que me reí y boqueé pero no tuve tiempo de pensar en ello porque desapareció enseguida. Surgió una de esas piscinas desmontables de saldo. Dos críos retozaron en ella hasta que la invisibilidad puso fin a sus juegos.

—Esto es una tontería —dijo Pauline, y se fue.

Un poco después sonó el teléfono. Magda se dispuso a cogerlo. La oí salir de la cocina. Gee-Gee se acercó a mi espalda.

—Están trayendo el mundo de vuelta al presente. Pero tienen que hacerlo despacio, como los submarinistas que quieren emerger después de haber descendido a gran profundidad. Por eso te dije antes que teníamos que regresar. Deben arreglar todo lo que se cargó Astopel.

—¿No podrá ocurrirnos nada mientras estemos dentro de casa?

Negó con la cabeza.

—Pero si estuviéramos ahí fuera...

—Seguramente nos zapearían.

La historia de mi patio en cuestión de minutos. Los treinta años de historia de Crane's View en cuestión de minutos. ¿Qué estaría sucediendo por toda la ciudad mientras mirábamos por la ventana? Hubiera dado cualquier cosa por estar en plena calle principal en esos instantes.

—¿Así que van a devolver el mundo a la fecha actual? ¿Al día de hoy?

—Exacto.

—¿Los alienígenas?

—Exacto.

—¿Y cómo es que tú sigues aquí?

—Porque supongo que te hago falta, tío Frannie.

—Me haces la misma falta que un tumor cerebral.

Apareció ante nuestros ojos un perro basset de gran tamaño, se tiró al suelo, empezó a rascarse y desapareció. *Voilà* «El Juez». El perro pertenecía a la familia VanGelder, quienes me habían vendido la casa. Gozaba de mala fama por toda la ciudad por su inclinación a ser atropellado por coches y camiones y sobrevivir. También olía a ciénaga, aunque supongo que ese es el precio que debe pagar un can

por tener siete vidas. El Juez murió plácidamente de viejo, en su cama, un mes antes de que se mudaran los VanGelder.

Cuando la verja se volvía roja reapareció mi veterano cortacésped Briggs y Stratton. Magda entró de nuevo en la cocina con el teléfono inalámbrico.

—Es George. Dice que se trata de algo importante.

Cogí el teléfono. Gee-Gee volvió a la mesa y reanudó su desayuno.

—George. ¿Qué pasa?

—El perro ha regresado, Frannie. Lo tengo sentado a mi lado en estos momentos.

—¿Tu perro? ¿Chuck?

—Chuck y Vertuoso. Los dos están sentaditos en mi salón. Y está vivo, Frannie. Vertuoso vuelve a estar vivo. También hay una persona a la que tienes que conocer. Es el que los ha traído. Dice que te conoce. Se llama Floon.

—Caz de Floon —aclaró Floon en la distancia.

—Voy para allá. —Pulsé la tecla de desconexión del aparato y dejé que mi brazo cayera a mi lado.

—¿Han llegado los amigos de Gee-Gee? —quiso saber mi encantadora esposa.

—Sí. Uno está en casa de George. Vamos a recogerlo.

•

El muchacho y yo nos quedamos en el lado seguro de la puerta principal. Yo tenía la mano en el pomo. Él tenía la suya en un bollo de canela que Magda le había calentado para el camino.

—¿Crees que es seguro salir otra vez?

Dio un mordisco al bollo y habló con la boca llena de masa dulce.

—Hemos esperado lo suficiente para ver si cambiaba algo más después de que tu valla se volviera roja de nuevo. Yo diría que hemos regresado al presente. Bueno, solo hay una forma de averiguarlo...

Abrí la puerta con los ojos casi completamente cerrados. Supongo que pensaba que si afuera nos esperaba bien el fin del mundo, bien unas criaturas del espacio exterior, cerrando los ojos conseguiría hacer que desaparecieran.

Las cosas tenían un aspecto normal. Solté el aire despacio. ¿Cómo era exactamente Crane's View, o al menos mi calle, hacía veinticuatro horas? El Saturn estaba aparcado delante de la casa del otro lado de la calle, y no el Jaguar de papá. Correcto. En el porche de los vecinos colgaba su hamaca tamaño familiar. Correcto. Mi moto esperaba en la acera como un feo sapo amarillo. Correcto. Todos los sistemas en marcha.

Despacio y con nerviosismo, bajé los escalones del porche. Cuando llegué al último, a un paso del firme y aterrador suelo, algo me enganchó por el hombro y me echó hacia atrás.

—¡Cuidado!

Me llevé tal sobresalto que poco me faltó para sufrir un ataque al corazón. Gee-Gee se reía como un tucán enloquecido. Cogí la mano que me había apoyado en el hombro e hice ademán de derribarlo. Gritó:

—¡No lo hagas! ¡Mi rodilla! ¡Que tengo la rodilla jodida!

—¿Por qué demonios has hecho eso? ¿Te parece gracioso?

—Tranquilo. Era una broma. Anímate, hombre.

—¿Que me anime con toda esta mierda? ¿Es que eres imbécil?

—No, tío Frannie. Soy tú.

—Bueno, pues pórtate como yo. O sea... Mira, salgamos de una vez y dejémonos de gilipolleces, ¿vale?

—Adiós, Gee-Gee —llamó Pauline desde la ventana de nuestro dormitorio—. ¡Luego te veo! —Estaba apoyada en la repisa y *no* parecía que llevara puesta una camisa.

—¡Hasta luego, Pauline! Enseguida vuelvo.

—Cojamos la Ducati. Iremos más deprisa.

Meneó la cabeza.

—Mala idea, jefe. Será mejor que caminemos hasta allí.

—¿Por qué?

—Mira a tu alrededor. Mira los árboles y la calle. Siguen intentando devolver las cosas al presente, ¿no lo ves? Todavía no estamos a plena potencia.

Tras un fuerte aguacero el mundo parece distinto durante algún tiempo. Por todas partes hay nuevos olores, la hierba tiene un brillo especial, y también las hojas de los árboles mientras gotean agua y cambian de color. Las ramas recuperan su postura, los objetos sueltan vapor, los animales resurgen de sus escondrijos sacudiéndose el agua de encima con vigorosas sacudidas... detalles pequeños *pero* detalles. Cuando hice lo que me decía Gee-Gee y volví a fijarme en las cosas que me rodeaban, vi que tenía razón: no sería buena idea conducir hasta la casa de George. Porque igual que el mundo tras un aguacero, todo mi entorno parecía estar cambiando. Los alienígenas nos habían devuelto a la época correcta, sí, pero aún no habían terminado y eso era evidente.

Lo primero que vi fue una larga grieta negra que desaparecía de la blanca fachada de unos vecinos como un espagueti sorbido por alguien. Luego un par de grandes rocas encaladas reaparecieron al comienzo del sendero de otro vecino. No estaban ahí hacía un momento. Conocía esos detalles: los veía a diario, pero eran tan triviales, tan propios de la monótona rutina diaria que nunca les había prestado atención. Solo ahora cobraban importancia, al restaurarse literalmente en un mundo que yo antes creía conocer. ¿Cómo es ese dicho? «Dios está en los detalles». Amén.

Si hubiésemos cogido la moto para ir a casa de George cabía la posibilidad de que nos hubiéramos caído en algún socavón que estaba en la carretera hacía veinte años y que a algún alienígena despistado se le hubiera olvidado arreglar.

Pese a la necesidad perentoria de llegar cuanto antes a casa de George, seguimos

escudriñando nuestro entorno.

—Mira los cables del teléfono.

—Y ese árbol, el abedul blanco. Hace un minuto era la mitad de grande.

—Esas cortinas acaban de cambiar.

Los cambios se sucedían sin parar, casi todos ellos mínimos, pero ocurriendo a la vez a todas las cosas.

—Casi que mola. Esa gente sabe lo que se hace.

—Gee-Gee, ¿tú los has visto? Me refiero a verlos de verdad.

Vaciló, como si sopesara lo que podía decir y lo que no.

—Sí, los he visto. Por eso te saqué del coche y te llevé a casa... ellos me lo dijeron. También me dijeron que mantuviera la boca cerrada si empezabas a hacerme preguntas. Visto lo que pueden hacer, te puedes jugar el culo a que no pienso desobedecerlos.

A medio camino de la casa de George, Miniyo tuvo una nueva revelación.

—Tengo que contarte una cosa. Me parece que no va a hacerte ninguna gracia.

Yo estaba preguntándome qué pasaría si rociaras con macis la cara (¿las caras?) de un alienígena. Un pájaro se cruzó en nuestro camino y desapareció. Pío, pío: adiós.

—La Virgen, ¿has visto ese pájaro?

—Sí. Oye, creo que me he encaprichado de Pauline.

Silencio. Adelante.

—¿Me estás escuchando?

Silencio.

—Venga, hombre, di algo.

Lo apunté con un dedo.

—Cuanto más sabe uno, menos dice.

Silbó.

—Qué chulo. ¿Te lo acabas de inventar?

—No, Gee-Gee, lo he leído. En algún momento de tu vida comprenderás que los libros molan y que ser un macarra no. Aunque te cueste creerlo, algún día cambiarás una cosa por la otra. Te ahorrará un montón de tiempo.

—Di algo más. Otra cita de algo que hayas leído. —Hablaba en serio. Su rostro era una máscara de encandilamiento y cuenta, por favor.

—Esta es otra que viene que ni pintada para la ocasión: «Me voy en busca de un gran quizás». Las últimas palabras de un famoso escritor.

Con las manos en los bolsillos, dio unos cuantos pasos de baile de costado y luego se puso a mi par.

—¿En plan, nadie sabe lo que es la muerte pero yo voy a averiguarlo?

—O me estoy muriendo y lo único que *puedo* hacer es ir a averiguarlo.

—Sí, a eso me refería.

—Ya casi hemos llegado.

—Me cuesta creer que te hicieras amigo de George Dalemwood. Ese tío era raro de cojones.

—Y tú eras un matón sádico bueno para nada. ¿Por qué no me preguntas, Gee-Gee? Soy el futuro de pie a tu lado, pero no me has preguntado cómo es mi vida. ¿Por qué? ¿No te interesa? ¿No sientes curiosidad?

Le tocó a él guardar silencio. Seguimos caminando. En dos ocasiones me miró, pero pasó un buen rato antes de que dijera nada.

—Me contaron una cosa. Dijeron que no debería contártelo porque podría influir en tus acciones. Pero te lo quiero decir.

—Pues dímelo. ¿De qué se trata?

—Me dijeron que cuando esto haya acabado, si sale bien y las cosas vuelven a la normalidad, regresaré a mi época y no sabré nunca que esto ocurrió. Supongo que viviré el resto de mi vida como has hecho tú y terminaré... como tú. —Compuso un rictus de impaciencia e infelicidad.

—¿Y no te gusta?

—¿Quedarme en Crane's View? ¿Casarme con Magda Ostrova? Aspiraba a algo más.

—¿Como hacer un picadero de tu piso de soltero de L. A.? *Hay* más. Primero irás a Vietnam...

Torció el gesto.

—No gracias.

—Calla y escucha cómo será tu vida: sobre todo si luego vas a olvidarlo. Después de Vietnam viajarás por el mundo. Luego irás a una universidad estupenda en Minnesota.

—¡Minnesota! ¿Te has vuelto loco? Pero si allí en invierno están como a mil grados bajo cero.

—Chss. Allí conocerás a tu primera esposa. Es una mujer muy guapa que ganará un montón de dinero en Hollywood como productora. Un buen pedazo de ese pastel irá a parar a tus bolsillos porque se te ocurrirá la idea de un mediocre programa de televisión que tendrá mucho éxito. Probarás la vida de L. A. pero te volverá loco. Cuando te hayas cansado de ella, volverás aquí y serás feliz por primera vez en tu vida. No es un mal currículo. Así que no te preocupes, tienes muchas cosas a las que aspirar, hazme caso.

—¿No es tu perro ese de ahí?

Ver a Vertuoso vivo de nuevo, renqueando calle abajo en dirección a nosotros, no tuvo nada de asombroso. En los últimos días habían pasado cosas más raras. Lo asombroso era el hecho de que el perro era mucho más grande que la última vez que lo había visto. Más grande que *cualquier* vez que lo hubiera visto. Y otra cosa: avanzaba demasiado deprisa. ¿Cómo podía correr tanto con solo tres patas?

—Ese feo chucho no parece amistoso y *no* parece alegrarse de verte, tío Fran.

Joder, creo que nos convendría andar más deprisa.

Vertuoso venía directo hacia nosotros, meneando la cola furiosamente, con la cabeza agachada. Se movía demasiado rápido. Mucho más rápido que hacía un momento. Sin mirar a los lados, Gee-Gee se lanzó a la carretera y la cruzó corriendo. Yo vacilé porque una parte de mí quería acercarse a ese perro. La última vez que lo vi, Floon dijo que Vertuoso era George. ¿Qué era ahora? ¿Por qué era mucho más grande? Empezó a gruñir. Muy alto.

—Quítate de en medio. Va a morderte. —Gee-Gee había tenido la prudencia de encaramarse a la capota de un reluciente Audi TT negro. Me entraron ganas de reír: quienquiera que fuese el dueño de ese cochecito tan mono se iba a cabrear de lo lindo. Pero no me reí porque cuando volví a mirar al perro este había acortado a la mitad la distancia que nos separaba y seguía avanzando como un misil.

Donde fueres haz lo que vieres. Estaba cerca de un viejo autocar Volkswagen. El vehículo, muy alto, sería prácticamente a prueba de Vertuosos si lograba aupar mi culo a su techo. Pero es complicado de narices trepar al techo de un viejo autocar Volkswagen. No hay donde poner los pies, ni asideros a los que agarrarse...

Clock-clock. Ese es el sonido que hicieron las fauces del perro cuando mordieron el aire que nos separaba. ¿No había salvado la vida a ese chucho idiota antes de que se muriera? ¿No lo había procurado un entierro digno en dos ocasiones, aunque luego se resistiera a quedarse enterrado? ¿Qué clase de gratitud era esa? El bicho volvía de entre los muertos (otra vez) e intentaba atacarme. ¡Y cómo saltaba! Mientras me encaramaba al techo del VW, el monstruo cojo saltó hacia mi culo como un jugador profesional de baloncesto en busca de la canasta.

Gee-Gee estaba de pie en el techo de un coche mientras yo estaba en otro. Yo estaba más alto, su vehículo tenía más clase. Prefería la altura. Mientras tanto, el perro me miraba como si yo fuese la pizza con anchoas que acabara de encargarse a Domino's.

Frustrado, levanté las manos.

—¿Y ahora qué hacemos?

Vertuoso gruñó y clock-clockeó un poco más.

—Llamemos a la policía —dijo el listillo desde la capota de su Audi, y soltó una sonora y falsa risotada.

Eso inspiró a Vertuoso, que reanudó sus brincos. Lo peor era que cada vez saltaba más alto.

—Te va a morder, jefe. Menudo ruido hacen sus dientes. ¡Será mejor que se te ocurra algo enseguida!

—¿Como qué?

—¿Por qué no lo matas? ¿Tienes tu pistola?

—No puedes matar a este perro. Ya ha resucitado dos veces desde que nos conocemos. No podía dejar de sonreír.

—A lo mejor a la tercera va la vencida.

—Gee-Gee, échame una mano, ¿quieres? No te pases el día haciendo el capullo. Ayudarme es ayudarte, no lo olvides.

—¿Cómo se llama?

—Vertuoso.

—¿Qué clase de nombre es ese para un perro? ¡Vertuoso! Aquí, chico.

No se movió. Ahora babeaba. Babeaba y clock-clockeaba. Se le veían las encías. Eran de un rosa brillante, como la goma de mascar.

—Tenemos que largarnos de aquí. Tenemos que llegar a la casa de George y ver qué ha sido de él.

—En fin, lástima que no tengamos unos zancos o un globo de aire caliente. — Hizo visera con una mano y fingió escudriñar el horizonte—. Tampoco hay ninguna escalera a la vista y estaría bien que hubiera una cuerda floja o algo, pero nada.

—Gracias por compartir eso conmigo.

—De nada. ¿Sabes lo que es ese perro? Es un pejojo.

—¿Y eso qué es?

—La mayoría de los perros son perros, ¿vale? Nada de especial. Perros, perros. Pero ese, ese es un perro jodido, jodido. Un pejojo.

Clock-clock. Miré a las fauces de chicle de Vertuoso y me fijé en que sus dientes eran pardos como el tabaco. Rosa, pardo y reluciente. Clock-clock.

—¡Eh, tío Fran!

—¿Qué?

—Tengo una idea.

Me enderecé y lo miré.

—¿Sí?

—Salgamos volando.

—Genial. ¿En qué?

—Volando sin más, hombre. El mundo entero se ha vuelto loco, ¿no? Entonces, ¿por qué no íbamos a poder volar? ¿Por qué no saltamos de estas capotas y volamos? ¿Quién dice que no dará resultado si lo intentamos?

—La ley de la gravedad.

—Mira *Zio*, desde que llegué aquí, esta experiencia ha sido como sentarse en la silla eléctrica mientras cinco mil voltios te recorren la cabeza todo el santo día. Todo está frito, pero especialmente nuestros cerebros. Por eso digo que lo intentemos y a ver qué pasa. Hemos visto una y otra vez que nada es imposible. Ahora podemos empezar a aprovecharnos de eso. El mundo que nos rodea se ha vuelto loco: tú y yo estamos aquí, juntos, en la misma época. ¿No es una locura? Hemos viajado en el tiempo, ese perro ha muerto y ha salido de su tumba, los pájaros desaparecen ante nuestros ojos... ¿por qué no íbamos a volar? Que queremos volar, pues lo intentamos. Si no funciona, que no funcione. ¿Por qué no?

Era yo el que hablaba, pero un yo al que no veía desde hacía años. El yo que creía en el por qué no, y no en el ni hablar/imposible/no puedo, punto. Mi yo de mediana

edad anclado en su incredulidad se levantó de la butaca y se dispuso a salir del cine, pero el resto de mi ser le gritó que volviera a sentarse y terminara de ver la película. ¿Por qué no volar? ¿Por qué no?

—Vamos.

Gee-Gee sonrió como una calabaza tallada y dio dos palmadas.

—Excelente. —Sin dudarlo un momento, extendió los brazos como si fuera a zambullirse en el agua. Luego saltó del techo del Audi. Un segundo después chocaba contra el suelo y aullaba de dolor. Vertuoso lo miró primero a él y luego a mí justo cuando yo despegaba los pies de la capota del autocar... y volaba.

¿Podría describiros lo que se siente al volar? Sin duda. ¿Lo haré? Ni en un millón de años. Os diré esto: ¿recordáis el mejor beso que os hayan dado? ¿Cómo de pronto desaparece el sonido, la vida, la materia? ¿Cómo por ese sagrado instante toda vuestra vida pendió de vuestros labios? Eso era parte de lo que sentí en ese primer momento, cuando comprendí que estaba ocurriendo, que era real.

Volé como un astronauta en la luna. El salto desde lo alto del vehículo me impulsó hacia adelante a tres metros por encima del suelo. Empecé a descender lentamente. Al caer, salté con una pierna y volví a elevarme hasta recuperar altura. Flotando suavemente hacia adelante, volando... o algo parecido.

—¡Cabrón, cabrón, estás en el aire! ¡Funciona! Te lo dije. Sabía que funcionaría. ¡Apártate de mí, chucho!

Gee-Gee corría debajo de mí agitando los brazos. Por unos instantes mi sombra pasó sobre él y el suelo, como si yo fuese un avión proyectando su silueta en la tierra. Gritó cuando Vertuoso lo golpeó en la pierna y lo hizo tropezar. Mientras me preparaba para mi primer aterrizaje, a quince metros del autocar, vi cómo el chaval propinaba una patada al perro en la cabeza. Bota de vaquero naranja contra testa de chucho. ¿Resultado? Retirada. Vertuoso se detuvo y zangoloteó la cabeza un par de veces. Lo que me dio tiempo para elevarme de nuevo y a Gee-Gee para empezar a correr.

—Ya lo tienes, tío. ¡Has nacido para volar!

Giré en el aire para mirar a Vertuoso. Ahora mantenía las distancias, pero no estaba dispuesto a renunciar a la persecución. Cuando volví a darme la vuelta, sentí que mi cuerpo empezaba a descender. Pero ya le había cogido el tranquillo y cuando toqué el suelo fue solo eso: un toque. Un empujoncito y volví a salir disparado.

—¡Esto es genial! Estás *volando*.

—Gracias a ti, Gee-Gee. Si no me hubieras dicho que lo intentara, no habría ocurrido.

—Vale, vale, ya lo sé. Qué más da cómo haya ocurrido. El caso es que es genial.

Cierto, ¿pero qué iba a hacer cuando llegara a la casa de George, aparte de aterrizar? Floon estaba allí, George estaba allí, Vertuoso estaba aquí, intentando morderme mientras yo intentaba llegar allí...

Como si me leyera el pensamiento, Gee-Gee preguntó desde el suelo:

—¿Qué vamos a hacer cuando llegemos a casa de Dalemwood?

Antes de que pudiera contestar, vi a una persona haciendo footing por la acera, en dirección a nosotros. Sonreí. ¿Cómo reaccionaría al ver: a un tipo flotando sobre su cabeza como una cometa, a un chico vestido con ropas de hacía treinta años y una mala imitación del peinado de Elvis siguiéndolo, y a un perro con tres patas, un solo ojo y unos dientes que hacían clock-clock? Esto iba a ser desternillante.

Llevaba puesto uno de esos chándales ridículos que ningún corredor profesional se pondría jamás. Era un atasco de colores disonantes, cada uno más feo que el otro porque se llevaban a matar entre sí. ¿Qué tipo de persona compraría un atuendo como ese? Había visto algo parecido hacía poco, pero no caí en la cuenta ni me acordé hasta mucho después. Cuando tuve ocasión de pensar en los detalles.

Me entusiasmaba el que otra persona fuera a vernos a los tres en ese momento. Quería ver cómo reaccionaba ante la absurdidad del cuadro. No presté atención a nada más que al hecho de que un hombre con un chándal se acercaba a nosotros y a lo que pudiera pensar.

Disparó primero al muchacho. El hombre disparó a Gee-Gee.

A tres metros de distancia, metió la mano en un bolsillo rosa y amarillo y sacó una pistola. La vi, lo comprendí, lo registré en mi oxidado cerebro. A tres metros del suelo yo no podía hacer nada. Grité:

—¡Una pistola! Cuidado, tiene una pistola.

Impertérrito, Caz de Floon apuntó a Gee-Gee y le disparó en la garganta, el pecho y el estómago. El muchacho se desplomó, muerto antes de golpear la acera. Luego Floon se volvió hacia Vertuoso y le disparó en la cabeza.

Bang Bang Bang.

## Potaje de ratas

Estoy seguro de que me caí del cielo en cuanto dejó de latir el corazón de Gee-Gee. Porque cuando murió, murieron también el «¿por qué no?» y el renovado sentido de la maravilla que él me había devuelto. No recuerdo haberme caído ni haber golpeado el suelo, tan horrorizado estaba por lo ocurrido.

Con los brazos a los lados, Caz de Floon, con el mismo aspecto con que lo había visto en Viena, contemplaba los dos cadáveres con indiferencia. Me levanté del suelo pero me quedé donde estaba. No sabía qué hacer a continuación. A lo mejor también yo iba a morir.

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho, Floon?

—No me gustaba el futuro que estaba viviendo, Frannie. Quería uno distinto. Había que hacer algunos cambios. —Señaló al perro muerto—. Ahora será diferente.

—¿Cómo has vuelto aquí?

—No lo sé. Intervención divina, *manus e nubibus*. Una mano entre las nubes. Será que alguien poderoso me quiere aquí.

Recordé que Gee-Gee había dicho que Astopel había cometido un error al manipular mi vida: porque de resultas de eso ahora podía ocurrir cualquier cosa. El que Floon estuviera allí con una pistola en la mano era la prueba irrefutable.

—Pero los has matado. ¿Para qué? ¿Sabes quiénes eran?

—Sí, me lo ha explicado George. Te lo acabo de decir, McCabe. Será mejor que tú también te andes con cuidado. A partir de ahora voy a estar tan cerca de ti como la vena de tu cuello. O el ojo en tu cuenca.

—O la mierda que me sale del culo. Baja el arma y ya verás lo *cerca* que podemos estar, Caz. Voy a darte un beso con lengua mientras te saco los sesos. —Un pensamiento nefasto centelleó en mi cabeza—. ¿Dónde está George?

Floon frunció el ceño y pareció sorprenderse.

—En su casa. ¿Dónde iba a estar?

—¿No le has hecho daño?

—No, lo necesito. Os necesito a George y a ti, aunque todavía no sé para qué. Cuando lo sepa, ya veremos. Pero no me sigas ahora porque te dispararé sin pensármelo dos veces. Ya lo sabes.

—Sí, Floon, ya lo sé.

—Tampoco te entristezcas cuando me vaya porque siempre estaré cerca. Vendré a echarte un vistazo de vez en cuando. —Su voz era alegre, toda buena voluntad.

—¿Qué piensas hacer?

—Unos cuantos cambios ahora. Para que cuando sea mayor, otra vez, la vida sea aún mejor que antes.

—Para ti. No para nadie más.

—Claro que para mí, Frannie. Por lo menos soy sincero al respecto.

Repugnado, me di la vuelta y miré a Gee-Gee para confirmar que aquello había

ocurrido realmente. Pero su cuerpo no estaba, y tampoco el del perro.

Floon debió de ver el cambio operado en mi expresión; apuntándome con la pistola, miró por encima de mi hombro y esbozó una sonrisa.

—Ah, qué detalle. Te han ahorrado el problema de tener que explicar dos cadáveres a tus colegas de comisaría.

—¿Quién está haciendo todo esto, Floon? ¿Lo sabes? ¿Has visto a Astopel?

—No. Pero creo que es Dios. Y si lo es, me gusta esta deidad. A lo mejor ha decidido volver a intervenir. ¿No sería interesante eso? Nos vemos. —Dijo adiós con la mano con que empuñaba el arma y se alejó caminando.

Cuando se fue me quedé paralizado, sin la menor idea de qué hacer a continuación. El paso más evidente era ir a casa de George y comprobar si estaba bien. En vez de eso, miré fijamente el sitio en la acera donde se habían quedado tendidos el chaval y el perro la última vez que los vi.

Siempre había pensado en él como el chaval, el grano en el culo o Gee-Gee. Ahora que se había ido recordé, si esa era la palabra correcta, que era yo. Y estaba muerto. Ese yo había desaparecido y estaba seguro de que había más cosas que aún podría haberme enseñado, pero ahora nunca lo haría.

Había vuelto a mi propia época con demasiadas pistas que tragar y nada de tiempo para digerirlas. Supuse que me quedaban pocos días para completar lo que fuera que se suponía que debía completar. No podía volver al futuro en busca de más pistas porque mi frase mágica, «agujeros en la lluvia», no había dado resultado cuando la probé. No podía hacer más preguntas a Gee-Gee ni Astopel. Y la guinda de ese pastel de mierda era el que Floon andaba suelto por el aquí y ahora y sin duda embrollaría aún más las cosas. Solo podía esperar que se mantuviera lejos de mi camino mientras yo intentaba decidir lo que había que hacer.

—Eh, Frannie, ¿por qué te apuntaba ese hombre con una pistola?

Johnny Petangles es un hombre alto y obeso. Se alimenta de dulces y whoppers del Burger King. Hace quince años que presenta el mismo aspecto físico. Hay personas en nuestra ciudad que piensan que es una especie de mono sabio. No os sabría decir. Lo único inusitado que ha hecho Johnny alguna vez para demostrar que es algo más que medianamente retrasado es memorizar décadas de anuncios de televisión; no es un talento que te vaya a conseguir trabajo en la Casa Blanca ni en Microsoft. Le echo un ojo de vez en cuando desde que murió su madre, hace unos años. No es difícil porque lo mismo hacen casi todos los vecinos de Crane's View. Le damos comida cuando la acepta, le hacemos encargos para que pueda pagarse sus hamburguesas y las cintas de vídeo de Arnold Schwarzenegger que le gusta alquilar, y volcamos en él nuestro instinto protector. No será ingeniero aeronáutico, pero es nuestro Johnny y con eso basta. Siempre he procurado ser lo más franco posible con él.

—¿De dónde vienes?

—La señora Darnell me ha hecho tostadas a la plancha para desayunar. Es maja,

¿a que sí?

—Sí que lo es. Ese hombre no, Johnny. Se llama Floon. Si lo ves merodeando por la ciudad no te acerques a él.

—¿No vas a arrestarlo? Te retenía a punta de pistola. —A Johnny le encantaban las frases sacadas de películas, como «retener a alguien a punta de pistola». A veces, cuando veía un vídeo, oía alguna y se afanaba en apuntarla en mayúsculas en una libreta que tenía cerca del televisor.

—A lo mejor luego. Ahora mismo no.

—Vale. ¿Quieres que lo siga? Te podría dar un informe secreto de su paradero.

Mi primer impulso fue decir que nada de eso, pero me contuve. ¿Qué daño podía hacer? Aunque Floon lo descubriera, solo tendría que hablar con Johnny dos minutos para darse cuenta de que a su navaja suiza le faltaban todas las hojas. ¿Quién podría sentirse amenazado por un mongólico obeso que recita eslóganes de Isuzu? Lo que Floon no sabía era que cuando Johnny se empeñaba en algo era más tenaz que una mangosta enfrentada a una cobra. ¿Por qué no dejar que siguiera a Floon?

—Tendrás que andarte con cuidado, Johnny. Si te ve podrías meterte en un buen lío.

Johnny nunca sonríe, pero sí lo hizo entonces.

—Sé esconderme. Solía esconderme de mi madre y ella nunca me pillaba. Me esconderé de él. Ya verás, te apuesto diez millones de millones de dólares a que el tío ese no me ve.

—Pues adelante, Johnny, pero ten cuidado. No hagas ninguna tontería.

—Seré tonto, Frannie, pero no a la hora de esconderme. —Seguía sonriendo cuando se fue.

Habían pasado tantas cosas en las últimas horas que me maravilló llegar a casa de George caminando sobre dos piernas y no a cuatro patas. Sentía el cerebro como si me lo hubiera violado una banda de demonios pasados de ácido y luego lo hubieran tirado a la cuneta. Al llegar a su calle empecé a andar cada vez más deprisa sin darme cuenta. Quería ver a mi amigo George Dalemwood, alguien real, sólido y parte integral de la vida que, hasta hacía unos días, había sido tan ingenuo de no saber apreciar en su justa medida.

Subí los escalones del porche y llamé al timbre. No contestó nadie, pero eso no era de extrañar. Aunque estuviera en casa, George acostumbraba a pasar del teléfono o el timbre cuando sonaban. «Me quieren», solía decir, «pero seguro que yo no los quiero a ellos, da igual quiénes sean». Así que seguía con lo que estuviera haciendo, ajeno a cualquier timbre que lo irritara de fondo.

Antes de volver a intentarlo, retrocedí unos cuantos pasos y volví la vista hacia el tejado. Allí lo había encontrado sentado el otro día, cuando mi mundo era un lugar mucho más simple; un mundo en el que «solo» reaparecían perros muertos y no versiones de mi yo pasado, presente y futuro. Que luego eran acribillados a balazos por industrialistas holandeses del siglo XXI.

Hoy mi amigo no estaba sentado en el tejado, pero mientras miraba hacia arriba oí algo que me tranquilizó. George es un guitarrista excepcional. Con lo original que es eso no debería resultar sorprendente, pero así es. Y conociendo sus gustos tan extraños y conservadores, cualquiera esperaría que tocara solo música clásica, pero no es así. Lo mismo toca Mozart o los Beatles que imita estupendamente a Michael Hedges o a Manitas de Plata. Dedicaba al menos dos horas diarias a ensayar con la guitarra más bonita que he visto en mi vida. Adoraría ese instrumento aunque solo fuera por su nombre: un modelo muy raro llamado «Puerta de Iglesia». Cuando le pregunté a George cuánto costaba, tragó saliva y respondió con evasivas. Solo me dijo que eran «cinco cifras». Las vale. Trata esa caja de madera como si le estuviera haciendo el amor, y puede que así sea.

Plantado con un pie en uno de los escalones del porche, le oí tocar el vals «Bethena» de Scott Joplin, sombrío pero hermoso, una de sus piezas favoritas. Aliviado, solté el aire entre los labios haciendo una muda pedorreta. Escuchar aquella música me indicaba que estaba bien. George tocaba según qué obras dependiendo de su estado de ánimo. Sabía que reservaba «Bethena» para cuando se atascaba en su trabajo y pensaba en la manera de salir adelante. Por lo general esa melodía te indicaba que te mantuvieras al margen si pasabas por allí; George no era una compañía agradable cuando le estaba dando vueltas a la cabeza. Pero hoy tendría que soltar su puerta de iglesia y escucharme.

La música emanaba de la parte posterior de la casa. Di un rodeo. George estaba sentado en el suelo, en medio de su jardín, con la guitarra apoyada en las rodillas. Una barrita de Mars yacía sin abrir en el suelo. La música inundaba el aire. Chuck, el perro salchicha, estaba sentado cerca de su amo, observándolo fijamente como el perro a la vieja Victrola en las etiquetas de RCA.

—¿George?

Me miró y sonrió. El perro vino corriendo a saludarme. Me agaché y lo levanté en volandas. Me atacó el rostro con rápidos y cálidos lametones.

—Me alegro de volver a verte, Chucky.

George me oyó y ensanchó su sonrisa.

—¿Has visto a Caz de Floon? ¿Te ha encontrado?

—Sí, Caz me ha encontrado. —Me acerqué con el perro en brazos. Era un amasijo imparable de contoneos y besos. George tocó dos acordes —un punto y final — y se detuvo.

—¿Cuándo reapareció Chuck?

—Lo trajo Caz. Han pasado tantas cosas, Frannie.

—Lo sé.

—¿Has hablado con Floon?

—Y tanto que sí.

—¿Qué opinión te merece? —Esa pregunta era increíble. George nunca, jamás, te preguntaba qué pensabas de la gente porque le importaba un bledo. La gente y lo que

tú pensaras de ella. Por norma, el interés que sentía George Dalemwood por la humanidad equivalía al interés medio de las personas por el feldespató.

Me senté cerca de él y dejé a Chuck en el suelo. El perro se arrimó a George, se acurrucó confiado a su vera y cerró los ojos.

—¿Que qué opinión me merece Floon? Ya lo conocía.

George abrió la barrita de chocolate.

—Yo también.

Eso me hizo dar un respingo.

—¿Ya conocías a Floon?

—Eso dijo él. —Mordió el dulce. Un fino hilo de caramelo tostado se combó y enroscó en su pulgar. Lo chupó—. Dijo que nos conocimos cuando él rondaba los treinta años.

—¿Por qué?

—Se supone que me contrató para redactar las instrucciones de algo que había inventado.

Una ráfaga de viento cálido atrapó el envoltorio rojo y marrón de la barrita y se lo llevó por los aires. Lo cogí al vuelo.

—¿Te acuerdas de él?

—Tienes las manos más rápidas que he visto en mi vida, Frannie. Te lo digo en serio, debería tocar algún instrumento.

—¿Es cierto que te contrató, George?

—No, no lo había visto nunca. Y aunque sé que mi memoria es perfecta, he comprobado los archivos para cerciorarme. No he trabajado nunca para alguien llamado Floon.

—Así que miente.

—Él piensa que no. Además, sabía exactamente quién era yo y conocía aspectos concretos de mi vida. Citó ejemplos antiguos y recónditos de mi trabajo.

—Eso podría haberlo averiguado en cualquier parte.

—Ya, pero el alcance de sus conocimientos era impresionante. Tendría que haber hecho un montón de deberes para descubrir lo que sabía. ¿Quieres un poco de Mars?

—No. Así que va Floon y aparece en tu puerta con Chuck. Te dice quién es y que en cierta ocasión trabajaste para él. ¿Sabías que llevaba una pistola encima?

—Todo el mundo lleva armas encima hoy en día, Frannie. Tú mismo lo has dicho. Por eso me diste una. —Ofreció un trozo de chocolate al perro, que la olisqueó pero lo rechazó. George se encogió de hombros y se metió el mismo trozo en la boca.

—Tengo que contarte lo que me está pasando. Hará que veas las cosas de otro modo.

—Es posible, aunque Floon ya me ha contado un montón.

Eso me cabreó y se reflejó en mi voz.

—Floon no soy yo, George. Él no ha estado donde he estado yo. ¿Qué te dijo?

Pasamos la siguiente media hora intercambiando información. Para mi enorme

sorpresa y desmayo, todo lo que le había contado Floon a George era verdad, hasta el último detalle. Sin exagerar, sin enturbiar los pormenores de la historia a fin de salir él airoso. Había contestado a todas las preguntas de George y luego —atención— empezaron a debatir sobre lo que me estaba ocurriendo y por qué.

—¡Esta sí que es buena! ¿Los dos os pusisteis a comparar apuntes sobre mí?

—Sí.

—George, Floon es el puto Ciudadano Kane con pistola. Acaba de asesinar a Gee-Gee y a Vertuoso. ¿Vas a dar su opinión por válida?

—Yo no he dicho eso, Frannie. He dicho que hablamos de ti.

Hecho un basilisco, empecé a arrancar inocentes puñados de hierba y a tirárselos al no menos inocente Chuck. Pesaban demasiado poco para alcanzar al perro, pero este se despertó y no me quitó ojo de todos modos.

—Ya, vale, dime, ¿qué habéis decidido, *pronosticadores*?

Sonó el teléfono en el interior de su casa. Cosa sospechosa en él, George se levantó y fue a cogerlo. Eso no era propio de él y me dio la sensación de que lo hacía solo para ganar tiempo. Al poco rato volvió corriendo, con los brazos extendidos, sosteniendo el inalámbrico delante de sí.

—Frannie, es Pauline. Magda se acaba de desmayar. Está inconsciente.

En los minutos que tardó George en llevarme a casa, la ambulancia que yo había llamado desde su teléfono aparecía ya en la otra punta de nuestra calle, con la sirena encendida. Cuando ambos vehículos aparcaron delante de mi hogar, me vino a la cabeza la palabra «oxímoron». Porque eso era precisamente esta situación: un oxímoron. Saber lo que le ocurría a mi esposa aun antes de que ningún médico le tomara el pulso suponía una ventaja inestimable, aunque lo irónico era que también sabía que su situación era desesperada. Tómese su tiempo, doctor. Porque da igual lo que haga, será inútil: morirá dentro de un año por culpa de un gordo y jugoso tumor cerebral. No se lo había contado a George. Solo le dije que de viejo, en Viena, estaba casado con Susan Ginnetty. Como cabía esperar en Dalemwood, se interrumpió, dio otro bocado a su barrita de chocolate y dijo, circunspecto: «Interesante».

Los cuatro entramos corriendo en la casa. Cuando oyó el portazo, Pauline nos llamó desde la cocina. Magda estaba tirada en el suelo, junto a la mesa. Pauline le había puesto un cojín del sofá debajo de la cabeza y le había estirado brazos y piernas para que pareciera que se había echado plácidamente, aunque también le confería todo el aspecto de un cadáver. Comprobé de inmediato que no hubiera señales de «postración», cuando las extremidades se tuercen hacia dentro como si los músculos hubiesen encogido sobre los huesos, uno de los peores indicios de tumor cerebral.

Los paramédicos se arrodillaron y acometieron su macabra tarea. Yo había sido médico en Vietnam y sabía lo que estaban haciendo. Eso no contribuía a que verlos me resultara más fácil. Me daban ganas de decir cosas como «Comprobad el signo de Babinsky» y «¿Hay descerebración?» pero no lo hice porque lo que menos necesitaban era a alguien que interfiriera con el estricto procedimiento protocolario.

De todos modos, presté suma atención a lo que hacían.

Con una mano en la boca, Pauline utilizó la otra para indicarme que me acercara. George reparó en su gesto y se situó detrás de los paramédicos, tan lejos de nosotros como le era posible.

—¿Qué ha ocurrido, Pauline?

—Estábamos hablando y, nada, sus ojos, de repente, como si se le pusieran en blanco. Luego se cayó de la silla. Como si me estuviera gastando una broma de mal gusto. Hace un par de semanas que mamá sufre fuertes dolores de cabeza. No te ha dicho nada porque no quería que te preocuparas.

Seguro que la sorprendió mi reacción. Probablemente esperaba que me subiera por las paredes porque nadie me había informado de esos dolores de cabeza, pero me limité a clavar la vista en mis zapatos y a asentir.

—No me he dado cuenta pero, ¿se ha estado portando de forma extraña últimamente? ¿Como si dijéramos huraña o irracional de repente, sin venir a cuento?

Uno de los paramédicos levantó un párpado a Magda y alumbró su ojo con una pequeña linterna de luz amarilla. Dijo:

—No hay signos de postración, pero la respuesta de la pupila es errática.

No podía morderme la lengua por más tiempo. No tenía sentido.

—Busque indicios de tumor cerebral. —Los dos hombres me miraron—. Últimamente sufría visión borrosa y fuertes jaquecas.

—A mí no me mencionó nada de visión borrosa, Frannie.

Apreté el brazo de Pauline para indicarle que guardara silencio.

—¿Conoce los síntomas, jefe McCabe?

—Fui médico en el frente. Haga la prueba del pinchazo. Compruebe su respuesta al dolor.

Uno de los muchachos miró a su compañero.

—Dios, es mi primer caso de tumor cerebral.

Pauline se acercó. Olí su aliento cuando habló.

—Frannie, ¿de verdad crees que mamá tiene un tumor cerebral?

¿Mentir a la niña? ¿Decirle la verdad?

—No lo sé, tesoro. Pero quiero que tengan en cuenta esa posibilidad. Esperemos y oigamos lo que tienen que decir estos señores. Todas las precauciones son pocas en casos así. Que lo comprueben todo. —Moví a Pauline hasta colocarla delante de mí. Me abracé a ella y la apreté como si me fuese la vida en ello. Se quedó envarada y temblorosa. Me sentía tan impotente, la compadecía tanto. No quería saber lo que sabía sobre el estado de su madre.

—Mamá —hipó—. Oh, mamá.

Por primera vez en mi vida, mi corazón empezó a latir de forma errática. Era una sensación de lo más espantosa. Parecía que de pronto me trepara por el pecho hasta presionar el fondo de mi garganta. Luego empezó a martillar con fuerza y sin ritmo. Sentía las mejillas encendidas. Me toqué una y sentí los dedos helados contra ella. Mi

corazón seguía latiendo hasta la cúspide de mi pecho. Aceleraba, aceleraba y aceleraba, se paró, aceleró un par de latidos, se paró... El ritmo normal era cosa del pasado, ahora iba por libre, chocaba con las paredes de mi torso como un coche que intentara aparcar a toda velocidad.

Sin soltar a Pauline, bajé la mano de mi mejilla hasta mi costado izquierdo. Pensé que podía sentir cómo aporreaba mi corazón allí dentro. Era extraño, fascinante y terrible.

—Frannie, ¿te encuentras bien? —George velaba por mí.

—Sí, me ha dado una especie de arritmia. Normal, con el estrés.

—¿Qué es eso, Frannie? ¿Qué te pasa? —La voz de Pauline sonaba asustada. ¿Iba a desmayarme también yo?

—Significa que me late deprisa el corazón. Solo eso. No te preocupes.

—¿Quiere que le eche un vistazo? —preguntó uno de los hombres, con el manguito de la tensión arterial en la mano. Negué con la cabeza.

Colocaron a Magda en una camilla y le acoplaron un gota a gota. Pauline no dejaba de preguntar qué hacían a cada paso que daban y se merecía saberlo. Describí el procedimiento minuciosamente, con voz serena y confiada en todo momento. Eso pareció que dio resultado porque se le relajaron los hombros y, al cabo, dejó de chuparse los labios cada pocos segundos.

—Aquí ya hemos terminado. ¿Quieren acompañarnos al hospital?

—Pauline, ¿quieres ir con tu madre? George puede llevarme en su coche. — Pensé que necesitaba unos minutos a solas con George para hablar de las cosas. El tiempo suficiente para ir de nuestra casa al hospital de Crane's View.

Su cuerpo volvió a agarrotarse de inmediato.

—¡No! No pienso ir en la ambulancia. No quiero, Frannie. Por favor, deja que vaya con George. ¡Por favor!

Su brusca e inesperada histeria nos pilló a todos por sorpresa. Infringiendo las normas de la diplomacia, la agarré firmemente por los hombros y le di una sacudida.

—¡Para! No pasa nada, cielo, no pasa nada. No tienes por qué ir en la ambulancia. Vete con George y yo iré con mamá al hospital. Pero tranquilízate, ¿vale? Todo saldrá bien.

Mientras yo hablaba ella miraba al suelo, asintiendo sin parar como si le hubieran cambiado el cuello por un muelle.

—Bueno. Vale. Iré justo detrás de vosotros. Pero, ¿Frannie? ¿Debería pedirles a los médicos que me miren el tatuaje cuando llegue allí? ¿Crees que sabrán decirme por qué ha desaparecido mi tatuaje?

¿De qué demonios estaba hablando? Cuando por fin caí en la cuenta, tuve que entornar los párpados para concentrarme en lo que le había ocurrido esa misma mañana.

—Eh, no. Lo dejaremos para otra ocasión. Ahora tenemos que cuidar de Magda.

—Vale. Pero, Frannie, ¿irá Gee-Gee al hospital?

Magda recuperó el conocimiento durante el trayecto en la ambulancia. Yo estaba hablando con uno de los paramédicos que, al parecer, había acudido al instituto el otro día para recoger el cadáver de Antonya Corando. No lo había reconocido.

—¿Frannie? —La voz de mi esposa sonaba muy suave y sexy. Sonaba, perversamente, como si me estuviera invitando a acostarme con ella. Quizá dijera mi nombre más de una vez, pero hablaba tan bajo que podía haberlo pasado por alto.

—Magda, ¿cómo estás? ¿Cómo te sientes? ¿Estás un poco mareada? —Le toqué la sien y se la acaricié. Su cara estaba fría en algunos sitios, caliente en otros.

Parpadeó unas cuantas veces, sin quitarme su vidriosa mirada de encima. Abrió la boca un momento, pero no dijo nada. Tenía la lengua gris y arrugada. Movié la cabeza lentamente de un lado a otro, mirando a su alrededor con aturdimiento, intentando dilucidar dónde se encontraba.

—Te has desmayado, Mag. Estamos en una ambulancia, camino del hospital, porque quiero que te hagan un chequeo. He avisado al doctor Zakrides y nos estará esperando cuando lleguemos.

Me tocó delicadamente el dorso de la mano con un dedo. Me dio una caricia y se quedó sin fuerzas. Dijo algo que no pude oír. Me acerqué. De no sé qué reservas de energía, extrajo la suficiente para repetir:

—Toc-toc. —Inhalé una rápida bocanada. Era nuestra contraseña y broma privada. Si alguno de los dos se sentía sensual y quería hacer el amor, se arrimaba al otro y decía eso: «Toc-toc». No tanto para indicar que se llamaba a la «puerta», sino más bien como empiezan tantos chistes infantiles absurdos. No sé de dónde salía ni recordaba cuál de los dos había sido el primero en utilizarlo en ese contexto. Pero *solo* nos decíamos esa frase por ese motivo.

Escuchar esas maravillosas palabras en ese lugar y en esas circunstancias era espantoso. Pero también qué asombroso era que eligiera decirme eso ahora, cuando el miedo atenazaría a la mayoría de la gente. Todas las parejas poseen un vocabulario íntimo y secreto que solo ellas emplean o entienden. Hasta ese momento, «toc-toc» había sido la contraseña lasciva que solo significaba una cosa para nosotros y era por tanto irresistible. Mi corazón se desbocó de nuevo en mi pecho. Mi mujer se estaba muriendo.

Se crispó la comisura de la boca de Magda. Al verla, temí que estuviera a punto de sufrir un espasmo, un efecto secundario común de los tumores cerebrales. Pero aún peor, ese tic se trocó en sonrisa. ¿Cómo lo hacía? Estaba exhausta, pero sonreía. Cuando intentó decir algo más, se quedó sin fuerzas. Solo podía articular los labios, pero con eso bastaba. Muy despacio, dijo: «Me gustas». Otra frase fundamental de nuestra historia compartida; el resultado de una antigua herida que había cicatrizado en forma de broma, más tarde en felicidad y por fin en un recuerdo inolvidable para ambos.

Una década antes de nuestro matrimonio, Magda y yo tuvimos una tremenda

aventura. Pero se malogró y los dos sufrimos mucho y durante mucho tiempo a causa de ello. Fue todo por mi culpa. Milagrosamente, años después, Magda supo perdonarme aquella gran cagada y me dio otra oportunidad. Así y todo, los dos conservábamos feas cicatrices en el alma a causa de lo ocurrido. Por eso, cuando empezamos a salir de nuevo, nos comportábamos como dos perros que se ven por vez primera: nos acercábamos despacio, con la espalda tiesa, la cola levantada, caminando en círculos. Aunque sabíamos que el destino nos deparaba algo grande, ninguno se atrevía a formular la palabra o frase mágica que sellara el pacto. Esto se prolongó una temporada. Por fin, tras una velada particularmente agradable, hice acopio de todo mi coraje. La miré a los ojos y le dije: «Me gustas». Claro está que quería decir algo más serio, pero me preocupaba que saliera corriendo si le decía te amo o te quiero o eres la única para mí. En vez de eso, sonrió como quien acaba de volver a casa y dijo:

—Ojalá estuviéramos en un dormitorio.

Le devolví la sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque allí podría desvestirme para ti. No, desnudarme. No, desvestirme. Bueno, las dos cosas, y entonces podrías escoger.

Naturalmente, esos «Me gustas» y «desvestida, no, desnuda» se convirtieron en miembros honorarios de nuestra relación. Los dos fueron empleados con frecuencia como palabras de consuelo, recordatorios y alternativas infalibles a «Te amo».

—No sigas hablando, Mag. Guarda tus fuerzas.

¿Qué fuerzas? Ni en su expresión ni en la rota mentira que era su cuerpo había nada que le quedara dentro algo más fuerte que la luz de una luciérnaga. Lo que fuera que poseía ahora a Magda se había hecho dueño de la situación y estaba claro que no era su amigo. Cerró los ojos y le cogí la mano. Me dio un débil apretón y se detuvo.

Cerré los ojos a mi vez y conjuré la imagen a la que recurría siempre en situaciones de este tipo: un primer plano de un dedo que marcaba un número en uno de esos antiguos teléfonos negros de los cuarenta. Mete el dedo en un agujero, gira la rueda, repite, marca lentamente el número dígito a dígito. Suena al otro lado. Dos, tres veces, a veces cuatro, pero al final siempre lo cogen. Una voz masculina cualquiera responde tranquilamente: «¿Diga?» Lo tengo, es Dios. Siempre contesta al teléfono y me escucha. Eso no significa que vaya a hacer lo que le pida. Solo escucha, ese es nuestro acuerdo.

Esta vez dije sin palabras, por favor, no metas a Magda en esto. Si es su destino morir así, vale. Pero si es por algo que he hecho yo, rómpeme a *mí* la crisma. Rómpeme lo que quieras, pero a ella déjala en paz, por favor. Nada más. Le di las gracias y la mano en mi imagen mental colgó el teléfono. Sin plegarias ni elaboraciones porque Él ya sabe de lo que estoy hablando. Además, tiene muchas llamadas que atender.

—De acuerdo.

Tenía los ojos cerrados, pero di un respingo al oír la voz. La mano inerte de Magda descansaba en la mía. Dios acababa de decir que de acuerdo. Abrí los ojos y vi al paramédico justo enfrente de mí. Sonrió y habló de nuevo con esa voz inconfundible.

—De acuerdo, señor McCabe. Podemos salvar a su esposa.

Los ojos de Magda seguían cerrados. Su expresión era serena. Sabía que daba igual dónde «estuviera», ahora no podría escucharnos.

—Podemos hacer lo que nos pide, señor. Pero usted tendrá que hacer algo por nosotros.

—¿Sois Dios? —pregunté tímidamente.

Su sonrisa cobró calidez.

—No, pero somos más poderosos que los seres humanos. Podemos facilitar la ocurrencia de ciertas cosas que están por encima de vuestras posibilidades. —Tenía un rostro grande: ojos grandes, nariz grande, dientes del color de una pipa de espuma de mar amarillenta. En conjunto, su cara no tenía nada de peculiar. No llamaba la atención ni invitaba a recordarla. Puede que ese fuera el quid de la cuestión.

»Un pequeño grupo de nosotros, Astopel incluido, vinimos a la Tierra...

—¿Así que *sois* alienígenas? ¡Gee-Gee tenía razón!

—Sí. —No dejaba de sonreír. Ahora parecía que intentara alentarme, como el maestro satisfecho con el alumno que acierta una pregunta difícil.

—¿En la Tierra hay alienígenas que parecen personas? ¡Esto es una puñetera película de los cincuenta! ¿Por qué no estamos en blanco y negro? ¡La Invasión de los Ultracuerpos es una realidad!

Estaba armando demasiado escándalo. Se llevó un dedo a los labios para chistarme.

—Si vieran nuestro aspecto real, se alarmarían. No hemos venido para provocar alteraciones. Eso ha sido obra de Astopel, y la razón de que le sucedan tantas cosas extrañas. —Metió una mano en el bolsillo de su pechera y extrajo un envoltorio de chicle blanco y azul. La marca aparecía escrita en caracteres cirílicos. La tarjeta de identidad de plástico negro que llevaba sujeta en ese mismo bolsillo decía que se llamaba Barry. Barry el alienígena.

—¿Cuánto hace que estáis por aquí, eh, Barry?

—Poco más de un mes. ¿Le apetece un chicle ruso? Están muy buenos.

—No, gracias. ¿Por qué habéis venido?

Se inclinó hacia delante para hablar con el conductor.

—Nate, para el auto. Tenemos un rato antes de llegar al hospital.

—¿Y mi esposa?

—No le pasará nada hasta que llegemos allí. No se preocupe. Lo tenemos todo bajo control, señor McCabe. Bueno, por lo menos esta parte. Por favor, confíe en mí.

¿Qué otra cosa podía hacer? Más importante todavía, ¿qué partes *no* tenían bajo control?

La ambulancia frenó y dio un brusco giro a la derecha. Me asomé a la ventanilla y vi que estábamos en el aparcamiento de Grand Union Market. Irónico, porque allí era donde habían encontrado a Vertuoso aquel primer día.

—¿Hemos parado aquí a propósito? ¿Es una especie de gesto simbólico?

Barry el Sonrisas perdió la sonrisa y, desconcertado, dijo que no; nos hacía falta un lugar donde hablar, sencillamente, y ese era conveniente. No lo creí. Abrió la puerta corredera y me indicó que me apeara. Tras echar un vistazo a Magda, lo hice. El aparcamiento estaba casi vacío, pero el calor acumulado durante el día empezaba a elevarse del pavimento agujereado y agrietado. Una solitaria gaviota blanca planeaba sobre nuestras cabezas. Vio algo en el suelo y descendió. Resultó que el objeto que había suscitado el interés del ave era el cadáver despachurrado de un ratón. Empezó a picotear lo que quedaba del pegote aplastado.

Barry se fijó en la escena y dijo:

—De donde venimos nosotros no hay animales. Son unos seres extraordinarios. Son ustedes afortunados al tenerlos. Es lo que más me gusta de la Tierra, los animales.

—¿Cuál es su preferido?

La gaviota remontó el vuelo con el cadáver despachurrado en el pico. Aterrizó en lo alto de una farola y miró a su alrededor como si no supiera cómo había llegado hasta allí.

Barry soltó una risita, con la cabeza muy echada hacia atrás para observar al ave.

—Esa es una pregunta curiosa. A bote pronto debería decir que el pájaro Dodo o el estegosaurio, aunque no es que se pueda llamar animal a eso, ¿verdad?

—No, la mayoría de la gente lo llamaría dinosaurio. Y el Dodo se extinguió. — Esperé una respuesta, pero siguió mirando hacia arriba.

La gaviota despegó lánguidamente de su asidero y se alejó volando con su macabro trofeo aún en el pico.

—Sí, las dos criaturas se extinguieron.

—Pero tú las has *visto* con vida en el tiempo que llevas aquí, ¿verdad, Barry? ¿O acaso me equivoco?

Mi Marciano Favorito meneó la cabeza.

—No, no se equivoca. Lo primero que hicimos nada más llegar aquí fue repasar la historia de la humanidad. Visitamos todas las épocas del pasado de la Tierra para familiarizarnos con el origen del hombre.

—Hmm —De pie en el aparcamiento de Grand Union, escuchando a un hombre del espacio exterior que decía haber visitado fugazmente el Período Jurásico para ver dinosaurios vivos en una excursión con su clase de Humanidad 101. ¿Qué más podía decir aparte de «hmm»?

—Supongo que resulta difícil de creer. ¿Le gustaría tener alguna prueba, señor McCabe?

—Barry, me lees el pensamiento.

—Me parece justo. ¿Qué quiere que le muestre? ¿Qué le gustaría ver? ¿Un estegosaurio?

—No, destrozaría la calzada y tendría que arrestaros a los dos por escándalo público. Pero, ¿lo dices en serio? ¿Puedes conjurar lo que me apetezca ver?

—Sí, siempre y cuando exista o haya existido alguna vez. Nada más. Como dije antes, aquí tenemos nuestras limitaciones.

—Sé exactamente lo que quiero ver.

—En serio, no me cuesta nada traer un estegosaurio...

—Olvídalo, Barry. ¿Quieres demostrar quién eres? Te diré qué quiero ver.

Cuando se lo hube dicho, sus hombros se hundieron como si estuviera protestando en silencio; «¿eso es todo?» Pero volvió a enderezarlos y dijo que vale, que lo siguiera. Empezó a cruzar el aparcamiento en dirección a la plaza.

—¿Y Magda estará bien?

—Confíe en mí.

—No deja de decir eso. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Dentro de cinco minutos sabrá por qué. Confíe durante cinco minutos en que nada va a ocurrirle a su esposa. —Su cara grande y franca era una de esas que te inspiraba confianza de inmediato. Era perfecta para el trabajo que le habían encargado. Veías a ese tipo y pensabas, estoy en buenas manos. A lo mejor tengo problemas, vale, pero aquí hay un hombre que parece capaz de ayudarme. Confiaré en él.

Lástima que resultara ser un alienígena.

Se detuvo, se giró y me miró de frente.

La paranoia me cayó encima como un vaso de agua helada en el rostro.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Algo... —Se tocó la barbilla con tres dedos y empezó a frotársela como si quisiera comprobar la calidad de su rasurado—. En la ciudad acaba de ocurrir algo importante. No sé el qué, pero algo importante. Lo he sentido ahora mismo. Es muy fuerte. Afectará a las cosas.

—¿Qué?

Levantó una mano con la palma hacia arriba.

—No sé el *qué*, pero algo... algo muy concreto ha sucedido en su ciudad y afectará a las cosas.

—Eso no es de gran ayuda, Barry. Si has viajado desde tu planeta hasta aquí y puedes alterar el tiempo, conjurar dinosaurios, devolver la vida a los muertos, ¿cómo es que no puedes...? Por cierto, ¿de *dónde* eres?

—Lo mejor sería expresarlo matemáticamente, pero como ese no es tu fuerte, lo diré fonéticamente: Potayo-Dehratz.

—¿Potaje de Ratas? —Se me escapó la risa antes de que mi cabeza pudiera pensar. Solté una carcajada parecida al grito de algún extraño animal selvático: Iii-Iii-Iii-Jau-jau-jau—. ¿Vienes de *Potaje de Ratas*? —No podía parar de reír. El nombre

me parecía tan ridículo, era como el título de algún programa de televisión infantil. Además, hay traspasado no sé qué punto de ruptura; después de todo lo que había ocurrido, por fin sentía como si mi cerebro se estuviera fundiendo como cera caliente.

Mientras me carcajeaba, Barry levantó un pulgar y empezó a escribir minuciosamente con él en el aire. Conforme movía el dedo, dos palabras en gruesos caracteres blancos aparecieron entre nosotros y se quedaron flotando allí sin moverse: POTAYO-DEHRATZ.

—¿Dónde está eso?

—Visto desde la Tierra, detrás de la Nebulosa del Cangrejo.

—Ah. Así que las ratas van detrás del cangrejo. Lógico. —Señalé las lunáticas palabras que flotaban en el aire, tan nítidas como si estuvieran escritas con fuego—. En cualquier otro momento, ver algo así me impresionaría que te cagas, Barry. Pero, ¿sabes lo que siento ahora mismo? Cansancio. Nada más, solo puto cansancio. Vayamos a ver si dices la verdad. —Ahora fui yo el que empezó a caminar a la plaza, aunque no sabía si ese era nuestro destino.

Vaciló. Alargó el brazo hacia las palabras blancas, las desprendió del aire y se las guardó en un bolsillo.

—No estaría bien que las vieran ahí colgadas. A saber qué iba a pensar la gente.

—Qué más da. ¿Vamos a la plaza?

—Sí. Eso es lo que quería enseñarte.

Mucho antes de llegar allí ya sabía que todo era cierto.

Sabía que Barry era real. Sabía que lo que estaba a punto de ver era imposible, pero que de todos modos estaba a punto de verlo. Ya podía oírlo. Y lo que oía, la mitad del mundo occidental mataría por oírlo también.

Me detuve y miré al hombre del espacio, pero este siguió caminando. Sin volver la cabeza, dijo:

—Venga, lo oirás mejor en el interior.

Abrió la puerta de la plaza. Al instante la música ganó volumen y a punto estuve de desmayarme. No me lo podía creer. Se sabe enseguida cuándo es música en directo y cuándo suena en la radio o en play back. La crudeza descarnada, la rabiosa energía de la guitarra, la retroacción que atruena en tus oídos, la batería que se impone a todo lo demás. Eso era música en directo y eran ellos porque ahora podía verlos. Dios santo, eran *ellos*.

Había estado en la plaza más de mil veces, pero nunca había ofrecido ese aspecto. Donde solían ponerse los puestos de comida se erigía ahora un escenario, en medio del mercado. Pero no era nada profesional; a ver si me explico. No era nada rutilante, ni caro ni apropiado en modo alguno para los que estaban encima de ese escenario, tocando solo para Barry y para mí.

Vieron cómo nos acercábamos a ellos, pero ninguno de ellos reaccionó con nada más que un encogimiento de hombros o un cabeceo a modo de saludo. Su indiferencia indicaba que no estábamos interrumpiendo porque estaban

acostumbrados a tener público.

John Lennon estaba sentado al borde del pequeño escenario con un cigarrillo en la comisura de la boca y una guitarra Rickenbaker en las manos. Aparentaba veinticinco años, tal vez treinta: él y todos. Paul estaba de pie al otro lado del escenario, cerca de George. Los dos se movían adelante y atrás, haciendo el payaso. Paul cantaba una versión horrenda de «I feel fine». Al fondo del escenario, Ringo tocaba la batería con los ojos cerrados. «I feel fine» mal tocada por los Beatles. Mal o no, eran *ellos* y su sonido era jodidamente inconfundible.

Eso era lo que le había pedido a Barry que me enseñara y ahí lo tenía, un cuarto de siglo después de la disolución de la banda, veinte años después del asesinato de Lennon. Un millón de razones me impulsaban a alargar la mano y tocar el brazo de Lennon —solo eso— pero me contuve. Debió de percibir mi ansiedad y mi asombro, empero, porque de pronto levantó la cabeza y agitó las cejas en mi dirección. Era la misma expresión que había empleado en una famosa entrevista para la televisión, realizada después de la separación del grupo. Tenía esa entrevista grabada en mi casa. Poseía un montón de recuerdos de los Beatles porque nadie, nadie, les había llegado nunca a la suela de los zapatos.

Los Beatles, muertos y vivos, juntos de nuevo en la plaza del mercado de Crane's View. Cortesía del Potaje de Ratas, ese planeta tan cuco que hay detrás de la Nebulosa del Cangrejo.

Al terminar su canción, los Cuatro Fantásticos empezaron a tocar el «She's not there» de los Zombies, otra de mis bandas favoritas de todos los tiempos. Esa canción pertenecía al Salón Musical de la Fama de McCabe. Pero, ¿por qué estaban tocando los Beatles una versión de *esta* precisamente? Ninguno dijo nada, simplemente cambiaron una melodía por otra. Suspiré como un chaval que acaba de enamorarse. Ni siquiera me hacía falta morir para saber que eso era el Paraíso.

Cuando llegaron a mi parte preferida de esa sobrecogedora canción, Barry se me acercó y preguntó:

—¿Quiere que hablemos ahora o esperamos a que dejen de tocar?

—Ahora. Si me quedo un rato más no me iré nunca.

—Vale, salgamos. Seguirán tocando mientras estemos aquí.

¿Los Beatles tocaban solo para nosotros?

—¿Es eso cierto? —gemí.

—Sí. Son lo que usted quería, señor McCabe, mientras esté aquí seguirán tocando sus canciones favoritas.

«Help!» Me inundó la cabeza un torrente de canciones que adoraba: «For no one», «Concrete and clay», «Walk away Renee»... Habrían tocado esas también, supongo. Lo dicho: el Paraíso.

—Venga, salgamos de aquí. —Camino de la salida no me atreví a mirar por encima del hombro. Pero por primera vez en mi vida comprendí por qué la esposa de Lot no había sido tan estúpida, al fin y al cabo.

En el aparcamiento, bajo el sol aplastante y en medio del calor, se restauró la calma. La música desapareció y supe que eso significaba que también *ellos* se habían ido. Si volviéramos a entrar en la plaza solo vería un mercado, latas de sopa Campbell y piernas de cordero congeladas de vuelta en su sitio, reemplazando a mi sueño hecho realidad por un fugaz instante.

Habían aparecido dos sillas de jardín feísimas en medio del aparcamiento. Encima de ellas había grandes tazas de styrofoam. En algún lugar de las proximidades, alguien cortaba leña con una sierra mecánica. El sonido y el olor llenaban el aire. Un perro ladraba desgañitándose —guau-guau-guau— como si no estuviese en sus cabales. Entró un coche en el aparcamiento. Alguien silbaba fuerte y alto. Una voz femenina dijo hola. El día había abierto los ojos y bajaba a desayunar.

Las tazas de styrofoam estaban repletas de café, con el punto justo de azúcar y caliente a más no poder: como a mí me gustaba. No me sorprendía nada. Barry estaba resultando ser el perfecto anfitrión. Sentado al filo de la cutre silla metálica, contemplé la ambulancia al otro lado del aparcamiento. Por un momento mi corazón se dedicó a ensayar sus sincopados pasos de baile de nuevo. Soplé en la taza humeante y probé unos sorbitos rápidos y cautelosos.

—De acuerdo, es hora de contar historias. Dime qué está pasando.

—No es usted una persona muy religiosa, ¿verdad, señor McCabe?

—No, pero creo que Él está ahí arriba. Lo creo con toda mi alma.

—Oh, sí que está, pero no como usted cree. ¿Prefiere que le describa la situación con detalle o quiere la versión abreviada? —Sonreía al hablar, pero yo sabía que lo decía en serio.

—Abrevia, Barry. Sufro un trastorno de déficit en la atención. Me cuesta estar quieto mucho tiempo seguido.

—De acuerdo. Entonces lo mejor será que comience citando unas líneas de la Biblia:

*Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos.*

*Y acabó Dios al día séptimo, y lo santificó;*

*Y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo.*

»Es un pasaje del *Génesis*, palabra que significa literalmente «creación». Ese primer capítulo de vuestra Biblia comprende la creación del universo.

—¿El universo? Pensaba que el *Génesis* describía solo la creación de la vida en la Tierra.

—Noooo, es el origen de todo, de cada planeta, cada ser, cada célula. Pero la humanidad es vanidosa, como era predecible, y solo ve las cosas en relación consigo misma. Lo más importante de todo esto es ese séptimo día simbólico en que Dios concluyó Su trabajo y descansó. Ese día toca a su fin, señor McCabe. Se acerca el momento en que Él despertará de nuevo, por así decirlo, y restaurará Su autoridad.

—¿El Armagedón? —Formulé la pregunta con el mismo tono de voz que empleé una vez en una sala de urgencias para preguntar al médico, «¿Me voy a morir?» después de haber recibido un disparo y sumirme en un coma.

Eso complació a Barry. Nada más escuchar la palabra más aterradora del vocabulario humano, soltó una risita y dio un largo trago de café.

—No, es mucho más interesante que eso. Imagínese por un momento que Dios es un oso.

Observé dos aviones plateados en miniatura que surcaban el firmamento azul cobalto en direcciones opuestas, dejando tras ellas sendas estelas de vapor.

—¿Un oso, has dicho?

—Sí, eso he dicho. Imagínese a Dios como un oso que, tras crear los cielos y la tierra, se puso a hibernar durante y miles y miles de millones de años. Un tiempo incalculable.

La idea era tan abrumadora que de momento solo pude repetir con un hilo de voz:

—Miles de millones de años.

—Correcto, pero antes de echarse a dormir lo dispuso todo para despertar en un momento dado.

—¡No me fastidies! —exploté—. ¿Me estás diciendo que ese Dios oso hizo todo esto y luego se echó a dormir? ¿Pero no antes de programar la alarma de Su despertador? ¿O quién va a llamarlo, el botones de Su hotel?

Barry puso su taza entre los muslos y se frotó las manos. Su voz, hasta entonces amigable, adquirió un tono candente de puro sarcástico.

—Puede usted hacerse el listo y perder el tiempo o puede escuchar, señor McCabe. Yo le recomendaría que escuchase, porque así a lo mejor termina salvándole la vida a su esposa.

—Sigue.

—El plan de Dios era brillante por su simplicidad. —Extendió los brazos y los abrió como si quisiera indicarme el tamaño de un pez que hubiera pescado—. Lo creó todo, el universo, a usted, a mí... todo, y luego descansó. Pero antes, dispuso que Lo despertáramos todos nosotros, al unísono. Nos proporcionó el conocimiento y los recursos necesarios, así como el tiempo suficiente para desarrollarnos individualmente a fin de que *juntos* pudiéramos construir un ingenio capaz de despertar a Dios cuando llegara la hora.

—¿El universo entero va a cooperar para crear una máquina que despertará a Dios?

—En resumidas cuentas, sí. Y hay que destacar Su benevolencia, teniendo en cuenta las diferencias entre especies. Cada civilización se ha desarrollado a su propio ritmo. Algunas están eones por delante de otras, pero eso no importa. Cuando se trata de esto, da igual dónde esté una cultura en la escala evolutiva, sin la cooperación de todas y cada una de ellas, no podrá crearse esta Máquina del Mundo. Y eso es lo fundamental. Lo único que importa.

—Suenan parecido a la Torre de Babel.

Cogió la taza, empezó a arrancar trocitos del borde de plástico y a tirarlos dentro.

—Cierto, aunque a escala empírea.

—Empírea. ¿Eso qué es? Déjalo, no me lo digas. Barry, vayamos al grano: sé que es egoísta pero, ¿qué tiene que ver todo esto conmigo? ¿Por qué se ha convertido mi vida en un cuadro de Salvador Dalí?

—Todas las civilizaciones del cosmos tienen un papel concreto que desempeñar en esta empresa. Piense que todos somos obreros de una fábrica destinada a crear un solo producto. Muchos ya han conseguido su propósito. Algunos hace miles de millones de años, algunos hace cinco minutos. Ocurre constantemente, pieza a pieza, la Máquina del Mundo cobra forma.

—¿Por qué no la llamas la Máquina de Dios?

—Porque son los mundos los que la están montando, señor McCabe, no Dios. Ese es el quid de la cuestión.

—¿Por qué yo? ¿Qué tiene que ver un poli de Crane's View, Nueva York, con la Máquina del Mundo?

Miró hacia otro lado de repente.

—No lo sabemos.

Acto seguido, el café me salpicaba toda la mano y mis dedos estaban dentro de la taza de plástico blanco.

—¿Que no lo *sabéis*?

Suspiró como un anciano que acabara de quitarse unos zapatos que le apretaban. Tardó un instante en hablar de nuevo.

—No sabemos qué hay que hacer en la Tierra. Solo hemos conseguido averiguar aproximadamente quién tiene que hacerlo.

—¿Yo?

—No. Al principio pensábamos que sí y por eso permitimos que Astopel manipulara su vida. Por eso apareció el perro tullido, los apuntes de Antonya, le permitimos que atisbara su futuro... todo eso. Pensábamos que experimentar todas esas cosas lo estimularía para hacer lo que fuese necesario. Nos equivocamos. Usted no es el elegido, señor McCabe. Ahora lo sabemos. Pero se nos acaba el tiempo y debemos encontrar enseguida a la persona adecuada.

—¿Por lo del cambio de milenio? Obvió la pregunta con un giro de muñeca.

—El cambio de milenio es una fiesta privada de la Tierra, nada más. Las obras de construcción de la Máquina del Mundo han durado mucho más que dos mil años. Pero cada pieza debe terminarse e incorporarse en un momento específico. La humanidad ha gozado de millones de años para completar su tarea. Por desgracia, aún no lo ha hecho, y ahora se corre el riesgo de sufrir un retraso. Eso es inadmisibile. Todo el plan ha de atenerse a un programa muy estricto, aunque como se mide el tiempo en la Tierra no parecería estricto en absoluto.

—¿Cuál es la tarea del Potaje de Ratas?

—Potayo-Dehratz. Somos administradores y mediadores. Nuestro trabajo consiste en garantizar que se completen todos los componentes a tiempo. Recorremos la fábrica con nuestras carpetas comprobando las piezas acabadas y supervisamos el conjunto de la estructura. Si sale algo mal o se produce algún error, nos corresponde a nosotros repararlo.

—¿Alguna vez había pasado esto antes?

—Más veces que moléculas hay en un caramelo de menta.

—Todo esto me hace sentir insignificante, Barry. ¿Cómo podría contribuir yo a la construcción de la Máquina del Mundo?

—Muriendo.

## Leones para desayunar

Permanecemos callados mientras sacábamos la ambulancia del aparcamiento y regresábamos a la calle. Barry me había dicho la verdad; no había cambiado nada en el tiempo transcurrido desde que bajáramos de la ambulancia y ahora que continuábamos nuestro camino hacia el hospital. Aunque Magda parecía inconsciente, se la veía más serena que antes, como si le hubieran quitado un peso de encima. Supongo que así era. Solo quería quedarme allí sentado y observarla. Sin dejar de pensar en todo lo que significaba ella para mí, ahora sabía que todo saldría bien. En cierto modo a mí me habían quitado el mismo peso de encima y, para mi inmensa sorpresa, me sentía relativamente tranquilo. Sabía que había hecho lo correcto, aunque eso implicara el fin de todo lo que deseaba y amaba.

A veces la felicidad se asemeja al sonido de un avión que te sobrevuela. Levantas la cabeza para verlo pero el avión no está allí. Da igual cuánto te empeñes en escudriñar el firmamento, no lo ves, aunque el sonido permanece y aumenta de intensidad. Te vuelves loco buscando. Al mismo tiempo piensas que es una estupidez. Pero sigues mirando, y si al final lo divisas te sientes absuelto. Me había pasado casi toda la vida buscando la felicidad en el cielo equivocado. Le había referido esa analogía a Magda después de casarnos y me dijo que sonaba como una canción country. Yo la mandé a tomar por el culo y ella me pidió que la acompañara.

—¿Dónde están George y Pauline?

—Detrás de nosotros, como antes.

—¿Qué pasará ahora cuando examinen los médicos a Magda?

—Descubrirán que tiene la tensión arterial peligrosamente baja y le recomendarán que tome un surtido de medicamentos.

—¿Cuándo empezará a afectarme esto... esta cosa?

—Las neuralgias comenzarán dentro de unos días. La situación degenerará muy deprisa. No durará mucho.

—Si sois capaces de traspasarme su tumor cerebral, ¿por qué no podéis encontrar a la persona que debe hacer la pieza de la máquina?

—Lo hemos intentado, créame. Pero básicamente solo podemos manipular lo que ya es o ha sido, señor McCabe. Por ejemplo, Antonya Corando era una artista excelente que ya había empezado a consumir heroína. Habría muerto dentro de seis meses. Nos limitamos a mostrarles su futuro como ocurriría si continuaran viviendo como lo hacen. Pero para serle sincero, hay muchas cosas que siguen eludiendo nuestra comprensión en la Tierra. Hay enormes lagunas en nuestro entendimiento. Al entrometerse en su vida, Astopel nos enseñó cuáles eran nuestras limitaciones.

—Eso quiere decir que podríais equivocaros también en esto... a lo mejor dándome su tumor *no* conseguimos nada y puede que ella muera igualmente.

—Es posible, pero improbable. Le garantizo que si les hicieran un TAC a ambos en este momento, Magda no tendría ningún tumor y usted sí.

—¿Pero ni aun así estás seguro al cien por cien de cuál será el resultado final?

—No, y le mentiría si dijera lo contrario. Todavía intentamos comprender cómo funcionan los sistemas en este planeta, pero el principal problema es que no tenemos tiempo suficiente para desentrañarlos.

—¿Cómo llegó aquí el bueno de Floon?

Barry se encogió de hombros.

—Astopel la cagó.

—¿No podría causar problemas Floon, sabiendo lo que sabe?

—Sí, claro que podría.

—¿Por qué no lo matáis?

—Es una posibilidad que tenemos en cuenta.

—¿Lo mato yo?

—Ya le haremos saber lo que decidamos. Mientras tanto, no se preocupe por eso.

—¿Estáis seguros de que lo que buscáis está en Crane's View?

—Sin lugar a dudas. Estamos seguros de que se trata de alguien que usted *conoce*.

Barry me dijo algo más: me contó que no era una sola persona la responsable de la contribución de la humanidad a la Máquina del Mundo, sino cuatro. Tres ya habían hecho su parte. Cuando le pregunté qué habían hecho o si podía verlo, metió la mano en su bolsillo y sacó *la* pluma.

—¡Me cago en la puta! Por eso no paraba de seguirme esa condenada cosa. Pero la gente no hace plumas, eso es para las aves. Encontrad a ese pájaro y se habrán acabado vuestros problemas.

—Esta pluma es obra del hombre. Y hay algo más. —Metió la mano en el mismo bolsillo y sacó el trozo de hueso plateado que había encontrado mientras enterraba a Vertuoso por primera vez. Miré a Barry con expectación, imaginándome que acompañaría el hallazgo con algún comentario ingenioso.

Nada de eso. Se quedó con ambos objetos en la palma de la mano, contemplándolos. Sin pensar, sin recapitular, sin meditar, considerar ni nada de nada, pregunté:

—¿Cómo se rema en una barca que surca un mar de madera?

Chasqueó los dedos de la otra mano. El ruido fue atronador en ese espacio tan reducido. Sonó como una rama al partirse.

—Muy bien, señor McCabe, se acuerda usted de la pregunta de Antonya. *Esa* es la tercera parte. Ya solo tenemos que encontrar la cuarta.

—¿Cómo sabía eso, Barry? ¿Cómo sabía que esa pregunta era la tercera parte?

—Porque ha sintonizado usted con nuestra frecuencia. Ha localizado nuestra emisora. —Sonriendo, se agachó y tomó de nuevo la tensión arterial a Magda—. Ahora podrá escuchar usted nuestros programas.

—No te pongas cursi. ¿Qué significa eso?

—Significa que empieza usted a comprender.

—Pero, ¿qué tienen en común una pluma, un hueso y esa pregunta?

—No lo sé. Esperamos que la cuarta pieza nos dé la respuesta.

En el hospital nos esperaban Michael e Isabelle Zakrides. Relevaron a los paramédicos sin perder un instante, espantando incluso a las enfermeras que vinieron a ayudar. Los Zakrides eran viejos amigos y ambos eran médicos de primera. Mike me salvó la vida cuando me dispararon años atrás. Mientras veía cómo su esposa y él empujaban la camilla de Magda por el pasillo, comprendí que pronto volvería a ocuparse de mí cuando se me empezaran a apagar las luces de la azotea. Antes de que esa encantadora idea tuviera tiempo de asentarse en mi mente y hacerme sentir como un desgraciado, vi algo que me llamó la atención al final del pasillo. Tras comprobar que Magda estaba bien por ahora, me acerqué hasta allí.

Allí estaba Bill Pegg, prestando atención a una médica bajita con un peinado monacal que le estaba soltando un sermón. La pedantería de su tono de voz hizo que me rechinaran los dientes a tres metros de distancia. Cuando llegué, Bill indicó a la médica que se callara con un ademán.

—Pare el carro, doctora. Este es el jefe de policía McCabe. Querrá escuchar todo esto.

—¿Qué sucede, Bill?

—Jefe, le presento a la doctora Schellberger. Brunhilda Schellberger. —Enarcó una ceja un milímetro, pero eso lo decía todo.

—Encantado, doctora. ¿Qué ocurre?

—Varón de raza blanca, responde al nombre de John Petangles. Ingresó hace media hora con heridas de bala en estómago y muslo.

Miré a Bill, pero solo podía oír cómo yo le había dicho a Johnny que no pasaba nada por seguir a Caz de Floon apenas unos minutos después de que este acribillara a tiros a Gee-Gee y a Vertuoso.

—Concentra la búsqueda en un varón blanco, de unos sesenta años de edad, vestido con un chándal de muchos colores. Mide alrededor de metro ochenta, poblada cabellera blanca, peso... setenta kilos. Algo menos.

Bill sacó un bloc de su bolsillo y tomó nota de todo, pero sus ojos no dejaban de saltar de la libreta a mí.

—¿Cómo sabes todo esto, jefe?

—Tú busca a ese hombre, Bill. ¿Cómo está Johnny?

—Mal. Lo están operando ahora mismo.

—¿Doctora?

La médica movió la mano hacia adelante, atrás y adelante de nuevo.

—Sabremos más cuando termine la operación.

—¿Quién es este tío, Frannie? ¿Cómo sabes a quién debemos buscar?

—Luego te lo cuento. Ahora tengo que encontrar a un paramédico llamado Barry.

—¿Barry? —dijo la doctora Schellberger—. En este hospital no trabaja ningún

paramédico con ese nombre.

Me di la vuelta para marcharme.

—No me sorprende.

George y Pauline estaban sentados en la sala de espera, con las manos enlazadas. Esa imagen me partió el corazón como si fuese un árbol al que le acabara de caer encima un rayo. Dos personas que significaban tanto para mí. Las tendría a mi lado algunos días más y después las perdería para siempre. Adiós George, Pauline, Magda, Crane's View... mi vida. ¿Cómo surcar esa ola hasta la playa sin caer al agua? Me quedaban unos días de vida.

—¿Se pondrá bien, Frannie? ¿Mamá se va a poner bien?

—Sí, eso creo. Eso espero. Me han dicho que la cosa tiene buen aspecto. Pero tendremos que esperar a que concluyan los análisis. Pauline, ¿te importa esperar aquí un momento mientras hablo con George? Serán cinco minutos.

Me cogió del brazo.

—¿Me estás ocultando algo? ¿Es algo sobre mamá?

—No, no, no es nada de eso. Créeme. Es que tengo que contarle a George una cosa...

—No me engañes, Frannie. Por favor, no lo hagas. Ya sé que piensas que soy una niña...

—Eso no es cierto, Pauline. Magda es tu madre. Si supiera que le ocurre algo grave, no te lo ocultaría. ¿Por qué piensas que haría algo así?

—Porque crees que soy una niña y...

Me quedaba tan poco tiempo que consideré primordial resolver al menos aquel asunto con Pauline. La agarré de los brazos y tiré de ella hacia mí hasta quedarnos casi nariz con nariz.

—No pienso nada de eso. Estoy muy orgulloso de ti y creo que serás una luchadora, como me dijiste que querías la otra noche en el garaje. —No se me ocurría qué añadir, pero sabía que tenía que decir algo más porque me estaba desmoronando por dentro, todo se desplomaba y chocaba en mi interior. Algo imposible, pero real igualmente.

La vida consiste en aprender a encajar un montón de contradicciones. Quería decirle a esa muchacha tan lista e ingenua: calla y escucha, te contaré un poco de lo que he aprendido y puede que te sirva de algo. Al mismo tiempo quería morderme la lengua y dejar que siguiera viviendo en su plateada e inocente pompa de jabón hasta el último instante, momento en el que naturalmente estallaría y se caería a un suelo mucho más duro de lo que hubiera podido imaginarse jamás.

—Escúchame... —Pero entonces le tocó a ella sujetarme porque fui yo el que se desplomó, incapaz de decir nada más, y empecé a llorar.

—¿Me estás engañando, Frannie? ¿Por eso lloras? ¿Me estás mintiendo sobre

mamá? —Su voz era suave y cálida como la cachemira. Inquisitiva, pero reconfortante al mismo tiempo. Sin rencores. Está bien, aunque me engañes, está bien. Te perdono y te abrazaré hasta que te sientas mejor. Nunca había visto tantas facetas nuevas de esa chiquilla antes de esa mañana. Habían aparecido todas a la vez. La Pauline sexy, la Pauline coqueta, caritativa, comprensiva... ¿Por qué no las había visto antes? ¿Por qué no la conocía?

—¿Soy bueno contigo, Pauline? ¿He sido un buen padrastro?

—Claro que sí. Sí, sin dudar. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué pasa?

—Es solo que quería saberlo. Necesitaba saberlo. Tu madre está bien. Te juro que no me han dicho nada que no te haya contado. Pero esto es distinto: solo quiero saber si me he portado bien contigo.

Una sonrisa, pequeña pero radiante.

—Te has portado fenomenal. La otra noche, cuando estábamos hablando en el garaje, te quise muchísimo. Me hiciste sentir como si lo que estaba diciendo no fuese una tontería o una locura. Me hiciste sentir normal.

Nos abrazamos. Nos abrazamos y sentí lágrimas en mi rostro y el calor de su cuerpo delgado en mis brazos.

—No seas normal, Pauline. Ni se te ocurra intentar ser normal, porque ese es el primer síntoma de una enfermedad terminal. En cuanto sientas la necesidad de ser normal, toma el antídoto.

—¿Y qué antídoto es ese?

Cómo deseaba ser capaz de soltar alguna frase ingeniosa que recordara el resto de su vida. Lo único que se me ocurrió fue:

—Tan solo procura vivir tu vida, Pauline. No consientas que la normalidad se cruce en tu camino.

Isabelle Zakrides vino con unos papeles que había que firmar y preguntó si podía hablar con uno de nosotros sobre el estado de Magda. Con una mirada de soslayo pregunté a Isabelle si había alguna novedad. Sus ojos me dijeron que no, que era una mera formalidad. Le indiqué que hablara con Pauline y el rostro de la muchacha irradió dicha y gratitud.

—¿Va a decirme lo que le pasa a mi madre?

—Claro, Pauline. Sentémonos un rato para que pueda darte el informe detallado.

Fuera del hospital, le conté a George lo que le había pasado a Johnny Petangles y que estaba convencido de que era Floon el que lo había disparado. También le describí lo ocurrido entre Barry y yo. Cuando acabé, la expresión de plomos fundidos que mostraba la cara de George lo decía todo.

—Digerir todo esto es como comerse un pavo entero de dos bocados, Frannie. Es increíble. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Iba a buscar a Barry para hacerle algunas preguntas, pero ha desaparecido. Tengo la impresión de que volverá cuando sea preciso. Mientras tanto, no quiero a ese marica de Floon paseándose por ahí con una pistola. Ya ha disparado a dos

personas y a un perro y ni siquiera es mediodía.

—Pero, si lo encuentras, ¿qué harás? Te quedan pocos días, Frannie.

—Antes deja que encuentre a Floon. Ese tío es peligroso. Luego buscaré esa cuarta cosa que tienen tantas ganas de encontrar, sea lo que demonios sea. ¿Qué más puedo hacer, George? Tampoco es que tenga un montón de opciones.

Una expresión de profunda tristeza surcó su semblante, por lo general impasible, y se asentó allí. Tenía miedo por mí, y para mi sorpresa también había mucho cariño en su mirada. En voz muy baja, preguntó:

—¿Cómo te puedo ayudar?

—Vuelve adentro y vigila a Pauline en mi lugar. Ahora mismo no puedo ocuparme de ella. Ten a mano el móvil para que pueda localizarte si te necesito. Y contesta a las llamadas, George, por el amor de Dios. No dejes que suene hasta que se le agote la batería.

—De acuerdo. ¿Adónde vas?

—A casa, a coger un arma y a vestirme. Luego saldré a buscar al Holandés Errante.

Nos quedamos mirándonos y entre nosotros pasaron muchas cosas en esos silenciosos segundos.

Por fin asomó una sonrisita culpable a las comisuras de sus labios. No podía resistirse a preguntar.

—Frannie, ¿de verdad has visto a los Beatles? ¿Cómo eran?

—Mucho más bajos de lo que me imaginaba. Hasta Lennon. Siempre pensé que medía por lo menos tres metros.

•

Estaba sonando el teléfono cuando llegué a casa. Con las prisas por salir hacia el hospital, se nos había olvidado cerrar la puerta con llave. Entré y descolgué el auricular en el último tono. Pero cuando contesté quienquiera que fuese ya había colgado. ¿Habría hecho Floon algo más mientras tanto? Dios nos libre. Pensé en esa frase tan familiar mientras iba al dormitorio y empezaba a vestirme. ¿Cómo nos iba a librar Dios de nada si llevaba dormido todo este tiempo? Ni «que Dios me perdone» ni «Dios proveerá». Además, ¿estaría Él realmente inconsciente como nosotros cuando estamos dormidos, o empleaba Barry esa imagen a modo de metáfora cósmica?

Con los pantalones en la mano y una pernera a medio meter, me di cuenta de que estaba observando nuestra cama. ¿Dormiría Dios en un colchón? ¿Usaría almohada? ¿Cómo de grande era Su cama? ¿Por qué sonreía yo de repente? Pronto moriría porque mi pobre cerebro iba a explotar. En el ínterin debía atrapar al loco de Caz de Floon antes de que disparara a alguien más, y *luego* tenía que encontrar el cuarto no sé qué para salvar el universo. ¿Por qué sonreía?

Tras ponerme los pantalones, me puse firme y adopté una postura al más puro estilo Bruce Lee: con los brazos en alto formando dos eles invertidas, listos para descargar golpes letales. Ensayé uno al tiempo que gruñía un «¡Heeee-ya!» con mi mejor voz de película de kárate de Hong Kong. McCabe, moribundo Master del Universo. Porque George tenía razón, todo aquello era demasiado como para imaginárselo, todavía menos para absorberlo. Me parecía lógico hacer lo que pudiera y dejar el resto para Barry, su pandilla y el resto de nuestros vecinos de las estrellas.

Aunque no tenía ninguna solución, no podía por menos de admirar la enormidad del problema.

¿Dónde encontrar a Floon? ¿En su situación, adónde iría yo? ¿Hmm? ¿Adónde *podría* ir sin dinero ni identificación? Suponía que había llegado aquí con lo puesto. Además, no tenía ni idea de los particulares de la época actual. Si a mí me lanzaran de pronto treinta años hacia el pasado, sin preparación ni recursos de los que echar mano, no sé lo que haría. Había dicho que quería «cambiar algunas cosas», lo que deduje que quería decir que pensaba sacar provecho de sus conocimientos sobre el futuro para aumentar su fortuna en esa época. V. gr. comprar un zillón de acciones de Microsoft en cuanto salieran al mercado. Pero, ¿cómo iba a hacer algo así? ¿Atracaría un banco para conseguir capital con el que impulsarse? Lo cierto era que tenía su pistola y las pelotas necesarias para hacer algo así.

De pie frente al tocador, guardándome cosas en los bolsillos, me miré en el espejo intentando desentrañar ese misterio. ¿Adónde iría Floon? ¿Cuál sería su primer paso?

Magda es una persona metódica. Cada cosa en su sitio, nuestro hogar siempre está limpio como una patena, en su escritorio no hay papeles fuera de lugar y las facturas mensuales se pagan puntualmente. Es una de las cualidades que aprecio de ella porque por lo general ni mi cabeza ni mi talonario de cheques están muy ordenados. Todas las mañanas, cuando llega el correo, coloca las cartas que sean para mí en un pulcro montoncito encima de mi aparador. Al llegar a casa y cambiarme de ropa, las ojeo y leo las que me parezcan más halagüeñas. Las demás se quedan encima del mueble, para cuando logre conjurar el interés suficiente como para abrirlas. Magda y Pauline me tomaban el pelo diciéndome cuántos sorteos había perdido o cuántos huérfanos se habían muerto de hambre porque yo dejaba casi todas esas cartas cerradas durante días.

Hoy, en lo alto de la pila, estaba el informe trimestral de mi corredor de bolsa. Cuando me hube llenado los bolsillos con lo que consideré necesario —dinero, libreta, pistola— repasé mentalmente la lista para cerciorarme de que no se me olvidaba nada. Mientras lo hacía mis ojos seguían fijos en la carta del corredor, sobre todo en las direcciones física y electrónica de la empresa. Se me ocurrió una idea.

—¡Elemental, querido Watson! —Salí de la casa galopando como un caballo con la cola en llamas.

La biblioteca de nuestra ciudad era el antojo de Lionel Tyndall, el único residente podrido de dinero de Crane's View. Tyndall, un viejo excéntrico y solitario que había

amasado una fortuna con las prospecciones petrolíferas, donó tanto dinero a la biblioteca antes de morir que da gusto visitar el edificio. No solo cuenta con un amplio surtido de libros en constante renovación, sino que su equipamiento es siempre de última generación, los últimos avances siempre actualizados. La bibliotecaria responsable, Maeve Powell, me enseñó pacientemente a manejar un ordenador y, cuando le hube cogido el tranquillo, a navegar por Internet y sacarle el máximo provecho.

Esa mañana, cuando entré, Maeve estaba sentada detrás del mostrador mirando una monstruosidad de libro. La sala de ordenadores de la biblioteca se encuentra detrás de ese mostrador y a la derecha. No había manera de ver su interior desde mi posición. Me ponía nervioso pensar que Floon podría estar a escasos metros de distancia, pero no tenía forma de comprobarlo.

La bibliotecaria Powell es seria como la efigie de un sello de correos, por lo que si te sonríe deberías tomártelo como un obsequio especial. Levantó la cabeza de su libraco y sonrió.

—Buenos días, Francis.

—Hola. ¿Llevas aquí toda la mañana, desde que abrió la biblioteca?

—Sí. Estaba leyendo acerca del Breguet Tourbillon...

—Eso está muy bien. Mira, ¿ha entrado un hombre con un chándal horroroso, de unos sesenta años, con el pelo blanco? Tiene acento al hablar.

—Sí. Un señor muy simpático. Preguntó por los CD de la enciclopedia y el diccionario Encarta que tenemos reservados. Luego se metió con ellos en la sala de ordenadores.

—¿Lo sabía! ¿Sabía que buscaría un ordenador y la maldita Internet! ¿Hay alguien más en la biblioteca? —Miré a mi alrededor. Una señora obesa con un vestido amarillo leía el *Utne Reader* sentada a una mesa—. ¿Alguien además de ella?

Maeve captó mi mensaje. Su voz se tornó grave y acelerada.

—Sí, también hay un par de niñas en la sala de ordenadores.

—Mierda. —Inspiré hondo y solté el aire lentamente—. De acuerdo, tendremos que apañárnoslas.

—¿Quién es ese hombre, Frannie?

Por un momento estuve tentado de decírselo, pero algo me contuvo.

—Eso da igual. Es solo que tengo que hablar con él y podría ser peligroso. ¿Hay alguien más en la biblioteca aparte de ella y las crías?

—Nadie.

—Pues, ¿por qué no sales a la calle un rato y te llevas a esa mujer?

—¿Quieres que llame a la comisaría?

—No, a ver si consigo ocuparme de esto sin armar escándalo. Vosotras dos, quedaos fuera.

Se puso de pie enseguida, pero vaciló. Estaba claro que quería decir algo. En vez de eso salió del mostrador y se acercó a la mujer. Las dos me observaron fijamente

mientras hablaba Maeve. Era evidente que la gordinflona no quería marcharse. Pero escuchó algo que le hizo cambiar de opinión. Salió disparada de su silla como si este fuera un asiento eyectable. Pasó a mi lado camino de la puerta a una velocidad que lo decía todo.

Cuando Maeve llegó a mi altura se detuvo.

—¿Frannie?

—¿Sí? —Miré de ella a la puerta y de ahí a la sala de ordenadores, deseando que saliera para poder terminar con aquello.

—Mi hija Nell está ahí adentro. Nell y su amiga Layla.

—Yo me encargo. No te preocupes.

—Si ocurriera alguna cosa... Hablé a la ligera, como si aquello no tuviera mayor importancia.

—No va a ocurrir nada, señora Powell. Entraré ahí y saldré de nuevo con este hombre. Chac, chac y listo. Por favor, confíe en mí.

—Confío en ti, Frannie. Pero es *Nell* la que está ahí adentro. No permitas que le pase nada a mi niña.

—Jamás. —Le toqué la mejilla con una mano. Tenía los ojos cuajados de lágrimas y le temblaban los párpados.

Cuando salí del edificio rodeé lentamente el mostrador. Pegado a la pared, empuñé mi Beretta y comprobé que no estuviera echado el seguro. Sujetando el arma contra mi costado, avancé muy despacio hacia la sala de ordenadores. Al llegar a la puerta, me dispuse a echar un vistazo por la ventana. Sin avisar, estalló en mi cabeza una nova de dolor inimaginable. Al tener la espalda pegada a la pared me desplomé contra ella y resbalé hasta el suelo. Si no hubiera estado apoyado me habría caído de bruces. Había perdido el control de mi cuerpo.

Pensé que me habían disparado. Luego mi mente se puso en blanco porque no había sitio para nada más que el dolor en ese espacio. Se me congeló el aliento en la garganta. No podía ver. No había agonía peor que aquella. La parte más terrible era que conservé el conocimiento en todo momento, sin desvanecerme, sin escapatoria física. Debía de parecer un borracho sentado en el suelo, aturdido e ido. Era como un ensayo nuclear subterráneo. Ya sabéis, cuando explota la bomba y el único indicio visible es el suelo que se comba hacia el infierno de cincuenta megatones desatado en su vientre a un kilómetro bajo tierra.

No sé cuánto duró; cinco segundos, un minuto. No sé cómo sobreviví. Cuando cesó, me quedé estupefacto. ¿Es esa la palabra? Estupefacto, paralizado, mi cerebro era incapaz de recuperar la normalidad. Nada podría recuperarla después de aquello.

Sentado en el suelo frente a la sala de ordenadores me quedé mirando sin ver un enorme retrato en blanco y negro de Ernest Hemingway que colgaba de la pared opuesta. A su lado estaban Fitzgerald, Faulkner, Emerson y Thorau. Conocía los rostros, pero tardé una eternidad en desenterrar sus nombres de los escombros de mi mente. Para cerciorarme de que era Hemingway, dije su nombre. Sonaba correcto,

aunque salió lánguidamente de mi boca, como si la palabra estuviera hecha de caramelo caliente.

Sentí el frío suelo bajo la palma de mis manos, la solidez de la pared a mi espalda. En mí ya no había nada a salvo ni de confianza. Una de las primeras cosas que comprendí cuando mi mente recuperó la estabilidad fue que el tumor cerebral acababa de tomar el control de mi ser. Pese a lo que había dicho Barry acerca de unos pocos días de respiro antes de que me matara, lo que acababa de suceder contradecía sus palabras: quizá no me quedaran más días.

Intenté respirar con normalidad, pero era imposible. Mis pulmones inspiraban solo breves bocanadas jadeantes, como si fuese un animal acorralado. Intenté obligarme a respirar despacio y hondo, en vano. Mis ojos descendieron por la pared de enfrente, cruzaron el suelo y llegaron a mi mano. Todavía empuñaba la pistola, pero por un espacio de tiempo interminable me costó reconocer qué objeto era ese.

Del interior de la sala de ordenadores salió una risa infantil. Eso más que nada fue lo que me despejó las ideas. Recordé por qué estaba allí: Floon, atrápalo; la hija de Maeve, sálvala. Levántate.

—Levántate, bronca. —Sonreí ante mi lapso. Una de mis palabras preferidas y ni siquiera podía pronunciarla correctamente. Lo intenté de nuevo, con esfuerzo—. Cabrón. —Bien, y ahora a levantarse. Lo intenté. Intenté impulsarme desde el suelo, pero pesaba mucho, muchísimo. La fuerza de la gravedad se había duplicado, triplicado. ¿Cómo iba a incorporarme?

Por un instante horroroso mi cabeza se llenó de fuego otra vez. El dolor la surcó como un relámpago de kilómetros de longitud en el firmamento tormentoso de una noche de agosto. Pero nada más; un destello, mi aliento paralizado de nuevo, pero se acabó. Se acabó.

Entonces hablé de nuevo, pero no con mi voz.

—Levántate de una puta vez, cabrón —dije, dijo *alguien*, pronunciando correctamente la palabra esta vez.

—No puedo. No tengo fuerzas —dije sin compadecerme, con toda la calma del mundo.

—No, *tú* no puedes, pero yo sí. Así que levántate. —La voz de Gee-Gee salía de mí.

—¿Dónde estás? —pregunté, y esperé.

—Allí donde me necesites —respondió—. *Levántate*.

Decidí que era una buena idea dejar el arma en el suelo mientras intentaba incorporarme. La solté con cuidado, procurando no hacer ruido. Se recortó negra contra el linóleo amarillo. No me gusta el amarillo.

—¡Olvídate del amarillo! Presta atención. Tienes que fijarte en lo que haces.

—Vale. —Me humedecí los labios y reuní energías para ponerme de pie. Al principio me moví muy despacio. Mientras me aupaba, sentí de improviso una increíble recarga de fuerza y energía en los brazos. Pero solo en los brazos, en

ninguna otra parte. Era como si pertenecieran a alguien fuerte y ágil. A alguien que debía de tener unos diecisiete años...

»No soy yo el que hace esto, ¿verdad, Gee-Gee?

—Sí, claro que eres tú. A mí no me vengas con filosofías. Tú échale huevos y adelante. —Parecía exasperado, como si mi impotencia lo sacara de quicio.

En pie de nuevo, agaché la cabeza y vi mi pistola en el suelo. Parecía que estuviera a ocho kilómetros de distancia, en el fondo del Gran Cañón. La necesitaba para lo que me proponía hacer, pero no sabía si sería capaz de volver ahí abajo sin romperme los morros.

—Creo que no puedo hacerlo.

—Coge la puta pistola.

Como un anciano, como *el* anciano que había sido en Viena, doblé las rodillas con cuidado y me acuclillé a cámara lenta en busca del arma. Dio resultado y me sentí como si acabara de realizar una hazaña. Porque a pesar de mis fuertes brazos, el resto de mi ser era chatarra.

—¿Qué hago ahora? —pregunté al vacío que me rodeaba. No hubo respuesta. Justo cuando más falta me hacía Gee-Gee, desaparecía.

Me quedé allí plantado con las orejas expulsando el humo y las cenizas del Vesubio que acababa de entrar en erupción dentro de mi cerebro. Nada me garantizaba que no fuese a zozobrar de nuevo en cualquier momento. ¿Y se suponía que debía entrar en ese cuarto y desarmar a un lunático multimillonario asesino con dos menores en las intermediaciones?

Tres menores. Cuando conseguí reunir las fuerzas necesarias para volver a arrimarme a la puerta, miré y vi tres espaldas pequeñas congregadas alrededor de una grande. Dos niñas, un niño y Floon, todos con los ojos clavados en la pantalla de un ordenador. Él estaba sentado y ellos de pie, pero ninguna de sus cabecitas rebasaba su hombro. Los críos estaban tan cerca que podrían tocarlo; no querían perderse lo que ocurría en el monitor. Mostraba tanta información tan deprisa que a mis ojos les resultaba imposible absorber nada de lo que veían. Puesto que me estaban dando la espalda, seguí mirando.

A ratos Floon aplicaba los dedos al teclado y escribía algo a una velocidad vertiginosa. Eso era lo que les hacía tanta gracia a los pequeños. Cada vez que esgrimía sus dígitos y atacaba, chillaban entusiasmados e intentaban acercarse todavía más a la pantalla. Tengo entendido que el mecanógrafo más rápido puede teclear ciento sesenta palabras por minuto. Paparruchas: Floon estaba a años luz de eso. Por lo que podía ver, era más veloz que la máquina. Juro por Dios que parecía que se produjese un retraso infinitesimal entre lo que escribía y lo que aparecía en el monitor. Cuando tecleaba, parecía un personaje de dibujos animados a cámara rápida.

Al cabo se retrepó en su asiento y esperó mientras el ordenador se ponía al día y hacía lo que él le había pedido. Segundos más tarde apareció un torrente de palabras y gráficos o una miríada de no sé qué matemáticas. Los chiquillos se mondaban de

risa con su frenesí. Lo más curioso era que, a todos los efectos, parecía que a Floon no le importara su presencia. O que ni siquiera hubiera reparado en que los tenía pegados a él.

Pero yo sí; más todavía cuando, al girarse hacia Nell Powell, el chico la empujó con fuerza contra la otra niña. Nell le devolvió el empujón con ganas. Desequilibrado, trastabilló alejándose de las pequeñas, intentando recuperar el equilibrio. No lo consiguió y se cayó de culo. En ese momento le vi la cara y vi que era yo, con nueve o diez años. El Frannie McCabe de diez años de edad estaba en esa sala con Floon y las niñas. El Frannie McCabe de cuarenta y ocho años de edad estaba fuera, solo, espionando.

Cuando pregunté a Gee-Gee que dónde estaba me había respondido, «Allí donde me necesites». ¿Se referiría a eso? Ese yo ya no era solo yo y luego Gee-Gee, sino todos los McCabe de todas mis épocas. Incluido el pequeño Fran de ahí dentro con Caz de Floon. Un álbum de grandes éxitos donde todas las canciones sonaban a la vez.

Sentado aún en el suelo, el crío miró hacia la puerta. Su carita era una mezcla de rata mezquina y monaguillo. Sin evidenciar la menor sorpresa, sonrió como si estuviéramos compartiendo una broma privada y levantó los pulgares.

Me aparté de la puerta. De nuevo contra la pared, cerré los ojos con fuerza. Vale, asúmelo. Así va a ser hasta que te mueras: caos por doquier, preguntas sin respuesta, la cuenta atrás de un detonador en la cabeza y McCabe variados a cada vuelta. Así que déjate llevar, aprovéchalo; disfrútalo si puedes. Porque no te queda tiempo para nada más, colega.

De nuevo en la ventana, vi cómo se levantaba el chaval y volvía a mirar en mi dirección. Puso una cara con la que me preguntaba a todas luces qué quería que hiciera. Al darse cuenta, Nell se giró para ver a qué venían esos mohines. Me aparté enseguida, pues no quería que supiera de mi presencia allí.

¿Qué opciones tenía? ¿Qué podía hacer con Floon un niño pequeño que no pudiera hacer yo? Aunque en esos momentos el pequeño seguramente tenía más fuerzas y la cabeza más despejada que yo. El conato de desvanecimiento me había dejado extenuado y tembloroso, consciente de que me podía desplomar de un momento a otro.

De pequeño tenía la paciencia de una mosca común. Debí de recordarlo al ver al pequeño Gee-Gee en la sala de ordenadores. Después de mirarnos un poco más empezó a gesticular con exagerada impaciencia. Todo su lenguaje corporal, sincopado e inquieto, preguntaba: «¿Qué quieres que haga?»

Como mejor pude usé las manos y poses de mimo para dibujar una pantalla de ordenador en el aire. Captó la idea y asintió. Luego le enseñé lo que tenía que hacer. Se iluminó como una bombilla de mil vatios. Chaval, le encantaban esas instrucciones.

Sin vacilar un segundo se acercó a Floon. El crío empujó el monitor con las dos

manos y el enorme cacharro salió *volando* para estrellarse contra el suelo. Pasó el tiempo. Los cuatro se quedaron paralizados en el sitio. Pero entonces el hijo de puta de Floon no reaccionó como me esperaba. Pensé que se volvería loco, frenético, que se rasgaría las vestiduras como Rumpelstiltskin ante la pérdida de información o del tiempo que había empleado frente al ordenador con lo que demonios fuese que estaba haciendo. Nada de eso. Con una serenidad desconcertante se levantó de su asiento, se acercó al ordenador más próximo y empezó a teclear sin alterarse en absoluto.

Frustrada mi única idea, abrí la puerta de un empujón, cargué contra Floon y le di un golpe en la nuca con mi pistola. Esa era la solución. Se desplomó hacia delante y rompió la pantalla con la cara. Tenía una generosa cabellera blanca. Agarré un puñado y le aporreé la cabeza contra el teclado.

—Niños, salid de aquí. Nell, tu mamá te espera en la calle.

Las pequeñas salieron disparadas como perdigones, pero no el McCabe benjamín.

—¡Eso ha molado la leche!

—A la calle.

—¡Ni hablar! Yo me quedo. ¿Cómo me lo iba a perder? Pégale otra vez.

—Largo, si no quieres que le diga a tu madre que le birlaste quince dólares del monedero para ir a la feria de coches de White Plains.

Se quedó boquiabierto.

—¿Cómo sabes tú eso?

Procurando no sonreír, respondí:

—Porque tengo poderes. Sal y espérame fuera.

—Dios, qué mierda más grande. —Con esa coletilla se dispuso a marcharse—. Pero te estaré esperando. Que no se te olvide.

En cuanto se hubo cerrado la puerta, aporreé otra vez la cabeza inerte de Floon, por el mero placer de hacerlo. La antítesis de la profesionalidad, pero es que ya no era un profesional. Busqué su arma. La tenía en uno de sus bolsillos. La saqué y la guardé en uno de los míos.

—McCabe... —musitó.

—Silencio, Caz, si no quieres que te aplaste la cabeza otro poco. No será por falta de ganas.

—McCabe, escucha... —Parecía que estuviera algo bebido.

Una ráfaga de dolor me atravesó el cerebro. ¡Ahora no! Ahora no, no, por favor. Enderecé los hombros, agaché la cabeza y me preparé para lo peor, pero al fin no pasó nada.

—McCabe, por lo menos mira la pantalla.

Lo que esta mostraba parecía un horario de trenes densamente detallado.

—¿Y qué?

—Tan... —Inspiró hondo y empezó a toser a media inhalación. De su boca goteó sangre que cayó encima de la mesa—. Tancreisis. ¡Todavía no ha sido inventada! O si lo ha sido, no aparece mención alguna. ¡Es asombroso! Ni siquiera aparece la palabra

en el diccionario. Todavía no la conoce nadie.

—No sé de qué me hablas, Caz. Y me da igual.

—¿Que te da *igual*? ¿Cianobacterias tancréticas? ¿Transmutación nuclear? ¡Fusión fría, imbécil! ¡Todavía no han descubierto cómo se hace!

Volví a golpearle la cabeza contra el teclado. Empezaba a cogerle gusto a la cosa. La rabia que me inspiraba insuflaba una generosa cantidad de adrenalina a mis venas y mi corazón.

—No me jodas, Floon. No tienes la polla lo bastante gorda. —Y al ritmo del «Wonderful World» de Sam Cooke, canturreé—:

*Fusión fría, no sé qué es,  
Caz de Floon, no sé quién es,  
Lo que sé es que le partiré la cara  
Si enseguida de hablar no para...*

»Me importa un bledo lo que andes buscando o lo que hayas descubierto, Floon. Tú y yo nos vamos a largar de aquí ahora mismo. Como hagas algo que me cabree te mataré sin la menor vacilación. Tienes mi palabra.

—No me puedes matar... eres policía.

—En pretérito, Caz. En pretérito. Soy un hombre nuevo. Levanta.

—Por favor, McCabe, dame dos minutos. Lo que te diga te cambiará la vida.

Solté un bufido.

—Para la poca que me queda. No hace falta que me cambie la vida más todavía. ¿Qué quieres? Te doy un minuto para decir lo que sea. Así que habla.

—De acuerdo. —Se tocó la frente y torció el gesto. Se miró los dedos y parecía que no supiera qué hacer con la mancha de sangre que vio en ellos. Eso me hizo sentir de maravilla.

Eché un vistazo a mi muñeca desnuda y me acerqué un reloj imaginario al oído, como si quisiera comprobar su funcionamiento.

—Según mi reloj te quedan treinta segundos de tu minuto, Caz.

—¡Para! Deberías darme las gracias por lo que estás a punto de presenciar. En el peor de los casos sabrás cómo convertirte en millonario. Cinco minutos. Dame solo cinco minutos...

—Dos. Ya tengo todo el dinero que necesito.

—Dos. Está bien. Te lo mostraré. —Se plantó delante de un tercer ordenador. Al ritmo que llevábamos dejaríamos la biblioteca sin máquinas cuando nos fuéramos. Sus dedos empezaron a ametrallar el teclado de nuevo y la información que introdujo ocupó el monitor.

—¡Conozco esa página! Finanzas, en Yahoo.

—Correcto. Ahora observa —dijo mientras tecleaba algo. Un instante después, apareció toda una pantalla de estudio de mercado sobre una empresa llamada

«SeeReal». Su abreviatura en el mercado de valores era «SEER». Las acciones individuales de la compañía cotizaban a cuatro dólares con cincuenta y seis. SeeReal llevaba tres años en funcionamiento, pero todavía no había conseguido ni un penique de beneficio.

—SEER, «vidente». Un nombre de lo más simbólico, Caz. ¿A cuatro dólares la acción? Guau, intentando desbancar a INTEL, ¿eh? Hora de irse.

Su voz se tornó imperiosa.

—¡No, no, tienes que escucharme! SeeReal ha descubierto una sustancia llamada naterskina. Esa línea de investigación los conducirá a crear algo llamado cianobacteria tancrética. Cuando ocurra eso esta empresa será diez veces más importante y poderosa que la General Electric. Hazme caso, McCabe. Por eso me sorprendió tanto que todavía no haya pasado. Esta información no aparece en ningún diccionario ni enciclopedia. Es como si alguien llamado Bill Gates te preguntara si te interesa invertir en Microsoft, una empresa nueva que acaba de fundar. Y si me das un poquito más de tiempo para trabajar aquí, encontraré muchas más cosas parecidas para ti. Invierte en ellas ahora y dentro de cinco años serás tan rico como Creso.

—Floon, eres como un pedazo de mierda en la suela de mi zapato. Cuanto antes me libre de ti, mejor. Por algún motivo que no alcanzo a imaginar se te concedió el inmenso privilegio de retroceder treinta años en el tiempo. Has viajado en el tiempo, por el amor de Dios. Un milagro de cuatro estrellas en toda regla. ¿Y qué es lo primero que haces? Meterte en Internet para ver de qué manera te puedes enriquecer. Me das asco.

—No estaba haciendo eso.

—Me da igual lo que estuvieras haciendo. En marcha.

—No seas burro, McCabe. Ni tú ni yo sabemos por qué hemos sido enviados aquí. Tampoco sabemos si regresaremos alguna vez a nuestra época. Así que, ¿por qué no aprovechar al máximo nuestra estancia?

Pensaba que yo estaba allí por el mismo motivo que él.

—¿Crees que provengo de *tu* época?

Parpadeó con lentitud y exageración varias veces. Cuando volvió a hablar su voz era puro sarcasmo.

—Bueno, *hola*, ¿es que no estás aquí conmigo cuando la última vez que nos vimos fue en Viena?

—Floon, tienes sesenta años. ¿Te parece que yo tengo sesenta años?

—Eso no importa...

—Sí, claro que importa. El que te hayan enviado aquí es un error. El que a mí me hayan devuelto aquí fue una corrección. Esta es mi época; para mí no hay ningún error.

Sin impresionarse, se cruzó de brazos.

—¿Cómo lo sabes?

Estuve a punto de responder, pero luego pensé, ¿para qué molestarse?

—Porque me lo han dicho los alienígenas. Vamos.

—¿Qué alienígenas? —Ahora parecía que me hiciera más caso.

—¿No los has visto todavía? Los marcianos del Potaje de Rata. Buena gente. Viven al otro lado de la Nebulosa del Cangrejo. Cuando bajan a la Tierra se disfrazan de paramédicos o de negros atildados con relojes caros. Muévete.

—¿Adónde vamos?

¿Adónde íbamos? Hasta ese momento no me había parado a pensarlo, con tantas cosas como estaban ocurriendo. Pero Floon había dado en el clavo. No podía llevarlo a la cárcel porque tendría que dar demasiadas explicaciones a los muchachos de la comisaría, y no había tiempo para explicaciones.

—¿No quieres saber lo que estaba haciendo con el ordenador, McCabe?

—No, y cierra el pico. —¿Adónde demonios iba a llevarlo?

La puerta se abrió de pronto y apareció mi yo en miniatura.

—Está aquí la pasma.

—¿Aquí dónde? ¿No te dije que esperaras en la calle?

—Eso hacía, listo. Pero ahora hay policía en la calle. Eso era lo que venía a decirte. Pensé que te interesaría saberlo. Han traído dos coches y ahora están hablando con la bibliotecaria en la acera de enfrente.

—Debe de haberlos llamado Maeve —pensé en voz alta.

Con gesto y voz provocadores, Floon preguntó:

—¿Vas a hacer que me arresten, McCabe?

—Antes preferiría que te rellenaran como a un pavo. Cállate de una vez. Tengo que pensar en una solución.

Los dos me observaban como si yo supiera lo que me hacía. Floon permanecía impassible, mientras que el crío parecía muy contento e ilusionado. No le había pedido que saliera de nuevo, lo que significaba que por ahora podía quedarse a ver qué pasaba a continuación.

A toda la velocidad que me permitía mi renqueante cabeza, intenté sopesar mis opciones. Si nos quedábamos en la biblioteca, Bill Pegg terminaría por asumir que se enfrentaba a algún tipo de escenario con rehenes y tomaría las medidas oportunas. Eso no presagiaba nada bueno. Quería mucho a Bill, pero sabía que tenía sueños de gloria, en su mayoría insatisfechos. Aquí se le presentaba la oportunidad de lucirse, lo que no tenía por qué ser nada bueno.

Lo más fácil sería salir de la biblioteca. Pero ambas alternativas desembocaban en lo mismo: horas desperdiciadas dando explicaciones e intentando aclarar esa situación estrambótica. No podía permitirme el lujo de malgastar mi tiempo.

—¿Y el sótano? —preguntó el crío, aunque no asimilé su pregunta hasta varios latidos después.

—¿Eh?

—El sótano. ¿Y si nos refugiamos allí colándonos por la puerta del sótano?

—¿Por qué íbamos a refugiarnos?

—¡Porque la pasma está ahí fuera, atontado! Dios, ¿es que quieres que te pillen o qué?

—¿Quién es este niño, McCabe?

—Mi hijo.

—¡Mentira!

—Bueno, algo por el estilo. ¿Cómo es que conoces el sótano?

—Porque sé muchas cosas sobre este sitio. Lo tengo muy explorado. Ese tío y yo encontramos la manera de colarnos abajo por una puerta de emergencia...

Aun con el cerebro chamuscado, recordaba a qué se refería el mocoso; recordaba haber forzado la cerradura de una de las puertas de abajo cuando tenía su edad. Al Salvato y yo. Pronuncié su nombre antes de pararme a pensar.

—Al Salvato.

El pequeño Fran asintió porque era evidente que se refería a él. Y tenía razón; podríamos cruzar esa puerta fácilmente y tras unos cuantos giros estratégicos a derecha e izquierda, estaríamos fuera del vecindario en cinco minutos.

—Eres un chico listo. Ya que se te ha ocurrido a ti la idea, ¿por qué no nos enseñas el camino?

—Vale.

Cogí a Floon del brazo y lo empujé delante de mí. No se resistió, e hizo bien, porque de lo contrario habría vuelto a golpearlo en la cabeza. Salimos de la sala de ordenadores, torcimos a la derecha en el pasillo y caminamos hasta llegar a una amplia escalera. El crío bajó los escalones de dos en dos. Los viejos fuimos más lentos, pero también llegamos al final.

El pequeño nos indicó que lo siguiéramos.

—Es esa puerta de ahí.

—¿A qué es avisado el pequeño, Floon? Si hasta va a sacarnos de aquí. No me extraña que yo sea tan listo, empecé de jovencito.

—¿De qué demonios me hablas, McCabe?

—Déjalo. Tú sigue al geniecillo.

Cuando me disponía a abrir la puerta, reparé en el último momento en un cartel de la pared que decía que era una salida de emergencia. Lo que implicaba que en cuanto se abriera sonaría una «señal audible». Supuse que haría referencia a algún tipo de horripilante batahola destinada a ahuyentar a los pillastres que intentaran birlar libros de la biblioteca. Ninguna horripilante batahola encajaba en mi plan de salir de allí de puntillas y escapar sin llamar la atención.

—¿Me permites una sugerencia? —Floon no esperó a que le diera permiso—. Cuando abras esa puerta se disparará una alarma electrónica. Por si acaso no has leído ese *Schild* de ahí.

—Se llama letrero, Floon, o cartel. No *Schild*. Ya sé que hay una alarma.

—Ya, en fin, seguro que si buscaras un poco encontrarías un cable que podrías desconectar.

Eso me hizo sospechar; sobre todo debido al tono sereno que empleaba.

—¿A ti qué más te da que salgamos o no?

—No quiero que me detengan. Hay muchas cosas que preferiría hacer antes que pudrirme entre rejas.

—No harás nada hasta que yo haya acabado contigo. Y luego te meteré yo mismo entre rejas.

El pequeño nos miró con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—Bueno, qué, ¿os vais a pasar todo el día de cháchara o vamos a salir de aquí? ¡Venga, andando!

Tardé cinco minutos en localizar el cable y, gracias a la navaja «Buck» de gruesa empuñadura marrón del muchacho, segundos en cortarlo. Después salimos y dejamos que la puerta se cerrara de golpe detrás de nosotros. Subimos una pequeña colina, cruzamos un estrecho riachuelo, volvimos la vista atrás y ya no estaba la biblioteca. Tampoco mi certidumbre sobre nuestro destino.

—Giremos a la derecha.

—¿Puedo preguntar adónde vamos? —Cada vez que Floon abría la boca sonaba pedante y divertido. Te daban ganas de cerrársela con un bate de béisbol.

—A casa de George.

—¿Por qué? ¡Pero si ya hemos estado! —Por vez primera su voz adquirió un tono fastidiado y remotamente humano.

El muchacho me dio un codazo en las costillas.

—¿Quién es George?

—Chaval, te agradezco mucho la ayuda prestada en la biblioteca. Pero si quieres seguir con nosotros, será mejor que dejes de hacer preguntas. Nada, ni una sola. Están pasando demasiadas cosas y tengo la cabeza congestionada. Tus preguntas no mejoran la situación. ¿*Capische*?

—Vale, *capische*.

—Bien. Pero te responderé por esta vez: vamos a la casa de un amigo mío. Se llama George y es muy listo. Quiero que me ayude a aclarar una cosa. ¿Entendido? Ese es el plan.

Atravesamos los patios y las callejuelas conocidas de Crane's View. Un niño pequeño guiando a dos hombres de mediana edad. A veces se lanzaba a patinar sonriendo para sí, abstraído en su propio mundo. Al verlo, intenté recordar fragmentos de ese mundo que yo había habitado una vez: caramelos rellenos de licor «Good and Plenty», literas en mi dormitorio, Early Wynn lanzando para los Cleveland Indians, la revista *Famous monsters of filmland*, los Beatles cantando «I wanna hold your hand», los Tres Secuaces en la tele. Seguí caminando, rememorando las deliciosas trivialidades que habían llenado esos días. Recuperé parte de aquello, pero eran tantas las cosas que había olvidado. Esa parte me entristeció mucho. Ojalá tuviera tiempo para sentarme con el niño y pedirle que me contara su vida, mi vida. Entonces podría conocerla de nuevo en detalle y conservar esos conocimientos

conmigo durante el poco tiempo que me quedaba.

A veces el pequeño parecía confuso porque la ciudad que había conocido hacía cuarenta años no era la misma que la de hoy en día. Las casas que conocía no estaban donde se suponía que debían estar. Había casas donde se suponía que no debía haberlas. La distribución era distinta. ¿Quiénes eran todos esos desconocidos? Nadie conoce una ciudad pequeña como los niños que la habitan. Viven en las calles, memorizan los residentes, los coches y lo que hay en los escaparates de las tiendas. Tienen poco más que hacer en verano, cuando no hay clase. Quedarse en casa aburridos o salir y deambular por la ciudad. Así que se apuestan junto a sus bicicletas y ven cómo suben los coches al elevador del taller para que les comprueben el aceite, o cómo entra y sale la gente de sus hogares. Los niños te pueden contar si hay un vecino nuevo en la comunidad antes que nadie. Cuántos hijos tienen, qué raza de perro, el color de sus muebles y si el marido chilla a la mujer.

Crane's View era la ciudad del pequeño Fran, al tiempo que *esa* ciudad no lo era. Aunque no parecía que lo molestaran los cambios que debía de ver por todas partes. Si se desorientaba se detenía, me miraba y esperaba instrucciones. Con Floon algunos pasos por delante, vigilaba sobre todo al chiquillo y me descubría sonriendo continuamente. Me gustaba su disposición a aceptar los cambios de escenario; cualquier cosa distinta a su propio mundo le parecía bien. La expresión de su rostro indicaba que estaba abierto a todo.

—¿McCabe? —Floon se volvió hacia mí.

Le di un empujón.

—Andando, capullo.

—Ya ando. ¿Por qué crees tú que nos han traído de vuelta aquí?

—Yo sé porqué estoy aquí, Caz. Tú estás por error. Eres una puta pifia.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han dicho los alienígenas.

—Menuda ayuda.

—A tu servicio.

Seguimos caminando, con el pequeño todavía por delante de nosotros.

—Oye, Caz, ¿sabes cómo se rema en una barca que surca un mar de madera?

—No podría importarme menos. Las preguntitas arcanas no me interesan.

—Con una cuchara.

Los dos miramos al niño.

—¿Una cuchara?

—Claro, porque los mares de madera no existen. Y si existieran sería algo absurdo, así que se podría remar en ellos con cualquier cosa, como una cuchara. A lo mejor ni siquiera es un mar de madera, sino de Madeira. ¿Qué más da? —Esbozó una sonrisilla resabiada—. Podría ser cualquier cosa.

—Dios, ni se me había ocurrido.

Floon alternó la mirada entre las dos versiones de mi yo.

—¿Ni se te había ocurrido el qué?

—Que pudiera ser un mar de Madeira y no de madera.

Floon frunció el ceño.

—Me retracto, McCabe. Ahora me creo que sea hijo tuyo. Lo cierto es que esa forma tan enrevesada de pensar que tenéis debe de ser cosa de familia.

—Enrevesada. Cómo dominas el vocabulario, Caz. ¿Te has estado empollando el diccionario?

El pequeño se situó a mi lado. Patinó unos cuantos pasos y luego, para mi sorpresa, me cogió de la mano. No sabía qué decir. Era una sensación extraña, pero también entrañable. Cogido de la mano contigo mismo, separado por cuarenta años de distancia.

—¿Qué quieres ser de mayor? —Ya conocía la respuesta, pero quería oírsele decir de todos modos. Quería revivir el sueño que había alimentado mi infancia.

Sacó pecho incluso antes de contestar.

—Quiero ser actor. Quiero salir en las pelis de monstruos. Ponerme el traje de monstruo, a lo mejor.

—¿En serio? ¿Has visto *El séptimo viaje de Simbad*? Es mi película preferida.

Me soltó la mano y dio un salto hacia un lado.

—¡Y la mía, y la mía! Es la mejor película del mundo. Lo que más me gusta es el cíclope que sale. Hice uno igualito de arcilla en clase de manualidades. —Levantó los brazos, crispó los dedos a modo de garras y rugió como un cíclope—. Esa parte en que Simbad le mete la antorcha en el ojo y se lo quema para que se quede ciego y tropiece y se caiga por el acantilado. ¿La recuerdas?

Asentí comprendiéndolo perfectamente.

—¿Cómo iba a olvidarla? Es la mejor. —¿Cuántas veces había visto esa escena, primero cuando tenía su edad sentado con mis amigos en la cuarta fila del Cine Embajada, y después cuando mi encantadora esposa me regaló una copia en vídeo por Navidad hacía algunos años? Cada vez que se enfadaba conmigo, Magda me llamaba «Sekourah», como el villano del film.

Cubrimos el resto del trayecto hasta la casa de George hablando de las películas que nos gustaban y de nuestras escenas preferidas de cada una. Era estupendo poder coincidir en absolutamente todo. Floon se hartó y preguntó fastidiado si nos importaría cambiar de tema. Al unísono, dichosos, respondimos: «¡No!» y seguimos caminando.

•

—¿Qué tipo de coche es ese?

Aparcado frente a la casa de George había un vehículo con tracción a las cuatro ruedas de aspecto muy futurista. Al principio pensé que sería un Jeep Cherokee o un Land Rover, pero todo en él era más curvo y aerodinámico que esos guerreros

suplentes de fin de semana. Parecía el típico coche megamolón que sale en los vídeos de la MTV.

Floon habló antes de que yo pudiera contestar a la pregunta del niño.

—Es un Isuzu «Vehicross». Un coche estupendo. Doscientos quince caballos, par motor con tracción a las cuatro ruedas. Tuve uno igualito cuando era joven. Mi primer coche nuevo. —Sonaba tan enamorado del coche que no me hubiera extrañado ver salir corazoncitos de su cabeza, como si fuese el personaje de una película de Disney.

—Pues a mí me parece feo con ganas. Parece un sapo plateado. ¿Puedes conducirlo en el agua? Es como uno de esos coches de las pelis de James Bond, que se pueden sacar de la carretera para ir por el agua.

Floon pareció ofenderse ante lo que para mí era una valoración ecuánime por parte del pequeño.

—No, no se puede conducir por el agua, por el amor de Dios. Pero sí te puedes salir de la carretera con él, aunque a veces es peligroso porque tiene un punto ciego en la trasera. Eso provocó mi accidente.

—¿Qué es un punto ciego?

Floon ignoró al chiquillo, sin dejar de sonreír al Isuzu como si fuera su hijo.

—Vaya por Dios, Caz, pero si estás sonriendo. No sabía que pudieras.

Acarició el techo del coche con una mano regordeta y le dio una palmadita afectuosa. Sonó más fuerte de lo normal porque a nuestro alrededor todo estaba en silencio.

—Ver esto me trae buenos recuerdos. Yo tenía veintinueve años y trabajaba para Pfizer. Recibí un aumento de sueldo y por aquel entonces no había nada en el mundo que quisiera más que uno de estos. Pensaba que si tenías un coche así eras el rey del mundo: serías tan guay que podrías comer leones para desayunar. ¿Recuerdas cuando un coche era capaz de colmar tus deseos, McCabe? Yo recuerdo perfectamente el día en que comprendí que me podía permitir uno... precisamente de este color. Pero esperé a propósito dos semanas antes de ir al concesionario. Era como estar delante de una tienda de chucherías con el bolsillo lleno de monedas. Lo retrasas todo lo posible para prolongar el placer de la expectación. Me había pasado meses estudiando ese catálogo. Había memorizado todos los detalles y requisitos específicos que quería para mi coche. Todavía recuerdo la mayoría hasta hoy. —Dejó de hablar. Se quedó mirando el coche, dejando que lo inundaran los buenos recuerdos.

Sin dejarse impresionar, el benjamín se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Sigo pensando que parece un sapo.

Floon empezó a dar vueltas alrededor del vehículo. Me tensé, sin saber qué se proponía.

—Solo hacía dos meses que tenía el coche cuando tropecé con alguien marcha atrás por culpa de ese ridículo punto ciego. Era un defecto de diseño verdaderamente estúpido. Le hice una abolladura justo... —Se agachó y su cabeza desapareció al otro

lado del coche. El silencio se intensificó y se quedó así. Al final el niño y yo nos miramos y rodeamos el vehículo a la vez para ver qué ocurría.

Floon se había acuclillado y se afanaba en pasar la mano adelante y atrás por un enorme desconchón en la parte izquierda de la defensa. Aunque no decía nada, seguía frotando despacio, deprisa, despacio... como si quisiera lijar esa sección con la palma de la mano.

—¿Qué haces, Floon? —pregunté con toda la amabilidad de que fui capaz, sin saber dónde demonios tendría la cabeza en esos momentos.

Cuando me miró sus ojos no contaban ninguna historia feliz.

—Esta es exactamente la misma abolladura. —Intentó incorporarse, torció el gesto, se detuvo. Apoyó una mano en los riñones y se enderezó mucho más despacio. Sin decir palabra arrastró los pies hacia la parte delantera del coche y abrió la puerta del conductor. Sorprendido por su calma y desfachatez, estuve a punto de ponerme en plan policía y decirle que no podía hacer eso, pero aquello era demasiado interesante. Decidí esperar y ver qué ocurría a continuación.

Floon se subió al coche. En vez de sentarse, se puso de rodillas encima del asiento del conductor y buscó algo en el suelo. Luego empezó a hablar solo. No una palabra ni dos, sino frases enteras. Cuando me acerqué lo bastante para escuchar lo que estaba diciendo no entendí nada porque hablaba en un idioma extranjero gutural. Parecía alemán, pero luego resultó ser holandés. Cada palabra sonaba como si estuviera carraspeando. Todo lo que decía me sonaba a murmullos preocupados; el tipo de conversación enfadada/inquieta que sostienes contigo mismo cuando no consigues encontrar las llaves y tienes mucha prisa.

—¡Telemann! ¡Ah! —De espaldas a mí, levantó un estuche para CD y lo esgrimió como si acabase de encontrar una prueba crucial. Caz lo soltó y siguió rebuscando por el suelo y debajo de los asientos.

—Floon...

—¡Espera!

Como soy un buen tipo le concedí algunos segundos más para que hiciera lo que fuese que estaba haciendo. Además, era interesante ver cómo hacía el chiflado.

Ya en inglés, dijo:

—¡Ja, aquí está! Lo sabía.

—¿Qué hace? —El benjamín se acercó y se puso de puntillas para ver mejor.

Puse la voz ronca e intenté imitar a Orson Welles.

—Mucho me temo que ese hombre ha perdido un tornillo.

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

—Tú espera. A ver qué hace ahora. —Apoyé la mano en el hombro del pequeño. Enseguida se la quitó de encima y se apartó de mí.

—¿Frannie? ¿Eres tú?

Levanté la cabeza y vi a George de pie en su porche al lado de un desconocido. Al principio no supe quién era el otro tipo. Pero luego me estalló la comprensión en

las narices como si fuese un cañón. Y entonces supe quién era. Vaya si lo supe. A punta estuve de echarme a reír.

—¡Ay madre! Esto, ¿Caz?

Seguía rebuscando y rezongando, negándose a darse la vuelta.

—¡Floon!

Eso le llamó la atención. Me lanzó una mirada furiosa por encima del hombro. Tenía algo en la mano, pero su cuerpo me impedía ver qué era. Daba igual, tenía prisa por decírselo y ver cómo reaccionaba.

—¿Qué quieres, McCabe? —Sus palabras sonaron demasiado altas; su voz rezumaba rabia y premura.

Lo apunté con un dedo como si fuese una pistola y contesté con el mismo encono:

—A mí no me hables así, pedazo de mierda. Mira hacia el porche. Tú mira. — Estiré el brazo de pronto en esa dirección. Lo que fuera con tal de conseguir que sus ojos apuntaran hacia allí.

—¿Qué dices?

—¡Que mires hacia el porche, Floon!

—No puedo. Tengo que...

—Vale, ya está bien. Sal del coche. Ven aquí... —Intenté agarrarlo, pero fue más rápido. Antes de darme cuenta, Caz de Floon tenía una pistola en la mano y me apuntaba con ella. ¿De dónde la había sacado? Casi no importaba porque enseguida iba a ver algo mucho más poderoso que una pistola.

—Apártate de mí, McCabe.

Retrocedí con los brazos en alto.

—Por favor, ¿quieres mirar hacia el porche?

Revolviéndose adelante y atrás, consiguió salir torpemente del coche. La pistola no dejaba de apuntarme al corazón en todo momento. Solo cuando volvió a estar de pie miró hacia donde yo le había dicho. El desconocido que estaba junto a George asistía al espectáculo con una especie de pasividad vagamente curiosa. Lo que sucedía era medianamente intrigante, pero no lo suficiente como para suscitar su interés.

Los dos hombres se miraron. Sin perderlos de vista, un escalofrío me recorrió la espalda porque, para mi asombro, sus expresiones no se alteraron en absoluto. El más joven parecía atento pero indiferente. El mayor estaba visiblemente cabreado.

—¿Es que no sabes quién es? ¡Por el amor de Dios, si hasta yo sé quién es! ¿Cómo no vas a reconocerlo, Floon?

—Claro que sé quién es. Lo supe nada más ver la abolladura del coche. Por eso buscaba en su interior. Sabía que este era mi coche. Siempre guardaba esta pistola debajo del asiento del conductor. La pegué ahí con cinta aislante el mismo día que me lo traje del concesionario.

George, seguido de un Caz de Floon de treinta y pico años, bajó lentamente los escalones del porche y se encaminó hacia nosotros. Ninguno de los Floon parecía

particularmente interesado en la presencia del otro. Su frialdad ante esta reunión me desconcertaba. Entonces comprendí que era unilateral porque el Floon joven no podía saber quién era aquel anciano canoso y armado. Porque si te miras al espejo e intentas imaginarte cómo serás dentro de treinta años, no creo que tu estimación se aproxime a la realidad. La mía sin duda no se aproximó cuando me vi en un espejo por primera vez en Viena.

Pero había una pieza del rompecabezas de Floon que yo desconocía y que iba a cambiarlo todo cuando se revelara.

El joven tenía la misma cabellera poblada (solo que de pelo castaño), la misma apostura de un oficial del ejército y las mismas manos rechonchas y fuertes. Pero lo que sentaba el parecido entre ambos fue el tono de su voz al hablar: era idéntico.

—¿Padre? ¿Qué haces tú aquí? —dijo Floon a Floon. El joven al viejo. El escenario era todo suyo; los demás solo éramos focos que se apagaban al dar comienzo su espectáculo.

El viejo Floon no dijo nada, sino que se limitó a observar intensamente a su yo más joven, como si intentara averiguar dónde quería ir a parar. Mantenía la pistola contra su costado, apuntándome. Vi que era una Walther PPK. Un arma peligrosa. Un hombre peligroso.

—Yo no soy tu padre.

Haciendo caso omiso de lo que acababa de decir el otro, el joven Floon avanzó y escupió:

—Prometiste que me dejarías solo dos años. Dos años, padre. Eso fue lo que acordamos. Pero no han pasado ni seis meses. ¿Por qué has venido? —Su voz estaba en ebullición. Si la hubiera derramado sobre alguien, lo habría escaldado. Contrastaba con la expresión de su semblante, que era vacua, indiferente y no decía nada.

—¡Yo no soy tu padre! ¿Es que no ves la diferencia?

—Veo el pacto que hicimos y que tú has incumplido, como siempre. Eres un hombre despreciable. ¿Lo sabías, padre? Mamá y tú sois dos personas despreciables. Haz el favor de apartarte de mi coche. —Miró al anciano de arriba abajo como si estuviera evaluando las características de una muchacha. Sus ojos se detuvieron al reparar en la pistola—. ¿De dónde has sacado eso?

El viejo Floon se miró la mano y luego volvió a encararse con el joven.

—¿De dónde la he sacado? De debajo del asiento del coche. Ya lo sabes.

—Me lo imaginaba. Te cuelas en mi coche y la coges sin pedir permiso. Mi coche, mi pistola... qué típico de ti. A eso me refería. Porque esa pistola no es tuya, padre. La compré yo. La compré con mi dinero, no con el tuyo. Nada de lo que tengo ahora viene de ti, nada en el mundo. Nada volverá a venir de ti.

—¡Ya lo sé! Recuerdo haberla comprado. ¡Uno de los mejores días de mi vida! —dijo el viejo Floon.

Entonces se hizo un silencio en el que podría haberse escuchado el golpe de un cuerpo contra el suelo, algo que esperaba que ocurriera de un momento a otro, si bien

no sabía el cuerpo de quién sería. La situación se había vuelto tan jodidamente extraña que mascaba lógica y hecho por igual como si de chicle «Juicy Gum» se tratara. Podría haber ocurrido cualquier cosa en ese momento. No me hubiera sorprendido nada. Floon me dispara. Floon dispara a Floon. Floon se rinde a Floon. Floon... Ya veis por dónde van los tiros.

—¡Mira mis manos, por el amor de Dios! Mira qué rechonchas son. ¿No recuerdas sus manos? —Con la pistola colgando de un índice, el viejo Floon levantó las dos manos como si se rindiera a nosotros—. ¿Esos dedos tan largos? ¿Los que me metía en la oreja cuando hacía algo mal? ¿No te acuerdas?

El joven no parecía impresionado. Con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados, meneó la cabeza.

—Tienes las mismas manos que yo, padre. ¿A qué viene esa mentira? ¿Qué te ha dado?

—¿Que qué me ha dado? —explotó el viejo Floon—. ¡Loque me ha dado es que no soy tu padre! ¡Él tenía las manos delgadas! ¡Y cuando hacía algo mal me atacaba con ellas! Oh sí, oh sí. Me metía esos dedos horribles en la oreja. Decía: «*Mi hijo no puede hacer esas cosas. Mi hijo no*». «¡Ahora vivimos en Amér-i-ca! Así que habla como los amer-i-canos». Una vez a la semana, más, a veces cinco veces a la semana, encontraba algún motivo para torturarme con esas manos espantosas, con esos dedos como lápices. —Con voz enloquecida, los ojos del viejo Floon seguían en su cara, pero al mismo tiempo estaban en algún lugar muy lejano—. Mírame las manos, cretino. Son como guantes de béisbol. ¿De verdad se parecen en algo a las tuyas?

Al ver que seguía sin conseguir respuesta, el anciano se enfadó todavía más. Agarró al pequeño Frannie del brazo y lo arrimó a él de un tirón. El niño gruñó e intentó escabullirse, pero era imposible. El viejo Floon guardó la pistola bajo la cintura de sus pantalones para tener libre la otra mano.

Cuando habló a continuación su voz sonaba completamente distinta; poseía un fuerte acento gutural y pronunciaba las palabras despacio, de modo que tenían más peso y exotismo cuando las escuchabas. Sonaba como Henry Kissinger.

—Los héroes comen leones para desayunar. —Hundió el dedo índice en la oreja del pequeño, con tanta fuerza que el rostro del pobre niño se congestionó al tiempo que profería un chillido enervante como el aullido de un gato.

»¿Quieres ser un héroe o el chico de los recados? ¿O planchar las camisas de otro hombre? Ese sería un trabajo adecuado para mi hijo, planchar las camisas de otro hombre. —Otro dedo clavado en la oreja, otro grito estrangulado.

George, el joven Floon y yo vimos cómo aquel lunático desataba sobre un niño pequeño el rencor que había acumulado a lo largo de cincuenta años. Era tan estrafalario y desquiciado que pasaron demasiados momentos sin que hiciéramos nada porque los tres estábamos hipnotizados por la brutalidad y el impacto de la escena. ¿Qué hay más interesante que un accidente de tráfico la primera vez que ves uno? ¿Por qué crees que se producen colas de coches de varios kilómetros? Todos

esos ojos quieren ver lo que queda. Un accidente de tráfico o una mala noticia ajena, una persona que pierde los nervios en público... porque todo eso son distintas formas de muerte en acción, amigos. Échate a un lado y mira cómo muerde la vida... a otro.

—¡Suéltame! —El pequeño bregaba como un potro salvaje, contorsionándose en todas direcciones, pero no había escapatoria. Imposible.

Apoyada contra una pared de la casa a escasos metros de distancia había una barra de metal larga y bastante pesada. En el porche había un disco negro de plástico del que colgaban varios cables de distintos colores. Este ingenio debía izarse sobre la pértiga. Si se hacía correctamente y se efectuaban los ajustes precisos, el resultado sería una antena de televisión. Días atrás, George estaba sentado en su tejado, imaginándose que era esa misma antena para poder redactar un manual de instrucciones con los pasos necesarios para montarla.

Había visto antes la pértiga, pero con toda la acción que estaba teniendo lugar no me había dado tiempo a procesar la información. El viejo Floon observaba con interés mientras el niño pataleaba y brincaba frenético en su presa. Mientras estaba distraído, el joven Floon se acercó a la casa, cogió la barra y, sin perder ni un segundo, la lanzó con todas sus fuerzas contra la cabeza del anciano.

El sonido del metal contra el cráneo fue una mezcla de «clong» y «thunk». Fue un ruido hondo, sordo, no alto, pero sí vívido. Un sonido así se recuerda aunque no sepas qué lo causó. Tras el impacto, la pértiga temblaba con tanta violencia entre sus manos que parecía que estuviera viva. Mis ojos recorrieron la barra estremecida en toda su longitud hasta llegar a los ojos del joven Floon. Seguían luciendo vacuos, desprovistos de todo pero vivos. Eso era todo; no mostraban nada más. Por lo que sabía, acababa de aplastarle la cabeza a su padre con una barra de hierro de metro y medio de longitud, pero su rostro no reflejaba emoción alguna.

El viejo Floon se cayó a la izquierda, el pequeño Frannie a la derecha. Estaba esforzándose tan desesperadamente por liberarse que cuando el anciano lo soltó, estuvo a merced de la fuerza de gravedad. Se separaron como una espoleta al partirse. En cuando el crío tocó el suelo se alejó gateando sin perder tiempo, sin saber qué había ocurrido, conocedor únicamente del hecho físico de que volvía a ser libre y no pensaba dejarse capturar de nuevo. Mientras huía gritaba: «¡Capullo! ¡Capullo!», con voz atiplada de niño pequeño dolido. Era un espectáculo extraño; él escabulléndose a cuatro patas, gritando esa palabra una y otra vez a un anciano tendido de espaldas cuyo calor corporal comenzaba a disminuir.

Miré a los demás y al final me agaché para tomarle el pulso. Nada. De todos modos, la cabeza de Floon hablaba por sí sola incluso antes de que le palpara el cuello. Bastaba un vistazo para que cualquiera se diese cuenta, porque lo que había sido la sien del hombre ahora era una mezcla de masa de pan sin hornear y copos de avena sanguinolentos.

Volví la vista hacia su asesino.

—Corre a casa, amigo. Has dejado tieso a este tío.

Enarcando apenas las cejas, el joven Floon tiró la pértiga metálica al suelo. Aterrizó con estrépito y rodó lejos de él. Creo que todos nos quedamos mirándola un momento hasta que se detuvo. Allí abandonada, de repente poseía una personalidad completamente nueva. En un minuto y medio había pasado de simple sujeción de antena a arma homicida.

## Piloto de sueños

Poco menos que todo lo que aconteció a continuación fue extraño, pero lo más extraño de todo fue lo que pasó justo después de que Floon matara a Floon. Sin dilación, los tres nos pusimos manos a la obra, con el chiquillo como observador.

Me dirigí al coche e indiqué al joven Floon que abriera la puerta del maletero. Así lo hizo y, en cuanto se levantó, volvimos en busca del cadáver. Miré a George y me limité a decir:

—Coge una de esas Baggies grandes. —Entró en la casa y salió de nuevo instantes después (seguido de Chuck, el perro salchicha) con una caja de gigantescas bolsas de basura tamaño industrial que utilizaba cuando talaba las ramas de su manzano. Se acercó a la parte posterior del vehículo, sacó varias de ellas y rápidamente cubrió el fondo del maletero. Ni una sola vez miré para ver si algún vecino era testigo de nuestras actividades en los últimos diez minutos, ni siquiera si nos observaba alguien ahora.

Levantamos el cuerpo, lo introducimos torpemente en otra lustrosa bolsa negra y lo subimos al maletero. Su plástico aterrizó encima del otro plástico con un topetazo y gran estrépito de arrugas mientras lo empujábamos y apretujábamos contra una esquina. Luego puse el arma homicida al lado de la bolsa. Era evidente que también había que hacerla desaparecer.

Una vez hecho eso, extendí la mano pidiendo las llaves del coche. Aquello no admitía discusión: conduciría yo. Floon me las entregó sin rechistar. Los cuatro (y el perro) subimos a su flamante Isuzu y nos fuimos de allí.

Cruzamos la ciudad en silencio. De vez en cuando miraba a mi alrededor, recordando cuán distinto parecía aquel sitio esa mañana cuando era el Crane's View de hacía treinta años. Por lo poco que podía ver sentado al volante, la tripulación del Potaje de Ratas lo había vuelto a colocar todo en su debido lugar. Pero claro, tampoco iba a pararme para comprobar los detalles, con el cargamento tan serio que transportábamos.

George y Floon se sentaron en el asiento de atrás y el muchacho delante conmigo. Nuestro silencio se prolongó hasta que nos dimos cuenta de que, eh, no teníamos ni puta idea de adónde íbamos. Eché un vistazo al retrovisor y escudriñé a mis pasajeros para ver si ellos parecían menos confusos que yo. Los dos miraban por las ventanillas con las manos recogidas sobre el regazo.

—Eh.

Parpadeé y miré al niño.

—¿Y tú qué quieres?

Resulta que sostenía en la mano la famosa pluma, haciéndola girar entre sus dedos, jugando como jugaría cualquiera con una pluma en la mano.

—¿De dónde has sacado eso?

Sin abrir la boca, torció la cabeza sobre el hombro.

—¿Qué? ¿Qué significa eso?

—Se la cogí a él. A ese tío. El tío de la bolsa.

—¿Cómo?

—La cogí, sin más. —De pronto había dejado de ser una cotorra para convertirse en don Lacónico.

—Dámela.

No me la dio. Mirándolo a la cara, chasqué los dedos debajo de sus narices.

—Que me la des.

Me la entregó con un suspiro dramático.

—Ese imbécil asqueroso me hizo daño en la oreja. Todavía me duele.

—Seguro que sí. —De un vistazo al retrovisor comprobé que Floon me estaba observando. Estiré el brazo hacia atrás y le indiqué que cogiera la pluma—. Te hará falta esto.

La tomó, la miró por encima, no dijo nada.

—También tienes sangre en la mejilla, así que convendría que te la limpiaras. Ahora escucha, Floon, hay algo increíblemente importante en esa pluma, pero no me preguntes qué es porque no lo sé. Esa cosa no es lo que parece, ni siquiera es de un pájaro. Es algo completamente *diferente*. Lo entenderás cuando la examines en tu laboratorio o lo que sea. Esa pluma va a desempeñar un papel crucial en lo que hagas con el resto de tu vida, así que cuídala bien.

—Frannie, ¿cómo sabes todo eso?

—Lo sé, George, así que déjame hablar y no me interrumpas. Luego, si tienes algo de dinero, compra acciones de una empresa llamada SeeReal...

—¿Cereal?

—No, see — real. *See* de ver en inglés y *real* de auténtico. Las dos palabras van juntas: SeeReal. La abreviatura se lee S-E-E-R. Compra acciones de esa empresa en cuanto puedas y sé generoso—. Me esforcé por recordar qué más me había dicho el viejo Floon esa mañana en la biblioteca, pero no se me ocurría nada. Hasta más tarde no me acordé de las «cianobacterias tancréticas» y la fusión fría, pero para ese entonces los dos hombres ya se habían alejado rumbo a sus próximos treinta años.

—¿Qué vamos a hacer, Frannie? —George aupó a Chuck en su regazo. Hasta ese chuchobobo debía de intuir que allí se fraguaba algo grave porque no daba saltitos como tenía por costumbre, intentando besar a todo el mundo.

—Vamos a mi casa a buscar una pala. Luego iremos al bosque que hay detrás de la casa de los Tyndall y enterraremos el cadáver. A no ser que tengas un plan mejor.

—Podría encontrarlo alguien. El bosque no es tan grande.

—Cierto, George, pero la alternativa sería seguir dando vueltas hasta que se acabe la gasolina mientras intentamos decidir qué hacer con nuestro cadáver. Luego podríamos repostar en CITGO, esperar que nadie se fije en lo que llevamos atrás y conducir otro poco. ¿Te parece mejor ese plan, o tienes otro en mente?

Silencio.

—De acuerdo. Yo digo que sigamos con mi plan, esperemos que no nos abandone la suerte y que nadie nos vea.

—¿Por qué haces esto, Frannie? Si nos descubren iremos a la cárcel. Nos meteremos todos en un lío tremendo. ¡Eres el jefe de policía!

—¿Lo es? —balbució Floon, con voz más atiplada de lo normal.

—Lo hago porque ya no me queda tiempo, George. Eso es lo único que sé a ciencia cierta ahora mismo. Tenemos que librarnos de él sin que nadie se entere de lo que acaba de pasar. Por favor, no me pides que te lo explique: así están las cosas. No me queda tiempo para preocuparme de qué más hacer con este cadáver. Tenemos que enterrarlo y Floon tiene que largarse de aquí. Puede que me equivoque, pero tengo que fiarme de mi instinto. Hay otros asuntos mucho más importantes.

—¿Más importantes que *esto*, Frannie?

—Mucho más, créeme.

Los pasajeros de atrás intercambiaron miradas.

—Floon, ¿cómo es que estabas en casa de George justo ahora?

—Porque he inventado una cosa y necesito que el mejor profesional del ramo redacte las instrucciones.

Descargué una palmada sobre el volante para enfatizar mis palabras sin perder de vista a George en el espejo.

—O sea, que *hoy* se presenta en tu casa como caído del cielo, esta mañana, para preguntarte si quieres trabajar con él.

—No exactamente. Me llamó ayer para decirme que estaba en Nueva York y preguntarme si nos podíamos ver.

—Sigue siendo demasiada casualidad. Todo esto no puede ser pura chiripa.

—¿Qué no puede ser?

—No puede ser por casualidad que el señor Floon aquí presente te estuviera visitando *hoy* al mismo tiempo que yo iba a tu casa con *él*. —Señalé con un pulgar por encima del hombro, asumiendo que todo el mundo sabía a quién me estaba refiriendo.

Una llamarada de dolor estalló en el interior de mi frente, obligándome a cerrar los ojos casi por completo. Se alojó en la parte posterior de mi cabeza donde, durante unos segundos interminables, titiló como un cartel de neón cegador. Cesó. Pero comprendí que lo mejor sería que dejara de conducir porque si sufría un ataque de los fuertes cabía la posibilidad de que condujera ese llamativo coche nuevo contra la sala de estar de alguien y resolviera así todos nuestros problemas.

Cuando aparqué delante de nuestra casa, salía música a todo volumen de una ventana abierta en el piso de arriba. El cuarto de Pauline. Me pregunté si George la habría traído a casa desde el hospital antes de reunirse con Floon. A pesar de todo, tuve que sonreír. Un día estival amarillo y verde. Atronadora música techno saliendo del dormitorio de una adolescente. ¿Qué podría ser más normal y tranquilizador que esa escena? Su madre estaba ingresada en el hospital pero a esas alturas ya se habría

repuesto. No había de qué preocuparse. Magda volvería pronto a casa.

Me quedé en la acera contemplando la casa, enamorado de lo que veía. Sabía que tenía que ponerme en marcha, pero dadme tan solo otro minuto para mirar y recordar, solo uno más. Qué feliz había sido allí. Qué no habría dado por pasar el resto de mi vida conociendo a esas mujeres un día tras otro, envejeciendo, viendo cómo crecía Pauline a una vida válida, interesante y propia. Quizá si hubiese tenido más tiempo habría podido profundizar un poco en lo que impulsaba mi vida. Tal vez no, pero no me habría importado siempre y cuando pudiera vivirla aquí, cerca de estas personas, en esta ciudad que entrañaba. Lo que estaba a punto de sucederme daba igual, no tenía motivos para quejarme.

Sentí la tentación de correr a la planta alta y ver qué hacía Pauline, asegurarle que todo iba a salir bien. Pero no tenía tiempo. Tampoco quería que viese el coche de Floon y me preguntara qué estaba pasando.

En vez de eso fui al garaje en busca de la pala. Allí estaba aparcado mi vehículo, lo que me recordó el hallazgo de Vertuoso resucitado en su maletero la otra noche. Lo que me recordó la bonita conversación con Pauline en el coche, sobre lo que quería hacer en la vida. Más y más, ese lugar polvoriento no dejaba de recordarme una cosa tras otra, agudizando mi nostalgia por la vida que se me acababa.

Registré el atiborrado garaje en busca de la herramienta que ya había empleado para enterrar a mi padre y a un perro de trescientos años de edad (dos veces). La descubrí apoyada al lado de un rastrillo contra una pared del fondo. Junto a ellas había una ventana que daba a la calle. Mientras cogía la pala me asomé a la ventana y vi un coche de policía que cruzaba la calle. Se detuvo casi enfrente del vehículo de Floon.

Era evidente que la poli terminaría presentándose aquí cuando descubrieran que yo no estaba retenido como rehén en la biblioteca municipal (a manos de un hombre que acababa de asesinarse a sí mismo y cuyo cadáver yacía en ese coche que estaba aparcado enfrente del de los agentes). La situación era tan surrealista que podría haber tenido su gracia, pero ya era demasiado tarde para eso.

Se aparearon del coche patrulla Adele Kastberg y Brett Rudin. Me alegré de verlos, porque los dos eran unos mentecatos. Me hubiera preocupado mucho más si fuese Bill Pegg el que estuviese ahora ante mi puerta. Esos dos pies planos se dirigieron a nuestro camino de entrada, pero llegó un momento en que los perdí de vista por culpa de mi limitada vista. Sonó el timbre con su familiar ding-dong. De manera inconsciente me encontré imitando esos sonidos en silencio —ding-dong— solo para poder oírlos otra vez y memorizar un poco más lo que pronto habría desaparecido. Los tres esperamos a que alguien abriera la puerta. Cuando no vino nadie pulsaron el timbre de nuevo. Pauline tenía la música a todo gas. La oía a través de las paredes del garaje. ¿Escucharía ella el timbre parapetada tras el muro de sonido de su cuarto? Cerré los ojos y deseé que bajara a abrir la puerta. En mitad de mi plegaria, oí cómo arrancaba un motor. Abrí los ojos y vi la parte trasera del coche de Floon, que se

incorporaba despacio a la carretera.

—¿Adónde demonios van? ¡Será una broma! —Me mordí la mano. Dolía, pero algo tenía que hacer para dar rienda suelta a mi frustración.

Dos polis ineptos plantados ante la puerta de mi casa y yo atrapado en mi propio garaje. Y aunque pudiera escapar, ¿qué se suponía que iba a hacer ahora que el coche con las pruebas acababa de irse? ¿Adónde iban? ¿Qué pensaban que estaban haciendo? Lo cierto era que sabía lo que estaban haciendo y tenía todo el sentido del mundo: querían largarse de allí porque llevaban un cadáver en el maletero. Pero, ¿qué demonios debía hacer yo mientras tanto, esperar allí con la pala hasta que se les ocurriera volver o me estallara la cabeza?

Por suerte, la proverbial fuerza policial vino en mi ayuda. Conociendo a la agente Adele y sus diplomáticos modales, seguramente fue ella la que empezó a aporrear la puerta de entrada con tanto ímpetu que debieron de oírla por toda la manzana. Esa era la forma que tenía Adele de desempeñar su labor, pero por vez primera en todos los años que llevábamos trabajando juntos, me alegré de que así fuera.

El Isuzu se perdió completamente de vista en el preciso instante en que paró la música. Transcurrió otro momento, pero luego oí la voz de Pauline, seguida de otras. Me sentí tan aliviado que saqué la lengua y bizqueé. Los tres conversaron un momento, aunque no pude escuchar sus palabras. Después oí cómo se cerraba la puerta principal. Supuse que habrían entrado todos en la casa. Lo que significaba que tenía muy poco tiempo para escapar antes de que volvieran a salir. Miré a mi alrededor en el garaje en busca de algo, aparte del escandaloso y obvio coche, que pudiera sacarme de allí deprisa y sin hacer ruido.

A comienzos del verano Magda se dejó inspirar por algún artículo insustancial sobre *fitness* que había leído y se compró una bicicleta de montaña. Pauline y yo nos quedamos de piedra. Como cabía esperar, mi esposa debió de montar en ella unas tres veces antes de decidir que lo suyo no eran los muslos robustos y las axilas empapadas de sudor. En cuanto me enseñó la bicicleta la bauticé «Hojalata» por su color tan ridículo, mezcla de oro falso y rosa metalizado.

Detesto las bicicletas y el ciclismo. Te destrozan el culo y te hacen jadear sin motivo. Además, las bicis también son muy peligrosas y provocan numerosos accidentes de tráfico. Para colmo de males, quienes las utilizan son personas invariablemente santurronas en un montón de aspectos: la ecología, la buena forma física o sus pulsaciones por minuto en reposo. No te jode; cuando quiera que se me acelere el pulso echaré un polvo.

Así que figuraos, menuda humillación: ahí tenéis al jefe de policía McCabe pedaleando furiosamente calle abajo como un puto chiflado montado en su monísima bicicleta rosa. ¿No será una sucia pala lo que lleva atravesado encima del manillar? Claro que sí. ¿Pero es que no se da cuenta ese hombre de que a las ruedas les falta tanto aire que casi va en llanta?

La bicicleta era pequeña y, como no había ajustado la altura del sillín antes de

lanzarme a la aventura, las rodillas me daban casi en el pecho a cada pedalada, multiplicando por diez la incomodidad y la ridiculez de la experiencia.

¡Siga a ese Isuzu! Pero, ¿cómo, si me sacaba cinco minutos y doscientos caballos de ventaja? Cruza una calle por aquí, cruza otra por allá. Buscando el coche por todas partes, con la pala resbalando en el manillar y a punto de caerse en media decena de ocasiones.

Pasando por delante de demasiadas personas conocidas, intentando no llamar la atención en la medida de lo posible. Fracasando miserablemente.

—Guau, jefe. ¡Bonita bici! —Sonrisilla.

—Eh, Fran, ¿nos ha dado por el deporte? —Risotada.

O simples sonrisas y risas normales cuando esas personas —amigos y vecinos— veían pasar a un cretino con las rodillas en las orejas y las llantas en el suelo.

Me pareció ver su coche torciendo a la izquierda en la intersección de Broadway con la calle April, aunque lo más seguro es que fuesen imaginaciones mías. Seguía intentando adivinar adónde podrían ir. De pronto se me calló la pala y, al tiempo que frenaba en seco, la oí repiquetear y rodar por la calzada. La recogí y seguí mi camino. George debía de conducir ahora porque conocía Crane's View. Pero, ¿adónde iría mi amigo? Si estuviera redactando las instrucciones para salir de aquel atolladero, ¿qué diría?

Pedalea, pedalea, pedalea: pedaleando por toda la ciudad me imaginaba la música de *El mago de Oz*, cuando la señorita Gulch se aleja en su bicicleta con el perro Totó cautivo. Pedalea, pedalea, pedalea: sin duda no era así como pensaba que serían mis últimos días sobre la faz de la Tierra.

Estaba en una forma física lamentable; mis pulmones de fumador chillaban pidiendo auxilio, me sentía como si de un momento a otro se me pudiera colapsar el organismo. El número de posibles lugares a los que podrían haber ido era demasiado grande. Tenía que tomar una decisión enseguida y acatarla antes de que mi cuerpo se desintegrara.

—Vale, al bosque. Vamos al bosque. —Y eso hice. Giré a la izquierda en Mobile Lane y tomé un atajo a la casa de los Tyndall que no usaba desde hacía cuarenta años. Ahora que sabía cuál era mi destino me sentía mejor mentalmente, que no físicamente. Cuando Magda intentaba venderme las excelencias de su nuevo régimen de ejercicios me contó que montar en bicicleta solo quedaba por detrás de la natación en cuanto a entrenamiento aeróbico total. Yo le dije que ajá y seguí leyendo el periódico. Ahora, a mi pesar, sabía a qué se refería. Estaba sudando, jadeando y blasfemando todo a la vez. Fallo del sistema simultáneo por todos los frentes. ¿También eso era aeróbico? Y ese bosque que hacía detrás de la casa de Lionell Tyndall de repente parecía estar *mucho* más lejos de lo que recordaba. Claro que había mucho tiempo que no iba a pie a esa parte de Crane's View, ni pisando más pedales que el del acelerador de mi coche. Los fanáticos del deporte afirman que se veía más del paisaje si vas caminando o en bicicleta. Pero lo único que veía en esos

momentos era cómo aumentaban mi rabia y frustración al intentar que Hojalata avanzara a algo más rápido que un paso de tortuga.

Cuando pensaba que las cosas ya no podían ir peor, oí el sonido de una sirena que se aproximaba deprisa por detrás de mí. Por un angustioso momento me sentí como cuando era joven y siempre tenía problemas con la ley: lo único que se me ocurría era CORRE, lárgate de aquí. ¡Que no te pillen! Llegué a considerar incluso la posibilidad de saltar de la bicicleta y correr a cubierto. Pero si fuese yo el poli que iba en ese coche y viera eso, me preguntaría, caray, ¿por qué habrá salido corriendo el tipo ese de la bici rosa? De modo que en vez de huir, agaché la cabeza todo lo que pude y seguí pedaleando valientemente esperando que los dioses, o aunque fueran los muchachos del Potaje de Ratas, me ayudaran a salir con bien de esa.

Supongo que alguien escuchó mis plegarias, porque el coche patrulla pasó por mi lado demasiado rápido y recto carretera abajo. Seguro que quienquiera que estuviese conduciendo se lo estaba pasando tan bien jugando con la sirena y la imprudencia al volante que ni siquiera echó un vistazo al esforzado ciclista cabizbajo. Lo que me dio algo más en lo que pensar/preocuparme al dar los últimos giros a derecha e izquierda: ¿adónde *iba* ese coche con tanta prisa? La política del departamento dictaba que no se sobrepasara el límite de velocidad en el casco urbano a menos que hubiera serios problemas en alguna parte. ¿Qué nueva complicación o calamidad acababa de producirse?

Por suerte allí estaba la casona de Tyndall e inmediatamente detrás el acueducto que formaba parte del atajo al bosque si ibas a pie o en bici. Por primera vez desde que saliera de mi casa me alegré de ir sobre ruedas. Cinco minutos más y llegaría a la carretera que conducía al bosque. Si allí no encontraba ni rastro de George no sabría qué hacer a continuación.

No había ni rastro de George. Cogí la carretera de todos modos y me adentré en la arboleda. Afortunadamente era un largo tramo llano porque mis piernas ya no daban para más. Si hubiese tenido por delante una cuesta empinada, me habría apeado de la bicicleta, habría dado media vuelta y la habría arrastrado hasta casa, al cuerno con las consecuencias.

Avancé despacio, sin ver nada, más preocupado y decepcionado a cada pedalada. Así y todo, cuando llegué al final del bosque di media vuelta y desanduve lo andado, escudriñando con la misma intensidad de antes. El instinto de un poli viejo es duro de pelar. Mirando a uno y a otro lado de la carretera ensombrecida y luego entre los árboles en busca de cualquier indicio, cualquier pista que me dijera que habían ido allí para enterrar el cadáver. Pero, ¿cómo iban a hacerlo si no tenían una pala?

—Maldita sea, George, ¿por qué no hiciste lo que te dije? Era la forma más sencilla de salir de este embrollo. —Lo que sabía que no era del todo cierto, pero sentaba bien decírselo a nadie más que los árboles y Hojalata.

Los coches pasaban volando a mi lado. Pedaleaba/porfiaba tan cerca de la orilla como me era posible. No quería que me vieran pero, ¿cómo evitarlo cuando estás en

mitad de ninguna parte subido en una bicicleta rosa? Ni una sola vez se me pasó por mi atribulada cabeza que los muchachos del Isuzu viajaban en un vehículo con tracción a las cuatro ruedas lo que —¡ergo!— significaba que bien pudieran haberse salido de la carretera.

Poco antes de rendirme, cuando ya empezaba a pensar en mi próximo movimiento, miré a un lado de la carretera y vi al pequeño Frannie emergiendo de un oscuro macizo de pinos. También él me vio a mí, pero no aparentó la menor sorpresa. Con las manos hundidas en sus bolsillos caquis, no parecía contento. Me acerqué a él despacio y apoyé un pie en el suelo para frenar.

—Eh.

—Eh. —Se negaba a mirarme—. Qué bici más chula. Lástima que sea rosa.

Por un ridículo segundo sentí vergüenza y la necesidad de dar explicaciones.

—Bueno, es que no es mía. Es de mi esposa. ¿Dónde están los demás?

—Ahí, entre los árboles. —Su voz sonaba baja y triste. Suspiró profundamente al acabar la frase.

—¿Cómo es que estás tú aquí?

Mirando al suelo, musitó:

—Me dijeron que me fuera a casa.

—¿Puedes enseñarme dónde están? —Procuré no mostrar impaciencia. Si lo cabreaba ahora estaría en un buen lío.

Se animó de inmediato; un adulto lo invitaba a volver a la acción.

—¡Claro, te lo enseño! ¿Vas a traer la bici? ¿Cómo es que tiene las ruedas tan grandes?

Cuando yo tenía su edad no existían las bicicletas de montaña, de modo que comprendía su curiosidad.

—Así se lleva mejor; sobre todo por el bosque, con rocas y eso. Sube; iremos en ella y podrás enseñarme dónde están. Luego la puedes coger para dar una vuelta si quieres.

Se montó de un salto, gritando encantado.

—¡Tú conduces y yo seré el Piloto de Sueños! Te diré dónde hay que ir.

—Muy bien, Piloto de Sueños. Sujeta la pala.

No los vi antes porque se habían adentrado en el bosque y habían bajado por una pequeña quebrada invisible desde la carretera. Cuando llegamos al coche de Floon no había nadie cerca, pero el cadáver seguía estando en el maletero. No era una buena señal.

—¿Dónde están? Apoyé la bicicleta en un árbol y describí un círculo completo, pero no vi nada.

El niño miró también.

—Estaban buscando un sitio donde enterrarlo antes; en algún lugar debajo de los árboles. Pero no quisieron que los acompañara. El Floon ese me llamó pequeño meoncete.

Instintivamente le acaricié la cabeza y a punto estuve de decir que a su edad yo era mucho más que un pequeño meoncete. Pero me contuve e intenté sonar conciliador.

—¡Eh, menudo cumplido! Yo soy un gran meoncete y estoy orgulloso de ello, pero es que yo soy mayor que tú. Dame la pala. ¿Quieres dar una vuelta en bici ahora?

Meneó la cabeza.

—No, quiero ir contigo.

—Vale, vamos. Dejaremos aquí la bici e iremos a buscarlos.

Caminamos durante varios minutos, pero no encontramos ni oímos nada. El bosque era fragante, lleno de hojas y sombras fluctuantes. El otoño estaba a la vuelta de la esquina y los olores cambiarían, se tornarían más densos, penetrantes, las cosas morirían, caerían, taparían el lecho del bosque y se pudrirían. Madera vieja, hojas viejas, después nevaría y los oscuros colores finales del invierno se cubrirían de blanco.

Nunca lo vería. La idea era insoportable. Intenté alejarla de mi mente con todas mis fuerzas. Seguimos caminando, deteniéndonos de vez en cuando por si oíamos algo.

—¿Quién eres? —me preguntó el pequeño.

Vacilé, sonreí.

—Soy tú, de mayor.

Estudió el suelo y caviló sobre aquello.

—Pero, ¿cómo es que estamos los dos aquí al mismo tiempo?

—No lo sé. Ha pasado sin más. No te lo puedo explicar. Será cosa de magia.

—Vale. —Se meció sobre los talones, vio algo en el suelo, se agachó para recoger un palo de aspecto interesante que estaba apoyado en una piedra. Su voz sonaba serena y razonable cuando habló. Como si lo que le acababa de decir no tuviera mayor importancia.

—Sabía que éramos parientes o algo así, pero no estaba seguro. ¿De verdad eres yo de mayor?

—Sí. Soy tú con cuarenta y ocho años.

—Qué viejo. Pero tienes buena pinta. ¿Todavía tienes pene? Eso me dejó clavado en el sitio.

—¿Pene? Bueno, claro. ¿Por qué no iba a tenerlo?

—Marvin Bruce me ha dicho que el pene se mete dentro del cuerpo cuando cumples los cuarenta.

La mera mención de ese nombre y el recuerdo de aquella rata de alcantarilla escuchimizada, mocosa y de dientes amarillos me puso el vello de punta. Pecando de inflexible tal vez, respondí:

—Marvin Bruce se saca los mocos y se los *come*. ¿Cómo vas a fiarte de ese tío?

—¿Conoces a Marvin?

—Claro. Es un capullo. Seguramente creció y se convirtió en Kenneth Starr.

—¿Ese quién es?

—No importa. En marcha.

Los encontramos tan dentro del bosque como se podía llegar. Los dos estaban sentados en el suelo, con la mirada perdida en la distancia. Chuck yacía dormido encima del pie izquierdo de Floon. Solo George levantó despacio la cabeza cuando nos acercamos. La expresión de su rostro indicaba que intentaba retraer su mente de un lugar muy lejano y tenía problemas para conseguirlo. Quizá por eso no pareciera sorprendido de verme.

—Frannie. Aquí estás. ¿Te encuentras bien? Estás muy pálido.

—Estoy bien. ¿Qué hacéis ahí sentados? Hay un cadáver en el maletero de ese coche. No podéis dejarlo ahí sin más.

—Íbamos ahora a por él. Nos paramos a descansar y Caz empezó a explicarme los detalles de su proyecto. Es absolutamente asombroso. No te puedes ni imaginar las ramificaciones de lo que se propone.

—Me fío de tu palabra. En pie, George. Tenemos que ponernos a cavar y dejar de perder el tiempo. ¿Todavía no habéis encontrado un sitio?

El pequeño deambulaba por los alrededores, clavando su palo en el suelo.

—Cualquier sitio de por aquí valdrá, Frannie. No te puedes alejar más de la carretera. Tendremos que excavar muy hondo, eso sí, para que no lo desentierren los animales cuando nos vayamos.

Hundí la pala en la tierra. Tropezó ruidosamente con la raíz de un árbol. Era igual que el día que había intentado enterrar allí a Vertuoso; había gruesas raíces justo debajo de la superficie del bosque. Había aprendido por las malas que resultaba imposible atravesarlas.

Caminé de un lado para otro clavando la pala en el suelo cada pocos pasos pero siempre pasaba lo mismo: había raíces para dar y tomar. Lo único que se escuchaba era el canto de las aves, el sonido de mi pala y al muchacho blandiendo su palo, golpeando los árboles, atizando sus ramas.

—Creo que no podremos hacerlo aquí. Hay demasiadas de estas condenadas raíces.

—¿Vamos a buscar el cadáver o no?

Tiré la pala al suelo y me crucé de brazos. La única imagen que veía en mi mente era un inmenso semáforo en rojo que se negaba a cambiar. Había que hacer algo, debíamos tomar una decisión enseguida, ¿pero cuál?

Se levantó una ráfaga de viento. El aire se llenó de pronto con la exuberante fragancia de los pinos y el sexy siseo de la brisa cálida entre los árboles de verano. Sin pensar, levanté la cabeza y aspiré.

—Dios, qué olor más hermoso.

Como si fuese incapaz de decidir si quería irse o quedarse, la luz del sol titilaba sobre distintas partes del cuerpo del niño. Tenía la cabeza inclinada. A juzgar por su aspecto, hacía poco que le había cortado el pelo Vernon, el barbero de la ciudad, fallecido hacía ya veinte años.

El pequeño Fran vio algo en el suelo, soltó su palo y empezó a agacharse despacio. Tenía los ojos clavados en un punto fijo.

—¡Eh, mirad esto! —Estaba a seis metros de distancia. Me irritaba que me distrajera; además, no podía ver qué lo tenía tan emocionado. Cosas de críos, seguramente. Ahora no tenía tiempo para eso. George y Floon esperaban que yo tomara una decisión. Qué ironía: esos dos megacerebros aguardando instrucciones de F. McCabe, otrora «candidato para la cámara de gas» en palabras del iracundo director del instituto antes de que lo expulsara. Pero no se me ocurría qué decirles; el semáforo de mi cabeza seguía en rojo.

»¡Mirad! —El niño cogió algo del suelo.

Al incorporarse, sostenía algo entre el índice y el pulgar. Tenía los demás dedos desplegados como si no quisiera que tocasen lo que tuviera sujeto. Hasta que se movió, pensé que sería otro simple palo.

Era un lagarto o un camaleón, no sé muy bien qué; tampoco soy herpetólogo. Tendría que habérselo preguntado a George, el experto en todo, pero estaba demasiado turbado como para molestarme. El pobre cabroncete habría estado ocupándose de sus lagartijos asuntos, tumbado al sol en el lecho del bosque. Hasta que sin previo aviso fue levantado en volandas prendido de su larga cola. Por un momento. Por un momento se quedó así, columpiándose y retorciéndose desesperadamente en círculos intentando soltarse. Entonces se le partió la cola y don Lagarto aterrizó a la carrera. El crío chilló de ilusión y desmayo. Lo más importante es que cuando el lagarto salió corriendo fue a parar patinando encima de mi pala. La imagen de esas dos cosas juntas, una encima de la otra —lagarto sobre pala— tocó algo en mi interior como una llama que roza un trozo de papel seco.

Sin un segundo de vacilación recordé cómo habíamos contemplado George y yo los cuadernos de clase de Antonya Corando. Y le oí decir que solo había dos imágenes recurrentes en los extraños y proféticos dibujos de la joven: esa pala y una lagartija.

Mis ojos se quedaron pegados al lugar donde el niño había cogido el lagarto, me acerqué y dije:

—Excavaremos aquí.

—¿Ahí? Está justo debajo de ese árbol. Habrá raíces por todas partes.

—Coge la puta pala y excava *aquí*, Floon. Si no quieres que te la meta por el culo, atravesada.

—Pero Frannie, tiene razón. Las raíces...

—George, ¿te acuerdas de los apuntes de Antonya Corando? ¿Recuerdas las dos imágenes que decías que no paraban de repetirse?

Chupándose el labio inferior, levantó una mano para apostillar algo. Como si la levantara en un aula para llamar la atención del profesor. Pero esa mano volvió a bajar muy despacio cuando asimiló mis palabras. Esa mano se cerró de pronto en el aire y se convirtió en un puño apretado.

—¡La lagartija y la pala!

—Exacto. Empecemos a cavar. Justo aquí.

—¡Sí! —Se giró en redondo hacia Floon, que ahora nos observaba a ambos como si fuéramos el enemigo—. Es ahí, Caz. Frannie tiene razón... ahí es donde tenemos que excavar.

—¡Empiezo yo! Dejarme —exclamó felizmente el pequeño, cogiendo la pala pero soltándola de nuevo preso de la emoción. La recuperó de nuevo y empezó a cavar como una máquina en miniatura.

—No, lo haremos nosotros. Iremos más deprisa. Tú quédate al margen. —Le indiqué que me entregara la pala.

No quería. Intentó ocultarla a su espalda.

—¡No! ¡No es justo! Yo he encontrado al lagarto. Yo lo he encontrado. Y también encontré a estos tíos cuando tú no podías. Así que debería empezar a cavar yo.

Intenté parecer razonable, como un buen tipo que solo estaba de su parte.

—Hombre, esto tenemos que hacerlo nosotros y cuanto antes. Tenemos que cavar este hoyo y luego irnos de aquí.

Su rostro intentó volverse pétreo, pero ya sabéis cómo son los niños pequeños: todavía no saben lo que es la indiferencia. Conocen las pasiones frías y acaloradas, pero no la indiferencia. Cuando habló de nuevo fue entre hipidos.

—¡No es justo! ¡Hoy te he ayudado dos veces y tú lo sabes! También te ayudé a salir de la biblioteca. Te...

—Dame la dichosa pala. ¡Ya! —Me acerqué a él. No sé qué vio en mi cara pero lo asustó. Sujetaba la herramienta a su espalda, pero cuando me aproximé la soltó. Tropezó con ella y se cayó. Sus ojos me vigilaban atemorizados. No había tiempo que perder. Cogí la pala y le di la espalda.

—¡Eres un meón! ¡Eres un meón grande y gordo y no tienes pene! —Su desaire se trocó en un sonsonete burlón—. ¡No tienes pene, no tienes pe-ne!

Haciendo caso omiso del chico, le di la pala a Floon y señalé el suelo. Me sentía mareado y tenía que sentarme.

—Frannie, cuidado... —La voz de George, luego algo duro se estrelló contra mi rodilla. Se me dobló, pero no me caí. Me di la vuelta y vi al niño, que se adentraba corriendo en el bosque.

»Te ha pegado una patada.

—No importa. Vamos.

Pero sí que importaba. Cuando decidimos que antes sería mejor que George y Floon fueran a buscar el cadáver, me quedé solo pensando en el crío. ¿Adónde habría ido? ¿Regresaría?

Me sentía débil, pero con la mente más despejada que en todo el día. Una especie de plan comenzaba a cobrar forma: excavar el agujero, enterrar el cadáver, volver a la ciudad... El chasquido y crujido de ramas bajo sus pies anunciaron su regreso. El cuerpo dentro de la bolsa que cargaban sobre sus hombros parecía pequeño.

Como si aún estuviera vivo y les preocupara su comodidad, lo dejaron en el suelo con mucha delicadeza. Floon cogió la pala y empezó a cavar. Trabajaba con gestos precisos sin malgastar esfuerzos. El hoyo creció deprisa, más que nada porque no había obstáculos en su camino: ni raíces, ni piedras, nada oculto ni inesperado. Estaba seguro de que no lo habría. El lagarto había sido la equis que señalaba ese sitio y lo supe en cuanto lo vi.

Cuando lo relevó George me preguntó si alguna vez había oído hablar de Kilioa. Cuando le dije que no me explicó que era una criatura mitológica: una de dos mujeres lagarto que mantenían prisioneras las almas de los difuntos. A esas alturas me importaba un bledo si el lagarto que había visto era Kilioa o un simple reptil silvestre que aprovechaba las bondades de ese día soleado.

—Sí, pero los lagartos siempre han sido muy importantes en la mitología de todo el mundo, Frannie. Simbolizan toda suerte de cosas profundas.

—Fascinante. Tú sigue cavando.

—No te interesa, ¿verdad?

—Ni pizca.

Continuaron las labores de excavación. Charlamos un poco, pero no mucho. Todavía no me sentía con fuerzas para sumarme al trabajo, de modo que lo dejé en sus manos. A ratos comprobaba que el difunto Floon seguía con nosotros.

Habían ahondado mucho cuando oí el paso de dos sirenas por la carretera, una detrás de otra. Me desquiciaba no saber cuál era el motivo. Por lo general no te hacía falta poner la sirena en los coches de policía de Crane's View. Asumiendo lo peor, decidí que lo mejor sería sacar a esos dos de allí ahora mismo, acabar el trabajo yo solo e ir a casa.

Cuando se lo dije, ninguno de ellos demostró tener ganas de parar. Nos quedamos alrededor del agujero, asomados a su interior.

—George, quiero que salgas de la ciudad una temporada. Vete y no vuelvas en un par de semanas. ¿Llevas dinero encima?

—Sí, pero, ¿adónde podría ir?

—No lo sé. Quiero que Floon y tú desaparezcáis. Llámame dentro de unos días. Te avisaré cuando no haya moros en la costa. Quiero eliminar cualquier posible rastro que hayamos dejado en tu casa. Echaré la llave cuando acabe. Quién sabe si habrá visto alguien lo que ha pasado.

—De acuerdo.

—Podemos ir al apartamento que tengo en Nueva York —propuso Floon.

—No, mala idea. Largaos una temporada. Coged carretera, id donde no os conozcan a ninguno. Marchaos a la costa y discutid los planes de Floon.

Me acordé de la habitación de hotel en Viena y del perro encima de la cama. Astopel había dicho que era George Dalemwood. Recordé a Susan Ginnety diciéndome que George había desaparecido de Crane's View sin dejar rastro hacía treinta años y que nunca lo habían vuelto a ver.

—Floon, ve tú delante. Tengo que comentar un par de cosas con George.

Cuando el otro se hubo alejado lo suficiente, apoyé ambas manos en los hombros de mi amigo y me acerqué a él hasta que nuestras narices casi se tocaron.

—Frannie, no tienes buen aspecto. Pareces enfermo. Acabemos con esto y deja que te lleve a casa.

—No, no me pasa nada. George, escúchame: sé algunas cosas sobre el futuro. Sé que Floon y tú vais a trabajar juntos en algo muy gordo. Quizá tardéis años. A lo mejor es incluso ese proyecto del que te ha estado hablando. Adelante, pero ten mucho cuidado. Guárdate las espaldas en todo momento. No te fíes demasiado de él, por muy brillante que te parezca.

»Sal ahora de la ciudad y quédate lejos una temporada. No sé cómo andarán las cosas por aquí en los próximos días. Pero no te quiero cerca si nos empieza a salpicar la mierda. Y, ¿George?

—¿Sí? —Su rostro era un poema de interrogantes y preocupación. Se me partía el corazón, pero ya no podía hacer nada por evitarlo.

Estaba a punto de decirle a mi amigo cuánto lo quería cuando me vino otra cosa a la mente.

—Cianobacterias tancréticas. ¿Recordarás ese nombre? —Se lo deletreé—. ¿Sabes algo de fusión fría? ¿Sí? ¡Estupendo! Pues esto tiene algo que ver con eso. Si no puedes descubrirlo todavía, sigue investigando, porque de eso va la fusión fría. Cambiará el mundo. Cianobacterias tancréticas, ¿vale?

—Vale. ¿Cuándo quieres que te llame?

—Espera unos días a que se calmen las aguas. —Sabía que jamás regresaría, pero no quería decírselo y asustarlo—. Cuídate. Cuida de Chuck. —Le di un beso en la mejilla—. Eres un buen amigo. El mejor.

—Tengo miedo, Frannie.

—También yo.

—¿Tú? A ti no te asusta nada.

—Me asusta pensar que algún día perderé todo esto y no habré sabido amarlo como debía. Recuérdalo: ama esto en todo momento. Ámalo también por mí cuando te acuerdes.

Le di un empujoncito y empezó a alejarse. Chuck correteó entre sus pies, yendo de acá para allá, contento de volver a ponerse en marcha con la persona que más quería. George se dio la vuelta una vez. Le dije tan solo «cianobacterias tancréticas». Lo repitió, pero cuando acabó la frase estaba demasiado lejos para que yo lo oyera.

Esperé a que arrancara el Isuzu, pero no oí nada. Fue una espera larga, demasiado larga. Pero al fin se escuchó; débil, muy débil, como si el sonido llegara desde un

kilómetro de distancia. Los imaginé conduciendo despacio entre los árboles, esquivando raíces, troncos, piedras. ¿George al volante o Floon? George; conocía la ciudad, sabía que había que torcer a la derecha cuando llegaran a la carretera y cubrir ocho sinuosos kilómetros hasta llegar al paseo.

Me metí torpemente en el agujero y empecé a cavar. La tierra estaba blanda y húmeda, sacaba un montón con cada palada. Mientras excavaba, ocupé mis pensamientos imaginando cómo bajaba su coche hacia el paseo. Intenté recordar todos los hitos que jalonaban el camino; la enorme haya cobriza golpeada por un rayo. La pequeña cruz blanca en la cuneta que señalaba el escenario de un accidente mortal acaecido años atrás. El sereno estanque cercano que siempre estaba cubierto de nenúfares y verde hojarasca. Cuántas ranas habíamos cogido allí de pequeños. Una vez tiré a Marvin Bruce al agua y me aseguré de que sumergiera hasta la cabeza.

Se me empezó a acelerar el corazón sin ningún motivo. Cerré los ojos y me obligué, supliqué, para apaciguarlo. Acabó por serenarse tras unos cuantos latidos enloquecidos más. Quería ver si pensaba permanecer así. Tenía la barbilla apoyada en el pecho. Quieto, corazón, todo va a salir bien. Ya no podía confiar en mi cuerpo. ¿Cuánto tiempo me quedaba? A lo mejor debí dejar que terminaran de excavar la tumba y luego me llevaran en coche a la ciudad. A lo mejor eso hubiera sido mucho más juicioso que lo que me proponía hacer ahora.

Abrí los ojos y vi la tierra del fondo de la sepultura. Cogí otra palada con cuidado. Encontré algo. Mi corazón siguió inalterado, aunque podía sentir sus palpitaciones por todo mi cuerpo.

Había algo allí abajo. Algo blanco cubierto de tierra negra y mojada. Dejé la pala al filo de la tumba y me arrodillé para verlo de cerca. Aparté un poco de tierra con la mano. Apareció más blanco. Era tela, algodón, algún tipo de prenda de vestir. ¿Una camiseta? Escarbé un poco más con las manos hasta que, sí, vi que se trataba de una camiseta blanca y, oh Dios, era un cuerpo.

El lagarto y la pala decían Cava aquí. Aquí hay un cuerpo. Encuéntralo. Había estado avanzando hacia ese final en todo momento. Cava aquí.

Cava aquí.

Aparté más tierra con cuidado hasta descubrir el rostro. Un niño. Sabía quién era. Imposible. Sabía quién era. ¡No! Huye, sal de aquí. Su boquita, la nariz, los ojos plácidamente cerrados.

Era el pequeño. El crío al que acababa de espantar, el Piloto de Sueños, yo. Ahora estaba muerto y cubierto de tierra en el fondo de ese agujero. Ese agujero que acabábamos de excavar, ese agujero que él había querido ayudar a excavar. Ahora yacía muerto y yo lo había desenterrado. Había calidez aún en su cara cuando la toqué. Sus labios se separaron bajo la presión de mi mano. Todavía estaban húmedos. El inferior relucía.

—¡No!

Encontré la forma de superarlo. Encontré la forma de superarlo enloqueciendo un

poco, pero eso ayudó. Estaba sucio. Estaba tirado en la tierra y había que sacarlo, limpiarlo. Me propuse rescatarlo. Esa no era la palabra adecuada, pero es la que se alojó en mi mente. Rescatarlo, traerlo de vuelta con nosotros, sacarlo de donde no tendría que estar.

Hablé con él mientras lo liberaba. Hablé con él cuando lo levanté, cuando lo tuve en mis brazos, cuando le quitaba la tierra de encima, de su suave piel infantil, de su ropa, toda la tierra que vi. Hablé con él mientras aupaba con delicadeza el cuerpo hasta el borde de la sepultura y lo dejaba al lado de la pala.

Salí. Me sentía débil, pero curiosamente estimulado al mismo tiempo. Tenía algo que hacer, esta misión de rescate: traer de vuelta al Piloto de Sueños. Todos mis problemas tendrían que esperar hasta que hubiera resuelto este.

Hube de parar y recuperar el aliento. Me senté junto al cadáver. Tuve que abrazarlo para asegurarme de que no le pasara nada más. Estábamos demasiado cerca del hoyo. No me gustaba eso. El hoyo estaba demasiado cerca de nosotros. Teníamos que apartarnos más. El hoyo era peligroso y profundo. Daba igual cuánto cuidado tuvieras, todavía te podías caer dentro.

Me puse de pie, lo levanté y me alejé de allí. Creo que seguramente hubiera seguido caminando hasta salir del bosque si mi cuerpo no se hubiera rebelado. Así que cedí ante sus protestas; me detuve en el sitio, aguardé, esperé a que me permitiera continuar. Ya había dejado de hablar con el niño, había dejado de disculparme por no dejarle cavar con nosotros. En esos momentos solo quería permanecer en silencio.

Su cuerpo era ligero. ¿Se debería a que era un niño pequeño o a que la muerte le había arrebatado su peso? De pie en el bosque con la fosa de Floon a mi espalda, esperé a que ocurriera algo, sin importarme que no ocurriera nada. Sabía que debería dejar al chiquillo en el suelo, regresar al hoyo y terminar el trabajo. Sabía que debería hacer eso, pero no lo hice.

Supongo que simplemente me quedé con el pequeño en brazos, soñando. ¿Eso es posible? Me quedé allí plantado sin pensar ni siquiera, ¿y ahora qué? Sí, simplemente me quedé allí.

Hasta que oí el tercer o quizá el cuarto *whump*. Hay sonidos que conoces, pero que no reconoces hasta ver qué los produce. De espaldas a la fosa lo oí una, dos, tres veces: *whump, whump, whump*. Despacio, para nada deprisa. Conocía ese sonido, pero no lograba ubicarlo. Provenía de mi espalda, en el bosque, donde no había nadie. Pero no me giré para mirar. Todavía no. *Whump, whump*.

Hasta que no escuché más de esos sonidos pesados, sordos, familiares, no quise mirar. Apreté al pequeño contra mi pecho y me di la vuelta.

Había cinco de ellos. Todos estaban echando tierra al agujero. *Whump, whump*. Aunque ninguno hablaba, todos parecían realmente felices, risueños, contentos de realizar juntos esa tarea. Sus edades variaban considerablemente. El más joven aparentaba unos catorce años, el mayor cuarenta y cinco. Son simples estimaciones. Hasta el último de ellos vestía igual que el niño muerto en mis brazos: caquis, una

camiseta blanca, zapatillas deportivas de tela negra.

Y todos ellos eran yo. Estaban terminando de rellenar la tumba de Floon. La bolsa con su cuerpo había desaparecido. Debían de haberla introducido en la fosa y ahora volvían a cubrirla de tierra. Juntos me habían hecho el trabajo.

Los estuve observando hasta que hubieron acabado. Entre cinco no tardaron mucho tiempo. Las palas parecían ligeras en sus manos. Gigantescas paladas de tierra volaban hacia el hoyo. Mientras se esforzaban no dejaban de mirarse e intercambiar sonrisas. Se lo estaban pasando en grande. Era como si aquella fuese una reunión familiar, con todos los hermanos reunidos y bromeando. Cavando un hoyo, divirtiéndose. Pero no eran hermanos, eran yo.

Cuando terminaron se apartaron de la tumba y, apoyados en sus palas, revisaron su obra. Desde donde yo estaba no se apreciaba nada en el suelo. Nadie hubiera podido intuir que allí se había excavado y vuelto a cubrir un agujero ancho y profundo. El lecho del bosque parecía tan ileso como antes de nuestra llegada.

Los sepultureros intercambiaron miradas y el más veterano asintió con aprobación. Otro dio una palmada en la espalda al más joven y, guiñándole un ojo, le entregó su pala. ¿Era esa la que había usado yo? Todas parecían idénticas. El chaval la cogió con una expresión de adoración en su rostro. Todos se amaban entre sí; estar juntos de esa manera era la cosa más maravillosa del mundo.

A continuación, como uno solo, se acercaron a mí. Cuando se hubieron aproximado, el que había cedido su pala extendió los brazos y me quitó al niño muerto con delicadeza. No me resistí.

—Está bien —dijo—. Nosotros nos ocuparemos de él ahora. —Sosteniendo el cadáver con más cuidado que yo, lo miró con una ternura prodigiosa. Desde luego que sabría qué hacer con él.

—Vamos —dijo otro, aunque no sé cuál. Emprendieron la salida del bosque y seguirlos se me antojó lo más natural. Caminaban a ambos lados de mí. No dejaba de mirar a unos y a otros. Los conocía a todos, cada uno una versión distinta de mi ser cuando era más joven.

Mi cuerpo se sentía en calma y bien mientras andábamos. Me sentía en paz y al mismo tiempo profundamente triste. Porque al verlos a todos juntos de esa manera, al verlos trabajar juntos con tanto placer y concentración, al ver cuánto se querían, al ver al niño muerto en los brazos de uno, por fin lo comprendí.

¿Cómo se surca un mar de madera? Seguía sin conocer la respuesta a esa pregunta, pero ahora sabía cómo encontrarla. ¿Era eso lo que querían que descubriéramos Astopel y los suyos? Que no hay nada más importante que mantener con vida a cada uno de nuestros yoes individuales. Debemos escucharlos y dejar que nos guíen.

No conócete a ti mismo, sino conoce a tus yoes. Todos los tú, todos los años, los días de Magda y Pauline, y las botas de vaquero naranjas, y cuando creías que los penes crecen hacia dentro al cumplir los cuarenta años.

Volvemos la vista hacia lo que fuimos, de vez en cuando, y creemos que esa persona es estúpida o divertida, pero nunca esencial. Es como echar un vistazo a viejas instantáneas donde aparecemos con sombreros graciosos o grandes solapas. Qué bobo era entonces, qué ingenuo.

¡Y qué erróneo pensar así! Porque ahora cuando *tú* eres incapaz de hacerlo, tus yoes todavía saben volar, orientarse en el bosque o escapar de una biblioteca. Solo ellos pueden ver los lagartos y tapar los agujeros que necesitan ser tapados.

Gee-Gee, el Piloto de Sueños, los excavadores... Ahora sabía cuánto los necesitaba a todos para comprender realmente mi vida. ¿Cómo se surca un mar de madera? Pregúntaselo a ellos y presta mucha atención a sus distintas respuestas.

—Me parece que ya no puedo seguir. —Me dolía la cabeza y sentía un extraño hormigueo en la yema de los dedos.

—Te ayudaremos —dijo uno de ellos, y se echó mi brazo derecho sobre los hombros para sostenerme. Otro se situó a mi izquierda. Apoyado en ellos de esa manera casi volvía a sentirme bien.

—La carretera no está lejos. Ya casi hemos llegado.

La alcaldesa Susan Ginnety encontró el cadáver de Frannie McCabe. Regresaba de un viaje a Nueva York. Mientras conducía pensaba en lo agradable que sería volver a un hogar, un marido y una vida en vez de solo a su trabajo. Se sentía más perdida que nunca y la aterraba pasar el resto de sus días en soledad.

Pasó junto al estanque y la triste cruz blanca erigida en la cuneta. Atravesó después el bosquecillo que señalaba el comienzo de los límites de la ciudad de Crane's View. La carretera comenzaba a volverse sinuosa a partir de ahí y aminoró. Era una conductora prudente. Iba solo a cincuenta cuando vio el cuerpo tendido en el arcén de la carretera. Al principio pensó que algún capullo había decidido tumbarse allí, como si no hubiera otro sitio, para echar una cabezada. Los rayos de sol que se filtraban entre las copas de los árboles bailaban una danza caótica sobre la silueta inerte, tendida de espaldas. Era evidente que se trataba de un hombre. Susan no quería detenerse porque sentía temor, pero también era la alcaldesa y lo consideraba su deber. Fuera como fuese, cuando estacionó en la orilla de la carretera a escasos metros del cuerpo pudo ver la cara del hombre y al instante se le desencajó la mandíbula.

Apenas si pudo maniobrar el cambio de marchas para dejarlo en punto muerto y «aparcarse» antes de romper a llorar. El secreto que nadie sabría jamás es que la alcaldesa Ginnety se quedó sentada en su coche y lloró tanto y con tanta fuerza que sus sollozos ahuyentaron a las aves posadas en los árboles próximos a su vehículo. Hubieron de transcurrir varios minutos antes de que se sintiera con fuerzas para apearse del coche y acercarse al cuerpo.

Pero lo que cuentan las viejas historias es cierto: en lo más hondo de sus

corazones, las personas que nos quieren *siempre* saben cómo estamos. Nada más reconocer a Frannie McCabe tendido junto a la carretera, Susan Ginnety supo que estaba muerto. Los recuerdos de los momentos felices vividos a su lado cuando era joven habían perseguido a Susan toda su vida y seguirían haciéndolo.

No fue hasta meses después, cuando se sentía muy triste y sola, que se le apareció una revelación una noche de invierno y la hizo sonreír. No fue hasta después de transcurrido tanto tiempo desde su muerte que comprendió cuánta suerte había tenido al ser ella la que encontró a McCabe. Eso le había permitido ser la primera en despedirlo. Pero al instante siguiente la vida se le antojó súbitamente desdichada y oscura. Pues aunque suponga un honor, ¿de qué sirve un primer adiós?

## Epílogo

En contra de los deseos de Magda, el funeral acabó convirtiéndose en un acontecimiento multitudinario. Ninguno de los amigos de Frannie supo decir jamás si le gustó o no que asistieran quinientas personas. Quinientas personas que se sentían sinceramente conmovidas por el hecho de que aquel hombre todavía joven hubiera fallecido. Era tan listo y competente, y gracioso además. Sin duda el mejor jefe de policía que habían tenido nunca. La historia de cómo había salvado a la hija de Maeve Powell de no se sabe qué loco misterioso el día de su muerte no hacía sino añadir lustre a su estrella.

Cierto, también circulaban historias sobre el crío insoportable que había sido. Cómo había prendido fuego una vez al coche de un profesor. Lo habían expulsado del instituto, había sido arrestado, le había hecho la vida imposible a su padre. Pero su muerte convertía esas historias en anécdotas apócrifas, cosa de risa en su mayoría. El bueno de Frannie, menuda pieza, ¿a que sí? ¿Acaso no eran traviosos a su edad casi todos los hombres buenos? No olvidemos tampoco que había contribuido a resolver el segundo caso de asesinato de toda la historia de Crane's View.

Qué más daba que hubiera sido un diablo de chiquillo; McCabe había crecido para convertirse en un diablo de hombre. Era un buen amigo, cien por cien de ley; amaba a su esposa y hacía bien su trabajo. Esas cosas son las que cuentan y la gente se felicitaba por haberlo conocido.

Gracias a Dios que estaba allí el muchacho. Gary Graham se llamaba, aunque prefería que lo llamaran Gee-Gee. Un chaval bien guapo. Los entendidos decían que era calcado a Frannie cuando este tenía su edad.

¡El día que vino Gee-Gee para quedarse con los McCabe, su tía ingresa en el hospital y muere su tío! Menudo recibimiento, pero daba igual: había sabido mantener la cabeza alta y se había merecido la admiración de la gente con su conducta.

Pauline y él organizaron juntos el funeral, llevaron a Magda a casa tras su convalecencia en el hospital y la condujeron al cementerio cuando llegó la hora. Después esos dos jóvenes excelentes estuvieron junto a ella mientras observaba el sencillo ataúd de su marido.

Alguien que estaba cerca la oyó decir solo una cosa: «Me gustas». Después soltó una rosa rosa sobre la tapa del féretro y regresó a su asiento. Además de la ingente afluencia de personas, lo que sorprendió a los asistentes fue la ausencia de George Dalemwood, el mejor amigo de Frannie, y el pastor que pronunció las últimas palabras.

Nadie había visto antes a ese hombre. Un caballero de color elegantemente vestido que parecía poseer la confianza de un político y la voz de un locutor de radio. Durante el servicio alguien que estaba sentado al lado de Gee-Gee le preguntó en susurros quién era. El muchacho contestó con voz peculiar: «Sé quién es. El tío

Frannie y yo conocíamos a ese hombre».

La gente no se atrevió a interrogar a Magda sobre la conexión de ese hombre con la familia, pero a ella parecieron gustarle sus palabras, sobre todo la cita del Corán, «Piensa en la última de todas las cosas y así te alejarás de su sueño». Eso fue lo único de toda la ceremonia que la hizo llorar pero, de nuevo, nadie tuvo valor para preguntarle por qué.

Cuando acabó y la gente se marchaba, el joven se acercó al pastor y le preguntó con un tenso siseo si podían hablar un momento. El hombre le dedicó una sonrisa resabiada y respondió que sin duda, hablarían en cuanto estuviera libre. Libre quería decir después de estrechar tantas manos como pudiera encontrar el hombre. Se comportaba de verdad como si fuese un político inmerso en plena campaña electoral. Pero el muchacho aguardó, tras decir a Pauline que se reuniría con ella en casa. La joven le dirigió una embobada mirada de arrobo y le dijo que vale, pero que se diera prisa.

Al verlo esperar pacientemente con las manos enlazadas ante sí, la gente pensó que Gee-Gee solo quería darle las gracias al pastor.

Pero cuando se quedaron por fin a solas, el muchacho miró a un lado y a otro para cerciorarse de que nadie escuchaba y espetó:

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón! *¿Qué haces tú aquí?*

—Gee-Gee, deberías darme las gracias por permitirte volver. No tenía por qué hacerlo, sabes.

—No, no lo sé. No sé nada. ¿Por qué no me lo explicas? ¿Eh? ¿Crees que podrías?

El hombre comprobó la hora en el exquisito reloj negro y plateado que adornaba su muñeca izquierda. Cuando el joven lo vio se le salieron los ojos de sus órbitas.

—Ese es su reloj. ¡Le robaste el reloj!

—Se lo tomé prestado. Es bonito, ¿verdad? Realmente bonito. Te lo daré cuando hayamos terminado aquí. Podrás fingir que te lo encontraste y ganar puntos con Magda. Sí, eso será lo mejor. —Parecía sumamente complacido con esa idea.

Por contra, el muchacho estaba hecho una furia. Su boca era una fina línea recta que dejaba ver sus labios casi blancos. Parecía que de un momento a otro pudiera abalanzarse sobre el pastor para agredirlo, aunque el otro hombre era mucho más fornido.

Ahora que había concluido la ceremonia, los empleados del cementerio que habían estado observando a una respetuosa distancia aparecieron de pronto a su alrededor. Dos de ellos comenzaron a plegar las sillas de color verde. Otro descolgó los adornos florales. Una máquina excavadora que había cerca se puso en marcha, aunque por algún motivo se paró de pronto entre toses y exabruptos de su motor. Vinieron más hombres para plegar las sillas. El pastor y el adolescente obstaculizaban

su tarea, de modo que se apartaron unos cuantos pasos.

—¿Por qué estás aquí otra vez? ¿Y yo? Pensaba que estaba muerto.

—Lo estabas. Te he traído de vuelta.

—¿Y se supone que tengo que estar agradecido por eso? ¿Se supone que tengo que darte las gracias?

—Sería todo un detalle.

En vez de eso, el muchacho se plantó delante del pastor de un salto y le hizo un gesto indicándole que podía irse a tomar por el culo. Uno de los empleados del cementerio lo vio y soltó un silbido. Los señaló sin dejar de reír. ¡Mandar a un pastor a tomar por el culo! Esa sí que era buena. Astopel miró al trabajador y asintió con aprobación; a él también le parecía divertido.

—¿Por qué lo has hecho? Y ya que iba a regresar, ¿por qué no me has enviado a mi época?

—A partir de ahora esta es tu época, Gee-Gee. Ve haciéndote a la idea. —Astopel metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y rebuscó. Contemplaba el brillante cielo azul mientras buscaba. El sol destelló en la esfera de su reloj. El reflejo cayó sobre un ojo del muchacho y este tuvo que apartar la mirada.

»Vamos allá. Observa y presta atención. —Astopel sacó un puñado de canicas de su bolsillo, un total de ocho. Los colores no tenían nada de extraordinario: catafaros, una azul, una roja, algunas eran dobles; dos amarillas. Canicas de críos.

»Esta es la vida de Frannie McCabe. —Encerró las canicas entre ambas manos y las sacudió vigorosamente. El entrechocar del cristal era estridente e irritante. Paró, abrió las manos y volvió a mostrar las canicas. Gee-Gee casi esperaba ver otra cosa, que fuese algún tipo de truco. Pero no, allí estaban las canicas sobre la palma de color salmón. Miró al hombre a la cara y solo vio una sonrisa radiante. De repente, sin previo aviso, Astopel lanzó las canicas al aire. El joven se agachó porque pensó que iban a caerle encima. En cambio, se quedaron congeladas en el aire formando una línea vertical perfectamente recta. Ocho canicas: dos amarillas en lo alto, luego una azul... no se movían. Los rayos de sol se reflejaban en ellas. Entre esos dos hombres se interponía una hilera de canicas flotante, en perfecto orden, inmóviles. Transcurrido un instante, y sin perder la sonrisa, Astopel fue cogiéndolas una a una y depositándolas en su otra mano.

Las sacudió de nuevo, click click, y volvió a tirarlas al aire. Ocurrió lo mismo, solo que esta vez se dispersaron y se quedaron paralizadas sin orden ni concierto. Una aquí, otra allá, una más arriba, dos más abajo...

—También esta es la vida de Frannie McCabe, Gee-Gee. Podría pasarme toda la tarde echándolas al aire y en cada ocasión formarían un diseño distinto. Las canicas son los sucesos y las personas de tu vida. Tienes una vida, pero hemos tenido que intervenir un poco en ella. Si consideras estas canicas la materia prima con la que debemos trabajar, lo que estamos haciendo es lanzarlas formando distintas combinaciones con la esperanza de obtener un resultado concreto.

—Me estás utilizando. Tú y el resto de esos putos alienígenas estáis utilizando mi vida para conseguir lo que queréis.

—¿Utilizando? No. Tan solo te estamos guiando dentro de tu propia vida. —Cogió las canicas del aire y las mezcló. Tintinearón—. Al final de su vida Frannie estuvo muy cerca de protagonizar un hallazgo. Todos nos sentimos muy impresionados y emocionados. Estuvo tan cerca que hemos decidido traerte de regreso al ahora y dejar que lo intentes de nuevo.

—¿Por qué no lo habéis traído *a él*? ¿Por qué dejasteis que muriera?

—Fue decisión suya. No podemos controlar eso.

—Pero el viejo Floon me mató.

—Floon no podía matarte... conoció a Frannie cuando tenía veintinueve años. A *ti* nunca te conoció.

—¿Entonces quién me disparó?

—Lamentablemente Frannie *permitió* que ocurriera, que es muy distinto. Es lo que aprendió al final. Así que ahora tienes que aprovechar su descubrimiento y utilizarlo.

»Piénsalo de esta manera, hijo: existe una combinación que es el orden perfecto de estas canicas. Podría ser una línea recta, podría ser un círculo, ¿quién sabe? Pero debes encontrarlo, Francis McCabe. Hasta ahora no ha ocurrido nunca. Ahora es preciso que ocurra porque necesitamos ese orden para algo importante. Solo McCabe en una variación u otra de su vida puede descubrir esa combinación exacta. Así que ahora te toca intentarlo. Frannie se casó con Magda. Pauline era su hijastra. Para ti, Magda será tu tía y Pauline tu prima. —Astopel sonrió—. O tal vez algo más que tu prima.

—¿Y si no funciona este nuevo acuerdo con la tía Magda? —inquirió con tono beligerante el muchacho—. ¿Y si tampoco encuentro la manera correcta de ordenar tus estúpidas canicas? —Estiró la mano para arrebatarlas a Astopel, pero este cerró la suya como las fauces de un caimán.

—Ni se te ocurra tirarlas, Gee-Gee. Son quien tú eres.

—Pero si no averiguo de qué va esto, traerás a otro Frannie de otra época y lo dejarás aquí en las mismas condiciones. Volverás a hacerlo.

—Una y otra vez hasta que algún McCabe lo resuelva y podamos añadir esa pieza a la Máquina del Mundo.

Ninguno de los dos tenía nada más que añadir. Gee-Gee estaba furioso. Se sentía como si le hubieran reemplazado la sangre por adrenalina pura. Astopel se sentía bastante bien. Hacía un día espléndido. Había terminado su trabajo por ahora y puede que fuese a ver una película.

—Si quieres, te puedo dar algo que te ayude.

—¿Como qué? ¿Un laxante?

—No, un ayudante. Algo que te ayude a encontrar la solución.

—Vale, ¿por qué no? O sea, ¿por qué rechazar un poco de ayuda?

—Bien. Solo tendrás que encontrar la forma de explicárselo a Magda. —Astopel se metió dos dedos en la boca y silbó. Un pitido flojo, quebrado y roto el sonido nada más salir.

—¡Menudo silbido! —Gee-Gee sonreía triunfal. Nadie silbaba como él. Juntando los mismos dedos, soltó un pitido fabulosamente ensordecedor. Incluso el estoico Astopel torció el gesto. Cuando Gee-Gee vio su reacción, como era de esperar, silbó de nuevo.

No pasó nada. Gee-Gee no sabía qué esperar, pero no era nada. Miró a Astopel, que no parecía preocupado.

—¿Quieres que silbe otra vez?

—No será necesario. Vendrá enseguida.

Lo que vino resultó ser un objeto sólidamente construido que apareció a lo lejos en el verde cementerio. Se acercaba a ellos. Esta vez era joven y tenía cuatro patas normales, lo que le permitía trotar cómicamente. Venía con la lengua colgando y la boca congelada en lo que parecía una sonrisa. Quizá la fuera. Un risueño perro rechoncho semejante a un pastel de mármol.

—¿Ese perro? ¿Eso es mi *ayudante*?

—Te sorprenderá la de cosas que sabe Vertuoso, Gee-Gee.

—Gee-Gee. ¿Tengo que vivir para siempre con ese nombre?

—A lo mejor. Pero recuerda, por ahora Gee-Gee va a vivir con Magda y Pauline.

—Y con este chucho sarnoso.

—Sigo pensando que es un trato justo. En fin, me largo. —El pastor se guardó las canicas en el bolsillo y, sin decir nada más, se fue.

Vertuoso se acercó a Gee-Gee y se sentó encima de su pie como si fueran viejos amigos. El muchacho estuvo a punto de darle una patada al gordo cabrón, pero no lo hizo. En vez de eso se quedó observando el montículo de tierra revuelta cubierto parcialmente por una lona. Por el motivo que fuese, ahora no había ningún empleado del cementerio cerca. Solo había algunas palas nuevas abandonadas en el suelo y la enmudecida máquina excavadora que, supuso, utilizarían más tarde para rellenar la fosa. Se acercó a una de las palas y la empuñó con gesto dubitativo. El perro observó después mientras Gee-Gee comenzaba a echar tierra en la tumba de Frannie McCabe.



JONATHAN CARROLL nació en Nueva York el 26 de enero de 1949. Su padre, Sydney, era un escritor entre cuya bibliografía se incluye *The Hustler* (1961), *A Big Hand for the Little Lady* (1966) y la historia en que se basó *Gambit* (1966); su madre, June, era una actriz y letrista que apareció en numerosos espectáculos de Broadway y en dos películas: *An Angel Comes to Brooklyn* (1945) y *New Faces* (1954).

La profesión de sus padres tuvo una gran influencia durante su juventud, arrastrado entre residencias en la Costa Este y la Costa Oeste, lo que de algún modo acabaría por convertirle en un rebelde, una época que duró hasta que vio cómo un amigo moría por el disparo de un policía. Poco después Carroll se graduó cum laude por la Universidad de Rutgers, y se casó con la artista Beverly Schreiner en 1971. Estudió el master en la Universidad de Virginia mientras trabajaba como profesor de inglés. Fue ese deseo de enseñar inglés lo que le llevó a la Escuela Internacional Americana en Viena, Austria, donde ha vivido desde entonces.

Carroll publicó su primera novela en 1980, “El país de las risas”, en la que se describen los esfuerzos de un joven profesor de escuela que se dirige a la pequeña población de Galen, Missouri, para investigar y escribir una biografía de su autor favorito, sólo para descubrir que el pueblo entero se ha convertido en la creación de ese autor. En *Voice of Our Shadow* (1983), un hombre que ha vivido atormentado durante años por la muerte de su hermano mayor se ve de repente involucrado en otra muerte. Su tercera novela aparecería en 1987 y 1988 en dos versiones ligeramente distintas. *Bones of the Moon* es considerada como la obra que convirtió a Carroll en un gran maestro de la fantasía surrealista. La historia narra en los límites entre la

realidad y la imaginación los efectos que tiene el sentimiento de culpa de una joven respecto al aborto.

La siguiente novela de Carroll, *Sleeping in Flame* (1988), es la segunda obra de lo que a menudo es mencionado como la “Trilogía de Rondua”. En ella retoma uno de los personajes de *Bones of the Moon*, el director de cine Weber Gregston. La publicación de *Sleeping in Flame* coincidiría con el premio World Fantasy Award para su relato *Friend’s Best Man*, convirtiéndose definitivamente en un nombre imprescindible del género fantástico y ganándose a lectores como Pat Conroy, Stephen King, Michael Moorcock o Thomas Harris. La vaga trilogía de Rondua se completa con *A Chile Across The Sky* (1989), una de sus novelas más terroríficas, también protagonizada por Weber Grengston.

Carroll inició en los 90 una época más prolífica con *Outside the Dog Museum* (1991), en la que un arquitecto es contratado por un sultán para construir un monumento a los perros; *After Silence* (1992), con la que se haría hueco en el *mainstream*, obteniendo buenas críticas, especialmente en Europa; y *From the Teeth of Angels* (1993). *The Panic Hand* (1995) fue la esperada edición en inglés de la colección de relatos que Carroll escribió en alemán. Su acercamiento a la literatura general siguió con *Kissing the Beehive* (1998), *The Marriage of Sticks* (1999) y sus dos novelas más recientes, *The Wooden Sea* (2001) y *White Apples* (2002).